EL CHICO DE MANHATTAN



NOELIA RODRÍGUEZ

EL CHICO DE MANHATTAN

NOELIA RODRÍGUEZ

Título: *El chico de manhattan*
© 2026, Noelia Rodríguez González

Maquetación: Editorial Choco
Ilustración de cubierta: David Benzal

Primera edición: junio de 2026

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A Isma que, como el titán Atlas,
sostiene el mundo sobre sus hombros.

ÍNDICE

Capítulo 1 Un afeitado perfecto
Capítulo 2 Un pequeño tropiezo
Capítulo 3 Modales sureños
Capítulo 4 El chico de Manhattan
Capítulo 5 La chica con el corazón roto
Capítulo 6 Demasiado joven
Capítulo 7 Elizabeth Harrington
Capítulo 8 Una entrevista accidentada
Capítulo 9 Un beso en la pista de baile
Capítulo 10 Central Park a media luz
Capítulo 11 Arte moderno
Capítulo 12 Soñar con ser una princesa
Capítulo 13 ¿Quién es este imbécil?
Capítulo 14 Mi empleada, la hija de Thomas Harrington
Capítulo 15 Flores sobre mármol
Capítulo 16 Trenzadas a mis rodillas
Capítulo 17 Una lluvia de ladrillos rojos
Capítulo 18 Tus dedos en mi espalda
Capítulo 19 Un baile en el Havana Social
Capítulo 20 Tu cuello
Capítulo 21 Las luces de Nueva York a través de mi ventana
Capítulo 22 Un beso con sal
Capítulo 23 Probar tu olor
Capítulo 24 Ese tipo de hombre
Capítulo 25 Cruzando el océano
Capítulo 26 Turbulencias
Capítulo 27 Las luces de París
Capítulo 28 Saint-Germain-de-Livet
Capítulo 29 Atravesando Francia
Capítulo 30 La Fête de la Musique
Capítulo 31 Agua sobre su espalda

Capítulo 32 Dentro de ti
Capítulo 33 Te tengo
Capítulo 34 Gula
Capítulo 35 Un pueblo en el corazón de Dordoña
Capítulo 36 Tarta de fresas
Capítulo 37 Muros inquebrantables
Capítulo 38 Los castillos de Candela
Capítulo 39 Un pretendiente inapropiado
Capítulo 40 Allí donde nadie tocó
Capítulo 41 El gigante Atlas
Capítulo 42 Mis pies enraizados
Capítulo 43 Cuatro de julio
Capítulo 44 Un bebé descontrolado
Capítulo 45 Un diamante rodeado de zafiros
Capítulo 46 Construir un imperio
Capítulo 47 Mi héroe con capa
Capítulo 48 Bajo las estrellas de Alabama
Epílogo Trinity Church
Agradecimientos
Y tú, ¿qué opinas? Deja tu valoración
Biografía

Capítulo 1

Un afeitado perfecto

Álvaro

Deslicé la cuchilla por mi garganta. La espuma se acumuló en la hoja dejando a su paso un camino de piel suave. La limpié debajo del chorro de agua. Volví a repetir el ejercicio guiando la cuchilla con suavidad. Siempre me había gustado aquel gesto de sentir la hoja afilada contra mi piel.

Observé el reflejo que me devolvía el espejo: un rostro de facciones armónicas. Perfecto desde el punto de vista anatómico. Algo así como el David, de Miguel Ángel, había comentado mi hermana en más de una ocasión. Sabía que ella y sus amigas se referían a mí de esa manera de vez en cuando. No me molestaba. Nada de lo que hiciera Beca podría enfadarme. Además, reconozco que el apodo no me va tan mal. Sí, es cierto que la frialdad del mármol encaja en cierto modo con mi personalidad. La dureza de la piedra es un buen adjetivo para mí. Soy frío y distante, lo admito. Además, la estructura de mi rostro se encuadra perfectamente en las proporciones clásicas del ideal de belleza.

Crucé una mirada conmigo mismo: el cabello corto y negro, la piel blanca y el azul agrisado en mis ojos. Una mirada con bruma, solía decir mi abuela. Helada como el océano Atlántico que golpea la costa de Nueva York en una mañana de invierno.

Estaba en mi cuarto de baño, sin camisa y descalzo. Lo único que llevaba encima era un pantalón de pijama que me había puesto en cuanto me levanté. Habíamos dormido desnudos y ni siquiera me había parado a pensarlo. Tan solo esta mañana, cuando sentí la piel de una mujer a mi lado, reparé en ello. No tenía ningún problema con la desnudez. No sentía pudor ni un exceso celo por la intimidad

física. Al contrario, me sentía cómodo estando así con otra persona. Cuestión distinta era otro tipo de intimidad.

Era el segundo domingo de marzo y, aunque en el exterior hacía unos siete grados, en mi amplio apartamento de Manhattan la temperatura era cálida. Moví la cuchilla debajo del chorro del agua y volví a deslizarla por la piel de mi cuello, estirándolo hacia arriba. A través de la puerta abierta de mi habitación observé como un cuerpo de mujer se movía en la cama. Parecía que se estaba despertando la morena que dormía entre mis sábanas de seda negras, con la comodidad de quien hace algo que le es habitual. Busqué rápidamente su nombre en mis recuerdos de la noche anterior: Addison. Me sorprende la gente que puede dormir plácidamente en la cama de otro. Yo no soy de quedarme a dormir en casa ajena. Procuro no hacerlo. Tampoco disfruto de tener desconocidas en mi casa. Si puedo elegir, prefiero un hotel: terreno neutral. Aséptico e impersonal. Lo de la noche anterior había sido una excepción.

Escuché como se cortaba de repente el sonido monocorde del agua que había estado cayendo de la ducha. El vapor había empapado parcialmente la mampara. Pasé de nuevo la hoja de la cuchilla mientras la rubia de cabello corto corría la puerta empapada de vapor. Su nombre era Candy y le iba como anillo al dedo. Era dulce y caliente como caramelo fundido.

—¿Esta? —preguntó señalando la toalla doblada sobre el mueble auxiliar más próximo a la ducha.

Su piel brillaba mojada. Las gotas se deslizaban bajando hacia su vientre.

—Sí —contesté devolviendo la mirada al espejo para pasarme una vez más la hoja. Prácticamente estaba listo.

Candy cogió la toalla y se secó.

—Me encantan las toallas así, enormes —apuntó mientras se secaba la cabeza—. Huele de maravilla. ¿Haces tú la colada?

Crucé una mirada con ella en el espejo, pero no respondí.

Se envolvió en la toalla y caminó hasta donde yo seguía con mi tarea.

—¿Puedo? —preguntó con una mirada de ojos castaños almendrados.

Tenía una boca grande de la cual la noche anterior había disfrutado profundamente.

La miré.

—¿Quieres afeitarme? —pregunté levantando una ceja.

—Bueno, se me da bastante bien. Ayudaba algunas veces a mi padre en mi época de estudiante —replicó mientras cogía la hoja que yo le había entregado.

Deslizó la cuchilla con cuidado, llevándose la espuma y el rastro de la incipiente barba que había debajo. La pasó en un par de ocasiones más y terminó la tarea con eficiencia.

Mientras, Addison se había sentado en la cama y trasteaba en el móvil. No había dicho ni una palabra. Seguía desnuda y se la veía cómoda. Reconozco que ambas tenían unos cuerpos esculturales que yo había tomado hasta saciarme.

—¡Listo! —exclamó satisfecha Candy—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —añadió juguetona.

La observé.

—¿Algo como qué?

Candy deslizó su mano por mi pecho duro. Era toda una gata.

—¿Qué te parece si me pongo de rodillas, por ejemplo? —preguntó exponiendo alguna de las alternativas.

De repente, destellos de la noche anterior vinieron a mi mente. Vislumbré la imagen de Addison con las manos sobre la cama aferrándose a las sábanas mientras yo la penetraba con dureza desde atrás. Su cabello negro cayendo como una cortina a ambos lados de su rostro. Ella gemía abiertamente, mientras Candy estaba de rodillas a mi lado con la mano sobre la cadera de su amiga sin dejar de mirarme. Recordé como, cuando su amiga alcanzó el éxtasis, ella se había acercado a mí para besarme. Yo había salido del interior de Addison y había dejado que Candy se subiera a horcajadas sobre mí sin cambiarme el preservativo.

—Házmelo como quieras… —había susurrado con calidez en mi oído mientras me cabalgaba.

Yo la había dejado hacer a su manera, hasta que alcanzó el clímax. Después había hecho exactamente lo que Candy me había dicho: follármela como yo quería. Mientras tanto, Addison nos

observaba tumbada a nuestro lado, exhausta. Su mano se deslizaba por su vientre con parsimonia. Alargué una mano hasta ella y se introdujo dos dedos en la garganta lo más profundamente que pudo, chupando con fuerza. Entonces me dejé ir, al tiempo que la rubia llegaba en una segunda ocasión. En ese momento, retiré mi mano de la boca de Addison y esta sonrió con los labios enrojecidos.

No era algo que hiciera de forma habitual eso de irme a la cama con dos mujeres, pero lo había probado en alguna que otra ocasión en la que había surgido, como la noche anterior.

Mis compañeras de fatigas nocturnas eran dos amigas que había conocido en un club tomando algo. Hacía tiempo que no salía, siempre estaba trabajando, pero había ido a cenar con un grupo de conocidos. Uno de mis colegas había insistido hasta que había conseguido arrancarme del trabajo. La cena me había aburrido en gran parte y, tras despedirme, había decidido tomarme una copa. No había sido algo premeditado, simplemente había pasado por delante de uno de los clubs nocturnos más famosos de Manhattan y me había apetecido relajarme un poco antes de cerrar la noche. Hacía tanto tiempo que no hacía algo así que la fauna nocturna me había parecido algo ajeno, casi exótico. Addison y Candy se me habían presentado mientras yo pedía en la barra. Habían solicitado una invitación para cada una. Eran simpáticas y no me importó invitarlas. Tras un rato de charla, luces de neón y música elevada, la rubia me susurró al oído si podíamos irnos a un lugar más tranquilo a tomar una segunda copa. La morena compartió con ella una sonrisa cómplice. Lo demás es historia.

He de decir que la experiencia había sido satisfactoria para todos los implicados. Aunque fuera sexo impersonal, siempre procuraba que mis compañeras de cama disfrutaran, era lo mínimo de un encuentro íntimo, ¿no?

Hasta la noche anterior, llevaba meses sin acostarme con nadie. Había estado un tiempo en dique seco. Las citas me daban pereza y las aplicaciones para conocer gente decididamente no eran para mí. No había nada en ellas que me resultara interesante. Comprendía su utilidad, pero no me sentía cómodo usándolas. La idea de exponerme como mercancía me generaba rechazo y todo el proceso

me resultaba tedioso. En alguna ocasión había echado un vistazo a Tinder, Bumble e incluso a Hinge, pero no me gustaban. Cuando tenía ganas de tener intimidad con otra persona, prefería ir a un bar. Aunque últimamente estaba tan hasta arriba con el trabajo que ni siquiera solía hacerlo.

La noche anterior había tenido más sexo con aquellas dos amigas que en todo el año. La balanza se había equilibrado; me sentía liberado y no necesitaba más intimidad. Entiéndase intimidad en el plano físico, está claro. Otro tipo de vínculo ni me lo planteaba. En eso era hermético. No solía buscar más allá que un encuentro casual. Placer rápido. Que alguien calara en mí de otra forma, o buscara encaje en mi vida, era algo que no entraba en mis planes. No me gustaba abrirme. Tan solo Beca conseguía colarse por alguna rendija hasta conectar a otro nivel. Ni tan siquiera con mi otra hermana, Candela, lo lograba. Candela era como yo: puro hielo. Dos bloques de hielo juntos no suelen darse calor. Sin embargo, Beca decía que en mi pecho escultural se alojaba un corazón cálido. Quizás Beca simplemente se alimentaba del eco de quien había sido años atrás, cuando los tres éramos unos críos y la vida todavía no nos había arrebatado lo que más queríamos.

Aparté con delicadeza la mano de Candy de mi pecho.

—Una oferta muy tentadora —respondí tratando de buscar la forma de rechazarla con cierta elegancia—. Pero creo que voy a declinarla.

En ese momento miré a Addison quien se había acercado hasta la puerta del baño y me observaba con sus ojos oscuros.

—¿Seguro? —replicó Candy volviendo a atraer mi atención.

Ambas parecían dispuestas a volver a empezar. Lo pensé por un par de segundos, pero no sentí nada. Ni tan siquiera un resquicio del fuego que había avivado la pasión la noche anterior. Ambas eran preciosas, esculturales, de largas piernas, como a mí me gustaban. Ningún hombre en su sano juicio las rechazaría. Era un domingo frío, aunque la luz de la mañana entrara a raudales por la ventana. La idea de salir a correr por las calles de Manhattan y disfrutar de las primeras horas de la mañana, tal y como tenía pensado, me

resultaba mucho más tentadora que la expectativa de volver a meterme en la cama y hundirme en ellas.

—¿Os llamo un Uber? —pregunté—. Voy a vestirme para salir a correr.

Me lavé la cara y me sequé con la toalla de mano.

—¿A correr? —preguntó Addison hablando por primera vez. No recordaba el timbre de su voz, me pareció que no encajaba con su rostro y recordé que eso mismo había pensado en el local de copas en el que las había conocido—. ¿Te afeitas antes de salir a correr? ¿En vez de hacerlo después de volver y ducharte? ¿Eso no es poco ortodoxo?

—Suelo salir de casa recién afeitado, independientemente de lo que haga fuera —expuse a modo de respuesta.

—Esa es toda una declaración —aceptó la morena.

Candy no replicó. Simplemente dio un paso atrás, apartándose de mi cuerpo y dándome algo de espacio. Chica lista.

Limpié la cuchilla de afeitar y la dejé perfectamente colocada en una esquina del lavabo para que se secara.

—Señoras, si me lo permiten, ahora voy a vestirme —respondí saliendo del cuarto de baño.

Capítulo 2

Un pequeño tropiezo

Beth

Caminé tirando de mis maletas con determinación. Era un trabajo bastante pesado. Llevaba un abrigo de paño azul marino y una bufanda blanca, pero empezaba a sobrarme todo. El esfuerzo me hacía entrar en calor. Me estaba costando mucho mover esas tres maletas a la vez. Paré y me desenrollé la bufanda, dejando que mi larga melena rubia cayera desordenada por mis hombros y mi espalda.

Bufé. Pensaba que la llegada a Nueva York sería cálida en muchos aspectos. Algo que definitivamente necesitaba. Al menos, en eso habían insistido mis padres, y yo había llegado a la conclusión de que tenían razón. Pero los diez grados de esa mañana de domingo no me parecieron en absoluto cálidos o acogedores, sino todo lo contrario. No eran ni las diez. Las calles no estaban abarrotadas y había cierta calma en la Gran Manzana. Se notaba que era domingo y que la gente aprovechaba para descansar. Mi vuelo desde Alabama había llegado a las ocho y media. No había tardado mucho en salir del aeropuerto. Eran las nueve y veinte cuando dejamos atrás Queens y mi taxi cruzó el East River por el Queensboro Bridge. En aquel momento, me pareció que el *skyline* de Nueva York era sencillamente precioso. Supuse que no había un solo foráneo capaz de resistirse a su belleza. La imagen de la ciudad que se dibujaba delante de nosotros era impresionante. Cientos de edificios arañaban las nubes. El gris se mezclaba con reflejos plateados sobre los cristales de las torres, con el acero oscuro de los rascacielos y con los tonos *beige* y marrón de los edificios más antiguos. En el cielo el azul era intenso y la estampa la completaba el río a sus pies. Una imagen tan cinematográfica que había sido

impresa en postales, fotografías, anuncios y películas. Nueva York era un lugar perfecto para volver a empezar.

Bajé un poco la ventanilla solo para tratar de captar mejor los detalles del paisaje urbano más allá del río y el aire frío se coló en el taxi. Volví a subirla rápidamente. Manhattan era hermosa, pero helada. Cerré antes de que el taxista me dijera algo. Había carraspeado. Eso me bastó para entender que le había parecido mala idea que bajara la ventana en medio del puente.

Al acercarnos a Central Park no pude evitar pedirle que parara el taxi. Había sido un impulso. Mi destino era la 60th Street, pero me quedé un poco antes solo por el capricho de entrar en el parque. No era la primera vez que visitaba la ciudad, había ido en anteriores ocasiones, pero aquel seguía siendo mi lugar favorito. Me encantaba pasear por sus caminos, perderme en sus rincones. Necesitaba una dosis de algo que me gustara de verdad, después de tanto tiempo apática, así que me bajé allí con todo mi equipaje.

Pero, la realidad, una vez más, no resultó tan idílica como yo había soñado. En cuanto salí del vehículo comprobé de verdad el frío que hacía en Nueva York en esa mañana de marzo. Tiré de mi enorme maleta, y fui llevando las dos de mano que tenía hasta meterme en el parque. Me resultaba muy complicado moverme por el interior de Central Park, debido al suelo de tierra y al peso de los bultos. Até la bufanda al asa de una de las maletas y desplacé como pude mis maletas durante unos cien metros. Era una tarea complicada. La maleta más grande, que pesaba unos veinticinco kilos, se atrancaba. Pensé en lo ridículo que había sido haberme bajado allí en vez de ir hasta mi destino, que no estaba lejos. Serían unos diez minutos caminando desde el parque, una distancia cómoda para dar un paseo, pero bastante complicada si pretendía mover aquellas maletas. Debería haber ido al apartamento y haber dejado allí el equipaje primero, después habría tenido todo el tiempo del mundo para perderme en el pulmón de Nueva York. Pero no, había tomado la estúpida decisión de detener el taxi y bajarme con todo el equipaje para entrar en Central Park a primera hora. Solo para poder pasear por allí antes de que se llenara de turistas.

Bufé; aquello no era pasear, era pelearme con tres maletas, una de las cuales parecía imposible de mover. Estaba claro que era pesada y voluminosa, y que el suelo no ayudaba a su desplazamiento, pero aquello era demasiado. ¿Cómo era posible que no se moviera en absoluto?

—¿Qué demonios está pasando? —murmuré echando un vistazo a la maleta grande—. ¿Por qué te atrancas todo el tiempo?

Me agaché y comprobé que una de las ruedas se había estropeado. Estaba medio aplastada hacia un lado.

—¡No puede ser! —exclamé molesta—. Por supuesto, algo tenía que ir mal —añadí echándome a un lado la melena rubia para apartármela de la cara.

No pude evitar mirar el anillo de compromiso que todavía llevaba en mi mano izquierda. Oro blanco y un solitario. Un diamante exquisito en el que sabía que Brandon había gastado un buen importe. Recordaba lo feliz que me sentí cuando él me lo había puesto en el dedo el verano pasado. Entonces las imágenes de nuestra ruptura inundaron mi mente y cerré los ojos. No pensaba llorar. No recién aterrizada en Nueva York. No habían pasado ni dos meses desde que lo habíamos dejado. Eso no era nada, era normal que todavía me costara pensar en ello. Necesitaba tiempo para pasar página. Tenía que quitarme aquel anillo. Debí haberlo hecho el día en que descubrí lo que me estaba haciendo. Sin embargo, no había podido dejarlo atrás. Acaricié la piedra. Sí, necesitaba tiempo para desprenderme del pasado y poder quitármelo. De alguna forma, me había quedado paralizaba. Había dejado a Brandon, el compromiso se había roto y una tristeza enorme me había inundado, como si se me hubiera colado por debajo de la piel. De algún modo, quitarme aquel anillo era el último paso para dar portazo a la vida que había soñado con él. El fin de nuestro compromiso. No, todavía no podía quitármelo. Mi madre me había aconsejado con cariño que lo dejara en Birmingham, pero no había sido capaz. Simplemente no había podido hacerlo. Era algo ridículo, porque no podía cogerle el teléfono a Brandon. No podía hablar con él. Sin embargo, no era capaz de quitarme el anillo que representaba mi compromiso. El que él me había puesto en el dedo. Recordaba su sonrisa aquella tarde,

sus ojos cálidos y su cabello rubio perfectamente peinado. Representaba el sueño americano. Lo había amado tanto que sentía aquel amor inundado de tristeza pegado a mi pecho.

Ya no era una mujer comprometida, pero, de algún modo, me sentía todavía unida a Brandon. Había estado con él cuatro años. Había estado profundamente enamorada de él. Todavía lo quería en cierto modo, porque el amor no se va en un pestañeo. Aunque la decepción había sido tan inmensa que sencillamente no lo podía ver delante. No podía soportar que nadie me hablara de él. Pero no podía quitarme aquel anillo… ¡Qué irónico! Abrí y cerré la mano y tomé otra vez las maletas para arrastrarlas.

Avancé con dificultad por uno de los senderos secundarios que usan los corredores. Quería llegar hasta Literary Walk. A medida que me adentraba, la vegetación se volvía más densa, con árboles y arbustos cerrando el paso de la luz. No estaba segura de si había tomado el camino correcto, pero seguí arrastrando las tres maletas como pude. Entonces, la maleta grande se atascó una vez más. Volví la mirada atrás. Tiré con fuerza y giré la cabeza hacia delante. Antes de que pudiera darme cuenta, algo inmenso me arrolló.

Me caí hacia atrás, tropezando con las maletas, que también cayeron hacia los lados. Literalmente, me habían derribado.

—¡Por Dios! —me quejé, sintiendo un cuerpo enorme encima.

Un hombre de piel muy blanca, profundos ojos azules grisáceos y cabello negro estaba sobre mí. Su cuerpo era grande y cálido. Se sostuvo sobre sus brazos por un momento. Mientras que yo había quedado debajo de su cuerpo, acorralada entre ambos brazos. Mi cabello rubio se extendía sobre la grava mientras sus manos se sostenían sobre el pavimento. Nuestros cuerpos hacían pleno contacto. Sentí sus piernas fuertes y sus caderas. Me di cuenta de que llevaba puestos unos pequeños auriculares. Algo debía de estar sonando en su cabeza en ese mismo instante.

Por un momento, pensé que se había caído sobre mí una de esas estatuas de los escritores que pretendía visitar. Un habitante pétreo de Literary Walk. No hablaba. Su mirada era distante, y sus facciones, igual que su cuerpo, enfundado en ropa ceñida de

corredor, podrían haber sido perfectamente esculpidos por un escultor. Era fuerte, vigoroso.

Me quedé sin aliento, arrollada en más de un sentido. Es lo que suele pasar cuando una estatua se cae encima de ti.

Cuando había decidido que definitivamente aquel desconocido estaba hecho de piedra, por el peso y el semblante impasible, parpadeó demostrando que era de carne y hueso. Unas espesas pestañas dieron vida a aquellos ojos brumosos que me miraron como si estuviera tratando de averiguar si aquello estaba ocurriendo de verdad o formaba parte de un sueño.

Yo también me lo pregunté.

Abrió la boca para hablar y no pude evitar deslizar mi mirada a sus labios. Era, seguramente, el rostro más perfecto que había visto en toda mi vida. Algo así, que rozaba tanto la perfección, debería estar prohibido.

—Perdona, te estoy aplastando —murmuró.

Su voz era profunda, masculina y, a pesar de haber proferido una disculpa, sonaba fuerte, con un punto distante.

—Hay peores escenarios para ser aplastada —respondí y, prácticamente, no me reconocí en aquella declaración.

Yo solía ser más tímida, más reservada, especialmente, con las personas con las que no tenía confianza. Pero, al fin y al cabo, su cuerpo estaba en pleno contacto con partes de mi cuerpo que no debían tocarse. Era un abrazo íntimo, supongo que por eso las palabras habían brotado libres.

La sorpresa cruzó su semblante como un relámpago. No llegó a sonreír, pero su rostro se relajó en cierta forma.

Capítulo 3

Modales sureños

Álvaro

Durante unos instantes, me quedé encima de ella. En mi cabeza sonaba *Heaven*, y la voz de Julia Michaels seguía deslizándose mientras mis ojos se llenaban al completo de aquella desconocida. Era el rostro más perfecto que había visto en mi vida. Rubia, de facciones delicadas, suaves, ojos azules… Pero no azules agrisados, como los míos, que estaban llenos de brumas y tormentas. No, los de ella eran claros como una mañana de verano. Sin una sola nube en el horizonte. Anhelé por un momento tener una mirada así. Poder sumergirme en algo tan claro, tan ligero.

Había sido un accidente tonto, porque a aquella chica no se le había ocurrido otra cosa mejor que meterse en la vía para corredores. Pero aquel choque había provocado que su cuerpo quedara debajo del mío. Tenía que quitarme de encima, era solo que, en aquel momento, aquella orden no salía de mi cerebro. Sentía que era casi antinatural retirarme, como si el hecho de que ella estuviera debajo de mí fuera la respuesta correcta.

Bajó su mirada a mis labios por un instante. No pude evitar hacer lo mismo. Eran naturales. Todo su rostro lo era: cero cirugía, ni un solo pinchazo. No lo necesitaba. Era preciosa, increíblemente preciosa, y muy joven, calculé que debía de tener unos veintidós o veintitrés años.

—Perdona, te estoy aplastando —me disculpé.

Me devolvió una mirada clara.

—Hay peores escenarios para ser aplastada —comentó.

Me sorprendió. En mis orejas seguía sonando *Heaven* y me pareció muy apropiado. Aquellos ojos tan inmensamente azules eran lo más increíble que había visto. Un cielo que no me importaría

arañar. No obstante, a mí el cielo me había sido negado hacía mucho tiempo, solía manejarme mejor en conductas más bien aceptadas por el dueño del trono del infierno. Su cuerpo era menudo, cálido. Deseé enredarme entre sus piernas. Bajar una mano a su muslo para subir su pierna y así hacerme un hueco allí. Y que hubiera menos ropa… Todos aquellos pensamientos, que no debían estar ahí, se amontonaron en mi estómago y en mi cabeza.

—Disculpa —reiteré y, como si tuviera que enfrentarme a un trabajo titánico al separarme de ella, me levanté y le di una mano para ayudarla a levantarse—. Déjame que te ayude.

Mientras ella se sacudía el abrigo azul oscuro no pude evitar observarla. Me quité los auriculares de los oídos y los guardé en un bolsillo con cremallera de mi chaqueta de correr.

—Estoy bien, no te preocupes —respondió mientras se apartaba el cabello de la cara y volvía a mirarme—. Ha sido un tropiezo tonto.

Sentí algo en el pecho cuando volvió a centrar su mirada en mí, y yo no sentía nada como norma. Aquella mirada tan increíblemente clara me hizo anhelar algo, pero todavía no sabía el qué. Lo que tenía claro era que quería que me siguiera mirando, que no retirara la mirada.

—Estás en uno de los carriles de corredores —le expliqué.

—¿En serio? —replicó sorprendida—. Perdóname, no me había dado cuenta.

Observé las maletas en el suelo. Me agaché y tiré del asa de la de mayor tamaño para apartarla. No fuera a venir otro corredor detrás. Ella hizo lo mismo con las otras dos. Observé que la maleta que yo había cogido no se movía bien y pesaba mucho. Demasiado para alguien tan menudo como ella.

—Se ha estropeado, no rueda bien —indicó.

—Ya veo. ¿Cómo has podido moverlas hasta aquí?

—Bueno, la grande se acaba de estropear, antes iba bien. Pero desplazarla por este suelo con tierra y grava me estaba costando bastante —aclaró—. He llegado esta mañana a Nueva York. Me ha dejado un taxi a unos cien metros, en la 59th, y mi destino es la 60th. Pensé que sería genial hacer un alto en el camino y echar un

vistazo a Central Park —explicó—. Fue una idea absurda. Quería aprovechar que es domingo a primera hora y no habría tanta gente por aquí. No pensé que me resultaría tan difícil mover las tres maletas. Ni mucho menos esperaba que la más grande se estropeara.

Miré su equipaje. La grande parecía absurdamente voluminosa para que ella, que era menuda, pudiera moverla sin esfuerzo. Quizás si no estuvieran las otras dos. Esas eran más manejables. Pero con la tercera la tarea se dificultaba y si le sumabas que una rueda se había estropeado, se tornaba en una tarea imposible. La había llenado a conciencia, porque pesaba más de veinte kilos, eso seguro.

—No ha sido una buena idea —determinó—. Quería llegar hasta Literary Walk, pero se ha convertido en una hazaña imposible.

—¿Estás solo hoy en Nueva York? —pregunté asumiendo que estaba de paso en las conexiones de un viaje y por eso cargaba con todo. Debería haber dejado las maletas en la consigna del aeropuerto.

—No —negó—. Acabo de llegar a Nueva York. Mañana empiezo en un nuevo trabajo aquí, en Manhattan.

—Bueno, pues te puedo asegurar que esas esculturas de piedra de los escritores seguirán en Central Park durante mucho tiempo. No tiene sentido que te lesiones arrastrando el equipaje solo para aprovechar y visitarlas antes de que se llene el parque —determiné —. Además, son cerca de las diez de la mañana y en breve se sumarán visitantes. Vuelve otro día, más temprano, para poder estar a solas con ellas, si eso es lo que buscas.

Sonrió, pero no era una sonrisa plena. Ese fue el momento exacto en que me di cuenta de que había cierta tristeza en sus ojos. No lo había apreciado hasta ese momento. Eran claros. En ellos no había tormentas, ni brumas. Pero, en aquel momento, había algo que impedía que llegara el cielo de forma completa a su mirada. Quise saber por qué. Era absurdo, no la conocía de nada, pero quería averiguar qué había provocado aquella mácula en su mirada.

—Tienes razón —decretó—. No voy a poder moverlas por el parque, menos ahora que se ha estropeado la grande. Mejor voy a

llevar las maletas al apartamento y volveré más tarde, aunque tenga que compartir el parque con el resto de los visitantes.

—Central Park siempre vas a tener que compartirlo. Es un poco de todos los neoyorquinos y, de alguna forma, también de todos los foráneos.

—Es mi lugar favorito de Nueva York —declaró—. Supongo que no soy muy original.

Una confesión y otra sonrisa, sin llegar a ser completa. Me pregunté qué lo impedía. Lo más extraño era aquella sensación que se agarraba a mi estómago, de querer saber más. Como si hubiera una serie de puertas que abrir y atravesar para descubrirla al completo. Algo que yo no iba a hacer en modo alguno porque éramos dos completos desconocidos. El hecho de despertar aquel anhelo era algo raro, sorprendente. A mí, en general, me daba igual lo que cada persona guardaba. Sus miedos, sus tormentos, sus monstruos… No quería averiguarlos ni descubrirlos. Yo ya tenía los míos propios. No me interesaban los de los demás. Era cero cotilla y nunca quería curiosear en la vida privada de las personas.

—Es un sitio fantástico como lugar favorito —tuve que aceptar sin desvelarle que también era uno de los míos.

Acercó su mano para coger el asa de la maleta grande que todavía sostenía yo. Era mucho más joven que yo que ya había cumplido los treinta y seis. Sujetó el asa de la maleta, pero yo no la solté. Su mano era pequeña y estaba fría. Sin embargo, el roce de su piel lanzó un relámpago a través de mi cuerpo. Tenía un punto de candidez, pero lo que se encendió en mi cuerpo en ese momento no tenía nada de cándido. Deseé verla desnuda. Simplemente para poder estudiar cómo eran las curvas de su cuerpo. Observarla, sin llegar a tocarla, sin una sola prenda de ropa encima. Una actividad con fines recreativos. Quería que me devolviera esa mirada sin tener ni un pedazo de tela tras el cual cubrirse y ver, en ese instante, qué había en sus ojos.

—Ya puedes dejarla —comentó trepando su mirada hasta mí. Ambos manteníamos la mano en el asa.

Sentí un deseo irracional. Algo absurdo. No era por ausencia de actividad sexual. Me había pasado cuatro horas teniendo sexo, esa

misma noche, con Candy y Addison. Ellas me habían hecho todo lo imaginable y yo se lo había hecho a ellas. No había habido ningún límite en el plano físico. Me había desfogado. Estaba saciado. Había sido un empacho de sexo, en realidad. Pero todo aquello no tenía nada que ver con el impulso irracional que aquella desconocida me despertaba. No sentí deseos de algo sucio y rápido. Mis pensamientos eran otros. Quería estudiar sus curvas. Ver sus piernas sin aquellos vaqueros.

—No podrás moverla —respondí y mi voz sonó más fría de lo que hubiera querido, contrastaba directamente con el latigazo que ella había despertado en mí.

—Bueno —replicó—. Hay cosas a las que he tenido que enfrentarme mucho peores que a tener que desplazar tres maletas en el trayecto de un par de calles, creo que lo lograré.

—Solo mover esta maleta por este suelo de grava y tierra ya será un esfuerzo. Más tener que llevar además las dos pequeñas.

Ninguno de los dos soltó el asa.

—Podré hacerlo.

—Te la llevo. Ya estaba terminando con mi carrera matutina.

Un ápice de orgullo se encendió en su mirada.

—Puedo hacerlo —contestó con cierta cabezonería.

—Puedes, seguramente lastimándote la espalda —concedí—. No es necesario que te esfuerces así. Yo te ayudo.

No la soltó. Parecía querer demostrar que no deseaba ayuda. Que se valía sola. Que ella podía hacerlo. Sin embargo, no cedí. Sentí deseos de protegerla de forma instintiva. Algo antiguo, animal, asentado en los genes que vienen directamente de nuestros antepasados. Un gesto pasado de moda, quizás: proveer, proteger, asegurar que ella estuviera a salvo.

—Es solo un gesto de amabilidad —repliqué también con obstinación—. Un gesto de galantería. ¿No quedan hombres que hagan estas cosas en el sur? Estoy siendo cortés.

La sorpresa cruzó su mirada.

—¿Cómo sabes que soy sureña?

Miré su rostro de facciones suaves, los ojos azules y el cabello rubio cálido: una imagen muy americana. Todo en ella estaba

cuidado. Iba impecable. El corte de su abrigo era clásico, y en las orejas lucía unos diamantes sencillos. Pero lo que más la delataba eran su elegancia innata… y aquel leve acento sureño.

—¿No lo eres?

—Sí —concedió—. De Birmingham, Alabama.

Su rostro se relajó.

—Bueno, déjame tener un gesto galante, aunque no esté al nivel de los modales del sur.

Me miró quizás valorando que yo no era ni americano como para hablar alegremente de las tradiciones del sur. Mis orígenes españoles no se revelaban tanto en mis ojos azules grisáceos, aunque los rasgos y el cabello denso negro ya podían dar alguna pista; lo que me delataba era mi acento. Muchos se despistaban y pensaban que era de otra parte de Estados Unidos, pero lo que estaba claro es que no era de Nueva York.

Soltó la maleta.

—Está bien —aceptó relajando el gesto—. Veamos qué puedes hacer.

No dije nada, porque todo lo que me apetecía enseñarle no tenía nada que ver con la galantería sureña.

—Por cierto, me llamo Beth.

—Yo soy Álvaro.

—Está bien, Álvaro, demuéstrame esa caballerosidad a la que tanto has hecho referencia. Te diré que más de un sureño ha resultado decepcionante.

Todas las cosas que se me pasaron por la mente que querían demostrarle era imposible que las reprodujera en voz alta, así que las omití y busqué una respuesta neutra.

—Muy bien. Te la llevo hasta tu destino final en la 60th. Apenas son un par de calles, no tardaremos nada.

Capítulo 4

El chico de Manhattan

Beth

—Es este portal —indiqué en cuanto llegamos.

—Bien —respondió sin soltar la maleta echando un vistazo al portal.

En el bajo de mi edificio había una cafetería. Decidí que desayunaría algo antes de subir.

—Gracias por tu ayuda —añadí—. Has sido muy amable trayendo la maleta hasta aquí. Menuda mala suerte que se me haya estropeado justo la más pesada.

Apenas habíamos hablado en el trayecto desde el parque. Mi salvador tenía razón: hacer aquel recorrido sola, con la maleta estropeada, habría sido una penitencia. Nuestros comentarios se habían reducido a un par de apreciaciones sobre el tráfico en general y sobre lo diferente que se percibía Manhattan un domingo por la mañana, cuando la ciudad por fin parecía haberse relajado un poco.

—No ha sido nada —respondió quitándole importancia.

—Déjame que te lo agradezca con un café —le propuse y él guio sus ojos hacia la fachada de la cafetería—. No he desayunado todavía, quizás puedas estirar un poco más tu galantería y acompañarme.

Mi eficaz escolta, que no era sureño en modo alguno, pero se había comportado con una cortesía muy adecuada, me miró dubitativo un instante. Finalmente, accedió.

—Gracias. Un café sería estupendo.

Entramos en el local. Era la típica cafetería con una campanilla en la puerta que tintineó alegremente a nuestro paso. El ambiente era cálido, compensando el frío de las calles de Manhattan. Me sentí

reconfortada allí dentro. Venía de hacer una larga travesía. Mucho mayor que lo que suponía el viaje en avión que había hecho esa mañana desde Alabama. Había avanzado mucho, sí, pero sentía que tan solo estaba al inicio y que me quedaba recorrido por delante. Había cosas que todavía no había podido digerir. Tenía aquella tristeza pegada a mi piel. Me había acompañado desde mi ciudad. Ya no era una nube constante, como hacía dos meses. Era más algo que iba y venía. Pero que, de algún modo, estaba allí y no me abandonaba del todo. Estaba decidida a encontrar la forma de deshacerme de ella. En algún momento lo lograría, todavía no sabía cómo, pero lo haría.

Observé unas mesas altas situadas cerca del inmenso ventanal por el que entraba el sol de marzo a raudales.

—¿Nos ponemos ahí?

—Bien —respondió.

Me dirigí hacia una de ellas. Quería un café con leche grande y muy caliente. Me lo merecía.

Me saqué el abrigo y me senté en uno de los taburetes, después de colocar a un lado de la mesa las maletas y mi abrigo perfectamente doblado sobre la grande.

Me fijé en mi acompañante. Al menos me sacaba unos diez años, si no más. Era impresionante. Se sentó en otro de los asientos, muy cerca de mí. No porque buscara proximidad, sino porque la disposición de aquellas mesas no dejaba mucho espacio. Así que, aunque apartó el taburete para sentarse, su pierna ceñida dentro del pantalón de deporte quedaba muy cerca de mis pantalones vaqueros rectos. No pude evitar que mi mirada viajara de sus piernas a su pecho ancho también ceñido por la ropa de deporte. Se había abierto un poco la chaqueta y asomaba la camiseta de correr. Ambas prendas oscuras estaban pensadas para aguantar el frío de Nueva York, pero no dejaban de ser ligeras y ergonómicas. No era neoyorquino, a pesar de que exudaba aquella ciudad por cada poro de su piel, como si llevara mucho tiempo adaptado al modo de vida de Manhattan. Sin embargo, me pareció demasiado directo preguntarle de dónde era. Era poco hablador y eso me resultó, en cierto modo, reconfortante.

Un camarero tomó la comanda y apuntó un par de cafés. El mío, grande y con leche. Además, yo pedí un cruasán a la plancha con mermelada y mantequilla.

—Parece un sitio agradable —comenté para entablar conversación.

Álvaro echó un vistazo a su alrededor con sus agrisados ojos azules. Sentí que inspeccionaba el local con cierta frialdad y me pregunté si sería así siempre, con todo.

—Sí. Está bien —aceptó, casi como si le diera la aprobación—. Pensé que era más amplio.

—¿Lo conocías?

—De pasar por delante en mis rutas.

Volvió sus ojos hacia mí. La mirada gris, imperturbable.

—¿Vives por aquí? —De repente quise saberlo.

—A unos quince minutos caminando. Cerca de Riverside Park.

Asentí, conocía la zona. Para un pueblo pequeño sería un paseo. En Nueva York, éramos prácticamente vecinos.

—No está lejos —comenté.

—No, no lo está. —Esa fue toda su respuesta.

Nos trajeron los cafés y el cruasán. Estiré la mantequilla y la mermelada mientras mi salvador revolvía el café con la cucharilla.

—¿Tuviste mucho tráfico desde el aeropuerto?

Me pareció algo así como comentar el tiempo con un vecino de tu bloque de viviendas en el ascensor. Podría haber preguntado a qué había venido a Nueva York, por ejemplo, pero había escogido una pregunta cuidadamente impersonal.

Bebí un poco de café. Corté un pedazo de mi cruasán y subí la mirada hacia él.

—No. Fue un viaje bastante ágil —comenté—. Pensé que tardaría más desde el aeropuerto, pero fue rápido. Mis dificultades para desplazarme comenzaron cuando esa maleta decidió que no me iba a acompañar hasta las pesadas estatuas de esos escritores inmortalizados en piedra.

—Ya —murmuró sin llegar a formar una sonrisa.

Comí un poco de mi desayuno.

Revolvió una vez más el café con su cucharilla y la depositó en el platillo. No hizo el menor gesto por coger la taza.

—¿No bebes? —pregunté.

—Tengo que ducharme —indicó por toda respuesta—. No me gusta hacerlo justo después de haber tomado algo.

Me sorprendió. Bueno, era normal que quisiera ducharse después de hacer deporte, pero…

—Pero has pedido un café…

Corté un nuevo pedazo y me lo llevé a la boca.

—Me has invitado —respondió como si esa fuera una explicación más que suficiente.

Tragué.

—¿Te parecía descortés no pedir nada?

—Algo así. —Se quedó en silencio—. No quería dejarte sola con tu desayuno.

Miré el cruasán a medio comer y mi taza de café. Rompí a reír. Dejé el tenedor y el cuchillo en el plato y seguí riendo. Me reí de verdad, por primera vez en mucho tiempo. Me llevé la mano a la boca para tratar de contener semejante ataque de risa. Yo estaba triste, en cierto modo continuaba muy triste, aunque trataba de seguir adelante. El hecho de que me riera era el mejor síntoma de salud que había tenido en dos meses navegando en una tristeza absoluta. Me reí hasta que se me saltaron las lágrimas.

Mi compañero de desayuno me miraba sin comprender. No podía culparlo. Cuanto más trataba de corregirme, más me reía. Allí estaba yo: perfectamente vestida de marca, con mis pendientes de diamantes y mi juego de maletas de Louis Vuitton. A mi lado un desconocido que vestía ropa de correr. Quien me había rescatado después de que yo lo hubiera atropellado. Una especie de galán de película de los años dorados de Hollywood que se había pedido un café por compromiso y no pensaba ni beberlo. Un gesto cortés, cuidado... Pensé en Brandon quien parecía un dechado de virtudes y que me había dejado plantada con una taza de café como aquella. Todavía recordaba mi propio café frío porque me había quedado esperándolo.

—Perdona, perdona —me excusé tratando de dejar de reír.

Negó con la cabeza.

—No pasa nada —murmuró, pero observó a una mujer que había dirigido una mirada hacia nosotros quizás preguntándose qué tenía tanta gracia.

Me tranquilicé y me limpié las lágrimas. Había llorado de la risa, ¿no era maravilloso? Observé aquellas lágrimas que habían mojado las puntas de mis dedos. ¡Llorado de risa! De risa, no de pena. Era todo un cambio. Quizás llegar a Nueva York había provocado en mi mundo un pequeño efecto mariposa, ¿hasta dónde podría llegar?

—Perdona, no tenía intención de romper a reír como una enajenada —declaré—. Pensarás que estoy loca.

Negó, pero se le veía algo incómodo. Frío, como si lo de manejar tanta explosión de emociones no fuera con él.

—No, qué va. No pienso nada.

—Es que vengo de pasar una época muy… —Me callé, ¿cómo describirlo?—. Muy sombría. He cruzado una larga travesía, por así decirlo. Creo que es el primer café que me tomo con compañía masculina desde hace casi dos meses. En el último me dejaron plantada y el café se quedó frío como ese —señalé—. Me ha parecido adorable que hayas pedido un café simplemente por compromiso y eso me ha traído algunos recuerdos.

—Divertidos, al parecer —declaró.

—No, en absoluto. Me río de lo ridículo que es comparar ambos días. A ti te ha parecido de mala educación dejarme sola con mi café y hay quien no ha tenido el menor miramiento en hacerlo, a pesar de quién era en mi vida en ese momento.

Me miró sin comprender y yo relajé la risa.

—Es simplemente una comparación absurda. En ella tú sales ganando, y eso que te conozco desde hace aproximadamente media hora —añadí.

Guardé silencio unos instantes y volví a coger mi taza de café entre las manos.

—Mi prometido me engañó —declaré, sintiéndome libre de decirlo en voz alta, lejos de mi casa, de mi ciudad, donde nadie podía juzgarme. Fue como si algo se hubiera roto y todo lo que había estado reteniéndome fluyera de golpe—. Habíamos quedado,

¿sabes? Para tomar algo. Lo estaba esperando con mi café y no quería empezar sin él, así que lo removía una y otra vez, igual que tú. Le di un montón de vueltas, pero él no aparecía. No llegó esa tarde, estaba… ocupado. Con mi mejor amiga. Todo un cliché, ¿no te parece?

—Sí, lo es —respondió con cautela.

—Me dejó allí plantada con él café mientras retozaba con la que ha sido mi mejor amiga desde el colegio. Supongo que se le hizo tarde o no sé, quizás se olvidó de que había quedado con su prometida. Lo he pensado muchas veces, ¿sabes? ¿Quién es tan imbécil de quedar con la chica con la que se está acostando a la misma hora que ha quedado con su novia? No sé, alguien con una mínima inteligencia no haría eso. No lo reconozco en una planificación tan burda.

Nos quedamos en silencio.

Aquel hombre de ojos azul grisáceos y mirada pétrea no me conocía de nada. En ciertos momentos parecía una de aquellas piedras que quería visitar en Literary Walk. Sin embargo, de alguna forma, me había sentido segura y había abierto de par en par mi corazón para que ese perfecto desconocido pudiera echar un ojo a mis miserias. Yo no era así. En Alabama solía guardar las apariencias, cumplir con los estándares. Los de mi familia, los de mi padre en particular… Me hacía feliz. Encajaba. Sin embargo, ahora había roto con todo aquello.

Levanté la mirada nuevamente hacia él. Me sorprendió la bruma de sus ojos grises.

—¿Por eso has venido a Nueva York?

Era la primera pregunta personal que me hacía. Bueno, yo acababa de resumirle mi vida. Al menos los últimos meses. Había expuesto mis vísceras, los pedazos de aquello que se había roto dentro de mí, y los había mostrado sobre la mesa, para que ambos pudiéramos observarlos entre las tazas del desayuno.

—Sí, supongo que esta ha sido la forma de buscar una salida. De volver a empezar.

Asintió con un gesto sereno.

—Nueva York es el lugar perfecto para volver a empezar.

—Pensé que nos casaríamos en un año —añadí mirándolo a los ojos—. Resultó que todo era una mentira. Le interesaba mi dinero. El inmenso patrimonio de mi familia —maticé—. Esa es la verdad. Así que, en realidad, yo no lo conocía en absoluto… Sabía que era ambicioso, pero no le encuentro el sentido a lo que ha hecho. ¿Por qué comprometerse conmigo? Su propia familia tiene una gran fortuna. No necesitaba más. No tenía que pedirme matrimonio tan solo porque yo pareciera la adecuada. Por tener una bonita boda con una tarta perfecta en el club al que nuestras familias asisten domingo tras domingo. —Guardé silencio—. Supongo que me veía en el rol de su esposa, pero lo que realmente deseaba era otra cosa.

—Lo lamento —dijo con precaución.

—Estarás alucinando —comenté—. Que una desconocida te suelte esto en la primera conversación es poco habitual. Supongo que no esperabas algo así cuando decidiste quedarte y no tomar ese café.

Esbozó una tenue sonrisa. No llegó a ser completa.

—No. La verdad es que no pensé que hacerle un desaire a un café desencadenara esta confesión.

Sonreí en respuesta. Mi sonrisa era más amplia que la suya, pero tampoco era completa. La mía, porque en mis ojos solía haber un velo intermitente de tristeza. La suya, porque en sus ojos había brumas y parte del frío que asolaba Manhattan.

—En mi día a día nunca lo hubiera hecho —confesé—. Jamás habría expuesto mis miserias así. Supongo que es la libertad que da hablar con un desconocido.

Lo miré.

—Bueno, si necesitas comentar alguna otra cuestión íntima más, no tengo inconveniente en escucharte —declaró.

Álvaro tocó la taza de café, pero no bebió.

—¿Te lo vas a beber? —pregunté.

Volvió a soltar la taza.

—No —determinó—. Menos ahora que está frío.

—Mira, un punto en común: yo también odio el café frío.

Dejó la taza. Miré su mano sobre el pantalón de correr. Pensé en Brandon, él jamás se hubiera sentado de esa guisa a tomar un

café. Aunque, para ser sinceros, él no saldría a correr por las calles. Lo consideraría poco elegante. Era curioso que no tuviera un estándar de exigencia tan elevado para otras cuestiones.

—Bueno, como tienes este sitio debajo de tu casa, te aseguras el tener siempre café caliente.

Asentí.

—Buen apunte.

Nos quedamos nuevamente en silencio.

—¿Te has venido por mucho tiempo?

—No lo sé. Me he venido a Nueva York sin billete de vuelta —confesé—. Tenía otros planes, trabajaba en la empresa de mis padres. Pero, debido a lo ocurrido, necesitaba poner distancia, no podía seguir en Birmingham. Así que mi padre me convenció de que viniera. Él me consiguió el trabajo. Rompí mi compromiso tan solo hace un par de meses y supongo que mis padres querían dejar de verme mal cada día por lo ocurrido. Veían positivo un cambio de aires y acepté. La idea era venirme a la Gran Manzana y comenzar de cero —añadí—. Dejar atrás lo que pasó, y la verdad es que no sé ni lo que me espera aquí —manifesté—. He aceptado el trabajo sin saber nada. Solo sé que es de lo mío y la empresa para la que trabajaré, pero no tuve ni la curiosidad de bichear. Lo consiguió mi padre y no sé, supongo que no he tenido ni ánimo para cotejar nada. Confío en él. Me conoce muy bien y sé que tiene buen criterio —declaré—. Es un puesto en una compañía de primera línea. Aunque, al parecer, voy a trabajar para un egocéntrico y rico heredero. Mi jefe es un tipo huraño. Pero supongo que, como es uno de esos magnates inaccesibles, en realidad no creo ni que lo vea en mi día a día.

La verdad era que no conocía en profundidad al tipo para el que iba a trabajar. Sí el posicionamiento de la empresa en el mercado: era un gigante. Mi padre había invertido en la compañía el año anterior y su intención era seguir invirtiendo. Él me había hablado de la oportunidad que representaba para mí y de lo bueno que sería venirme a Manhattan. Llegó un momento en que todo el ruido ambiente que me rodeaba en Alabama se me hizo insoportable

y necesité una salida. Cuando me di cuenta, estaba en el aeropuerto con tres maletas y un billete con destino a Nueva York.

—No parece la mejor descripción para un jefe.

Volví la mirada a sus ojos grises azulados y en ese momento no me pareció tan frío. Un perfecto desconocido al que le había soltado mis mayores miserias. Durante semanas me había negado a hablar del tema. Me había encerrado y no había querido ni recibir a mis amigas más cercanas. Sin embargo, allí estaba un tipo con el que me había tropezado casualmente, soltándole todo lo que tenía dentro en una gran muestra de incontinencia verbal. No era algo habitual en mí, pero supongo que todos necesitamos explotar en algún momento. Fue tal como si hubiera roto una presa y el agua hubiese salido llenando el espacio.

—Sí, es cierto —repliqué con una sonrisa templada—. Y, sin embargo, ya ves, de cabeza a trabajar con un tipo así. No pasa nada, sabré arreglármelas.

Me miró sin comprender.

—¿Por qué aceptaste un puesto así si no estabas convencida?

—Es un buen puesto. Es solo que… —Me quedé callada—. La perspectiva de venirme a Nueva York parecía una tabla de salvación. Justo lo que necesitaba. Eso fue lo único en lo que pensé. Sin embargo, ahora me planteo si será un trabajo para mí. Si he de ser sincera, ni tan siquiera me informé mucho sobre el tipo para el que voy a trabajar. Fue una de mis amigas quien me puso sobre aviso…

—¿Sobre aviso?

—Sí, fue ella quien buscó información sobre él, quien me advirtió que es un obseso del trabajo. Un tipo controlador. Un solitario y rico egocéntrico. Pero en realidad da igual. Estoy segura de que no es alguien con quien vaya a trabajar codo con codo en el día a día.

No dijo nada.

De repente, mi teléfono sonó. Era mi madre.

—Es mi madre. Tendría que haberla llamado hace rato —comenté mirando el móvil—. Estará preocupada por si el vuelo llegó bien.

Álvaro asintió.

—Respóndele. Yo me voy ya, salvo que quieras que te ayude a subir las maletas.

—No, qué va —negué con un gesto—. Se lo pediré al portero. Tiene que darme mis llaves, así que hablaré con él y me ayudará.

El teléfono volvió a sonar.

Lo cogí.

—Un momento, mamá. Te llamo en dos minutos.

Mi madre se despidió brevemente y colgué el teléfono.

Álvaro se puso de pie.

—¿Puedes darme tu número? —pregunté en un impulso antes de que se fuera.

El hombre de piedra me miró extrañado.

—¿Mi teléfono?

—Solo por si acaso… Por si se me rompe otra rueda de la maleta. No tengo ningún familiar ni conocido en la ciudad.

Lo pensó un momento y asintió con un gesto comedido.

—Claro —respondió cogiendo el móvil que había puesto en sus manos. Tecleó el número y le dio a marcar, volviendo a colgar al momento—. Llámame siempre que se te rompa una rueda de la maleta.

Sonreí volviendo a coger el móvil que él me había devuelto. Nuestros dedos se rozaron apenas un segundo. Me sorprendió la calidez de su piel, yo siempre tenía las manos frías.

—Me lo voy a guardar como Álvaro, el chico de Manhattan —comenté—. Si pongo solo Álvaro, no estaré segura de si es tu número, pero con esa descripción no habrá duda. Sabré quién eres, por si vuelvo a necesitar tu ayuda.

Levantó una ceja mientras volvía a subirse la cremallera de la chaqueta.

—¿El *chico* de Manhattan? Nunca me habría imaginado un apelativo que pegara menos conmigo —comentó.

Observé su cuerpo trabajado, puro orgullo neoyorquino, aunque claramente no era de allí. Su cabello negro, su rostro arrollador, frío, atractivo, pero como lo es una pieza de museo. Sus ojos azules agrisados, profundos en ocasiones. Sí, puede que la palabra «chico» se le quedara pequeña, diminuta, con un punto

infantil para alguien como él: grande, alto, fuerte, todo un hombre. Y aun así… Había sido gentil, se había quedado a tomar café sin tomarlo, me había escuchado y era, sin lugar a dudas, el *chico* de Manhattan que me había ayudado y escuchado nada más llegar a la ciudad. Todo aquello revestía tanta frialdad de un punto de ternura.

—Yo creo que te va como anillo al dedo —reafirmé.

—Ni siquiera soy de aquí.

—Ya lo he supuesto —respondí—. La verdad es que no te he dejado contarme nada. No sé nada de tu vida. Solo me he dedicado a hablar y hablar.

Hizo un gesto quitándole importancia.

—No te preocupes. De todas formas, no soy de los que hablan de forma abierta.

—Con un desconocido es más fácil —declaré—. En casa yo también me mostraba bastante hermética, sin embargo, mírame hoy: te he soltado todas mis miserias en el tiempo que dura un café.

—Me ha gustado escucharte —contestó con una mirada críptica.

—No sé si es cierto, pero gracias de todas formas.

Se detuvo unos segundos antes de volver a hablar.

—Gracias a ti por el café. Espero que todo te vaya genial en Nueva York.

Miré el café frío.

—Querrás decir por el no café.

Esbozó una sonrisa.

—Exacto, por el no café.

—Gracias de nuevo, y siento haberme interpuesto en tu camino y haberte avasallado con mi incontinencia verbal.

Negó con la cabeza y esta vez su sonrisa fue más franca.

—No lo sientas. Me ha gustado, ambas cosas.

—Si algún día te apetece hablar a ti y, no sé, contarle tus problemas y preocupaciones a una auténtica desconocida, tienes mi número.

Asintió.

—Y tú el mío por si otra rueda se estropea.

—Exacto.

Se despidió con un gesto y vi como salía por la puerta el chico de Manhattan.

Capítulo 5

La chica con el corazón roto

Álvaro

Estaba concentrado en mi despacho, en absoluto silencio. Últimamente sentía mucha presión, más de la habitual. Revisaba los datos en mi ordenador y no me gustaba nada lo que estaba viendo. Habíamos hecho unas inversiones en Dubái que estaban teniendo muchos problemas. Literalmente habíamos enterrado grandes sumas de dinero en un complejo hotelero, pero el proyecto se había estancado por cuestiones burocráticas. Parecía embarrado, como si no hubiera forma de que aquello arrancara. Había algunas aprobaciones pendientes de autoridades urbanísticas, pero también problemas con los contratistas locales… Habíamos comprado el terreno, invirtiendo mucho dinero, y estábamos en plena construcción del complejo hotelero. El informe que tenía delante era desolador: planteaba un escenario de semanas de retraso. Eso podría suponer millones perdidos si no se revertía la situación.

Recordé a Candela negándose en redondo a aquella inversión. Para mi hermana había demasiado riesgo. Era cierto, sí, pero también había recompensa. Siempre me había gustado esa adrenalina del riesgo y beneficio, aunque quizás esta vez había ido muy lejos. Necesitaba hablar con alguien. La primera persona que vino a mi mente fue Beca, mi otra hermana. Hablar con ella siempre me ayudaba. Era mi punto de apoyo, aunque, en realidad, solo me serviría para desahogarme. En cuanto a decisiones de la empresa, Beca siempre había querido estar al margen.

Ella era un torbellino de energía, pura bondad. Su cuerpo era menudo, pero cada pedazo estaba lleno de luz y cosas bonitas. No tenía ni idea del sector inmobiliario, ni nunca había querido saber. Tenía su parte en la empresa y percibía los dividendos, pero no

asumía responsabilidad en las decisiones corporativas. Aun así, había una responsabilidad para con ella. No podíamos perder su parte. La de ninguno de los tres: aquel era el legado de nuestros padres.

Últimamente había dado entrada a muchos inversores. Necesitábamos capital para todo lo que ambicionaba para el *holding*. Candela, siempre perfecta y eficaz, había trabajado mucho, tanto como yo. Era muy parecida a mí en ese sentido. Se había centrado en trabajar, trabajar y trabajar… El imperio se había mantenido y crecido en gran parte gracias a ella. Ambos nos habíamos dejado la piel. En cuanto a la vida personal, la habíamos llenado de aquel intenso trabajo. Menos mal que teníamos a Beca. Era la única de los tres que tenía un verdadero corazón. La única que se permitía mostrarse vulnerable y no había antepuesto el trabajo a todo lo demás.

Volví a centrarme en el informe y pensé en mi padre. Todavía recordaba algunas conversaciones con él sobre el sector. Él y mi madre habían levantado aquella empresa. Era su sueño. Habían cogido el dinero de la herencia de mis abuelos, que se lo habían pasado en vida, para poner las piedras de un imperio. Lo que ellos no sabían es que morirían demasiado jóvenes; que cumplirían su sueño, pero no tendrían años para ver cómo evolucionaba. Candela, Beca y yo nos habíamos quedado solos y habíamos tenido que aprender a lidiar con aquella orfandad. Por nuestra parte, tanto Candela como yo habíamos tomado el relevo de nuestros padres en la empresa. Habíamos mantenido su nombre, su puesto en el sector, y habíamos extendido las alas. Sí, quizás yo había hecho más. Simplemente porque necesitaba mantener en pie lo que ellos habían construido. Necesitaba que siguiera vivo. Sostenerlo, extenderlo. Hacerlo un pequeño gigante. Esto no solo era una fría empresa de gestión de inmuebles. Un inmenso bebé al que habíamos alimentado hasta verlo crecer desmesuradamente. Era mucho más: nuestro cordón umbilical. Lo que nos unía entre nosotros y a nuestros padres. La manera de mantener vivo su recuerdo.

Esa empresa era todo lo que yo tenía. El motivo para estar allí, en Nueva York. Supongo que aquella necesidad de que la compañía siguiera creciendo, a pesar de ser ya un gran imperio, escondía

algún trauma no resuelto, pero todavía no sabía cuál. Nunca me permitía detenerme demasiado para pensar en la pérdida. No era un tipo sentimental. Prefería centrarme en trabajar, seguir hacia delante y no detenerme. La maquinaria no debía parar.

Miré aquella pantalla con frustración.

—Alguien tendrá que coger un avión a Dubái y solucionar esto —murmuré ponderando la situación.

Justo en ese momento, Susan asomó por la puerta de mi despacho. Toda la planta estaba llena de paredes de cristal, con partes traslúcidas. Me gustaban las oficinas así, con espacios amplios y mucha luz. Modernas. No quería un despacho aislado con paredes cerradas donde la gente no tuvieran acceso los unos a los otros. Me gustaba que las personas pudieran conectar mientras trabajaban.

—¿Quién va a tener que coger un avión a Dubái? —preguntó caminando hacia mi mesa con confianza.

Susan era mi secretaria personal y mano derecha. Secretaria de alta dirección. Era una mujer muy inteligente. Me sacaba unos diez años. Tenía ya los cuarenta y seis, pero mucha gente pensaba que rondaba los cuarenta sin llegar a cumplirlos. Era muy alta. Esbelta, de largas piernas. Cabello corto rubio perfectamente peinado y ojos color miel. Atractiva y sofisticada. La típica belleza que no pasa desapercibida. Los hombres se volvían para mirarla. Más de una mujer también. Lo más interesante de Susan era su cabeza. Era brillante. No solo era mi secretaria personal; era mi mano derecha y mi mayor ayuda. La persona en la que más confiaba en toda la empresa. Ella tenía una claridad en los negocios y una visión analítica que poca gente llegaba a alcanzar.

—Todavía no lo he decidido, pero creo que alguien tendrá que ir hasta allá y trabajar sobre el terreno. ¿Te ofreces voluntaria?

—No me pagas tanto como para hacer un viaje hasta tan lejos solo para sumergirme en un sinfín de discusiones —replicó con una sonrisa cálida.

—Ya…

Susan se acercó y echó un vistazo a la pantalla por encima de mi hombro. La situación era desalentadora.

—Se han complicado las cosas, ¿eh?

—Un poco, sí, por así decirlo —respondí con sorna.

—¿Tienes un coste aproximado de lo que estamos asumiendo por estos retrasos?

Susan siempre hablaba como si ella también formara parte del *holding*, y en cierto modo era así.

—Por supuesto, calculado al céntimo. La pérdida diaria es sangrante.

Abrí un documento y la dejé bichear.

—Pues sí que va mal la cosa —rumió.

—Desde luego, no podemos permitirnos que la situación se alargue demasiado —declaré moviendo la cabeza delante del ordenador.

—Lo solucionarás —indicó Susan serpenteando su mirada por los cálculos.

—¿Cómo? —inquirí.

—Eso todavía no lo sé, pero ya encontrarás la forma. Siempre lo haces.

—Me gusta tu optimismo —repliqué con guasa.

—Mi optimismo es un pilar esencial en esta empresa —indicó con una sonrisa que delataba todo lo que había cargado.

Susan era lo más cercano a una familia que podía tener en Nueva York. Aun así, su apoyo y calor siempre se habían centrado en el ámbito laboral. Ella sabía cómo era: cero contacto, cero sentimentalismo. Pero, a su manera, había sabido mantenerse a mi lado, aprendiendo a conocerme. Sí, ella era mi bastión en aquella ciudad.

—Bueno, vengo a avisarte de que la chica ya está aquí. ¿Le digo que pase? —preguntó apartando su mirada de la pantalla.

—¿Qué chica? —pregunté sin entender.

—La hija de Thomas Harrington.

—¿Venía hoy? No lo recordaba —confesé.

—Pues está ahí fuera. ¿No has visto la agenda?

Abrí la agenda digital y vi el aviso en las 9:30 h: «Reunión hija TH».

Susan miró por encima de mi hombro.

—La anotación está justo ahí —señaló con humor.

—Estaba centrado en lo de Dubái —comenté haciendo un gesto hacia la pantalla—. Además, solo he visto los avisos en diagonal sin pararme demasiado.

Susan bufó con sorna.

—Pues tienes tres avisos de reunión o Teams hoy.

—Por eso, no les presto excesiva atención. Me paso el día de reunión en reunión.

—Bueno, ¿la hago pasar? —quiso saber en su faceta más práctica.

Dudé, no había visto nada sobre ella. No recordaba que tenía que entrevistarla. No sabía ni qué preguntarle.

—¿Y su currículum? —pregunté.

—Te lo envié el viernes por la tarde.

Vi el correo pendiente. Durante el fin de semana había estado trabajando, pero ese *email* no lo había tocado. Había ido abriendo lo importante, todavía tenía sesenta correos pendientes de apertura.

—¿Has estado vago este fin de semana? —inquirió con una pequeña pulla.

—No me vaciles que bien sabes que he estado trabajando.

—Al parecer, no lo suficiente. —Dejó un dosier encima de la mesa—. Te lo he impreso. No sé por qué algo me decía que no le habrías hecho ni caso a mi correo.

—Gracias, Susan, eres la mejor.

—Me quedaré en la entrevista para que no se note que no tienes ni el menor interés en su contratación.

Esbocé una sonrisa mientras cogía el currículum entre mis manos.

—Te recuerdo que yo no suelo encargarme de la gestión de recursos humanos.

—Menos mal —respondió mientras caminaba hacia la entrada —. Pero esta entrevista no es normal. Colocar a esta chica es un favor, no lo olvides. Es la hija de Thomas Harrington. Solo por ese detalle su contratación no debería habérsete pasado por alto.

Asentí.

—No hace falta que me lo recuerdes. Eso es precisamente lo que no me gusta. No soporto las imposiciones. —Abrí el dosier—.

Además, ¿qué puesto me habías sugerido?

—*Brand and social media manager*[1]. Se encargará de la presencia digital y del análisis del *engagement*. Definirá la estrategia de marca, impulsará la visibilidad y el posicionamiento en redes, coordinará campañas con agencias… —expuso.

—Redes sociales… —murmuré.

—Sí, redes sociales. Son necesarias, Álvaro. Lo sabes.

Moví la cabeza negativamente. No me interesaba nada de eso. Todo el tema del posicionamiento en redes me aburría. El único posicionamiento que me interesaba era el que teníamos en la bolsa.

—Tiene un expediente académico espectacular. Estudió en Vanderbilt University, en Tennessee.

—¡Expediente académico! —bufé—. No me hables de expedientes académicos. Tengo treinta y seis años, hace mucho que dejé atrás la universidad.

—Bueno, pero ella no, así que analizar su expediente académico es parte de la entrevista. Tiene veinticuatro años.

Levanté la cabeza y miré a Susan.

—¿Es tan joven?

—Sí. Es justo lo que necesitamos: alguien joven que entienda la importancia de la presencia en redes y se maneje en ellas con soltura.

Bajé nuevamente la cabeza y eché un vistazo a lo que estaba escrito en el currículum.

—Experiencia en las redes sociales universitarias —revisé—. Después entró a trabajar con su padre.

Pensé en Thomas Harrington, inversionista y empresario de bienes raíces y *holdings*, como yo. Propietario y socio mayoritario de varias empresas de desarrollo inmobiliario en Alabama y en otros puntos del sur de EE. UU. Había sido un inversor clave durante el último año y me había impuesto, por decirlo de alguna forma, la contratación de su hija. Thomas Harrington había inyectado liquidez justo cuando la necesitábamos. Había sido un balón de oxígeno, pero a mí no me gustaba que me impusieran nada. Normalmente el que hacía las imposiciones era yo.

No me sentía cómodo con aquella contratación, pero me lo había pedido como un favor personal. Lo habíamos hablado hacía unas semanas, la última vez que estuvo en Nueva York. ¿Qué me había dicho sobre su hija...? Algo como que estaba pasando un momento personal difícil y le venía bien salir durante un tiempo de Alabama. Recuerdo que la petición me había molestado. ¿Se pensaba que mi empresa era una ONG? No quería a nadie que estuviera de paso, una contratación forzada. Allí la gente entraba por méritos y tenía que trabajar muy duro. No soportaba los enchufes, la gente que no se entregaba, el trabajo mediocre. ¿Por qué tenía que tener en mi empresa a una persona que no me interesaba? Además, me había pedido que me asegurara personalmente de que estuviera bien. Lo había mirado impasible. ¿Acaso Thomas Harrington no me conocía? Yo no era la niñera de nadie. No me interesaban sus asuntos familiares ni los motivos por los que su hija había tenido que exiliarse de Alabama.

—Relájate, Álvaro —me aconsejó Susan.

—Estoy relajado —rumié.

—Tanto como lo puede estar un bloque de hielo —comentó con una sonrisa en sus labios.

—Yo soy así —respondí con rictus serio.

—Bueno, pues disimula. No queremos que la chica salga corriendo en el primer contacto porque su jefe sea insoportable.

—Yo no voy a ser su jefe.

—No, cierto. Serás el jefe de su jefe —replicó con guasa.

—Ya…

—Tiene unas referencias increíbles.

—De su padre —respondí revisando los documentos.

—No me fastidies, Álvaro. Que tú también trabajas en una empresa familiar.

—Susan —fue lo único que dije cuando levanté una mirada helada hacia ella.

Se encogió de hombros.

—Mira, es una chica joven. No la asustes con tus ladridos, yo llevaré el peso de la entrevista. —No repliqué—. Además, tenemos que reforzar nuestra presencia en redes sociales. No podemos estar

a la vanguardia en todo y quedarnos atrás ahí. Hoy en día es esencial.

—Tenemos una excelente presencia digital.

—No en todos los frentes. Lo sabes —me riñó. Susan conocía mi aversión a las redes sociales. El resto de la presencia digital me parecía bien, pero todo el tema de las redes sociales me hastiaba—. En redes somos bastante básicos. Nos vendrá bien alguien con experiencia, que combine estrategia de marca, *marketing* digital y comunicación. Nos ayudará a posicionarnos mejor y a liderar.

—Por favor, no asocies la palabra «liderar» con un puesto que ha sido creado a dedo.

—Álvaro…

Dejé los papeles encima de la mesa.

—Que entre y acabemos con esto de una vez.

—No le ladres —volvió a advertirme antes de salir de mi despacho.

—Esa no es mi forma habitual de proceder.

—Tienes razón. Tú eres más del tipo «te voy a aplastar con mi mirada helada».

No di la réplica.

Se rio y salió por la puerta.

Leí un par de frases más y me fijé en su foto. Su cara me sonaba… La conocía de algo.

—Álvaro, ella es Elizabeth Harrington —declaró Susan—. Pasa, querida.

En el momento en que vi a aquella joven entrando en el despacho con Susan supe quién era. La vi caminar hasta una de las dos sillas que se ubicaban al otro lado de mi mesa de alta dirección. La miré con intensidad. ¿Ella era Elizabeth Harrington? Llevaba unos vaqueros de pata ancha, rectos, perfectos. Una americana negra, bajo la que asomaba una blusa de un suave tono crema. El cabello largo rubio claro, sedoso, perfecto. Sus ojos azules, claros. Con esa expresión que encerraba algo de nostalgia, ahora rota por la sorpresa: ¡era la chica de Central Park!

Tragué con cierta incomodidad. ¿La chica a la que había ayudado con la maleta era mi nueva empleada?

—Buenos días —murmuró.

—Buenos días —repliqué frío. Tratando de que ni un solo gesto delatara mi inquietud.

Era muy joven y muy hermosa, demasiado. Al instante noté que yo le resultaba familiar, aunque no sabía de qué. Trataba de ubicarme. No se había dado cuenta de que yo era el tipo que la había arrollado el día anterior en el parque. Rompí el contacto visual y fijé la mirada en su currículum.

Susan colocó una silla cerca de mí para dar comienzo a la entrevista. Me alegré de que estuviera a mi lado, me había quedado en blanco y eso no era algo habitual en mí.

Volví a levantar la mirada. Ella me la sostuvo. Sentí casi como electricidad emanando de su cuerpo hasta el mío. Nunca, jamás, había sentido algo así. Pero aquella chica, aquella niña… Había logrado que me quedara sin palabras.

Recordé lo que había dicho de mí. Lo que había comentado sobre el tipo con el que iba a trabajar: *egocéntrico y rico heredero. Mi jefe es un tipo huraño.* Pensé en las tres descripciones. Quizás… Era posible que desde la posición en la que se ubicaba ella pudiera verme así. En ese momento mi mente rechazó la idea. No quería que ella me viera así, en absoluto.

Entonces, recordó. Vi el momento exacto en que su mente consiguió ubicarme. Su rictus se endureció. Comprendí que estaba pensando en todo lo que me había contado. Todo lo que Elizabeth Harrington le había confesado a un desconocido mientras untaba de mermelada su cruasán. Hablaba con libertad porque pensaba que era alguien a quien no volvería a ver. Ahora ese desconocido era su jefe y sabía exactamente por qué había huido de Alabama.

Ella era la chica con el corazón roto con la que había estado hablando el día anterior.

Yo era su jefe. El egocéntrico y rico heredero, un tipo huraño.

El lunes se había quedado interesante.

Capítulo 6

Demasiado joven

Beth

—Bueno, Elizabeth, bienvenida a Nueva York, ¿qué tal ha ido el vuelo? —preguntó la rubia tratando de ser amable.

La miré, me había dicho su nombre. Sí, se llamaba Susan. Traté de concentrarme en lo que me había preguntado. Ellos conocían a mi padre. Estaba allí por un puro enchufe, no había más. Así había conseguido mi puesto. Supuse que eso me haría sentir incómoda. Pero ahora toda la incomodidad se centraba en otro motivo. En el hombre perfectamente trajeado, de intensa mirada gris azulada, que estaba sentado al otro lado de la mesa. No había dicho nada. Solo un «buenos días» desde que había entrado en su despacho.

El corazón se me había desatado en el momento exacto en que me di cuenta de qué lo conocía: él era *el chico de Manhattan*. Así había guardado su contacto en mi móvil. Traté de tranquilizarme. Debía ser profesional.

Busqué decir algo amable, sencillo.

—Ha sido un vuelo agradable —respondí—. Llegué ayer.

—¿Todo bien?

Volví la mirada a aquellos ojos grises. Recordé el momento en que su cuerpo me había arrollado, cómo se había quedado sobre mí más de lo necesario. La imagen de su cuerpo sobre el mío, de su rostro impasible, exactamente igual que ahora, regresó a mí con fuerza. Era un tipo muy testarudo. Se había empeñado en ayudarme con el equipaje. Debía reconocer que tenía razón: sin su ayuda no habría podido llevar las tres maletas, imposible teniendo en cuenta que a la de mayor tamaño se le había estropeado una rueda.

Había sido una especie de príncipe oscuro. Todo vestido de negro, con aquella ropa de correr, ergonómica, que no dejaba nada

a la imaginación. Un Batman con un punto asocial.

Vi como carraspeaba y se recolocaba en el asiento. Me había reconocido.

—Todo bien, gracias. Estoy ya prácticamente instalada —respondí con amabilidad.

—Estupendo —replicó Susan—. Bien, Elizabeth, vamos a echar un vistazo a tu currículum.

—Puedes llamarme Beth, todo el mundo me llama así.

—Estupendo, Beth.

Volví la mirada a mi jefe. No había dicho nada. Ni una sola palabra.

—Tu expediente académico es brillante —comentó la rubia—. Parece que aprovechaste bien tu paso por Vanderbilt. Combinaste ya allí tu formación con trabajo en las redes sociales universitarias, ¿no?

—Sí, así es. Me gusta estar activa y me involucré desde el principio en combinar mi trabajo con los estudios universitarios.

Mi jefe y exdesconocido protector oscuro guardaba silencio. Me miraba muy serio. Tenía una mano apoyada en su mentón y con un dedo tapaba parcialmente sus labios. No eran unos labios que debieran ser tapados. Al revés, su rostro era digno de ser exhibido. De hacer un busto para que los demás pudieran admirarlo, pero era tan frío… Quizás debería ser expuesto en una plaza en un lugar acostumbrado a las bajas temperaturas como San Petersburgo, por ejemplo.

—Veo que después de terminar tus estudios universitarios comenzaste a trabajar con tu padre —comentó Susan.

—Sí, gestionando las redes sociales y la presencia digital de sus empresas de construcción y gestión de inmuebles.

—Eres demasiado joven —expuso Álvaro hablando por primera vez.

Su voz sonó más fría de lo que recordaba. Su expresión era imperturbable. Me pregunté si de verdad estaría hecho de piedra. Recordé lo que Harper me había contado sobre él: era un egocéntrico y rico heredero. Un tipo huraño. Todo eso se lo había dicho a la cara, sin saber que estaba hablando de él. ¿Por qué no me había advertido Harper que era tan atractivo? Lo era tanto como frío.

Eso fue exactamente lo que pensé el día anterior, cuando había aterrizado directamente encima de mí.

Afilé la mirada. Puede que yo no estuviera hecha de piedra, pero lo que me había pasado en los últimos meses me había endurecido.

—Demasiado joven… ¿para qué exactamente?

Se movió incómodo y carraspeó. Bien, no era de piedra a pesar de lo que pudiera parecer.

Mi recién estrenado jefe dejó de sostenerme la mirada y la dirigió a los papeles que tenía delante. Un dosier fino; mi currículum, claro. ¿Cómo sintetizar todo lo que sabía en unas pocas frases? Mi edad era un punto en mi contra y había dejado bastante claro que no confiaba en mi contratación, solo por eso. Por algún motivo, me dolió, lo cual no dejaba de ser absurdo, ya que mi contratación era un hecho y aquella entrevista un mero formalismo. Volvió a subir la mirada. Gris, impertérrita. Estaba obligado a tenerme en aquella empresa.

Estaba claro lo que pensaba de mí: era la niña de papá a la que había tenido que contratar de forma obligatoria. La chica con la que se había tropezado, a la que le habían roto el corazón.

—Para este currículum —contestó por fin.

—Tengo veinticuatro años. Llevo trabajando en la empresa de mi padre dos años, desde que me gradué. —Hice una breve pausa —. Pero la realidad es que llevo trabajando con mi padre desde que tengo memoria. Él ya me llevaba a su despacho cuando yo tenía doce años. Desde pequeña siempre me ha hablado de adquisiciones inmobiliarias, de compras, ventas, inversión… Llevo mamando eso toda la vida. He sido oyente activa de las reuniones del Consejo de Administración de mi padre desde los catorce años. ¿Acaso tu padre no hacía lo mismo? —pregunté.

Mi jefe y Susan cruzaron una breve mirada.

—Háblanos de tus estudios y de por qué decidiste orientar tu carrera hacia el *branding* y redes sociales —comentó Susan salvando lo que al parecer era un momento incómodo para todos.

—Bueno, cuanto más conocía el trabajo de mi familia, más comprendía lo importante que era la imagen para la empresa: cómo

se proyecta, cómo se percibe por los demás… Así que me centré en estudiar Comunicación. Me interesaba centrarme en cómo construir una imagen pública, cómo hacer que una marca pueda resultar elegante, poderosa y confiable, cómo darle la forma adecuada para mostrar lo que queremos vender. —Hice una pausa—. Estuve muchos años escuchando, atenta a los detalles. Así que percibí desde muy joven los fallos y déficits. Me acostumbré a observar —repliqué mientras Álvaro tenía la mirada clavada en mí—. Comprendí lo importante que es la sensibilidad estética y la estrategia en este mundo.

—En el puesto que te hemos asignado —volvió a hablar Susan— esperamos que trabajes con estrategia de marca, *marketing* digital y comunicación. Tu responsable directo es Sebastián Ramírez. Te lo presentaré más tarde. Tiene un amplio bagaje y conocimiento de la empresa. Estoy segura de que encajarás perfectamente en el equipo. —Hizo una pausa, miró a Álvaro y volvió a mirarme a mí—. Creemos que es necesario fortalecer la marca. Estamos en un momento de muchísima presión financiera. Es importante atraer clientes e inversores nuevos que apuesten por el *holding*. Para ello creo necesario darle una vuelta a nuestra presencia digital y estratégica. ¿Cómo ves el desafío?

Asentí.

—Bien, a pesar de ser demasiado joven.

Capítulo 7

Elizabeth Harrington

Álvaro

Me quedé mirando la puerta por la que había salido Elizabeth Harrington más tiempo del necesario. Me había comportado como un cretino. ¿Por qué había hecho una apreciación así sobre su edad? Era lo menos profesional que había dicho en toda mi vida laboral. Jamás me había referido de esa forma a una empleada. Era su jefe, aunque técnicamente no iba a ser su superior, lo cual era un alivio. Ella no se vería obligada a trabajar cara a cara con la persona ante la que había expuesto todas sus debilidades, su vida.

Me levanté incómodo y me ajusté los gemelos y la chaqueta. Tenía una reunión en la sala principal. Abotoné mi americana y me observé brevemente en el reflejo del cristal de un cuadro modernista de gran tamaño que decoraba una de mis paredes: estaba bien, como siempre.

Apreté la mandíbula. Sabía que la gente me percibía como alguien frío. No me importaba: era cierto. Pero no era necesario que pensaran que era un imbécil…, un idiota que mira a los demás por encima del hombro. Pensé en los adjetivos que Elizabeth Harrington me había dedicado el día anterior, cuando todavía no me conocía: *un egocéntrico y rico heredero, un tipo huraño.* Podía comprender los tres calificativos. Había trabajado sin descanso desde que era un chaval, pero eso no tenía que saberlo todo el mundo. Lo que sí era público era que había heredado aquella empresa y era un hombre rico, así que sí, era un rico heredero. No era un tipo egocéntrico porque lo que me importaba en realidad era la empresa, no yo mismo como individuo. En cuanto a lo de tipo huraño… Quizás había descuidado mis encuentros sociales, confieso que me gusta la soledad. En todo caso, mi actitud durante la entrevista sí había sido

huraña. No podía culparla si aquellas ideas preconcebidas se asentaban en su cabeza.

Cogí mi móvil y mi iPad y me encaminé hacia la sala de juntas, que se ubicaba en la otra punta de la planta. Pasé por varias secciones. El espacio se repartía en una gran zona abierta, con mesas que compartían un espacio común, gente trabajando con móviles en la mano, auriculares, manos tecleando… Discutiendo, cerrando acuerdos, negociando adquisiciones. El tiempo volaba, y el tiempo era dinero en mi mundo.

Caminé pasando por varios departamentos que compartían el mismo espacio, divididos por zonas de trabajo. Los despachos principales eran independientes y, como el mío, tenían una gran parte de las paredes de cristal. Justo antes de llegar a la sala miré a la derecha, a uno de los despachos de cristal. Allí se encontraba la gente de *Marketing* y Redes. Ese era, por tanto, el nuevo espacio de trabajo de la chica Harrington. Eché un vistazo mientras caminaba. Estaba de pie hablando con Susan y con Sebastián Ramírez, que era nuestro *head of digital area and digital marketing*[2] y su superior. Era un buen tipo. Colombiano afincado en Nueva York desde la adolescencia. Muy cercano y muy trabajador. En su trabajo era el mejor, pero, según Susan, hacía falta alguien más joven, con más visión para la parte de redes. Por ello, consideraba que la contratación de Elizabeth Harrington más que una obligación, había sido una suerte. Una oportunidad.

Lo mío eran las adquisiciones, los inmuebles, manejar el mercado. El tema de las redes me era completamente ajeno. Nunca me había interesado. Por otro lado, Susan tenía ojo clínico y no solía equivocarse: si ella decía que había que renovarse en el tema de las redes, es que había que hacerlo. No había discusión.

Elizabeth se rio de algo que había dicho Sebastián. Justo en ese momento cambió el rumbo de su mirada de forma casual y la cruzó con la mía, que estaba caminando hacia la sala de juntas. Su sonrisa desapareció, ¿por qué? Prefería verla sonreír. Ella, que me había contado sin ningún pudor sus intimidades el día anterior, que me había sonreído abiertamente, ahora se ponía seria cuando sus

ojos se encontraban con los míos. Ninguno de los dos apartó la mirada por unos instantes. El tumulto de personas que trabajaban en la planta era considerable, ese era el sonido ambiente de todos los días en BAC USA Real Estate, y ni así dejamos de mirarnos.

—Álvaro, tenemos a Berlín en línea —comentó Liam abordándome en la entrada de la sala de juntas a la que me dirigía.

Liam era mi persona de confianza. Su puesto era de *financial controller*[3] y siempre necesitaba tenerlo todo bajo control, haciendo honor a su desempeño.

—Bien, vamos allá —respondí sin poder apartar la mirada de la chica Harrington.

—¿Volarás a Alemania esta semana?

—No lo creo.

—Pues alguien tiene que ir. Hay varias reuniones de gran trascendencia y no parece una buena idea hacerlas todas a distancia. Nos estamos jugando mucho.

—¿Me estás hablando en serio, Liam?

Elizabeth continuaba escuchando lo que Sebastián le explicaba.

—Eso parece. ¿Qué estás mirando? —preguntó, interesado, tratando de seguir el camino de mis ojos.

Rompí el contacto visual y fijé la mirada en Liam, pero este ya había buscado qué había diferente para que yo mirara hacia el despacho de la gente de *Marketing* y Redes.

—Nada —me apresuré a responder.

—Presupongo que con «nada» no te refieres a Sebastián, así que asumiré que es a la rubia. ¿Quién es?

Tragué.

—Elizabeth Harrington.

Vi rápidamente la mirada de depredador de Liam.

—Es espectacular.

—Ni te lo imagines —lo corté con frialdad.

Liam, que de tonto no tenía un pelo, me miró con cierta sorpresa. En la empresa trabajaban mujeres guapísimas, interesantes, hermosas, pero nunca había mirado a una más que a otra. Las trabajadoras eran intocables para mí. Jamás traspasaría la

línea en ese sentido. Sabía que algunos trabajadores habían tenido algún escarceo. El *holding* tenía un número elevado de empleados, pero no había ninguna norma al respecto. No impedía que, si alguien quería iniciar una relación lo hiciera, siempre que no hubiera un rol de superioridad que provocara que una de las dos personas se sintiera en una posición incómoda.

—¿Te interesa?

Miré a la sala de juntas donde uno de los auxiliares estaba de pie hablando con Berlín, mientras varias personas permanecían sentadas alrededor de la mesa escuchando con atención.

—Es la hija de Thomas Harrington.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Sí, y ahora vamos a la conferencia. Tenemos una mañana complicada. Después de terminar con Berlín tenemos que un Teams con Dubái.

Justo antes de entrar en la sala de juntas detrás de Liam eché un último vistazo a Elizabeth, que ya no me estaba mirando.

Capítulo 8

Una entrevista accidentada

Beth

Álvaro rompió el contacto visual conmigo y se adentró en una sala de reuniones con otro de los ejecutivos. La suya no era una mirada fácil de mantener, sin embargo, tenía algo que me hacía buscarlo de forma orgánica.

Traté de olvidar la entrevista que había tenido con él y con Susan y el hecho de que él era el chico que había aterrizado encima de mi cuerpo el día anterior, el que había insistido en llevar mi maleta rota y a quien había acabado contándole los pormenores más vergonzosos de mi ruptura.

Procuré obviar todo eso y centrarme en escuchar a Sebastián. Estuve hablando con él de lo que esperaba de mí. Del puesto que me habían creado. Estaba claro que no lo iban a decir así, pero era la realidad. Sin embargo, tanto Susan como Sebastián sabían que BAC USA Real Estate necesitaba una renovación a nivel redes. Esa era mi especialidad, así que me pondría manos a la obra.

Durante la mañana, me dediqué a una primera toma de contacto. Estuve bastante rato con Sebastián. Después conocí a Zac Smith quien también compartía despacho con nosotros, solo que a primera hora estaba fuera en una visita con un proveedor. Era un joven de Savannah, Georgia. Rubio como el sol, con una gran sonrisa y los ojos de un azul más intenso que los míos. Tenía tres años más que yo y eso nos acercaba en cierto modo. Zac era la mano derecha de Sebastián. Conecté con él desde el primer momento.

Me invitó a acompañarlo a comer algo a la hora de la comida. Sebastián solía comer con su marido, que trabajaba muy cerca. Acepté su invitación y ese fue mi pequeño ritual durante los

primeros días: trabajar con Sebastián y Zac y bajar a comer algo con este durante el descanso del almuerzo. Normalmente cogíamos un sándwich o unas ensaladas y nos íbamos a uno de los parques cercanos. Nos sentábamos en la hierba a tomar el almuerzo y hablábamos.

Lo que más me gustaba de Zac era que se mostraba muy extrovertido. Hablaba muchísimo y le encantaba el mundo de las redes sociales y el *marketing*. Estaba al día de todo y me contaba desde cotilleos del famoseo hasta cómo iba la bolsa. Me vino bien tenerlo como compañero, ya que él siempre me sacaba una sonrisa. Venía de una época de zozobra; la idea de poder relajarme mientras me sentaba con Zac a comer sándwiches resultó de lo más reconfortante.

El jueves al mediodía estaba sola en el despacho. Sebastián ya había bajado a comer con su marido y Zac había ido un momento al baño antes de que nosotros también saliéramos a almorzar. Estaba de pie, con el bolso ya colgado del brazo, bicheando en mi móvil. Mientras esperaba, aproveché para contestar unos mensajes de Harper. Quería saber cómo me iba el día. Desde que había aterrizado el domingo, tanto mis padres como Harper me habían escrito con bastante asiduidad. Ella me contaba una anécdota de su trabajo para sacarme una sonrisa. Iba a contestarle cuando escuché su voz.

—Elizabeth.

La sonrisa desapareció de mis labios y un peso se asentó en mi estómago.

Álvaro estaba de pie en la puerta de mi despacho, del despacho de *Marketing* y Redes. Estaba impoluto con un traje hecho a medida. La corbata, perfectamente colocada, y su iPad en la mano. El conjunto era devastador. Pocas veces había visto a alguien tan atractivo. Atractivo tipo inaccesible, algo así como un modelo o actor. Gritaba éxito por todos los poros de su piel. Nadie diría que llevaba horas trabajando, estaba perfecto. Solo su mirada mostraba que había algo de crispación y cansancio, como si acabara de salir de una reunión farragosa y complicada.

—Beth —lo corregí de manera automática. No lo podía evitar, siempre lo hacía.

—Está bien, Beth —claudicó—. ¿Podemos hablar?

Asentí. No habíamos hablado desde el día en el que me había entrevistado. Lo había visto en alguna ocasión de lejos, ya que nuestros despachos estaban en puntas opuestas de la planta y era una zona de trabajo inmensa. Podríamos pasar días e incluso semanas sin vernos.

Álvaro entró y dio un par de pasos hacia el interior del despacho. Yo estaba de pie al lado de mi mesa. Me mantuve en donde estaba, sin moverme ni un centímetro.

Álvaro me miró dubitativo.

—¿Todo bien estos días? —preguntó.

—Sí, todo bien. He pasado bastante tiempo con Sebastián. Hemos estado identificando las necesidades en las que tengo que centrarme. Me ha estado explicando cómo trabajáis aquí e incluyéndome en los métodos de trabajo con Zac. —Álvaro simplemente asintió—. Justo ahora estoy esperando a Zac, para bajar a comer.

—Estupendo.

—Estoy todavía asentándome, pero por ahora todo va bien —resolví—. Mi padre está encantado.

Álvaro casi sonrió por la pequeña broma, pero parecía realmente cansado.

—Bueno… —Parecía buscar las palabras adecuadas—. Susan cree que tu contratación no solo es positiva, sino que tu llegada es una oportunidad que le dará un aire renovado a toda nuestra proyección en redes. —Me miró desde aquel azul lleno de gris—. Siéntete bienvenida.

Respondí a su mirada y busqué en la piedra gris. Era difícil seguirle. No parecía tan hermético como lo había sido en la entrevista. A pesar de que era mucho más alto que yo y de que su presencia ya de por sí imponía, no pude evitar lanzarle un pequeño dardo.

—¿A pesar de ser tan joven?

—Tenemos empleados de edades muy diferentes… Esa apreciación, que hice el otro día, fue por la experiencia. —Guardó silencio—. En todo caso, no fue el mejor comentario.

—¿Eso es una disculpa?

Algo brilló en el gris.

—Eso parece… —Guardó silencio—. Supongo que puedes tomarlo como una disculpa a una torpeza dialéctica. Espero que puedas perdonarla.

Asentí con la cabeza.

Me miró dubitativo. Quería decirme algo más. Miró fuera del despacho, a la gente que circulaba por allí. El espacio se veía bastante vacío en aquel momento. Estábamos en la hora en la que la mayor parte de la plantilla salía a comer, aunque todavía había algo de personal. Álvaro volvió la mirada hacia mí. Gris-azul, más gris que azul. Un tono difícil de encontrar. Tempestad y piedra.

—Quería decirte algo más… —confesó buscando las palabras—. Siento lo del domingo pasado.

Volvió a guardar silencio.

—¿Sientes ser el desconocido al que le conté mis desventuras?

Asintió.

Lo observé con una mirada renovada. Buscando quizás aquel corazón que tenía que latir bajo la capa de piedra.

—No es culpa tuya —murmuré—. Ha sido una extraña coincidencia. Una broma del destino.

—Lo sé… Aun así, lo lamento.

—Eso son dos disculpas en un día. No está mal para alguien de tu edad —dije tratando de aligerar el peso de la culpa.

Álvaro esbozó un amago de sonrisa.

—Si quieres también una confesión por mi parte, no suelo disculparme. Nunca.

—Gracias.

No era culpa suya, pero se había acercado para decirme eso, solo para ayudarme a que no me sintiera incómoda.

Asintió.

Álvaro dio un paso hacia mí. Era muy alto, al menos en comparación conmigo. Bajó la voz e inclinó un poco la cabeza para murmurar:

—Beth… Lo que me contaste… No te preocupes, ya lo he olvidado. —Buscó mis ojos—. Yo… No sé nada de tu vida.

De repente, el espacio se había consumido. Estábamos muy cerca, más de lo que deberíamos. Y dentro de la piedra de su mirada, vi al chico de Manhattan que había conocido antes de que ambos supiéramos quienes éramos. El mismo que el domingo anterior había aterrizado sobre mi cuerpo, había cargado con mi maleta estropeada y había escuchado el chorreo de mis problemas personales. Un gesto que no todo el mundo hubiera tenido.

Era un hombre frío, pero había querido protegerme. No quería que me sintiera avergonzada por todo lo que le había contado.

Asentí leventemente.

—Gracias.

—No tienes que dármelas.

Nos miramos. Había algo allí. No sabía qué era, pero estaba allí entre nosotros, consumiendo el espacio.

En ese momento Zac entró en la oficina.

—¡Ey, Álvaro! ¿Qué haces por aquí? —saludó con una sonrisa.

—Hola, pasaba por aquí y me detuve un momento a saludar a Elizabeth —respondió apartándose un par de pasos y dejando algo de espacio entre nosotros.

Zac nos observó con cierta curiosidad.

—Así que haciendo algo de control a la nueva, ¿eh? —bromeó —. La verdad es que Elizabeth es genial, estamos encantados con su contratación.

—Estupendo… Por cierto, ¿fue todo bien esta mañana? —preguntó Álvaro de forma casual.

Zac había estado fuera con unos proveedores gran parte de la mañana.

—Sí, todo en orden —comentó con una gran sonrisa. Me recordó en parte a Brandon, era la típica sonrisa de chico americano. Una parte de mí se encogió ante aquel pensamiento—. Por cierto, voy a llevar a Beth a comer unos perritos en uno de los mejores puestos de todo Manhattan. ¿Quieres acompañarnos?

Álvaro negó.

—No, gracias. Tengo mucho trabajo. Mañana salgo de viaje.

El joven simplemente asintió. Debía de ser una tónica en la vida de Álvaro.

—¿Vas a ir a Berlín? —preguntó con curiosidad—. Pensaba que salía Liam para allá.

Álvaro negó con la cabeza.

—No, no voy a Berlín. Tendré que viajar a Dubái.

—¿En serio? Escuché que el proyecto no va como debería, lamento que tengas que desplazarte hasta tan lejos.

—Sí, yo también, pero es lo que hay —replicó con templanza—. La situación requiere soluciones imaginativas, y desde aquí el contacto se complica. Tengo que ir y tratar de desatascar la situación.

—Deberías hacer fotos —comenté interfiriendo en su conversación.

Álvaro volvió la mirada hacia mí.

—¿Fotos?

—Hay que renovar las redes sociales. Lo que tenéis está… —busqué la palabra adecuada para sustituir la que tenía en mente— … obsoleto.

—¿Es tu análisis tras solo cuatro días?

—No. Ese fue mi análisis tras los primeros veinte minutos de trabajo de mi primer día —respondí—. Les falta un toque humano, calidez y dinamismo.

Álvaro me miró algo escéptico.

—Me gusta que las redes tengan una imagen elegante —declaró—. Una línea austera y sobria.

—Pero tiene que estar viva —repliqué con seguridad—. Lo que tenéis está fuera de las tendencias actuales. La presencia en redes tiene que ser dinámica.

—¿Y la nuestra no lo es?

—No. Es más bien estática —respondí con firmeza.

Puede que él me sacara doce años y, al menos, otros tantos centímetros, pero yo sabía de lo que hablaba.

Álvaro me miró con un desafío en su velo gris.

—Así que algunas fotos dinámicas.

—Sí —reafirmé—. Haz algunas instantáneas y envíanoslas. Nosotros haremos las publicaciones.

—Le pediré a alguien que las haga.

—Eso también me vale.

—Muy bien.

Álvaro salió del despacho y se llevó su mirada gris. Aquello que se removía en mi estómago cuando él estaba cerca se relajó y dejó espacio al hambre. No sabía cómo hacer con aquello que Álvaro me provocaba, pero quizás no tuviera que solventarlo en ese momento. Me dirigí con Zac a los ascensores para conocer, de su mano, los mejores perritos de Manhattan.

Capítulo 9

Un beso en la pista de baile

Beth

—¡Brandon es un imbécil! —declaró Harper mientras observaba los hielos bailando en su copa.

Harper era pura dinamita. Tenía unos rizos castaños con reflejos dorados y unos labios muy sugerentes. Era divertida. Sí, esa era su mejor carta de presentación. Trabajaba en las oficinas de una empresa de suministros electrónicos de su padre. En eso habíamos coincidido; las dos nos habíamos quedado a trabajar con nuestras familias tras el paso por la universidad. La suya era una familia con dinero. No tanto como la mía, pero sí lo suficiente como para pertenecer a la clase alta sureña. Sus apreciaciones siempre solían ser directas y sin paños calientes.

La media luz del local enmascaró mi gesto frente a una afirmación así. Sentí aquel peso en el pecho casi como un viejo amigo. Habíamos estado dos años juntos, nos habíamos comprometido para casarnos y él había cogido todo aquello y lo había destrozado con sus manos. Se había acostado con Nancy como si nuestra relación no valiera nada, ¿cómo había podido?

Todavía recordaba aquella tarde de sábado de mitad de enero. Ese día yo estaba sentada en una de nuestras cafeterías favoritas esperándolo y él se retrasaba. Tenía mi café enfrente cuando me llegó al teléfono un vídeo de Nancy. Ella llevaba media vida siendo mi mejor amiga, desde que éramos unas niñas. Abrí el vídeo y al principio no entendí nada. Aunque esa incomprensión duró segundos. Brandon estaba sentado en su cama con la camisa desabrochada. Nancy lo grababa y ambos se reían. En ese momento no lo entendí, pero no tardaría en comprender la situación.

—Nancy, no me grabes. Estas cosas no me gustan.

—¿No? ¿No quieres un vídeo de cómo te lo hago? —preguntó sugerente—. Así, cuando lo recuerdes y se te ponga dura, tendrás algo que ver.

Brandon negaba con aquella cara tan bonita. Era tan guapo, parecía tan bueno…

—Es un regalo para ti. ¿Cómo le voy a enseñar yo a alguien un vídeo en el que te estoy practicando sexo oral? —se rio ella.

Brandon cogió el móvil y la enfocó mientras Nancy se ponía de rodillas. Llevaba vaqueros con una camisa abierta y se le veía el sujetador.

—Tengo que irme, Beth me está esperando —murmuró Brandon mientras le desabrochaba los pantalones.

—Seré rápida —respondió atándose el cabello en una coleta.

El estómago se me revolvió.

Acto seguido se la sacó.

Brandon tenía una gran erección.

Sentí que iba a vomitar.

Nancy la lamió entera mirando a la cámara antes de metérsela del todo en la boca.

Sentí ganas de vomitar, de gritar, de llorar; no dije nada y seguí mirando. Mientras tanto, mi café se enfriaba. Brandon comenzó a gemir y le sujetó la cabeza mientras ella seguía prestándole un servicio íntimo. Todo el acto se volvió más crudo, fuerte y desagradable.

—Así, sigue, nena.

No podía respirar, mi corazón se había roto en mil pedazos.

Cuando terminó, Nancy miró a la cámara y tragó.

La que hasta ese día era mi mejor amiga, me envió el vídeo sin decir ni una sola palabra. En ese caso, no hacían falta.

Esa tarde Nancy pasó por encima de nuestra amistad, Brandon me rompió el corazón y yo me marché dejando atrás mi café frío sin beber.

—Lo dicho: Brandon es un imbécil —repitió Harper—. Y Nancy es lo peor que hay bajo la faz de la Tierra. Eso yo ya te lo había dicho más de una vez, pero es que tú no querías ver que no era una buena tía.

Sonreí con cierta amargura.

—Cierto —tuve que aceptar—. Pero no quiero hablar de ellos. Han pasado dos meses y prefiero dejarlo atrás.

Cogí la copa y bebí.

Harper se había venido a pasar el fin de semana conmigo. Era sábado y, después de pasarnos el día haciendo unas cuantas compras y bastante turisteo, habíamos decidido que todavía nos quedaba energía para salir a cenar y tomar unas copas. Y eso era, exactamente, lo que estábamos haciendo en el Ascent Lounge, muy cerca de Central Park y a unos diez minutos caminando de mi piso.

—Está bien, de acuerdo —aceptó Harper—. No hablemos más del desgraciado de tu ex a quien, por cierto, ya se le veía que tenía trazas de cretino. Ni de la falsa de tu amiga, que te ha envidiado desde el jardín de infancia. ¡Por Dios! No se puede ser más mala.

—Bueno, eso no es exactamente así… —rumié.

—¿Por quién lo dices? ¿Pretendes excusar al idiota número uno o es por la número dos? Porque amiga mía, puede que Brandon quisiera engañarnos con esa cara de niño bueno, pero lo de Nancy se veía venir. No se puede ser más mal bicho. Te envidia, te ha envidiado siempre, y no ha parado hasta conseguir algo tuyo.

Harper me miró con cara de «te dije que era mala gente». Pensé en Nancy. De pequeñas lo hacíamos todo juntas. Durante la adolescencia nos separamos en distintos colegios. Seguíamos siendo amigas, pero nos veíamos menos. Aun así, nunca habíamos dejado de ser amigas. Ella llevaba a mi lado media vida.

Cuando había empezado a salir con Brandon, tanto Nancy como Harper comenzaron a llevarse muy bien con él. Todos éramos de Birmingham. Yo había terminado mis estudios en Vanderbilt dos años atrás, con veintidós. Al volver a mi ciudad había comenzado a trabajar con mi padre y había conocido a Brandon. Él trabajaba en una importante entidad bancaria y tenía un buen puesto. Era brillante y su futuro en el mundo financiero era espectacular. Nancy se dedicaba al mundo de los seguros. Sabía que alguna vez había visto a Brandon por temas de su trabajo, pero nunca había pensado que hubieran podido estrechar lazos, de esa forma, en sus visitas a la oficina en la que trabajaba Brandon. Ahora me ponía enferma

pensando en todo lo que habrían hecho a mis espaldas. No lo podía ni pensar.

Cuando lo recordaba volvía a sentirme estúpida, vulnerable. Volvía a rememorar aquel vídeo…

—Cambiemos de tema —le pedí.

—Tienes razón, ahora lo que tienes que hacer es pensar en el presente. En tu vida aquí, en Nueva York —sentenció con firmeza dejando la copa sobre una mesa baja que teníamos delante—. Por lo menos tus padres están tranquilos al ver lo bien que te estás asentando. Además, el trabajo te gusta, así que miremos el lado bueno de las cosas.

—Sí —admití—. Eso es cierto.

Harper se terminó su copa y pidió otra al camarero que pasaba por allí.

Me gustaba aquel lugar. El ambiente era nocturno y animado. La gente se distribuía entre los que estaban sentados en los sillones y los que permanecían de pie.

—El piso está genial. Es pequeño, pero mono —dijo refiriéndose al apartamento que yo había alquilado en Nueva York—. Encaja con tu personalidad.

—Todavía tengo que hacerlo un poco mío.

—Bueno, llevas aquí quince días y yo creo que ya le has dado tu toque.

Harper tenía razón. El apartamento resultaba acogedor. Me sentía cómoda con él. Incluso había puesto un jarrón con flores.

—Además, tienes un jefe que está cañón. Eso es un punto positivo. No puedes negármelo.

La miré.

—Eso no es un aliciente —me apresuré a negar.

—Ah, ¿no? —replicó con cierta picardía—. Pues para mí lo sería, sin lugar a dudas.

Me mantuve en silencio por un instante.

—No es algo que destacaras cuando estuviste buscando información sobre él.

—¡Anda que no! —se quejó con un bufido—. Será que no estabas atenta. Te lo dije, pero te entró por un oído y te salió por el

otro. No estabas muy receptiva a apreciaciones sobre el físico del sector masculino en aquel momento.

Cogí mi copa y bebí.

—En todo caso, da igual. No es algo a tener en cuenta en mi día a día en la oficina —añadí mirando hacia una pareja que se reía un par de sofás más allá.

—Por supuesto, ¿cómo no vas a tener en cuenta a un adonis así? Si yo lo tuviera en mi trabajo, no podría concentrarme —se burló mi amiga—. ¡Anda, déjame ver otra vez esas fotos que subiste a Instagram!

Harper se refería al Instagram de BAC USA Real Estate. Eran unas fotos en las que salía Álvaro.

—Búscalas tú —repliqué apartando la mirada, no quería que la conversación siguiera por los mismos derroteros.

—También es verdad —zanjó Harper con una mirada chispeante, sin inmutarse ante mi supuesta falta de interés por mi jefe.

Me pasé una mano por el cabello, echándomelo hacia atrás.

—¡Esta foto! —indicó trasteando con el teléfono—. ¡Es que está para comérselo!

Me fijé en la instantánea. Era de Dubái. Álvaro había cumplido y alguien nos las había remitido desde allí. La que me estaba mostrando Harper era la mejor, Álvaro parecía un modelo. Estaba perfectamente trajeado, pero sin corbata. En la cabeza tenía un casco de seguridad mientras visitaba una de las construcciones que estaba dando tantos problemas. Era un proyecto inmenso y él parecía un magnate contemplando su obra. Se le veía impresionante: alto, imponente y con aquella mirada de distante concentración. Exudaba éxito de una manera aplastante, rotunda. Sentí una punzada en el estómago.

—¿No lo está? —me picó mi ex segunda mejor amiga y titular actual del primer puesto.

Volví a fijarme en la imagen del magnate inalcanzable. Sí, lo estaba, pero yo no quería admitirlo. Cogí la copa y bebí.

—No sabría decirte.

—¡Anda ya! ¿Cómo puedes obviar la realidad? —bufó Harper—. ¡Está que se rompe! No solo es que esté bueno, es que él inventó el término «estar bueno». Algo tan perfecto debería estar prohibido.

Dejé la copa sobre la mesa, al lado de la que ella misma había colocado, y rompí el contacto visual con mi amiga. Hablar de mi jefe me estaba poniendo nerviosa. Pasó una chica por mi lado camino del baño.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró mi amiga.

—¿Qué no te puedes creer? —pregunté mientras sonreía a la chica que acababa de pasar a mi lado en un gesto amable.

—Lo que están viendo mis ojos —siguió murmurando entre el ruido ambiente mi amiga—. Mira, parece que tenemos la capacidad de invocar a las personas. Ahí está: nuestro chico de Dubái.

—¿Qué dices? —pregunté mirando hacia atrás, a donde Harper había dirigido la mirada.

—Me retracto, no está bueno, ¡está buenísimo! —declaró mi amiga sin ningún tipo de miramiento.

Entonces lo vi caminando justo hacia donde estábamos nosotras sentadas. Álvaro estaba allí, a unos pocos metros de nosotras. No sé si fue por los dos cócteles que llevaba encima, pero me pareció que era todavía más impresionante de lo que recordaba. No lo había visto desde que se había marchado a Dubái. Sabía que había regresado a mitad de semana, pero no habíamos coincidido en la oficina esos días. Llevaba puestos unos pantalones oscuros y una camisa negra remangada, y sus brazos me parecieron tan fuertes y masculinos que me ruboricé. Era sexi, terriblemente sexi, con un punto oscuro, casi de peligro. Estaba acompañado por un tipo alto con cabello castaño y una suave barba que no paraba de hablar y reír. Parecía un amigo o colega. Tendría una edad aproximada a la suya.

En ese momento cruzó su mirada con la mía. Un gesto inicial de sorpresa, casi imperceptible, porque claro, la piedra no se sorprende en exceso. Después una mirada más oscura, oscilante.

Tragué. No, no era nuestro chico de Dubái. Era *mi chico de Manhattan*.

—Es muy atractivo —declaró Harper susurrando—. Ten el valor de negarlo.

No dije nada, ni una sola palabra. Él tampoco decía nada; mientras, su amigo hablaba y hablaba gesticulando con las manos. Álvaro me sostenía la mirada en silencio mientras caminaban directamente hacia nosotras.

—El hombre hecho realidad —declaró Harper—. El amigo también es bien parecido, la verdad.

Bajé la mirada al suelo. Quizás porque se estaban acercando demasiado y, al parecer, yo no tenía tanto valor como Álvaro. Cuando volví a subir la mirada, habían llegado hasta nosotras. Álvaro no iba a hacerse el despistado. Sería ridículo.

—Buenas noches, Elizabeth —me saludó.

Su voz fue firme, profunda, a pesar del ruido ambiente y la música de fondo.

—Le gusta que la llamen Beth —apuntó mi amiga con una amplia sonrisa.

Álvaro serpenteó su mirada brevemente hacia ella y después volvió a mí.

—Lo sé —respondió, y su voz reverberó por toda mi piel.

—Hola —saludé—. Menuda coincidencia —añadí sintiéndome incómoda.

—Sí. No te había visto nunca por aquí.

—Quizás porque llevo viviendo en Nueva York quince días —repliqué armándome de valor.

—Es probable —respondió con una casi sonrisa que no llegó a esbozar.

Nos miramos en silencio unos instantes.

El amigo se había quedado callado y nos observaba esperando una explicación. Carraspeó, forzándonos a salir de nuestro ostracismo.

Me alegré de que el *pub* estuviera en semioscuridad, así no notarían que me había ruborizado.

—Logan Brown, ella es Elizabeth Harrington… Nos conocemos del trabajo —añadió de forma ambigua sin concretar que yo era su empleada.

—Llámame Beth, por favor —repliqué con una sonrisa—. Encantada de conocerte, Logan.

—Igualmente, Beth —respondió alargando una mano para darme un breve apretón.

Tenía una mano cálida. En ese momento pensé que no había tenido ocasión de sentir el tacto de la mano Álvaro, pero sí los relieves de su cuerpo cuando había caído encima de mí. Había sido una presentación más accidentada. Su mano apenas la había rozado un momento cuando los dos habíamos cogido el asa de la maleta.

—Yo soy Harper Jones —saludó mi amiga alargando la mano hacia Logan, que la tomó para saludarla—. Encantada. —Cuando este soltó la mano, Harper, decidida, la alargó hacia Álvaro—. Señor Durand, encantada de conocer al jefe de Beth. —Álvaro apretó su mano en un gesto breve y firme—. Justo estábamos hablando de usted. ¡La cámara le quiere, no hay discusión al respeto! —añadió mostrando la foto en la que mi jefe salía de perfil con casco de seguridad en Dubái.

Tanto Álvaro como Logan dirigieron su mirada hacia la foto que se mostraba en el móvil de Harper. Después, ambos dirigieron su mirada hacia mí. Álvaro se mostró imperturbable, salvo por su mirada, que se había oscurecido levemente. Se me encendieron las mejillas.

—Harper está interesada en las adquisiciones inmobiliarias —comenté con todo el valor del que fui capaz.

—¡Justo! —respondió Harper—. Dubái es un sitio tan estupendo como cualquier otro para adquirir una propiedad —añadió con cierto recochineo.

Se veía a leguas que Harper tenía una edad aproximada a la mía. Ninguno de los dos le echaría más de veinticinco y, con esa edad, es difícil dedicarse a la compra de inmuebles.

Logan soltó una carcajada.

—Desde luego, una lógica aplastante —respondió con una sonrisa algo vacilona—. Aunque yo no elegiría irme tan lejos, a los Emiratos. Hace demasiado calor. Optaría por Queens o el Bronx, zonas en transición y mucho más cercanas. Y, si quieres algo más lejano, Miami es una opción con alquileres altos y demanda

internacional. Aunque bueno, ¿qué voy a saber yo? El experto en gestión inmobiliaria es Álvaro.

Harper lo miró divertida. Le gustaba la gente que, como ella, sabía reírse sin problemas y seguir las bromas. Estaba claro que estábamos hablando de Álvaro, y no de Dubái. Me pregunté si sabían leer en nuestro rostro que, en concreto, estábamos centrando la conversación en la anatomía de mi jefe.

—Bien, ¿y a qué te dedicas tú, Logan Brown? —preguntó mi amiga con curiosidad y una pizca de picardía ardiendo en la mirada.

—Trabajo en una empresa de suministros electrónicos en Boston.

—No puede ser. ¡Yo también! —respondió sorprendida con una amplia sonrisa—. Bueno, en Boston no. En Birmingham, Alabama. Pero también trabajo en un proveedor de suministros electrónicos.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! ¿En cuál? —preguntó él curioso.

La química entre estos dos estaba subiendo como la espuma, mientras Álvaro y yo nos habíamos quedado como meros espectadores.

—Telco Electronics —respondió Harper.

—No me lo puedo creer. ¡Sois nuestros competidores! Yo trabajo en Analog Systems CS Group.

Mi amiga volvió a reírse de forma abierta. Se la veía guapísima.

Logan sorteó la mesa baja y se sentó en el sofá al lado de Harper. Dirigiendo la conversación solo a ella. Estaba claro que había decidido que iban a quedarse allí, con nosotras, y ni tan siquiera le echó una mirada a su amigo para confirmar que estaba de acuerdo.

—¿Por qué no os sentáis y nos acompañáis con una copa? —comenté por ser cortés, aunque la decisión ya había sido tomada.

Logan me miró brevemente y sonrió, devolviendo al momento toda su atención a Harper. En cuestión de segundos ya estaban hablando entre ellos, ignorándonos directamente. El sofá en el que estaban sentados era amplio y mi amiga había inclinado su cuerpo hacia el chico de Boston en una clara muestra de su interés.

Álvaro se quedó parado un momento. No sé qué estaba haciendo, porque yo estaba mirando a Harper. No porque la forma en la que Logan y Harper se habían zambullido en una conversación

resultara de lo más interesante. No, no era eso. Era por no mirar a los ojos a mi jefe, el CEO de BAC USA Real Estate, tiburón de las finanzas y mi chico de Manhattan... No quería que se diera cuenta de que estaba entre avergonzada por el hecho de que nos hubiera pillado hablando de él e inquieta por su presencia allí.

Unos segundos después, percibí como Álvaro se sentaba en un sillón individual situado al lado del mío. De repente parecíamos dos parejitas. Ellos dos compartiendo sofá y risas. Álvaro y yo, en dos sillones individuales y en silencio. La camarera pasó y apuntó sendas bebidas para los recién llegados. Yo llevaba encima dos copas más el vino de la cena, me parecían más que suficiente. En un esfuerzo titánico me aparté la melena hacia atrás y dirigí mi mirada a Álvaro. Este percibió el gesto a mi lado y me miró. No dijo nada. Estaba claro que él no se iba a esforzar en hablar. Ya había percibido el primer día que lo había conocido que no tenía el don de la palabra o que, si lo tenía, no se esforzaba en demostrarlo. Parece que prefería los silencios. Bueno, pues haría yo el esfuerzo de iniciar la conversación.

—Qué facilidad, ¿no? —pregunté con un gesto refiriéndome a nuestros amigos.

Él los miró brevemente. La nueva pareja se reía abiertamente, hablando de cualquier asunto trivial. Después volvió la mirada a mí.

—Parece que tienen mucho en común.

—Sí, un punto de partida. Algo en lo que apoyarse —comenté —. A veces es todo lo que se necesita para empezar.

—«Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo» —replicó con una media sonrisa captando lo que quería decir.

—Arquímedes —apunté.

—Exacto.

Sus ojos oscilaron en las sombras de la media luz del local.

—En ellos parece cumplirse —murmuré.

Álvaro me miró con intensidad, pero no dijo nada.

La camarera trajo las copas. Me fijé en que Harper había apoyado su mano en la rodilla de Logan. Ese era un buen punto de apoyo y desde luego parecía que el mundo de ambos giraba a gran velocidad.

Álvaro agradeció en un gesto la bebida. La camarera la dejó delante de él sobre la mesa baja, mientras que Logan cogió la suya al vuelo con una sonrisa y le dio un buen trago. Se ve que necesitaba un poco de carburante para mantener el tono.

La música del local era animada, pero, aun así, se podía hablar sin tener que esforzarse demasiado.

El móvil de Álvaro vibró. Él echó un vistazo y lo desechó sin ni siquiera contestar. Volvió a metérselo en el bolsillo. A esas horas, un sábado por la noche, estaba claro que era una mujer. Me pregunté cuántas le escribirían.

—¿Qué tal en Dubái? —pregunté.

—Muy pesado —determinó—. Largo y pesado.

—Regresaste el jueves, ¿no?

—Sí. Llegué a Nueva York el jueves, con bastante *jet lag*.

Hice un gesto.

—No conozco el país.

—No sería el destino que yo elegiría para perderme —comentó y, en ese momento, quise saber cuál sería—. No es para todo el mundo. Hay muchas construcciones artificiales, límites culturales muy claros y temperaturas extremas en determinadas épocas. Es un choque muy fuerte para una mentalidad como la norteamericana.

Fijé mi mirada en sus ojos grises.

—¿Nada positivo? —quise saber.

—Depende.

—¿De qué?

—De tus gustos.

Sentí calor en el estómago bajo su mirada. La risa de Logan llegó hasta nosotros.

—¿Eso es una forma de hacerme una pregunta personal?

Me miró en silencio unos segundos.

—No. Sé todo lo personal de ti que necesito saber. —Guardó silencio nuevamente quizás valorando si volver al punto anterior. Me pregunté si aquello había sido una forma de marcar distancia. De mantenerse en su papel de jefe—. Si quieres visitar Dubái, en lo relativo al entretenimiento, puedes encontrar una gran variedad. Ese

es un punto positivo, supongo. Tienes desierto, parques temáticos, deportes acuáticos, playas y safaris por el desierto.

—Pero tendría que compaginar todo eso con restricciones legales y normas sociales bastante estrictas, ¿no?

—Eso es.

Asentí.

Logan y Harper se rieron sin dejar de hablar y bebieron de sus respectivas copas.

—Me enteré de que las construcciones en las que BAC USA Real Estate está invirtiendo allí no están yendo como deberían.

Me miró y parecía valorar si debía o no entrar a comentarlo conmigo.

—Además del choque cultural, que está ralentizando las cosas más de lo que debería, nos hemos encontrado con varios escollos —comentó—. A nivel constructivo necesitamos cumplir una serie de plazos, pero nos hemos topado con trámites burocráticos que lo están ralentizando todo. Ello, aparte de que hay proveedores que no están respetando los tiempos de entrega. Y en una construcción sumar tiempos es sumar dinero.

En ese momento, Harper y Logan se levantaron para bailar. Mientras, detrás de nosotros se habían puesto a hablar y a reírse un grupo de chicas, lo que dificultaba nuestra conversación.

—¿Lo has solucionado? —pregunté volviendo a la conversación.

Asintió.

Parecía que había sido un trabajo duro. Percibí por sus gestos la tensión de lo que había vivido.

—Eres como Batman.

—¿Por qué dices eso?

Lo observé: el rictus serio, aquella mirada de tener el peso del mundo sobre sus hombros y todo vestido de negro. Salvando al mundo a su manera.

—Siento que podrías encajar en su papel —respondí.

Álvaro se inclinó ligeramente hacia mí. No porque quisiera acercarse de forma deliberada. Más bien porque el grupo de chicas que teníamos al lado no dejaba de reírse y gritar, lo cual complicaba la conversación entre nosotros.

—No me siento muy identificado con Batman.

—¿No? ¿Con quién entonces?

—¿Tiene que ser un superhéroe? —preguntó con sus ojos oscilantes.

Observé como Harper apoyaba su cabeza en el hombro de Logan mientras este la abrazaba bailando. Recordé lo mucho que me gustaba bailar con Brandon y sentí algo amargo bajando por mi garganta. Por otro lado, me alegré por ellos que solo habían necesitado aquel punto de apoyo que había puesto a girar su mundo.

—Sí. Un superhéroe —respondí volviendo a centrar mi mirada en Álvaro—. Por cierto, creo que nuestros acompañantes nos han abandonado. Quizás no tenías pensado pasar el sábado por la noche con una empleada, pero creo que tu amigo está totalmente rendido a mi amiga. Así que es posible que tengamos que olvidarnos de ellos.

Álvaro los observó brevemente y volvió a centrar toda su atención en mí.

—Venom —declaró respondiendo a la pregunta que había quedado en el aire.

—¿Ese no es un villano?

—Quizás en un inicio —manifestó—. Después pasó a considerarse un antihéroe. Protege inocentes, pero tiene métodos más violentos y no le importa matar.

Observé el rostro de piedra de Álvaro mientras la música comercial se enredaba en el ambiente cálido y oscuro del local.

—¿Así que no te importaría cargar con un par de cadáveres?

—Si es necesario, no.

—Es bueno saberlo —respondí sin poder evitar que se me escapara una sonrisa.

Esbozó una media sonrisa en respuesta a la mía.

—¿Esta es información necesaria para desarrollar tu trabajo? —preguntó dándome un punto de apoyo.

—Toda la información es útil.

—Eso es cierto.

Cogí la copa que había dejado abandonada sobre la mesa y que no había terminado, simplemente, para darle un breve trago. Me fijé en que Álvaro tenía delante la suya todavía sin tocar.

—¿No bebes?

—Ya me tomé antes una —respondió con un gesto—. Esa me sobra.

—Entonces… ¿Por qué la pediste?

Se encogió de hombros.

—En realidad, la pidió Logan.

Recordé que efectivamente Logan era quien había encargado ambas bebidas.

Lo miré.

—Ya entiendo lo que pasa…

—¿Qué?

Las luces oscilaron sobre nuestros cuerpos. Comenzó a sonar *We Don't Talk Anymore*. La voz de Charlie Puth era suave y las frases se deslizaban entre nuestros cuerpos, que parecían estar más cerca que antes.

—Eres un vampiro —declaré—. Por eso no consumes las bebidas que te ponen en un ambiente social.

La sonrisa de Álvaro por fin se ensanchó. Esa fue la primera vez que vi su rostro con una sonrisa completa.

—No es cierto que no las consuma nunca.

—Bueno… Las dos consumiciones que has tenido a tu disposición, delante de mí, no te las has tomado, y no creo que sea porque yo te intimide.

Álvaro giró ligeramente la cabeza y no contestó.

—Remitiéndome a las pruebas, es probable que, en realidad, seas un no muerto. —Había hecho acopio de gallardía para bromear con él y, aunque fuera de piedra, no me iba a echar atrás—. Dime, ¿de qué te alimentas en realidad, Álvaro?

—De las horas de trabajo y del alma de mis empleados —bromeó divertido, aunque había algo en su mirada que me decía que se estaba guardando para él una réplica, además, que seguramente no era del todo apropiada.

—Eso empezaba a sospechar.

Ambos sonreímos. Dos sonrisas contenidas, pero francas.

Observé a nuestros amigos un poco más allá. Logan se rio y Harper apoyó una mano en su pecho para susurrar algo en el oído de él. Un par de personas caminaron tapando parcialmente su imagen; cuando volví a verlos, se estaban besando. Dirigí mi mirada a Álvaro y él hizo otro tanto. No dijo nada. Yo tampoco lo hice, pero me ruboricé. Lo bueno era que, con el ambiente a media luz, él no lo notaría. O quizás tenía otro tipo de percepciones de los gestos humanos en su calidad de no muerto.

Capítulo 10

Central Park a media luz

Álvaro

Elizabeth Harrington se había ruborizado. Retiró la mirada. Me pareció dulce, casi irreal, algo así como los dinosaurios que se han extinguido. ¿Quedaban chicas que se ruborizaban? No sabía nada sobre eso. Es cierto que el sexo femenino para mí era todo un misterio. Las mujeres con las que tenía intimidad no se ruborizarían en ningún escenario, hiciéramos lo que hiciéramos en la cama. No lo hacían ni siquiera aquellas con las que tan solo me acostaba una sola noche. No solía tener citas románticas. Me había acostumbrado a centrarme en una vida en la que no tenían cabida ese tipo de cosas. No había sido una decisión deliberada. No había decidido de forma consciente no conocer a nadie más allá de unos encuentros casuales. Simplemente, la situación era así. Había cerrado esa puerta en algún momento y no tenía la menor intención de abrirla. Quizás por eso las mujeres con las que me relacionaba en el ámbito íntimo nunca jamás se ruborizaban. No mostraban fragilidad, ni ternura. Quizás sí fueran capaces de todas esas cosas. Tal vez era por el tipo de encuentro íntimo que se propiciaba entre nosotros, que no lo permitía.

Me pareció algo extremadamente inusual. La única mujer a la que había visto ruborizarse era mi hermana Beca, y hacía mucho tiempo. Candela, por ejemplo, jamás se ruborizaba. No permitirá que nadie la viera vulnerable. Era tan difícil que ella mostrara una debilidad como difícil era que la mostrara yo mismo. Fuera de la relación que tenía con mis hermanas, vivía la vida con interacciones prácticas. Por ello, ver a Elizabeth ruborizarse era todo un acontecimiento. Me pareció, en cierto modo, refrescante.

—Bueno, creo que voy a marcharme —murmuró algo incómoda —. Me parece que aquí ya no hago nada.

—Yo también me voy —respondí—. Saldré contigo.

Me miró y asintió.

—Muy bien, voy a despedirme de Harper. La avisaré de que me marcho a casa.

Se acercó a hablar con su amiga. No pude evitar echar un vistazo al *look* que Elizabeth llevaba puesto. Ya había percibido su elegancia sureña en las anteriores veces en las que había estado con ella. En esta ocasión, llevaba un vestido de seda negro cuyo largo llegaba a la altura de las rodillas. Por delante era cerrado al cuello, pero cuando se levantó y se acercó a despedirse de su amiga observé como llevaba toda la espalda al aire. Su piel nívea se exponía y sobre ella oscilaban las luces y su cabello rubio. Era tentadora. Me picaron los dedos del impulso que sentí de deslizarlos sobre su piel. Solo quería saber cómo era su tacto. Un pensamiento inapropiado, totalmente inaceptable.

No me acerqué a despedirme de Logan. Me pareció innecesario. Levanté una mano y me despedí a distancia. No me gustaba inmiscuirme en asuntos ajenos y estaba claro que Logan estaba ocupado y el plan para esa noche había cambiado radicalmente. Bien por él.

Preferí observar con las manos en los bolsillos como Elizabeth le daba un breve abrazo a su amiga. Las luces se deslizaban por la piel de su espalda. La imagen era tan elegante como sensual. Entonces se giró para buscarme entre la gente y en aquel momento deseé que siempre volviera a girarse para buscarme. Caminó hacia mí con el vestido sedoso y unas botas negras de caña. Lo que me pedía el cuerpo cuando se acercó hasta mí era deslizar mi mano por su espalda para acompañarla hacia la entrada, donde habíamos dejado los abrigos. Mi instinto necesitaba tocar ese blanco y observar su rostro en reacción a mi tacto… Solo quería ver los pequeños gestos en su boca y sus ojos si mi piel hiciera contacto con la suya. Me reprendí por aquel pensamiento y no me permití sacar las manos de los bolsillos. Caminé a su lado y recogimos

nuestros abrigos antes de salir. Fin del espectáculo de piel expuesta y de pensamientos que no me llevarían a ningún lado.

Observé como cerraba los botones de su abrigo y se ceñía el cinturón en la puerta del Ascent Lounge. Todavía había gente entrando, a pesar de que pasaba de la una de la mañana. Tuve el impulso de alargar mi mano para enganchar el cinturón de su abrigo y de tirar de la prenda, acortando la distancia. Ver si con ese gesto se asustaba y sus alertas se disparaban. El instinto de un lobo que planea saltar sobre una presa. Solo que yo era más cercano a las piedras de la montaña que a los lobos que las reinaban. No la toqué, ni a ella ni a su cinturón, por supuesto.

—No hace demasiado frío, pensé que haría más al salir —comentó.

—Sí, están mejorando las temperaturas, pronto no hará falta llevar abrigo.

Yo me había puesto el mío encima de la camisa negra y no lo había cerrado.

—Parecemos de *Men in Black* —manifestó con una sonrisa dulce, demasiado.

Sería algo terrible que yo pudiera tan siquiera tocar el aire que la rozaba, alguien tan dulce no estaba a mi alcance.

—¡Qué *vintage*! —repliqué torciendo el gesto—. Creo que no habías ni nacido cuando se estrenó.

—Tienes razón, pero le encanta a mi padre, así que la he visto en múltiples ocasiones —explicó con aquella dulzura que hizo que su rostro se torciera en un ligero gesto—. También podríamos venir de un funeral, los dos vestidos completamente de negro.

—Es otra opción. Aunque, puestas ambas sobre la mesa, prefiero la primera —comenté con desagrado—. Odio los funerales.

—Te entiendo. Me pasa lo mismo. Todavía tengo el de mi abuelo grabado. Falleció el año pasado.

Asentí, pero no dije nada. Obvié hablar del entierro de mis padres cuando yo apenas era un chaval y tenía que sostener a mis hermanas una a cada lado. Beca, llorando desconsoladamente, y Candela, sin soltar una sola lágrima. Candela había llorado tanto desde que nos llamaron para informar del fallecimiento que creo que

era incapaz de volver a derramar una sola lágrima. Estaba devastada. Tenía los ojos rojos y estaba pálida como el papel. Nunca más la volví a ver llorar. De alguna forma, con la pérdida de nuestros padres, algo se había roto en ella y, aunque todos sufrimos y quedamos de alguna manera marcados, en Candela aquello que había perdido no volvió a aflorar.

—¿Un mal recuerdo? —preguntó Beth dando un paso hacia mí.

Estábamos más cerca. La gente se movió a nuestro alrededor para acceder a la entrada del local, dándonos una sensación de extraña intimidad.

Observé sus ojos claros.

—Alguno —respondí crípticamente.

Lo vi en sus ojos: las ganas de preguntar.

—¿Quieres hablar de ello?

Negué con la cabeza. No sabía lo que estábamos haciendo allí, qué estaba haciendo con ella a esas horas en la puerta de un local de copas. Tenía que irme a mi casa y poner distancia, pero algo me enraizaba al suelo.

—No.

Elizabeth me miró. Conocía aquella mirada. Ya me habían mirado antes así, cuando alguien quería saber más, y conmigo era difícil porque, de entrada, no estaba dispuesto a dar nada.

—¿Ya has ido a Literary Walk? —pregunté por un extraño impulso de seguir allí hablando con ella.

—No. Todavía no.

Esbocé una sonrisa.

—Creía que tenías mucha prisa por ir el otro día. Tanta que decidiste hacerlo, a pesar de tener que mover todo tu equipaje.

—¡Solo han pasado quince días! He estado ocupada instalándome y haciéndome con mi *nuevo trabajo* —se excusó mirándome con una sonrisa en los ojos—. Tengo mucha faena por delante.

Una pequeña pulla.

Asentí.

Ambos miramos hacia Central Park. Estábamos al lado.

—¿Crees que es una locura ir ahora? —preguntó con un pequeño brillo de rebeldía en la mirada.

Observé mi reloj.

—Es la una y cuarto de la madrugada. Oficialmente, el parque está cerrado.

—¿No podemos entrar?

Un pequeño desafío en el aire.

—Sí, supongo que poder podemos entrar. Nadie te lo va a impedir —valoré—. Pero ya no hay policía a estas horas, ni vigilancia. No creo que haya mucha gente tampoco.

—¿Vamos? —lanzó, y se mordió ligeramente el labio como respuesta física a su pequeña travesura.

Beth no era una mujer extrovertida. Parecía más bien pausada y acostumbrada a adaptarse siempre a lo que esperaban de ella, como si toda la vida hubiera tenido que encajar en un molde. Vi en sus ojos las ganas de romper las reglas, aunque fuera un poco. En comparación con las mujeres que solían pasar por mi cama, era una especie de ser extraterrestre, algo casi cercano a la divinidad de lo intocable. Pero, dentro de aquel formalismo en el que se movía, necesitaba, de algún modo, saltarse alguna regla.

Dudé. Quizás no fuera la mejor de las ideas desde el punto de vista legal, al margen de todas las implicaciones éticas que había en el hecho de que yo me adentrara en un parque oscuro en mitad de la noche con una empleada sobre la que tenía una clara posición de jerarquía, respecto a la que era doce años mayor y que además era la hija de uno de los accionistas del *holding*.

—¿Crees que podría atacarnos alguien? —preguntó al ver mi indecisión.

—Es posible.

—Bueno, pareces bastante preparado físicamente para solventar la situación si, llegado el caso, fuera necesario.

¿Acababa de hacer referencia a mi físico?

Volví los ojos hacia Elizabeth.

—¿He sido inapropiada?

Volví a identificar en el brillo de su mirada: esas ganas de romper el molde, algo cercano al hambre. Ella también me

despertaba hambre a mí, pero de otro tipo. Me obligué a recordar quién era ella y quién era yo.

—Yo no hago nunca apreciaciones físicas sobre la gente con la que trabajo —fue lo más neutro que pude decir.

Elizabeth me sostuvo la mirada unos instantes mientras daba un par de pasos, encaminándose hacia Central Park.

—Pero sí te fijas, ¿verdad?

¿Lo estaba diciendo por ella?

No contesté.

—¿Qué te parece un pequeño paseo? —propuso—. La posibilidad de que haya algún peligro, así como el hecho de que sea ilegal, le suma interés, ¿no crees?

No respondí, pero no pude evitar seguirla. Aquello era totalmente ajeno a mi personalidad: seguir a una chica, que era mi empleada, ir a dar un paseo con ella, meternos en Central Park a esas horas y saltarnos las normas. Ninguno de aquellos actos tenía nada que ver conmigo. Yo no improvisaba. Cuando me iba con una chica de un local de copas era para tener sexo. Algo rápido y frío. Una satisfacción que no solía alargar más allá de lo necesario. Eso era lo único que me interesaba obtener a esas horas. Pasear de noche con Elizabeth Harrington no tenía nada que ver con mi forma habitual de proceder. Además, no podía perder la perspectiva de que ella era la hija de uno de los principales accionistas del último año. Y allí estábamos, caminando de noche por las sombras de Central Park. Ella hablaba y yo la escuchaba.

—Me encanta venir aquí —declaró Elizabeth—. Hacía unos dos años que no lo hacía. Bueno, al margen del intento de pasear con las maletas cuando aterricé hace quince días.

—Gana mucho de día —repliqué.

Volvió la mirada hacia atrás. Su cabello rubio se movió a lo largo de su espalda.

—Bueno, de día no tengo un guardaespaldas de dos metros.

La miré y apreté la mandíbula.

—Ya…, no debo hacer comentarios del físico de la gente con la que trabajo —indicó corrigiéndose a sí misma.

—No llego a los dos metros —repliqué tratando de mantener un tono distendido.

—Aun así, seguro que podrás evitar que tengamos un ataque indeseado. Aunque no te creas, yo soy bastante rápida.

—Es bueno saberlo.

—Hice atletismo en el instituto. Era la mejor —añadió risueña —. De hecho, podría haberlo hecho en la universidad, pero no quería presionarme tanto, así que seguí corriendo, pero por mi cuenta.

Pensé en ella en su época universitaria, que no debía de diferir mucho de cómo era ahora. Había terminado la carrera hacía dos años. Me la imaginé: una chica sureña de modales suaves, contenida. Buena estudiante, corredora, con hábitos saludables. Me pregunté si alguna vez habría perdido el control en una fiesta o si, por el contrario, siempre se habría mantenido dentro de lo que su educación consideraba correcto. Era una chica tradicional.

—¿Estudiaste aquí o en España? —preguntó de repente.

Estaba claro que había buscado información sobre mí. Era lo normal al empezar en un sitio nuevo. Lo curioso era que no lo hubiera hecho antes de incorporarse, que no me hubiera reconocido el primer día, cuando nos cruzamos en aquel mismo parque y prácticamente aterricé encima de ella.

Yo apenas tenía redes sociales: las únicas fotos estaban en mis perfiles de LinkedIn y X. Aun así, mi rostro aparecía en numerosas noticias y recortes de prensa, además de en múltiples entrevistas que me habían hecho como CEO de BAC USA Real Estate. Bastaba con escribir mi nombre en Google para encontrar decenas de imágenes mías.

—Estudié en Columbia, en Nueva York.

—Es muy buena Universidad.

—Sí, lo es.

—¿Sabes que no tienes casi acento? A ver, no es que no tengas, pero es difícil identificar que no eres americano. Pareces estadunidense, pero de algún otro sitio. No sabría indicarte cuál.

—Así que paso por norteamericano, pero no por neoyorquino.

—Exacto, pero bueno, eso es al abrir la boca —replicó con guasa—. Si no la abres, todo tu atuendo y aspecto parecen haber

nacido del pavimento de Manhattan. Directamente del corazón de Wall Street.

—Unir la palabra «corazón» y Wall Street en la misma frase es muy atrevido —comenté con sorna.

—Desde luego. Eso te lo reconozco. —Hizo una pausa. Las sombras de los árboles sumaban más oscuridad al paseo—. ¿Y ya te quedaste aquí cuando terminaste tus estudios universitarios?

—Sí, por eso me vine a estudiar aquí: para hacerme cargo del *holding* inmobiliario una vez saliera de la universidad. Durante los primeros años estuve yendo y viniendo, entre Nueva York y Madrid. Desde los veinticinco ya me instalé a vivir en Manhattan el cien por cien del tiempo.

Elizabeth me miró extrañada.

—¿Tan joven?

—Sí, mis padres ya habían fallecido, así que alguien tenía que hacerse cargo. Al principio tuvimos gestores como solución temporal.

—¿Qué les pasó?

¿No lo había buscado? Me parecía extraño. Aunque, a decir verdad, al buscar información sobre los fundadores del *holding*, encontrabas el hecho de que habían fallecido, pero había que indagar para encontrar el motivo.

—Un accidente —respondí con la mirada fija en el camino—. En avioneta. Pilotaba mi padre. Era un buen piloto, pero esa tarde parece que el tiempo no acompañó y la avioneta se desestabilizó.

—Lo lamento muchísimo.

Sentí la emoción contenida, Elizabeth era de ese tipo de personas que empatizaban con los demás.

—¿Qué edad tenías cuando fallecieron?

—Catorce años.

—Eras muy joven.

No dije nada. Sentí la piedra enraizándose en mí. Mi máscara de frialdad endureciéndose. Aquella piedra dura y fría que me había ayudado a soportar todo aquello: la pérdida de mis padres, las lágrimas de Beca, la imposibilidad de volver a llorar de Candela.

—Tuviste que asumir una gran responsabilidad a una edad muy temprana —comentó Elizabeth con dulzura.

Una dulzura que se me hacía insoportable, que resbalaba por la piedra. Incapaz de corresponder a su dulzura, de soportar ni un solo gesto de consuelo, me endurecí más.

Elizabeth decidió cambiar el rumbo de la conversación en vista de mi estoicismo.

—¿Conociste a Logan en la universidad?

—Sí —respondí—. Es de Boston. Vino a Nueva York a estudiar, como yo. Los dos hicimos remo y atletismo, así que ahí coincidimos. Logan estudió Administración de Empresas y yo hice Economía y un máster en Desarrollo Inmobiliario.

—Vaya, ¿así que también eres un corredor y no me lo habías dicho? —replicó buscando volver a relajar el tono de la conversación.

La miré mientras caminábamos.

—Creo que ya lo notaste el día que nos conocimos.

Elizabeth no replicó, pero observé cierto rubor volviendo a teñir sus mejillas.

—Sí, es cierto.

Llegamos al Literary Walk y caminamos acercándonos a las estatuas. Me pregunté cómo era posible que estuviera caminando con mi empleada por Central Park de noche. Aquello era una locura.

El móvil de Elizabeth vibró. Lo sacó del bolso y leyó un mensaje.

—¿Logan es de fiar? —preguntó de repente.

—Sí, es un buen tipo. ¿Por?

—Porque Harper me dice que se va a tomar algo con él y lo que surja… Que no la espere despierta. ¿Se está quedando en tu casa?

—No. Tiene una habitación para este fin de semana en el Essex House.

—Creo que sé cuál es. Está cerca, ¿no?

—Sí, está muy cerca. En Central Park South. Es un hotel muy bueno.

Vi la duda en la cara de Elizabeth.

—Es un buen tipo, no tienes que preocuparte por ella —apunté —. Son mayorcitos para hacer lo que quieran.

—Bueno, para empezar, le saca unos cuantos años. ¿Es de tu edad?

Asentí.

—Bueno, pues Harper es de la mía, así que echa las cuentas… Eso son unos doce años. Es una buena diferencia. No sé si una diferencia de edad así es un impedimento a la hora de conocerse.

—¿Para una noche? —pregunté levantando una ceja.

—Bueno, quizá para una noche no sea un problema. Pero si esas dos personas quisieran conocerse un poco más, sí podrían surgir barreras por la diferencia generacional, ¿no crees?

Elizabeth se había detenido y me miraba a los ojos. Pensé en lo que había dicho. Estaba señalando de forma clara la diferencia de edad que había entre ellos y, por extensión, entre nosotros. Ella estaba prohibida para mí, por muchos motivos, y lo único en lo que pude pensar en ese momento fue en cómo los árboles proyectaban sombras sobre su rostro gracias a la luz de las farolas cercanas y de una luna enorme que, a pesar de estar sobre Manhattan, insistía en mostrar su luz.

—¿Algo que objetar a mi razonamiento?

—No.

Me miró unos segundos más. Había algo entre las costuras de lo que no decíamos.

—¿Seguro? —preguntó.

—Nada que declarar, señoría —fue lo máximo que respondí.

—Aunque para él no sería un obstáculo —comentó echando un vistazo a la estatua que estaba a nuestra vera. Reconocí de quién se trataba: era William Shakespeare—. Claro está, siempre que entre los personajes hubiera un amor respetuoso, apasionado o poéticamente significativo. Quizás trataría la diferencia de edad como un detalle literario para generar tensión, reflexión o contexto social. Algo que sumara interés a la trama.

Elizabeth dio un paso más hacia mí, acortando la distancia que nos separaba.

—No sé nada sobre Shakespeare —tuve que confesar.

—No lo estás diciendo en serio —murmuró con aquella voz tan suave, casi tangible.

—Es la verdad. Conozco lo que tuve que leer en el instituto, y ahí se quedó todo lo que sé al respecto.

—Yo adoro a Shakespeare, aunque no tanto como a Byron —declaró—. Está claro que no eres un romántico.

—Eso desde luego. No, no lo soy. —Una confesión íntima al resguardo de la noche.

Elizabeth me sonrió. Iba a decir algo, pero por algún motivo se calló y seguimos caminando por aquella vía en el corazón de Central Park donde se encontraban las estatuas de escritores que ella había querido visitar el primer día que había llegado a Nueva York.

Permanecimos en silencio unos minutos hasta que Elizabeth lo rompió.

—¡Me encantaría tomarme un chocolate! —exclamó de repente.

—¿Ahora? —pregunté sorprendido.

—Sí, ahora. ¿Conoces algún sitio por aquí?

—Conozco un par de sitios que están cerca, pero no creo que estén abiertos a estas horas.

—Bueno, en mi casa tengo chocolate para hacer. ¿Te apetece?

—¿Ir a tu casa ahora? —pregunté con incredulidad.

Elizabeth se encogió de hombros.

—Bueno, solo si te apetece un chocolate.

Una proposición perfectamente tangible.

Sus ojos azules rodeados de sombras me parecieron irreales. Quizás aquello era un sueño.

***

Puso la taza humeante de chocolate delante de mí. No había tardado nada en prepararlo. Observé el chocolate caliente y levanté mi mirada hacia Elizabeth, que estaba trasteando al lado de la cocina. Estaba de espaldas y la piel desnuda se asomaba por el escote de su vestido, desde casi la cintura hasta los hombros. Era un vestido cerrado por delante, pero profundamente escotado por detrás. Su cabello rubio caía sobre la espalda, rozando aquella piel blanca. Era todo un espectáculo.

Cogí la taza y bebí. El chocolate me inundó la boca y descendió por la garganta.

Elizabeth se dio la vuelta y me observó sentado a la mesa de su apartamento. Era una estancia acogedora. Supongo que porque ella la había hecho así. Llevaba quince días en Nueva York y había convertido aquel piso en su hogar. Había cojines de colores cálidos en el sofá. Una planta grande cerca de la ventana y un ramo de flores frescas en el mueble de la entrada. En él destacaban las rosas blancas.

Volví a beber chocolate caliente y ella me sonrió. Una sonrisa completa, amplia, ajena a las sonrisas llenas de necesidades de las mujeres con las que compartía negocios o cama. Ellas querían consumir algo de mí, momentáneo o duradero. Una satisfacción dura o tácita. La sonrisa de Elizabeth era como un regalo; no era exigente ni estaba plegada a otras necesidades. Era libre y me la estaba regalando, en su casa, una noche de sábado de madrugada. ¿Qué estábamos haciendo?

—Así que finalmente sí ingieres alimentos.

Esbocé una media sonrisa.

—Sí, sí que lo hago.

—Bien. Es bueno saber que no eres un vampiro. Está bien que, entre el café, una copa y el chocolate te decantes finalmente por tomar el chocolate. Esa también sería mi elección. —Se acercó a la mesa y puso encima un plato con galletas—. Bien, veamos si también consumes sólidos. Las he hecho yo.

—¿Las has cocinado tú? —me sorprendí.

—Sí, esta mañana —replicó encogiéndose de hombros—. Me gusta hacer algún dulce de vez en cuando, para relajarme. Me parece que así la casa huele a hogar, ¿no crees?

Estaba dispuesto a creer todo lo que ella dijera.

—Sí.

Observé las galletas y recordé a mi abuela paterna. Fue como si me transportara directamente a Francia. A los veranos donde ella y Beca cocinaban. Candela siempre andaba por allí con algún libro en las manos o jugando con su Barbie con caballo. Lo que le gustaba de verdad era el caballo, no la muñeca. Yo me sentaba en la

mesa y observaba como mi abuela le explicaba a Beca algunas recetas. Siempre estábamos rodeados de fresas. Ella me invitaba a participar en el proceso creativo, pero yo me resistía, no quería meter las manos en la masa. Beca se reía y decía que yo no me quería manchar. La realidad era que me sentía inseguro, terriblemente inseguro. Pensaba que iba a hacerlo mal, así que directamente no quería intentarlo. Me conformaba con ver cómo ellas cocinaban. Beca siguió los pasos de mi abuela y se convirtió en una gran cocinera. No solo eso. Heredó su pasión por las fresas, recuperó su plantación de fresas en Francia y volvió a montar una empresa de mermeladas, como habían hecho mi abuela y mi abuelo paterno en su día. Ella había recuperado el legado de mis abuelos mientras que Candela y yo sosteníamos el que habían dejado mis padres.

—Prueba una. ¿O temes que sean demasiado dulces?

Me pareció una proposición demasiado tentadora. Era dulce, toda ella. La galleta aún no lo sabía.

—Está bien —respondí.

Cogí una galleta espolvoreada con azúcar glas. La mordí y el sabor se extendió por mi boca. Sí, era dulce. Pero no solo la galleta, sino la estampa entera: ella, con aquellos ojos azules, las flores frescas en el florero y una extraña sensación de hogar deslizándose por los amplios ventanales de aquel apartamento.

—¿Te gusta? preguntó mientras se llevaba la taza a los labios.

Ninguna de las respuestas que vinieron a mi mente eran apropiadas. Porque aquella dulzura se estaba enredando con otra cosa mucho más oscura.

—Está muy buena —tuve que aceptar—. No sabía que hoy en día quedaran chicas que cocinaban y que leían a Shakespeare y a Byron. Eres toda una revelación.

—¿Hoy en día? —preguntó extrañada—. ¿Qué se supone que debería estar haciendo alguien de mi edad hoy en día?

—No lo sé. ¿Un baile viral de TikTok?

Se rio de forma abierta.

—Eso no es para mí —negó arrugando la nariz—. Sí, claro, tengo redes sociales. Me gustan. De hecho, sería raro que no me

gustaran si me dedico a ellas. Pero lo veo más como una herramienta de trabajo. En lo personal, soy más de consumir en redes que de publicar. No me veo en absoluto haciendo un baile viral. Pero en el mundo actual hay que tenerlas.

Sacó el móvil y buscó el Instagram de la empresa.

—No me digas que las publicaciones que hicimos de Dubái no han sido un acierto, ¿eh?

Me entregó su móvil y lo cogí para revisar. Había echado un vistazo a las fotos cuando se las habían pasado, pero no me había parado demasiado en ellas. Las publicaciones mostraban una imagen de proyección internacional, éxito y eficiencia. Tenía que reconocer que, desde que Elizabeth había tomado el mando de las publicaciones, tenían un aire fresco a la par que sofisticado.

—Están bien.

—¡Qué expresión más sosa! —se quejó.

—No soy de grandes aspavientos.

—Ya me he dado cuenta —replicó con una media sonrisa.

Volví mi mirada a la fotografía. En ese momento entró un wasap de Zac Smith. La frase se había visto momentáneamente. Le decía dónde estaba y le preguntaba si quería ir con su amiga a bailar.

—Te ha llegado un wasap —la avisé con la voz más seria de lo que me hubiera gustado.

Elizabeth miró extrañada el móvil, cogiéndolo entre sus manos.

—¿A estas horas?

—Eso parece —murmuré rompiendo el contacto visual.

—Es Zac —indicó, aunque yo ya lo sabía—. Le dije que este fin de semana estaría aquí una amiga y me comenta por dónde está él con unos colegas por si queremos unirnos a ellos.

Me molestó, mucho. ¿Por qué le escribía Zac a esas horas? Estaba claro lo que quiere un hombre que te escribe a esas horas.

—¿Salís por ahí juntos? —me escuché decir.

—Bueno, nos hemos tomado algo un par de veces.

—No parece la mejor idea salir con alguien de tu trabajo —valoré sin poder evitar que mi voz sonara más seca de lo habitual.

Elizabeth se puso rígida.

—No salimos —negó incómoda—. Sabe que estoy sola en Nueva York y actúa como un buen compañero. ¿No te parece natural quedar con alguien de tu trabajo para tomar unas cervezas o dar una vuelta? Especialmente, con alguien que sabes que está solo y no tiene a nadie.

No es que me pareciera mal, es que me parecía fatal. Era ridículo. ¿Estaba celoso? Pensé que yo me había metido en la casa de mi empleada y estaba allí, de madrugada, tomando chocolate y galletas. Ella era doce años más joven que yo, hija de uno de los accionistas de mi empresa. Había demasiadas cuestiones reprobables en todo aquello y, sin embargo, me molestaba que hiciera amistades con alguien del trabajo. Un compañero. Alguien sin relación jerárquica con ella y, desde luego, con quien no tenía esa diferencia de edad, ya que Zac no tenía ni los treinta.

Me sentí celoso. ¿Celoso? Eso me endureció.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

—Nada —negué con la cabeza con frialdad.

—No lo parece. Estás ceñudo —indicó.

—¿Ceñudo?

—Sí, como molesto.

—No estoy molesto —repliqué claramente molesto.

—Bueno, está bien —respondió, y volvió a beber un poco de su taza de chocolate—. Tómate otra —comentó ofreciéndome las galletas mientras ella cogía una y la mordía.

—No. Entonces, sí que sería demasiado dulce y no estoy acostumbrado.

Elizabeth volvió su mirada hacia mí. Sus enormes ojos azules me observaron.

—Tienes razón. El tuyo es más el estilo huraño que el dulce.

Lo dijo como reproche, pero escondía una media sonrisa en sus gestos.

No pude evitar que una sonrisa contenida se me escapara de los labios.

—Así… —murmuró—. Mucho más guapo cuando sonríes.

La miré y no pude responder. Algo se había despertado entre nosotros y estaba impregnado en el ambiente. Sostenido como las

motas de polvo que ves, pero no puedes alcanzar. Que se quedan en un limbo sin saber a dónde van a llegar. Una alarma se encendió en algún lugar de mi cerebro, pero todavía no la escuchaba.

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó levantándose de repente para acercarse a la encimera que había entre el fregadero y la cocina, donde había una botella de cristal con agua—. Siempre que bebo chocolate acabo necesitando agua. ¿No te ocurre lo mismo?

—No suelo tomar chocolate —respondí.

—Entonces, hoy es una excepción.

—Supongo.

No sé por qué, pero me levanté detrás de ella y caminé hasta donde Elizabeth estaba de espaldas echando agua en el vaso. Me coloqué a su lado y ella bebió. Después sostuvo el vaso en la mano mientras sus labios todavía tenían algo del agua que los había acariciado. Sentí deseos de deslizar mi lengua sobre el agua que brillaba en su labio inferior. Ese fue el primer pensamiento; el segundo fue el de continuar el recorrido por la piel de su espalda. El espacio que debía estar entre nosotros había desaparecido. Sin saber cómo le toqué la espalda. No sé en qué momento se cristalizó como real aquello que había evitado hacer de forma deliberada toda la noche: tocarla. Mi mano estaba sobre su espalda. Sentí su piel caliente bajo las yemas de mis dedos y mi mente se sumergió en otro plano. Elizabeth me miró sin decir nada. Arrastré la mano desde la mitad de su espalda hasta la parte superior, sintiendo aquella sedosidad bajo mi tacto, para después subirla a su hombro y llevarla hasta su cuello. Su piel era cálida, sedosa…, y yo no debería estar tocándola. De forma imperceptible nuestros cuerpos se acercaron. Elizabeth entreabrió los labios. Sorprendida, expectante. Moví el dedo gordo bajo su mandíbula en el arco de su cuello. Sentí el latido de su corazón, acelerado. Real, era lo más real que había sentido nunca.

Quería enredar su cabello con mi mano y tirar ligeramente para que echara su cabeza hacia atrás. Escucharla gemir ante ese gesto posesivo y tener pleno acceso a su cuello.

—Tengo que irme —murmuré, y tragué.

Capítulo 11

Arte moderno

Beth

—Tengo que irme —murmuró Álvaro.

—¿Ahora? —casi exhalé, como si lo que había dicho fuera imposible.

Asintió.

—Sí, porque si me quedo voy a hacer algo que no deberíamos hacer —determinó con una voz profunda que reverberó por mi piel.

—¿Por qué? ¿Por qué no debemos?

La mano de Álvaro seguía en mi cuello y se deslizó hacia mi nuca, enredándose en mis cabellos.

—Hazlo. Lo que sea que estás pensando hacer —le pedí.

Álvaro acercó ligeramente mi cuerpo al suyo hasta que hicimos contacto. El ambiente se había distendido, extendiéndose la noche en aquel apartamento mientras la sangre se movía bajo nuestra piel, encendida en los puntos en los que nuestros cuerpos estaban en contacto.

—¿Estás segura?

—Sí —exhalé.

Enredó mi cabello en su mano y tiró ligeramente.

Gemí, deshaciéndome en sus manos.

Álvaro se inclinó y lamió mi cuello. El contacto de su lengua sobre mi piel hizo que me estremeciera. Se separó para mirarme a los ojos. Estaba completamente rendida y él lo sabía. En ese momento me besó. Fue un beso posesivo, exigente. No me habían besado así nunca. Respondí al beso mientras él giraba mi cuerpo y lo apoyaba en el frigorífico. Subí ambas manos para acariciar su cuello, buscando el contacto directo con su piel. Álvaro no era de piedra, su tacto era cálido bajo mis dedos. Me sujetó contra su cuerpo duro e

intensificó el beso. Sus labios eran exigentes, pero de algún modo también se recreaban en el beso. Sentí su mano deslizándose por debajo de mi vestido. Subiendo entre mis piernas. Accediendo por mis muslos. Se me erizó toda la piel a su paso. Eso no podía estar ocurriendo…, pero no podía pararlo, lo deseaba tanto…

Rompió el beso y me miró a los ojos.

—¿Quieres que siga?

La cabeza se me había llenado de él. ¿Quería? Nunca había sentido un deseo así, por nadie. Sí, sí quería. No debía. Yo no era así, no hacía esas cosas…, pero todo mi cuerpo clamaba por él.

—Sí —confirmé con un susurro.

Acercó sus labios a mi cuello y me dio un beso debajo de la oreja. Tenía una delicadeza que hacía que toda la piel se pusiera en alerta, mientras él se recreaba y no ejecutaba.

—Pídemelo —susurró en mi oído—. Pídeme lo que quieras, Elizabeth. Dime qué te gusta.

—Tócame… —murmuré.

En ese momento su mano ya estaba en mi cadera, por debajo de mi vestido. La deslizó directamente entre las piernas. Yo estaba ardiendo y él me acariciaba por encima de la ropa interior, húmeda y sedosa. Sabía que él podía sentir aquella humedad. Me miró en cuanto la notó.

—¿Así? —preguntó con la voz ronca.

—Sí —jadeé contra sus labios.

Estaba muy mojada.

—¿Quieres que pare?

—No. No pares, por favor.

Me miró a los ojos y había algo devastador en ellos.

—¿Qué quieres entonces? —Una petición deslizándose entre la delicadeza y una autoridad que se escapaba de sus poros—. Dime qué quieres.

Tenía un punto exigente dominando toda la situación.

—Quiero que sigas. Quiero que continúes tocándome.

Volvió a acariciarme presionando un poco más, pensé que moriría allí mismo. Él notaba cómo reaccionaba mi cuerpo, cómo me estaba llevando al borde… Y yo sabía que se le estaban

humedeciendo los dedos, a pesar de estar encima de la tela. Cuando observó en mis ojos que me estaba rompiendo, levantó el lateral de mi ropa interior tirando del elástico e introdujo un dedo por debajo de la tela, sin llegar a penetrarme.

—¿Así o más? —preguntó mientras su dedo se deslizaba en mi humedad—. ¿Quieres que te penetre con mi dedo?

Gemí mientras él lo movía con cuidado.

—Pídemelo —exigió.

—Sí, por favor —jadeé.

En ese momento lo introdujo dentro de mí. Gemí sorprendida. Él observó mi reacción, e introdujo un segundo dedo. Me sentí llena de él. Me mordió el labio con delicadeza mientras sus dedos salieron para volver a introducirse profundamente, una, dos, tres veces, para salir y volver a acariciarme antes de entrar una vez más. Estaba muy mojada y no me atrevía a pensar qué estaba pasando. No quería que parara. Él sabía perfectamente lo que hacía, sabía cómo tocar, dónde tocar… No dejó de acariciarme y, siguiendo mis respiraciones, esperó el momento exacto antes de volver a introducir los dedos. En ese momento, me dejé ir. Estallando en sus manos mientras él me miraba a los ojos.

Me desperté sudando, estaba completamente empapada. Me senté en la cama.

—¡No puede ser! —murmuré echándome una mano a la cabeza.

Miré a mi alrededor. Estaba en mi cama. Sola. Álvaro no estaba allí. No había dormido con él. No había pasado nada entre nosotros y yo me había corrido en sueños. Soñando que él me tocaba. Sentía el corazón acelerado.

Recordé lo que en realidad había pasado: me había acariciado la espalda, el hombro y el cuello y después se había marchado. Dejándome sin capacidad de reacción.

—¡Dios mío! —exclamé—. No puede ser. ¿¡Era un sueño!?

Me desplomé en la cama y reviví mi sueño. Un sueño. Simplemente era un sueño. Había soñado que mi jefe me tocaba. Que me hacía suplicar. ¿Él era así? ¿O solo era mi subconsciente el que había anhelado que eso ocurriera? La realidad era que él me

había acariciado la espalda y después había desaparecido. Aquello no había estado bien. No había estado mal, pero tampoco bien. Era mi jefe. Él lo sabía y por eso se había marchado.

Me sentí frustrada, por lo que no había pasado en la vida real y por todo lo que había ocurrido en mi sueño. ¿En qué estaba pensando cuando lo había invitado a venir a mi piso a tomar chocolate? Seguramente él estaba acostumbrado a otras cosas y yo, que era tan virtuosa, había alcanzado el clímax en sueños pensando en él. ¡Era una locura!

Cogí mi teléfono. Tenía varios wasaps.

Observé que había uno de Brandon. No podía creerlo. Me había escrito a las 9:11 h. Miré el reloj: eran las 10:05 h.

Brandon: Beth, ¿podemos hablar? Estoy destrozado. Me he enterado de que te has marchado a Nueva York. Todo lo que pasó… Ha sido un terrible error. Necesito hablar contigo.

No podía dar crédito. ¿Cómo había podido escribirme? Sentí aquel viejo dolor en el pecho. Lo había sentido durante dos meses. Un sabor a ceniza se extendió por mi boca. Simplemente no podía pensar en lo que había hecho. Aquel vídeo me llenaba la cabeza. Miré el anillo en mi dedo, tenía que quitármelo. No podía. Miré el mensaje en mi teléfono. Tenía que contestarle. Decirle algo de forma rotunda. Algo que lo hiriera tanto como él me había herido a mí… Pero no podía. Me sentía paralizada.

Salí del wasap y vi uno de Harper. Era de las 9:40 h.

Harper: ¿Cuántos orgasmos crees que puede tener una mujer en una noche? ¡Siete! He tenido siete orgasmos. Te juro que me he enamorado de Logan. Después de una noche así estoy preparada para casarme con él. Tendremos unos hijos guapísimos.

Harper siempre se enamoraba. Había perdido la cuenta de cuántos habían sido los afortunados. Decidí contestarle algo rápido.

Yo: Hola. Me alegro de que lo hayas pasado bien 😊

Dejé el móvil y al momento escuché la vibración de un wasap. Volví a cogerlo.

Harper: Estás despierta ?? Logan está en la ducha. Vamos a salir a desayunar. No te parece mal, ¿verdad?

Yo: ¿Cómo me va a parecer mal? No seas absurda. Me alegro de que lo estés pasando bien.

Harper: Esto está a otro nivel de pasarlo bien… Por cierto, vamos a comer al RH Rooftop. Álvaro tiene una reserva y vamos a ampliarla. ¿Te animas? Tienes que venir.

Yo: ¿Con Álvaro? No sé…

Harper: ¿Por qué no sabes? Álvaro es majo.

Yo: Bueno, para empezar, es mi jefe y, entre todos los adjetivos, no lo describiría como alguien majo. No hablaste nada con él como para sacar esa conclusión.

Harper: Cierto, supongo que lo he presupuesto porque, según Logan, es muy buen tipo. El que sí es majo es Logan.

Me quedé en silencio pensando en ambos. Sí, Logan era majo. Álvaro… Era demasiadas cosas. Harper, que tenía la capacidad de leerme la mente, volvió a escribir.

Harper: Y a Álvaro, ¿cómo lo describirías?

Yo: No sé. No me parece tan sencillo ponerle adjetivos.

Harper: No sé si será el mejor conversador, pero está buenísimo, y tiene esa mirada de tío duro que consigue que todas las mujeres se quiten la ropa delante de él sin que él tenga que hacer el más mínimo esfuerzo. Estoy segura.

Me sentí incómoda ante aquel comentario.

Yo: Es mi jefe.

Harper: Era solo una apreciación, pero no lo puedes negar… ¡Anda, ven!

Dudé.

Yo: Va a parecer una comida de parejitas.

Harper: ¿Y qué? Lo que no tiene sentido es que vayamos a comer los tres y dejemos a Álvaro como acoplado. Eso sí sería incómodo.

Yo: La acoplada eres tú.

Harper: Estoy segura de que Logan prefiere comer conmigo, o comerme a mí…

Bufé. Harper era de dar detalles, y eso que sabía que me incomodaba.

Yo: Por favor, no seas tan explícita. Ya sabes que no me gusta.

Harper: ¿Vendrás?

Miré el móvil y solté aire. No era una buena idea. De hecho, era una idea pésima.

Yo: Está bien, iré.

Harper: ¡Genial!

En ese momento sonó mi teléfono, cortando mi conversación por WhatsApp. Miré la pantalla para ver quién llamaba. Era mi padre.

—Hola, papá —lo saludé, contenta de saber de él.

—¿Cómo estás, princesa?

Mi padre siempre había sido tierra firme a la que poder aferrarse.

—Bien. Muy bien, papá.

—¿Seguro? ¿O lo dices para que tu viejo no se preocupe? —preguntó con cierta suspicacia.

—Estoy bien, de verdad, papá —le aseguré—. Puedes estar tranquilo. Todo va muy bien por aquí. En estas semanas me he adaptado bien a Nueva York y a mi trabajo. Ha sido una buena decisión venir —confirmé.

—Está bien —aceptó al otro lado. Parecía satisfecho con la respuesta—. Me contó tu madre que Harper ha ido este fin de semana de visita.

Había estado hablando con mi madre hacía un par de días. Ella se preocupaba tanto como mi padre, pero él llevaba peor la traición

de Brandon. Era su niña, siempre me había sobreprotegido. No lo podía evitar.

—Así es —respondí—. Ahora está en la ducha. Vamos a salir de paseo en un rato.

Me sentí mal por la mentira piadosa, no soportaba engañar a mi padre. A él menos que a nadie.

—Bien, eso es lo que tienes que hacer. Salir y hacer planes por Nueva York —comentó con seguridad—. ¿Estás contenta en el apartamento?

—Sí, de verdad. Estoy muy a gusto aquí, ya te lo he dicho. No tenéis que preocuparos tanto, también se lo comenté a mamá el otro día. —Hice una pausa—. Me estoy adaptando bien a mi vida aquí, tanto al barrio como al trabajo. El apartamento es perfecto para mí.

Se escuchó un breve sonido al otro lado de la línea; mi padre había dejado algo sobre la mesa, supuse que sería una taza de café. A esas horas, y siendo él, sería ya el segundo café del día.

—Bueno, pero si algo no te convenciera, del apartamento o de la zona, me lo dices y buscamos otro.

—No, de verdad. Es un lugar fantástico. Es todo lo que necesito.

Me rompía el corazón ver a mi padre preocupado, pero él no podía evitarlo. Su prioridad era que yo estuviera bien. No quería que me tocara ni una mácula. Era un perfecto padre de familia. Sus funciones eran cuidar y proveer, y siempre había cumplido a la perfección con su rol. El hecho de que Brandon me hubiera roto el corazón había sido un duro golpe para él. Era, al fin y al cabo, el chico perfecto a sus ojos: trabajador, inteligente, muy familiar y tradicional, plenamente integrado en la alta sociedad de Alabama… O al menos eso era lo que creíamos de él. Después estaba su lado B. Comprendía la sensación de desamparo, de estafa que sentía mi padre respecto a Brandon. Mi padre todavía recordaba, de forma muy vívida, lo mal que lo había pasado, por eso ahora estaba tan preocupado en confirmar mi bienestar.

Había estado destrozada, esa era la realidad. Al nivel de convertirme durante las primeras semanas tras la ruptura en una

especie de autómata. Me levantaba, iba al trabajo, comía y volvía a casa. No sonreía, no interactuaba, me centraba en respirar y seguir adelante.

—¿Cómo ha ido esta semana en el trabajo?

—Muy bien —confirmé—. Estoy plenamente integrada, papá. Funcionando a pleno rendimiento. La primera semana fue de contacto, pero ahora ya estoy metida de lleno en el trabajo. Además, los compañeros son muy agradables —añadí—. Me centro en el trabajo y no tengo tiempo para nada más.

Mi padre asintió al otro lado del teléfono.

—¿Con Álvaro va todo bien?

Se me aceleró el corazón al instante. Imágenes de su mano perdiéndose debajo de mi vestido vinieron a mi cabeza… Un sueño, ¡había sido un sueño!

—Ha estado de viaje —comenté tapándome la cara con una mano—. En Dubái, así que no ha venido mucho por la oficina. En todo caso, ya sabes, no es mi superior directo.

—Es el único jefe de verdad que tienes ahí, Elizabeth. Tenlo en cuenta —indicó mi padre. Él era muy serio con todo lo que tenía que ver con las jerarquías en el trabajo.

—Tienes razón, papá. Lo tendré en cuenta.

—Si tienes cualquier inconveniente, acude a él —señaló con convicción—. Sé que él te cuidará.

Recordé la mano de Álvaro en mi cuello.

—Es un gran tipo. Un adicto al trabajo, pero supongo que es la forma de conservar un trabajo así —añadió pensativo—. Aprende de él. Es un tipo duro, pero muy inteligente.

—Lo haré. —Me costó tragar.

—Bien —sentenció con confianza—. Pero si quieres cambiar algo… Si algo no te convence. Dímelo.

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes más, papá.

—Si me necesitas, acude a mí. Cogeré un avión y estaré ahí en unas horas.

Mi padre, Thomas Harrington, era el hombre más fuerte que conocía. Era un empresario exitoso y uno de los principales rostros de la clase alta de Alabama, me destrozaba el corazón el dolor que

la ruptura de mi compromiso con Brandon le había provocado. Se volcaba en protegerme como la más feroz mamá pájaro. Mi madre, por otro lado, también había sufrido y se preocupaba por mí, pero ella sabía que yo estaría bien. Confiaba mucho en mi fortaleza. Incluso más de lo que lo hacía yo misma.

—No hay ningún avión que coger.

—Está bien —aceptó finalmente—. Cualquier cosa que necesites… Solo avísame.

—Por supuesto, tú serías al primero al que acudiría, ya lo sabes —repliqué y se lo dije de corazón.

—Bien. Pues te dejo que seguro que quieres arreglarte para salir con Harper por ahí. Disfrutad del domingo.

—Gracias, papá.

Cuando colgué el teléfono me quedé un rato en la cama recordando todo lo que había pasado. A mi madre llorando por el compromiso roto. El rostro de mi padre incrédulo. Brandon no había dado señales de vida durante todo ese tiempo desde el día en que habíamos roto y ahora… Volví a leer el mensaje y algo se me revolvió en el estómago. Mi cabeza se llenó de las imágenes de aquel vídeo que había grabado. Sentí asco y un dolor familiar en el pecho. Ya no tenía aquella intensidad de dos meses atrás. Era como un viejo eco que se deslizaba por mis huesos. Me tapé con el nórdico y por un momento quise desaparecer. Miré aquel anillo todavía en mi mano, porque yo había estado tan enamorada como para comprometerme. Recordaba sus sonrisas, la primera vez que nos habíamos besado, los paseos tranquilos, los sueños de futuro… Todo aquello había estallado como una nube de cristales sobre mi cabeza.

Me quité el nórdico de encima y bufé.

—Vamos, Beth. ¡Levántate y sal de la cama! No dejes que te afecte, es solo un mensaje. Sigue adelante. La vida sigue ahí fuera sin ti y no está dispuesta a esperarte.

***

Me puse un vestido de punto de color marrón con cintura ceñida, minifaldero y suelto en las caderas. El cuello era redondo y algo escotado, por lo que la pequeña cruz de oro que solía llevar descansaba a la vista sobre mi piel. Me había puesto unas botas marrones de caña y medias transparentes. Dejé el abrigo y caminé hasta la mesa que me indicaron. Estábamos en el RH Rooftop y las vistas eran increíbles. En su interior había mucho verde en la decoración y unas lámparas de cristal elegantes que hacían del sitio un lugar sofisticado, pero con clase.

Un camarero me señaló la mesa. Lo primero que vi fue a Harper y a Logan de espaldas. Estaban sentados el uno al lado del otro y no paraban de hablar, con la complicidad que tendría una pareja que lleva toda una vida junta. Era algo insólito. Sentado enfrente de ellos, en un asiento de sofá, estaba Álvaro. Estaba tan guapo que me quedé sin respiración y esa tristeza que me había invadido desde que Brandon me había escrito se evaporó, quedando atrás a medida que avanzaba hacia la mesa. Cuando percibió que me aproximaba, Álvaro me miró y fue como recibir el golpetazo de una ola inmensa azul helada. Después de arrollarme con aquella mirada, bajó sus ojos hacia mis piernas para volver a subirlos. Me pregunté si el vestido sería demasiado corto. Estaba cómoda, era un vestido muy cómodo con un punto coqueto. Era domingo y no había pensado en que la comida era con mi jefe cuando lo había elegido.

Él llevaba un jersey de pico de color azul y una camiseta blanca que asomaba en su cuello. Creo que era la primera vez que lo veía sin camisa. El azul de la prenda intensificaba sus ojos.

Cuando llegué hasta ellos, Harper se levantó y me dio un breve abrazo y un beso.

—¡Beth, ya estás aquí! —declaró feliz—. Estábamos a punto de pedir.

—Siento haberme retrasado.

—Nada, no te preocupes. Solo llevamos diez minutos —comentó Logan.

—Estupendo. ¿Qué se come aquí? —pregunté mientras observaba el sofá que me tocaba compartir con Álvaro.

Él no hizo el menor gesto. Esperó a que yo me sentara a su lado mientras Logan y Harper seguían hablando, comentando las opciones para comer.

—Hola —saludé una vez sentada.

—Buenos días —replicó sin mirarme.

Su perfume me invadió, como si quisiera deslizarse de su propio cuerpo hasta el mío. Era un olor sofisticado, masculino.

—Tienes la carta en el QR —comentó Harper—. Todo tiene muy buena pinta, no sé qué elegir.

—Estupendo, echémosle un ojo —declaré sacando el móvil.

—También puedes verlo aquí —me ofreció Álvaro deslizando una carta a mis manos. Subí mi mirada hasta él—. Si te gusta la carne, pide el entrecot. Es de lo mejor. —No dije nada. Ya era bastante trabajo soportar el azul lleno de gris de su mirada—. No sé lo que te gusta.

No sabía lo que me gustaba, pero yo tenía el recuerdo de sus caricias. Las reales y las que habían sido solo producto de mis sueños.

—La carne está bien, seguro que está buena. Me gustan muchas cosas —añadí.

—Pues el chuletón lo hacen delicioso.

Asentí.

—Qué bien que ya lo conozcas.

Nos miramos un momento en silencio hasta que las carcajadas de mi amiga hicieron que volviera mis ojos hacia ella. Harper y Logan se reían cómplices, totalmente ajenos a nosotros. Me pregunté cómo podían ser ya tan íntimos. Hablaban sobre alguna anécdota del trabajo de Logan. ¿Toda esa complicidad era por el sexo? ¿Solo por eso?

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Álvaro mientras la camarera se acercaba y colocaba delante de él una botella de agua con gas. La abrió y le sirvió.

¿Qué tal había dormido? Recordé su mano deslizándose entre mis piernas y tocándome… Sí, había sido un sueño, pero ¡parecía tan real! Me ruboricé cuando recordé que me había ido en sueños gracias a él.

—Tuve sueños un poco movidos…

Álvaro cogió el vaso con el agua con gas y bebió sin dejar de mirarme. Sentí deseo de demasiadas cosas. Cosas a las que no era ni tan siquiera capaz de darle forma. ¿Qué me estaba pasando? ¡Era mi jefe!

—Contadnos algo sobre vosotras —nos pidió Logan.

Harper le tocaba los botones de la camisa de forma distraída.

—Beth ha ganado prácticamente todos los premios de belleza a los que una mujer puede presentarse en el Estado de Alabama —declaró hablando de algo que no le interesaba a nadie.

Volví mi atención a Harper. ¿Por qué había contado eso? Me sentí incómoda al momento.

—No fue Miss Alabama porque no se quiso presentar —dijo con una rotundidad difícil de discutir—. A los diecinueve ganó Miss Birmingham y ya no quiso seguir compitiendo.

No dije nada, pero quería matar a mi amiga.

—¿Y eso? —preguntó Logan con curiosidad—. ¿Por qué no quisiste presentarte? ¿Había mucha competencia?

Enrojecí.

—¡Qué va! —respondió Harper—. Beth habría ganado. Tenéis delante de vuestras narices a la que habría sido Miss América si ella no hubiera decidido dejar de competir. —Sentí calor en las orejas—. Habría arrasado, ¿o es que no tenéis ojos en la cara?

—¿Qué ocurrió? —preguntó Álvaro sin mirarme.

—Competía solo por mi madre. No me interesa nada de la cultura de la belleza que rodea esos premios. —Hice una pausa. Era plenamente consciente de la presencia de Álvaro a mi lado. No se movía, pero sentía cada una de las fibras de su cuerpo. Me concentré en mirar a Harper y Logan—. Mi madre ha sido una reina de la belleza desde niña. Para ella era importante, así que hasta los diecinueve participé en aquellos certámenes que sabía que le importaban. Lo hice por ella.

—¡Ay, la madre de Beth es maravillosa! ¡Y guapísima! Arrasó en todos los concursos. No hubo un solo certamen en el que participara que no ganara —comentó Harper con orgullo—. Nos hemos visto todos los vídeos de sus competiciones.

—Gracias, Harper —dije con cierta incomodidad—. No creo que les interese el mundo de los certámenes de belleza.

Mi amiga se encogió de hombros.

—¿Y en el momento en que tuviste la oportunidad de participar en el más importante te retiraste? —preguntó Logan con curiosidad —. Eso no se hace. Una vez llegados hasta ahí, tenías que haberte presentado para averiguar qué recorrido podrías haber tenido.

—No es un camino por el que quisiera seguir —negué—. Todo eso no tenía nada que ver conmigo. Siempre tuve claro que quería trabajar en la empresa de mi padre, centrarme en lo mío. El mundo de los certámenes de belleza no es mi mundo.

—¿Ni siquiera por la compensación económica? —preguntó Logan.

Negué con la cabeza.

—El dinero no sería una motivación en su caso —declaró Harper, que había decidido ponerse a hablar de mí en vez de centrarse en hablar sobre sí misma—. La verdad es que, si Beth se hubiera presentado y hubiera ganado, lo habría donado todo a algún fin benéfico. Eso es así. Lleva desde los once años trabajando con protectoras de animales y con al menos dos fundaciones para ayudar a niños sin hogar.

—Eso es muy bonito —comentó Logan.

Álvaro no dijo nada.

Me sentí incómoda. No veía la necesidad de que se pusieran sobre la mesa todas mis inquietudes y recorrido vital.

—¿Por qué no les hablas de tu pasión por el ajedrez? —la animé, volviendo mi mirada hacia ella para intentar desviar el interés —. Así dejas de contar cosas que no creo que les interesen en absoluto.

—¿Juegas al ajedrez? —preguntó Logan volviendo su atención a su compañera de aventuras nocturnas—. Me encanta. Soy el mejor en el tablero de juego.

Harper se acercó a él para besarlo con un breve pico en los labios.

—Eso ya lo he notado —replicó con coquetería.

Logan le siguió el rollo y le devolvió el beso.

—Parece que va a ser un día largo —comentó Álvaro observando como Harper y Logan volvían a meterse en su propia burbuja personal y a hablar entre ellos sobre algún deporte cuya afición compartían.

—Bueno, quizás si desaparecemos en algún momento ni lo noten —manifesté.

—Los domingos suelo trabajar, pero si me haces una oferta interesante, no me importaría desaparecer contigo —aseguró Álvaro, y sentí su voz rodando por mi piel.

Todo el cuerpo se me erizó.

—¿En qué estás pensando? Porque todo lo que tengo para ofrecer son galletas y chocolate.

Álvaro me miró como si se debatiera en decir o no algo más.

—No sé si voy a poder tomar chocolate dos días seguidos —replicó finalmente.

—¿Demasiado dulce? —lo tenté.

Serpenteó su mirada hasta mis labios.

—Sí, demasiado dulce —afirmó—. No estoy acostumbrado.

Lo que cada uno estuviera pensando no se materializó, porque llegó la camarera y nos tomó nota.

El entrecot estaba delicioso y la comida resultó muy amena. Después de la misma, tenía la certeza de conocer mejor a Logan. Ellos también nos conocían mejor a ambas. Pero Álvaro seguía igual de críptico que siempre. Habló un poco de Dubái, era un buen comodín para utilizar, al haber estado allí de viaje hacía tan poco. También averigüé que era un apasionado de los Knicks. A mí también me gustaba el baloncesto y ese fue un punto de apasionado debate entre todos. Tanto Harper como yo éramos seguidoras de los Lakers. La nota discordante la dio Logan, forofo de los Chicago Bulls.

Después de la comida fuimos a dar un paseo. Tal y como yo había predicho, parecíamos dos parejitas por las calles de Nueva York. Finalmente acabamos en un taxi para desplazarnos hasta el MoMA. Harper había estado en dos ocasiones en Nueva York con anterioridad, pero en ninguna de las dos había tenido oportunidad de visitar el museo. Mi amiga declaró abiertamente que, si bien este fin de semana había visto cosas muy interesantes con las que no

contaba, comentario tras el cual Logan se había reído abiertamente, no quería perderse la visita al museo. Insistió en que la acompañáramos. Así que terminamos los cuatro en el MoMA.

El MoMA siempre era una buena elección para sumergirse una tarde de ocio. Sin prisas y sin reloj. Paseé fijándome con atención en las piezas, tanto en las mundialmente conocidas como en aquellas otras que pasaban más desapercibidas.

Observaba *Campbell's Soup Cans*, de Andy Warhol, cuando Álvaro se colocó a mi lado, contemplando la obra. Me había perdido durante un rato, necesitaba un poco de espacio. Durante el viaje en taxi a mí me había tocado una de las ventanillas traseras y Álvaro había estado sentado en el medio y, aunque había sido excesivamente caballeroso y no había hecho ni un solo comentario inadecuado, había sido imposible no sentir su muslo fuerte al lado del mío.

Ahora se paraba de nuevo a mi lado. Era mi jefe. De la forma más absurda del mundo habíamos acabado pasando un fin de semana prácticamente juntos, pero no me olvidaba de que era mi jefe. Sin embargo, también era el chico de Manhattan y eso tampoco podía olvidarlo.

—Me impresiona cada vez que la veo —declaró Álvaro a mi lado —. Es una de mis favoritas.

Observé los lienzos: treinta y dos latas de sopa con mínimas diferencias, limitadas casi únicamente al sabor. En una visión rápida, podrían parecer casi la misma imagen repetida. Una obra icónica del Pop Art.

—Sí, tiene esa capacidad de dejar fuera de juego al observador —apunté.

—Una reflexión a la producción masiva y el consumismo.

—Parece que eso es lo que su obra sugiere. Aunque no se sabe con total certeza si Andy Warhol quería lanzar una crítica más profunda o no. Era un tanto ambiguo respecto a las intenciones de sus obras.

—Lo sé —declaró observando la imagen—. Siempre me deja pensando.

—¿En abandonar el consumismo? —pregunté con una mirada divertida.

Él llevaba encima miles de dólares desde su jersey hasta sus zapatos, pasando por su Rolex. Todo era exclusivo. Él mismo emanaba un aire de inaccesibilidad, de aquello que era éxito y capitalismo.

—Quizás —respondió volviendo sus ojos agrisados a mí.

—¿Qué harías?

—¿Si abandonara el consumismo?

—Sí —respondí, y en ese momento deseé saberlo.

—No sé. Quizás irme a una cabaña en la montaña y dejar de afeitarme. Tirar el móvil y el portátil. —Guardó silencio—. O simplemente navegar alrededor del mundo.

—Creo que para lo segundo necesitas la tecnología y desde luego un barco es exclusivo y representativo del lujo, por lo tanto, del consumo.

—Vale, a ver qué te parece esto: vivir en una isla caribeña, en una cabaña de pescador —declaró como si esta idea le pareciera más plausible—. Una vida sencilla, rodeado de mar y naturaleza. Pescar lo que necesite para vivir. No sé, algo como Caye Caulker en Belice, o Isla de Providencia en Colombia.

—No te creo —murmuré despacio.

Álvaro se volvió del todo hacia mí.

—¿Crees que sería incapaz de llevar ese tipo de vida?

Como si lo conociera de toda la vida, afirmé:

—Completamente incapaz. ¿Qué harías con todo ese peso?

—¿Con qué peso? —preguntó extrañado.

—Con el mundo que llevas sobre tus hombros. ¿Quién lo cargaría entonces?

Nos quedamos mirándonos en silencio.

—Siempre que veo esta obra siento deseos de tomarme un plato de sopa —manifestó Logan acercándose a nosotros. Echó un brazo sobre los hombros de Álvaro quien no se movió ni un milímetro.

—Me encantaría tenerla en mi casa —replicó Harper—. Me fascina el arte Pop.

—Bueno, yo en mi piso no la veo. Más que nada por el tamaño —comentó Logan.

Volví la mirada a la obra y posteriormente al amigo de Álvaro, quien sonreía de forma abierta. Era un tipo al que le cogías cariño rápidamente.

—¿Seguimos? —preguntó Harper moviéndose por la sala—. Todavía nos queda recorrido.

Me moví observando el resto de las piezas que nos quedaban y subí con Harper. Quería ver *La noche estrellada*, de Vincent van Gogh. Esa noche sentida, el cielo en movimiento… En cierto modo, me sentía un poco así. Cuando la observé busqué instintivamente los ojos de Álvaro. Él la miraba con intensidad. Pensé si sentiría cierto desasosiego, como yo.

—Tiene un punto inquietante, ¿verdad? —comentó Harper.

—Sí —murmuré.

Álvaro serpenteó su mirada hacia mí, pero no dijo nada.

—Deberíamos marcharnos, tengo que ir a recoger mi maleta al hotel. Mi vuelo sale en unas horas —declaró Logan.

—No voy a poder superarlo —comentó Harper fingiendo un momento dramático—. Ahora ya no podré vivir sin ti.

Logan la atrajo hacia sí para decir:

—¿En serio? Pero si tú también vas a volver a tu ciudad mañana.

—Bueno, pero eso ya es mañana —se rio—. Hoy lloraré destrozada en cuanto nos separemos.

Logan rompió a reír y simplemente la besó.

Reconocí con asombro y una punzada de celos que ellos habían experimentado toda una vida en un fin de semana. Algo que me parecía asombroso. ¿Cómo podían haber vivido tanto en tan poco tiempo?

Salimos del MoMA no sin antes pasar por la tienda de regalos en la que Logan y Harper compraron varios recuerdos y se intercambiaron un par de detalles entre besos y risas. Pensé en cómo ella habría podido pasar la noche con él, quedar totalmente prendada y desligarse de su presencia tan rápido. Pasar con alguien veinticuatro horas: comer, pasear, compartir impresiones sobre la

vida, confidencias, tener sexo en varias ocasiones y después olvidarlo todo, como si no hubiera ocurrido nada. Era algo imposible de entender para alguien con mi estructura mental. Por suerte para ella, Haper siempre había sido una mujer desinhibida y libre. No es que hubiera hecho algo así de forma habitual, pero sí que se había ido con algún chico a pasar la noche en la primera cita. Yo simplemente no podía. Nunca me había sentido tan libre. También es cierto que nadie me había inspirado lo suficiente para querer perderme con él sin apenas conocerlo. Aunque mentiría si negara que bueno, quizás la forma en que Álvaro me miraba fuera un motor para desear ser tan libre como Harper, aunque tan solo fuera por una vez.

Tan solo por una vez…

Capítulo 12

Soñar con ser una princesa

Álvaro

—No quiero que des el visto bueno a eso, Candela —expuse enfadado.

—No tienes derecho a vetar mis decisiones. Son propiedades en Francia. La sucursal de París está bajo mi gestión. Aquí tengo yo la última palabra.

—Sé muy bien cómo funcionamos —ladré—. Pero no quiero que hagas un movimiento tan arriesgado. ¿Comprar castillos? ¿En serio? ¿En qué estás pensando?

—Hay que innovar, Álvaro —replicó con firmeza—. No podemos hacer lo mismo de siempre. Necesitamos abrir nuevos horizontes.

—Candela, de verdad, no estás siendo racional —insistí—. Es una mala decisión la mires por donde la mires.

Sentí el hielo en el silencio de Candela al otro lado de la línea telefónica. La gente solía pensar de mí que era un tipo frío, inaccesible, con una fachada de piedra. Sabía que las mujeres me veían así. No podía recriminárselo; en cierto modo era así. Me sentía cómodo proyectando esa imagen. Pero, en comparación con Candela, era un tipo afable y cercano. Ella estaba a otro nivel. Ella nunca daba su brazo a torcer. Era dura, infranqueable, implacable. No cedía ni daba espacio para la debilidad.

Mis dos hermanas no podían ser más antagónicas. Candela parecía estar siempre en modo alerta, era como si la vida le debiera algo. En el fondo la comprendía, porque yo, de alguna forma, sentía ese mismo vacío mordiéndome las tripas que sentía ella. Habíamos tenido que crecer muy rápido. Demasiado.

—Es mi decisión —determinó—. No voy a ceder, Álvaro. Es una adquisición que yo quiero hacer. Tengo mis propias motivaciones. Te

repito que yo no me meto en tus decisiones como CEO en Nueva York, espero lo mismo de ti para la sede de París.

Negué con la cabeza, frustrado, y observé por la ventana las luces de Manhattan. Hacía rato que había anochecido.

—Candela…

—Esta conversación ya dura demasiado, ¿no crees? Te enviaré la información por correo —sentenció mi hermana—. Hablamos otro día, Álvaro.

Candela cortó la llamada y me quedé con el teléfono en la mano, sintiéndome un completo imbécil.

—¡Como cuando éramos niños! —murmuré asombrado.

Me giré y encontré en el umbral de la puerta de mi despacho a la chica Harrington. Elizabeth estaba allí con un iPad en la mano y unas piernas espectaculares. Me quedé sin palabras. ¿Cómo podía ser tan impresionante? Elizabeth llevaba un traje de falda y americana azul claro. La falda era bastante corta, sin dejar de ser elegante. Apreté la mandíbula y mi parte más irracional sintió deseos de decirle que el *dress code* exigía algunos centímetros más, pero no podía hacerlo porque no era cierto. No había ningún código de vestimenta impuesto. Ella podía hacer lo que le diera la gana, y así lo hacía. Lo ridículo era ver que me convertía en un pelele al verla con aquellas medias sedosas transparentes pegadas a sus piernas torneadas. Los zapatos de tacón medio y un traje que le quedaba como un guante. No pensé que siguiera en la oficina a esas horas. Eran cerca las nueve de la noche y prácticamente no quedaba nadie en la planta desde las siete de la tarde.

—Hola —saludé.

—No quería interrumpirte —replicó con cierta precaución.

—No te preocupes, la conversación ya ha terminado. Pasa, por favor —comenté dejando el móvil encima de la mesa—. Candela tiene la facultad de empezar y terminar las conversaciones cuando ella dice. Es una habilidad única. No he conocido a nadie más con una capacidad así.

—¿Es tu hermana?

La miré. Sabía que era mi hermana porque seguramente había buscado información de mi familia. Además, en la propia web e

intranet del grupo había una ficha de Candela, socia principal y CEO de BAC France Real Estate.

—Sí, es mi hermana. De hecho, me llama por un arcaico sentido de lealtad, precisamente por el lazo familiar que nos une, porque te puedo asegurar que cuando Candela toma una decisión de inversión no cuenta con la aprobación de nadie. Pero, en este supuesto, al ser una maniobra arriesgada que compromete una importante partida económica, me ha llamado… para informarme, en realidad. No por otro motivo.

Elizabeth caminó hasta la mesa y se sentó en la silla en la que la había entrevistado, un par de semanas atrás.

—¿Y cuál es la discrepancia que tenéis?

—Quiere comprar castillos —respondí hastiado de la discusión con Candela.

—¿Castillos?

—Sí, quiere comprar castillos en Francia —confirmé—. Bueno, empezará por Francia, pero su idea es adquirir castillos por media Europa. La operación es de alto riesgo y no nos conviene añadir más exposición en este momento. Ya tenemos bastantes decisiones de inversión exigentes que gestionar.

—¿Como Dubái? —dejó caer.

—Sí, como Dubái.

Elizabeth apoyó el iPad sobre sus rodillas y, aunque no debía, deslicé mi mirada hacia sus piernas una vez más y después la desvié deliberadamente hacia la pantalla. Debería enviar a la chica Harrington a trabajar a otra planta, una en la que no me torturara con sus largas piernas. No habíamos vuelto a coincidir desde nuestra visita al MoMA del domingo. Estábamos a martes. En esos dos días solo la había visto en un par de ocasiones y siempre a distancia. Era lo mejor. No tenía la necesidad de volverme loco con su presencia, y ella no necesitaba tener a su jefe babeando detrás de ella. Era ridículo. No me había pasado eso en la vida.

—Así que tu hermana quiere comprar castillos… —comentó pensativa.

—Sí, ¿no te parece una idea desastrosa? Es algo extraño en Candela, ella suele ser muy cerebral. ¿Cómo puede parecerle buena

una inversión que exige un desembolso tan elevado y una salida al mercado tan complicada?

—¿Eso es inusual en ella?

—Si el riesgo no compensa la inversión, sí.

Elizabeth me miró y se encogió los hombros.

—Quizás es una romántica.

—¿¡Candela!? —bufé.

—Si está interesada en rescatar viejos castillos, quizás haya una parte dentro de ella muy romántica que se lo esté pidiendo. —Miré a Elizabeth con escepticismo—. Quizás simplemente quiere hacerlo por la niña que soñaba con princesas cuando era pequeña.

Esbocé una sonrisa templada.

—Candela nunca ha soñado con ser una princesa.

—¿No? ¿Y con qué soñaba?

—Con ser una amazona. Tanto por la referencia a la guerrera como por su pasión por los caballos.

Elizabeth sonrió y fue una sonrisa dulce, genuina. No parecía quedar nada de aquella tristeza que a veces velaba su mirada cuando la había conocido un par de semanas atrás. Parecía que Nueva York le estaba sentando bien.

—¿Y tú? —necesité saber de repente—. ¿Soñabas con ser una princesa?

—¡Desde luego! —aceptó sin miramientos—. Mis sueños de niña no podían ser más típicos: ser una princesa, casarme con un príncipe, tener una casa y cuatro o cinco hijos.

Me sorprendí.

—¿Tantos?

—Sí —se rio, y era una sonrisa franca, sin dobleces—. Siempre he querido tener una casa llena de ruido. Supongo que porque soy hija única —replicó con total normalidad encogiéndose de hombros —. Aunque supongo que me contentaría con tres o incluso con dos.

—O sea que los niños no son negociales —murmuré tocándome la barbilla.

Elizabeth negó con la cabeza.

—No, no lo son. Si no puedo tenerlos por mí misma, me gustaría adoptar.

—¿Tres o cuatro?

—Claro, ¿por qué no? Podría incluso adoptar a unos hermanos. Pero me gustaría una casa llena de ruido.

—Ya veo.

—¿Tú no quieres tener hijos?

¿Niños? La idea me golpeó directamente en el estómago. Una casa ruidosa con la sonrisa de Elizabeth para compensar. Esa imagen sí me pareció sacada de un cuento.

—No lo sé —repliqué tratando de evitar el tema—. No lo veo como algo cercano y tampoco sé si quiero tener hijos. No es algo que ocupe espacio en mi cabeza en este momento.

La sorpresa cruzó el rostro de Elizabeth.

—¿En serio? ¿A tu edad? —El golpe no podía ser más directo.

—No soy un anciano.

—Tampoco un niño —indicó.

—Bueno, creo que los hombres no tenemos el problema del reloj biológico.

Elizabeth me miró como si observara a un extraterrestre.

—Ya veo… —comentó—. Pues para mí es algo esencial. No me imagino la vida sin una familia.

No dije nada. Toda mi vida estaba basada en el trabajo. Nos quedamos en silencio, y era un silencio algo incómodo, como si hubiera algo sin resolver entre nosotros relativo a esa conversación.

Mi mente se llenó de la piel blanca de su espalda que había acariciado el sábado pasado. Cosa que no había debido hacer en modo alguno.

Carraspeé y todavía no sabía qué hacía en mi despacho.

—Perdona, ¿venías por algo? Ni siquiera te lo he preguntado.

Elizabeth sonrió y relajó el gesto.

—Vengo a enseñarte algunas de las ideas que he estado desarrollando con Zac —expuso—. Sebastián me dijo que tenía que comentarlo contigo antes de ejecutarlas, ya que algunas rompen con la línea que ha venido teniendo la firma hasta ahora. Le dije que me acercaría yo misma y te las expondría. —Hizo una pausa—. Eso de que tenga que venir un tercero a explicarte mi proyecto me parece poco práctico.

La miré valorando sus palabras.

—Sebastián sabe que vuestro equipo tiene libertad creativa —comenté—. Si considera que el proyecto necesita mi visto bueno primero, es porque tiene que ser atípico. Supongo que tienes ideas rompedoras y Sebastián prefiere evadir la responsabilidad de tener que asumirlas.

Esbozó una media sonrisa. La noche que se filtraba a través de los ventanales de mi despacho creaba un ambiente íntimo.

—Puede que alguna sea rompedora, pero a veces hay que arriesgar —expuso.

En la mirada de Elizabeth brillaba un pequeño desafío.

Me recosté en mi silla ergonómica de alta dirección.

—Convénceme.

—Prepárate, porque no te vas a poder resistir.

Sin ser consciente, me toqué el mentón.

—Estoy seguro de que no —murmuré.

Capítulo 13

¿Quién es este imbécil?

Beth

Bajé en el ascensor hasta la recepción de la planta baja. Allí, a aquellas horas, solo quedaba el guarda de seguridad.

—Hasta mañana —me despedí saludándolo con una media sonrisa.

—Buenas noches —replicó. Era un tipo risueño.

Había estado casi una hora desarrollando mi trabajo con Álvaro. Él me había hecho un hueco en la mesa a su lado. Habíamos puesto allí una silla para trabajar codo con codo. Álvaro era duro, había sido implacable en sus comentarios y críticas. Cuando algo le gustaba asentía y cuando no estaba convencido preguntaba hasta el más mínimo detalle hasta que todas sus dudas eran disipadas.

Desde el momento en que lo había conocido había comprendido que era un monolito imposible de derribar, y me lo había demostrado con creces. Había sido una exposición agotadora. Había tenido que hacer una defensa férrea. Pero, si había un motor en mi vida, era el trabajo. Me apasionaba lo que hacía y mi padre lo sabía, por eso había insistido tanto en que Nueva York resultaría sanador. Era mi tercera semana allí y sentía algo más ligero el pecho. Me había quitado algunas de aquellas densas capas de humedad que se pegaban a mí en Alabama.

Cuando salí a la calle eran cerca de las diez de la noche.

—¡Beth! —me llamó una voz conocida.

El corazón me dio un vuelco. No era posible.

Me di la vuelta y lo miré.

—¡Brandon! —exclamé sin poder dar crédito.

—Hola, Beth —saludó y mi nombre en su boca me supo a ceniza.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

No me esperaba encontrarlo allí. Estaba completamente fuera de juego. No estaba preparada para verlo. Todavía necesitaba tiempo para poder enfrentarlo.

—¿No es obvio? —preguntó acercándose.

La mirada de Brandon era triste, terriblemente triste. La mía también. Lo había querido muchísimo.

—No lo sé —respondí con la voz trabada.

—He venido para que hablemos.

—Te dije que no quería hablar —indiqué.

El dolor había sido tan abrumador que simplemente no había podido hablar con él. Brandon había llamado decenas de veces, me había esperado al salir del trabajo y de la casa de mis padres y siempre había evitado detenerme a hablar con él.

No podía, todavía no.

—No, no puedo hablar contigo —declaré.

—¡Fue un error! —expuso con una mirada triste—. Un maldito error, Beth. No significó nada.

Brandon acortó la distancia hasta quedar prácticamente a un paso de mí. Era él, el mismo chico del que me había enamorado. Con sus ojos cálidos y el cabello rubio por el que tantas veces había deslizado mis dedos. Representaba el sueño americano de pies a cabeza y, sobre todo, representaba mi corazón roto.

—No puedo hablar contigo…

Rompí el contacto visual y miré el suelo. De repente, era como si todo acabara de ocurrir. Como si los pedazos de lo que habíamos sido se convirtieran en escombros lloviendo sobre nosotros. Polvo de cemento metiéndose en mis fosas nasales.

—Beth… —murmuró bajando la voz—. Soy yo.

Sentí que me cogía por los brazos para acercar su cuerpo al mío.

El polvo de ladrillos se me metía en los ojos y no podía respirar.

—¡Suéltame! —le pedí.

Me dolía su contacto. Cerré los ojos.

—Siento tanto tanto lo que ocurrió… —declaró con la voz rota —. ¡Te quiero muchísimo! Eres mi prometida, tenemos que

arreglarlo… Todavía podemos arreglarlo. Por Dios, Beth. No me digas que no podemos solucionarlo.

Subí la mirada a sus ojos.

—Ya no somos nada, Brandon. Tú te encargaste de ello.

—¡No digas eso! —se quebró.

Sentí su dolor. No podía ayudarle con su dolor. Yo tenía el mío.

—Lo siento —me disculpé. Porque yo lo había querido tanto que de algún modo todavía tenía aquello atado en el pecho. No quería herirlo—. No quiero hacerte daño.

—Beth, no… —murmuró.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Brandon apoyó su frente en la mía. Sentí mi cuerpo tenso.

—¿Sabes cuánto te quiero? —preguntó.

Levanté la mirada hacia él. Estaba allí: aquello que nos había unido, que había constituido todo mi mundo. El hombre al que le había dicho que sí. Pero también estaban allí los escombros lloviendo sobre nosotros. Nuestro mundo hecho pedazos, y eso lo había hecho él.

Se me cayeron las lágrimas.

—No llores, no puedo soportar que llores —declaró secándome las lágrimas que se me habían escapado de los ojos—. ¡Te amo, nena! —murmuró justo antes de bajar los labios para besarme.

Sentí sus labios sobre los míos. Aquel olor tan conocido… Mi primer amor. Pero también estaba aquello otro… El dolor, lo que se había roto y ya no se podía arreglar.

—¡No! —murmuré separando mis labios de los suyos sin devolverle el beso—. No, Brandon, ya no estamos juntos.

No me soltó.

—Podemos arreglarlo, déjame arreglarlo —suplicó.

Brandon estaba destrozado, pero yo no podía hacer nada con aquello. Todavía estaba tratando de recomponerme.

—No, no puedes —murmuré con la voz ahogada—. Lo hecho hecho está. No podemos volver atrás y no podemos recuperar lo que fuimos.

Brandon no cedió. Serpenteó su mano hasta mi cuello y volvió a intentar besarme. No podía; simplemente, no podía.

Lo empujé poniendo mis manos sobre su pecho.

—No, Brandon. ¡Déjame! —le pedí tratando de apartarlo.

—¡Beth! —insistió con las lágrimas en los ojos—. Beth, por favor.

—Creo que te ha dicho que no. Es hora de soltarla —exigió una voz helada.

Giré la mirada. Álvaro estaba a unos metros. Su mirada era dura, devastadora. En sus pupilas se deslizaban las luces brillantes que iluminaban las noches de Nueva York.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Brandon.

—Estoy bien, Álvaro. ¡No te preocupes! —respondí, pero Brandon no me soltaba, sujetándome de un brazo.

—No es lo que parece.

—Ya te ha contestado —ladró Brandon furioso—. ¡Lárgate!

Brandon siempre me había parecido un tipo tranquilo, pero en ese momento no actuaba como el hombre que yo creía conocer. Me preguntaba cuánto lo conocía en realidad.

—Suéltala —insistió Álvaro acercándose a nosotros.

Quería repetir que estaba bien, para que Álvaro no se preocupara, pero de algún modo no me sentía segura.

Brandon no me soltó. Respiraba aceleradamente.

—Elizabeth, ven —me pidió Álvaro extendiendo una mano hacia mí.

Un bote salvavidas. Mi bote salvavidas.

—¿Quién es este imbécil? —preguntó mi ex—. ¿Y por qué te llama así? A ella le gusta que la llamen Beth.

Mi corazón golpeó en mi pecho con furia. Sin darme apenas cuenta alargué el brazo que tenía libre hacia Álvaro y él no tardó ni dos segundos en coger mi mano. Tiró de mi cuerpo hacia él y yo di dos pasos, separándome de Brandon. Este no tuvo más remedio que soltarme y dejarme ir.

Cuando la distancia con Álvaro se acortó, me observó como si necesitara asegurarse de que no me había hecho daño; comprobar que todas las piezas del puzle que me componían seguían en su sitio.

—¿Estás bien? —preguntó y vi cierta furia en su mirada.

—Sí. Estoy bien —respondí.

Álvaro no soltó la mano que tenía entrelazada con la mía, pero, sin poder evitarlo, subió la otra a mi cuello.

—¿Segura?

—Sí —aseguré, sintiendo como mi corazón latía justo debajo de donde él había depositado su mano.

Los ojos de Álvaro se debatían en un gris tormentoso.

—¿¡Te estás tirando a ese!? ¿Tan rápido?

Escuché la voz de Brandon a mis espaldas llena de rencor. Miré hacia él y me separé brevemente de Álvaro.

—Eso no es de tu incumbencia —declaré furiosa. Cómo se atrevía él a hacerme el más leve reproche—. Vete a casa, Brandon.

Mi exprometido me miró dolido. Lleno de una bilis que él mismo había macerado.

—Vámonos de aquí —murmuró Álvaro sin soltarme la mano.

Comencé a caminar con él cuando escuché la voz de Brandon siseando a mis espaldas:

—Eres una puta…

No tuve tiempo ni de pensar en lo que había dicho. Álvaro me soltó para retroceder unos pasos y le cruzó la cara de un puñetazo.

Mi ex se tambaleó sin dar crédito.

—Déjala en paz —fue lo único que dijo Álvaro—. O llamaré a la policía.

Capítulo 14

Mi empleada, la hija de Thomas Harrington

Álvaro

—Espera un poco —me pidió Elizabeth mientras sostenía un paño con hielo sobre mi mano.

Había llevado a Beth a su casa. Bueno, mi chófer nos había llevado y después se había retirado. Volvería a mi piso dando un paseo. Eso me ayudaría a despejarme después de haberme enfrentado a aquel tipo por Elizabeth. No tenía que haberlo hecho, la violencia nunca era la respuesta, pero no había podido evitarlo. Era un ser despreciable. ¿Cómo había podido estar comprometida con un tipo así? ¿Cómo podía llevar todavía su anillo?

Elizabeth se había alterado mucho por el altercado con su ex. No había parado de hablar en todo el camino. Sobre lo increíble que era que él hubiera venido hasta Nueva York. Que qué se creía. Si pensaba que era posible que ella simplemente cerrara los ojos a lo que había pasado, como si no fuera nada. Habló y habló sin parar, sin ser consciente de que estaba llorando, hasta que yo le di un pañuelo. Entonces lo cogió, se limpió y dejó de hablar. Cuando llegamos al portal de su edificio insistió en que subiera y que podíamos cenar algo. Que no se sentía bien para estar sola. Nunca pensé que yo sería la compañía que alguien escogería para sentirse reconfortado, pero allí estábamos, y la verdad es que yo no quería dejarla sola.

Ahora Beth, Elizabeth, sostenía mi mano con su propia mano, y por encima tenía un paño con hielo que sostenía con la otra. Así que mi propia mano estaba entre el calor que le proporcionaba una de sus manos y el hielo de la otra. No sé por qué, pero pensé que así me sentía con ella. Entre mi propia frialdad y una calidez inusitada.

—¿Te duele? —preguntó.

Vi el cabello rubio cayendo hacia un lado. La luz indirecta de la lámpara dándole un tono más dorado.

—Menos de lo que a él le duele la cara, eso seguro.

Esbozó una sonrisa suave. Me pregunté qué haría falta para hacerla sonreír de verdad. Una sonrisa completa. Supuse que a él sí le habría sonreído así. Ese imbécil al que le había regalado sus sonrisas se había portado mal con ella. La había lastimado, la había traicionado… Sin embargo, pensé en que ambos eran demasiado jóvenes. Él estaba en la edad de cometer errores. Me sentía muy alejado generacionalmente de él. Debería ser mayor que Beth unos tres o cuatro años. Lo cual hacía que yo le sacara unos ocho o nueve años. Era un niñato. Pero eso no había impedido que le pegara un puñetazo en la mandíbula. Estaba mal, y aun así volvería a hacerlo. ¿Cómo había podido llamarla así? Me enfurecí al recordarlo. No merecía nada de ella, ni tan siquiera respirar el mismo aire.

—No tenías que haberlo hecho —me recriminó con una dulzura tibia.

—Él tampoco tendría que haberlo dicho.

—Ya.

La miré en silencio.

—No voy a disculparlo —declaré—. Pero se ve que sigue enamorado. Lo que dijo fue la rabieta de un hombre herido.

Los ojos azules de Beth me miraron.

—Lo sé.

—Aun así, no debió decirlo —ratifiqué—. Por mucho que sus elucubraciones lo cegaran.

—No, es cierto. No debió decirlo. —Recolocó los hielos—. Tú tampoco debiste haberle pegado.

—Toda la razón —acepté—. Pero no pude soportar que dijera eso de ti.

Volvió a mirarme.

—Esa es toda una declaración.

Me quedé callado.

—¿Te apetece comida mexicana para cenar? —preguntó Elizabeth mientras algo de lo que habíamos dicho todavía flotaba en el aire.

—¿Con mucho o poco picante? —pregunté.

—Me gusta solo con un poco de picante.

—Como a mí —respondí.

***

Cenamos tacos sentados en su sofá, con la televisión encendida y la comida en la mesa baja ubicada delante del sofá. Después Beth sacó una tarrina de helado de vainilla y dos cucharas y compartimos helado mientras veíamos un *late night*. Entrevistaban a un taxista neoyorquino que estaba contando un montón de historias, a cuál más disparatada. Nos reímos. Bueno, principalmente, Beth se rio, y yo me sentí aliviado.

—¿Te imaginas ser un taxista y vivir semejantes peripecias? —se rio hundiendo la chuchara en el helado.

—Bueno, esto es Nueva York, supongo que es normal que se encuentre con toda clase de tipos. —Hice una pausa—. Pero no, no creo que pudiera ser taxista. El tráfico me pondría de los nervios.

—¿Y conducir te gusta? —preguntó.

—Sí, no me disgusta. Pero no es algo que me apasione.

—¿No? A mí me encanta. —Me miró, clavando la cuchara en el helado—. Me gusta la velocidad —añadió como si confesara un secreto oculto. Un pequeño pecado.

—¿La velocidad?

—Un poco. Sentir el aire entrando por la ventana, con la radio en mi emisora favorita —expuso—. Alguna vez he cogido la Talladega Scenic Drive y me he perdido un par de horas conduciendo. Es una carretera larga, sinuosa y elevada, con tramos sin casas ni gasolineras… y con bosque denso a ambos lados. Me encanta esa sensación de estar sola, de no tener que hablar con nadie, de la velocidad mientras la música lo llena todo dentro del coche.

—Espero que eso lo hagas respetando los límites de seguridad —indiqué.

Se mordió el labio.

—En la mayor parte de las ocasiones.

Esbozó una pequeña sonrisa de culpabilidad.

—Elizabeth Harrington, ¿eso es lo que les enseñan hoy en día a las jóvenes sureñas? —la reprendí.

Negó con la cabeza.

—No. Los valores sureños tradicionales siguen intactos. Pero de vez en cuando, hay que saltarse alguna que otra norma, ¿no? Aunque sea una norma de tráfico.

La miré sin decir nada. Mi cabeza se llenaba de las normas que le habrían inculcado de pequeña y de todas las que me gustaría que se saltase conmigo.

En la televisión sonaron risas por algo que dijo el conductor del programa. Dejé el helado con las cucharas encima de la mesa.

—Gracias por lo de hoy —dijo Elizabeth de repente.

—No tienes que dármelas.

—Le habría parado los pies —añadió con aquella mirada que demostraba que ella era fuerte a pesar de su aspecto delicado.

—Lo sé —aseguré—. Pero no pude evitar inmiscuirme.

No nos movimos, pero fui muy consciente de su cuerpo, a escasos centímetros del mío en el sofá.

—Todo un caballero —declaró.

—No me veo así en modo alguno.

Elizabeth estiró su mano hasta mi mejilla y me acarició. Cerré momentáneamente los ojos ante su tacto. Ella no retiró la mano. La bajó delicadamente por mi cuello. Volví a abrir los ojos y ella me observaba con los labios entreabiertos. Deseé estirar la mano y reclamar su boca como mía. Sus dedos menudos bajaron por el hueco que mi camisa dejaba abierto en los primeros botones.

—No eres el ideal del caballero clásico. Eres más bien un caballero oscuro —murmuró—. Pero así es más interesante.

Me había quitado la corbata para cenar. La había dejado en el bolsillo de mi chaqueta en la entrada. Sin embargo, los botones cerrados impedían a Elizabeth avanzar. Y, con todo, no apartaba la mano de la piel que mostraba el hueco de mi camisa.

—Beth —murmuré—. No deberíamos.

Todo mi cuerpo estaba en tensión bajo una caricia tan sutil, tan delicada. Como una niña que acaricia un lobo. Mi parte más primaria

estaba deseando saltar. Cada pedazo de mi cuerpo clamaba por dejarse llevar y despiezar todo aquello que era correcto y adecuado. Olvidarme de quién era ella y de quién era yo y de todo lo que nos separaba. Por otro lado, solo quería quedarme así, quieto. Esperar como un mendigo sus caricias. Que hiciera lo que quisiera conmigo. Estaba dispuesto a arder y consumirme solo por los centímetros de piel que ella quisiera tocar.

—No voy a hacer nada —declaró con la voz cargada—. Solo quiero… Solo quiero sentir tu corazón —añadió.

Mi corazón, un músculo que bombeaba sangre a todo mi cuerpo y nada más. Al que no le había prestado atención desde hacía años. Ella ansiaba llegar hasta él.

No dije nada.

Elizabeth desabrochó dos botones más de mi camisa. En ese momento debí pararla, detenerla, no podía permitir que ocurriera nada entre nosotros, pero no lo hice. Ella acortó todo el espacio que quedaba en el sofá y sentí su cuerpo haciendo contacto con el mío. Deslizó su mano dentro de mi camisa hasta mi corazón y la detuvo allí.

—Solo quería hacer esto —murmuró en un suspiro, apoyando su cabeza en mi hombro—. Solo quería sentir tu latido, nada más —añadió como un pecado inconfesable.

Fui incapaz de replicar. Apoyé mi cabeza en la suya y me deshice en sus manos tan solo con tenerla allí, pegada a mí.

—El día que te conocí… —murmuró.

—¿Qué? —conseguí decir.

—Pensé que quizá estuvieras hecho de piedra. A veces tu semblante es así, como si siempre quisieras mantenerte distante, permanecer lejos, infranqueable.

—¿Como la piedra?

—Sí —murmuró con su mano sobre mi pecho.

Moví mi cabeza para mirarla a los ojos.

Elizabeth volvió la mirada hacia mí.

—No es una mala descripción.

—¿Te sientes identificado? —preguntó.

Sentí aquella mano sobre mi piel, volviendo a ascender por mi esternón. Era pequeña, pero avanzaba con firmeza, a pesar de los miedos y reparos que me mostraba en su mirada. Elizabeth tenía algo muy vulnerable y no utilizaba subterfugios ni engaños. No, ella se mostraba tal y como era.

—Sí. Es una descripción bastante buena.

Subí mi propia mano a su cuello. La piel de Elizabeth era sedosa y se erizaba a mi contacto. Entreabrió los labios.

—Sin embargo —murmuró—. Tu corazón late con fuerza y tu piel es cálida. No es fría como el mármol —añadió mientras nuestros cuerpos se acercaban.

Sentí como el mármol se resquebrajaba y se abría. Todo lo que yo era estaba a punto de hacerse pedazos en sus manos.

—Bésame —pidió Elizabeth.

Me incliné sobre sus labios. El lobo hambriento, deseando saltar. El precipicio ante mis pies.

Deslicé mis labios hasta su mejilla. La besé allí; después, en la comisura del labio mientras las manos de Elizabeth me sujetaban con firmeza la camisa.

—Álvaro… —murmuró.

—No puede ser —musité sobre sus labios, haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad de la que fui capaz.

Elizabeth me miraba frustrada, con el deseo barriendo sus ojos.

Apoyé mi frente en la suya.

—Me deseas, puedo notarlo —murmuró.

Sentí su aliento sobre mis labios. Claro que la deseaba. De una manera completamente irracional. Nunca había sentido un deseo así. Yo no estaba acostumbrado a lidiar contra ese tipo de sentimientos: anhelar algo y tener que reprimirme. Más bien estaba acostumbrado a coger con mis manos aquello que deseaba. Pero en esas ocasiones el sexo era algo más físico, más orgánico. No tenía que entrar en debates éticos conmigo mismo. No sentía aquella fuerza arrastrándome hacia otra persona, como me ocurría con Elizabeth.

Era mi empleada, era la hija de Thomas Harrington y, como si todo eso no fuera suficiente, era mayor que ella doce años. Era la chica con el corazón roto que había conocido en el parque. No podía

simplemente dejarme llevar y hacer lo que me pedía cada fibra de mi cuerpo.

—No es cuestión de lo que yo desee. Esto no puede ser.

La besé en la frente y me aparté.

Capítulo 15

Flores sobre mármol

Beth

—No es cuestión de lo que yo desee. Esto no puede ser.

Me besó en la frente y se apartó.

Observé como Álvaro giraba su rostro hacia atrás, dispuesto a levantarse. Todo mi cuerpo se rebelaba. Me sentía descontrolada. No podía entender aquello que rugía dentro de mí, pero no podía soportar que dejara de mirarme. Simplemente, no podía. ¿Dónde estaba la chica que siempre había actuado conforme a las normas? Mi cabeza estaba a punto de explotar en aquel momento. Tiré de su hombro para que volviera a mirarme.

Álvaro volvió su mirada hacia mí y acaricié nuevamente su mejilla, pero estaba vez no esperé su reacción. Directamente lo besé. Un beso suave, pero firme. Me sentía enferma, febril y completamente fuera de control. No estaba acostumbrada a ser así con un hombre. Jamás había actuado de una forma tan impulsiva. Mi beso apenas había sido un roce suave. Álvaro me miró unos instantes y entonces todos aquellos reparos que habían estado conteniéndolo estallaron en pedazos, que rebotaron entre lo que podía y no podía ser. En las costuras de nuestras necesidades.

Álvaro se libró de todas las ataduras que habían estado reteniéndolo y me devolvió el beso. Fue tal y como si una ola del mar hubiera caído sobre mí. Sentí sus labios firmes, exigentes, y abrí la boca para recibirlo. Su cuerpo se curvó sobre el mío y me recosté en el sofá mientras trataba de respirar en aquel inmenso océano azul en el que Álvaro me había sumergido. Él lo llenaba todo. Su lengua acarició la mía y yo no pude sino devolverle el beso mientras mis manos se hundían en su cabello. Álvaro era fuerte como la

piedra. Lo sentía encima de mí mientras todo mi cuerpo se derretía. Sus piernas se entrelazaron con las mías.

—Elizabeth, esto es una locura.

—No me importa —jadeé contra sus labios.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó acariciando mi cuello.

—A ti —respondí—. Te quiero a ti.

Miré su rostro esculpido en el mármol.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —añadió deslizando su mano por encima de la blusa hasta acariciar mi pecho.

Me sentí abrasar. Toda mi piel estaba ardiendo, a pesar de que me había sumergido con él en algo denso. Un mundo donde solo él y yo existíamos. Profundo, azul y gris piedra, como sus ojos.

—Sí. Esto es lo que quiero —confirmé.

Él apretó mi pecho ligeramente y gemí en respuesta. Deslizó su dedo por encima de mi pezón, que se irguió contra el sujetador. Sentía su dedo deslizándose una y otra vez por encima de la seda de mi blusa. Jadeé contra sus labios y fui plenamente consciente de que él estaba estudiando cómo reaccionaba. Volvió a apretar el pezón y tuve la certeza de que sabía cómo volver loca a una mujer.

Mi pierna se movió y Álvaro se acomodó, colando una pierna entre las mías. Me rocé contra él y supe que él sabía que iba a hacer eso. Soltó mi pecho y acarició mi costado. Volvió a besarme y yo subí mis manos a sus mejillas, acariciándolo, mientras del mármol de su rostro crecían flores. Sus labios húmedos, densos acariciaban los míos en besos imposibles mientras me abrazaba contra su cuerpo.

Había flores creciendo allí donde mis manos tocaban su piel: en su rostro, su cuello, su pecho duro, firme, cálido, profundo como el océano de Nueva York. Flores creciendo por cada centímetro de piel mientras sus dedos acariciaban mi muslo colándose entre mis piernas. Me tocó por encima de la tela humedecida de mis medias.

Me arqueé debajo de él y gemí profundamente mientras sus dedos no dejaban de acariciarme.

—Elizabeth… —murmuró sobre mis labios.

Lo miré a través de la niebla del deseo. Me sorprendió que no hubiera flores sobre su piel, porque antes estaban allí… Pero ahora las flores estaban llenando todo el salón. Rosas blancas cayéndose a

borbotones del sofá mientras la mano de Álvaro me acariciaba entre las piernas. Mientras la humedad empapaba mi ropa interior y mis medias... Flores en el suelo del salón, amontonando pétalos llenos de colores mientras Álvaro me observaba con los labios entreabiertos. Flores creciendo por las paredes, enredadas en la lámpara, descolgándose del techo mientras bajaba para morder mi labio inferior y tirar de él. Jadeé, deshaciéndome en deseo mientras él rompía la tela de mis medias y tiraba de mi ropa interior. Flores llenando cada pedazo de mi apartamento y, en medio de aquellas flores, la mirada llena de piedra gris de Álvaro observando como mi falda se había subido hasta mi cintura. Separándome una pierna hacia un lado para acariciarme desde el interior del muslo hasta mi humedad.

—¿Así? —preguntó introduciendo un dedo dentro de mí.

—¡Álvaro! —jadeé.

Salió y me acarició nuevamente mi punto más sensible mientras las flores lo llenaban todo. Pensé que rompería a llorar. Entonces, introdujo dos dedos.

—¿Sigo? —preguntó con la voz cargada de deseo.

—Sí, por favor —le pedí.

Él siguió con su mirada fija en mí.

—No dejes de mirarme —ordenó.

Bajó su cabeza y mordió mi pezón por encima de la blusa mientras seguía entrando y saliendo de mi cuerpo.

—Por favor… —supliqué.

—Tranquila.

No sabía qué era sentirse así, pero Álvaro me enseñó. Rompiendo una a una todas las reglas que siempre creí que estaban ahí. Haciéndome mirarlo a los ojos. Mientras él solo rompía el contacto visual para observar como sus dedos entraban y salían de mi cuerpo, como cada centímetro de mi cuerpo ahora era suyo.

Se acercó a mi oído para susurrar.

—Vamos, quiero verlo.

Como si mi cuerpo pudiera reaccionar a sus deseos, el océano llegó con una ola rotunda que me cubrió por completo. El agua me

inundó. Me sumergió entera, dejándome sin opción a pronunciar una sola palabra. Lo llenó todo.

Las flores se inundaron. Mi cabello flotaba. No podía respirar. Álvaro llenaba cada pedazo de mí.

Desperté sobresaltada.

—¡No! ¡Otra vez no! ¡No puede ser otro sueño! —declaré con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Me derrumbé sobre la cama. No podía creer que hubiera vuelto a soñar que Álvaro me tocaba. No era un sueño cualquiera. No solo por el hecho de que me entregara a él, sino por la forma en que me entregaba, por lo autoritario que mi subconsciente lo dibujaba. Cerré los ojos con fuerza y cogí una almohada para taparme la cara. Me moría de vergüenza.

Recordé lo que había pasado en realidad: había estado a punto de ocurrir algo, sí, pero al final no había pasado nado. Álvaro se había marchado a su casa y yo me había quedado allí, sola.

Sin embargo, yo estaba empapada. ¿Cómo era posible tener sueños tan vívidos como aquel? Y lo que era peor, ¿cómo era posible que Álvaro y yo hubiéramos estado a punto de besarnos? Aquello era una locura. ¿Dónde estaba todo aquel amor que había sentido por Brandon?

Observé la sortija de compromiso en mi mano. No tenía sentido llevarla puesta. En un arrebato la toqué para quitármela, pero algo me lo impidió. La dejé, no podía quitármela todavía. Cuando recordaba a Brandon sentía un sabor amargo extendiéndose por mi estómago. Pero en medio de todo aquello estaba lo que habíamos vivido: los paseos tranquilos, las noches juntos, los sueños de los que habíamos hablado tanto… Sus detalles, la forma que tenía de mirarme… Había habido muchas cosas. Él lo había destrozado todo con sus propias manos. Todavía no podía creerme que hubiera venido el día anterior a Nueva York. No quería verlo. No en este momento. No es que no lo quisiera perdonar, es que no podía.

En ese momento la alarma de mi móvil sonó.

—¡No puede ser! —exclamé.

Era hora de levantarme y estaba en mi cama recuperándome de una noche de no sexo con mi jefe, regodeándome en el dolor de

lo que me había ocurrido con Brandon. Tenía una salida de trabajo en Queens, y llegaba tarde. No me había dado cuenta de adelantar la hora de la alarma teniendo en cuenta que tenía que desplazarme hasta allí.

Salté de la cama y corrí a la ducha. Tomé un café a toda prisa y me vestí unos vaqueros de pierna recta con unos botines, un jersey fino y una americana.

Era hora de enfrentarme al protagonista de mis desvelos.

Capítulo 16

Trenzadas a mis rodillas

Álvaro

Observé mi reflejo en el cristal de unas puertas dobles blancas, muy blancas. Vestía chaqué con chaleco y corbata grises. Llevaba un pequeño arreglo floral en la solapa. Los gemelos simétricamente colocados. No había nada fuera de sitio. Mi atuendo era, de arriba abajo, perfecto.

Crucé las puertas y caminé. El color blanco predominaba en todo lo que había a mi alrededor: impoluto, rayando lo celestial. Un blanco cegador que lo llenaba todo, y en medio de aquel mar de luz blanco, estaba ella.

Caminé hacia Elizabeth.

—Hola —saludó con calma.

Una sonrisa sostenida en sus labios, casi como si me acariciara.

—Hola —repliqué.

—Te estaba esperando.

—¿A mí?

—Claro, a ti. ¿A quién si no?

La observé. Llevaba un vestido blanco, etéreo, cegador, con un bordado de encaje sobre una tela transparente. Estaba tan perfecta… El cabello recogido. Todo el conjunto quería decirme algo, sentí que me mordía el estómago.

—¿Y esto? —pregunté sin acertar a comprender.

—Es mi traje de novia.

Busqué el solitario en su mano. Su anillo de compromiso. ¿Finalmente se casaba con aquel tipo? Con aquel cretino que la había besado, que había estado dentro de ella, que la había humillado y engañado. Busqué el anillo. No era el solitario. Sentí que

me daban un puñetazo en el estómago: era el anillo de compromiso de mi madre.

—¿Elizabeth?

—¿Qué pasa? No me digas que todavía no nos hemos casado y ya estás arrepentido.

—¿Casarnos?

—Pues claro.

—¿Casarnos tú y yo?

Elizabeth se rio y era el sonido más bonito del mundo. Dulce, etéreo.

—¿Y con quién me voy a casar si no?

—Pero yo siempre estoy solo… Siempre he estado solo —murmuré.

Sentí las manos de Elizabeth deslizándose por las solapas del chaqué.

—Ya nunca más estarás solo.

Estábamos en una iglesia repleta, inmensa. Miré a mi alrededor; la conocía. Era la Catedral de San Patricio, ubicada en la Quinta Avenida de Manhattan. Miré los bancos abarrotados. Estaban los padres de Elizabeth en primera fila. Estaban Beca, Filip, Candela… Y mis padres. Me dolió el pecho con aquella estampa. Mi padre me abrazó.

—Estoy tan orgulloso de ti —declaró.

No pude decir una sola palabra.

Mi madre tomó mi rostro entre sus manos. Me miraba exactamente como lo hacía cuando era un niño. Sentí que me rompía. Quería llorar. Gritar. Apoyar mi cabeza en su pecho y olvidar todos los años que ella no había estado. Hacer como si no hubieran existido.

—Mamá…

—Estás perfecto. Tan guapo… Vas a ser tan feliz, Álvaro. Inmensamente feliz. Ve con ella.

Volví mi mirada hacia Elizabeth.

Dejé a mi madre y caminé hacia mi futura esposa.

Elizabeth me abrazó, envolviéndome en aquella calidez que podría hacer creyente al mayor ateo. Yo nunca había creído en nada,

pero creía en ella. Cerré los ojos y me dejé envolver por ella. Elizabeth representaba todo lo que me había sido siempre negado: lo bueno, lo auténtico, lo intocable.

Abrí los ojos. El suelo estaba lleno de rosas blancas. Había rosas por todas partes. De un blanco inmaculado, cegador. Caminé entre ellas solo. No había nadie más allí. Ya no estaba en la catedral ni había nadie conocido allí conmigo. Estaba solo, absolutamente solo, caminando entre rosas blancas.

Me quité la chaqueta. Solo llevaba un pantalón y una camisa blanca.

Seguí caminando entre las rosas blancas que inundaban todo el espacio.

Entonces la vi, a lo lejos: Elizabeth. Caminé durante mucho tiempo, pero no podía llegar hasta donde se encontraba, ella siempre permanecía fuera de mi alcance.

—¡Elizabeth! —grité.

Entonces volvió su mirada hacia mí y de repente ya no había ninguna distancia entre nosotros.

Elizabeth estaba sentada en una cama blanca, inmaculada como todo lo que nos rodeaba. Era una cama grande y ella estaba sentada en el centro. Había rosas blancas cayéndose por todas partes. Llenando todo el suelo.

—Estoy aquí —respondió mirándome.

Estaba completamente desnuda con su cabello rubio muy claro suelto.

—Te estaba buscando… —expliqué.

—Pues ya no tienes que buscar más —afirmó—. Estoy aquí.

La observé y puse una rodilla encima de la cama, después la otra. Me detuve, sin atreverme a avanzar ni a retroceder. Me quedé encima de la cama, sentado sobre mis rodillas. Me sentía incapaz de acercarme más. De tocarla, como si yo no fuera digno.

—Ven… —me llamó.

El pecho me dolía, la cabeza me ardía. Todo mi cuerpo pugnaba por tocarla, pero sencillamente no podía…

—No puedo.

—Pero te estoy esperando.

Ramas de plantas enredaderas se desprendieron de la cama y se ciñeron a mis piernas, trenzándolas con rosas blancas.

Observé a Elizabeth, ¡estaba tan cerca y tan lejos! Me sentí incapaz de alcanzarla. Ella me esperaba, completamente desnuda y, a pesar de ello, no había nada impúdico en su desnudez. Por algún motivo no podía ver las zonas más íntimas.

—No puedo llegar hasta ti —declaré.

—¿Cómo es posible? —preguntó Elizabeth—. Si estoy aquí. Llevo tiempo aquí, esperándote.

En aquel momento me desperté. Estaba empapado en sudor. Me senté en la cama, sobresaltado.

— No puedo creerlo. ¿¡Ha sido un sueño!? —pregunté con la marca de agua de la desnudez de Elizabeth en mis pupilas.

Miré el reloj. Era hora de levantarme y ducharme. Tenía que prepararme para ir a trabajar. Aquello solo había sido un sueño.

Elizabeth no me estaba esperando.

Ella no tenía nada que ver conmigo.

Yo no debía ni tan siquiera atreverme a soñar algo así con ella.

Capítulo 17

Una lluvia de ladrillos rojos

Beth

—¡Buenos días! —saludé apresuradamente a Zac cuando llegué a la planta 35 del edificio.

—Buenos días. ¡Por fin apareces! —bufó con un punto molesto.

Zac Smith era un tío joven, divertido y que siempre mantenía el buen ánimo. Me resultó extraño notarlo con un punto picajoso. Aunque, normalmente, yo no lo dejaba tirado con el trabajo.

—Esto ha sido idea tuya, Beth. Venir aquí ha sido idea tuya y me dejas aquí tirado con todos estos…

Estábamos en un edificio de nueva construcción de BAC USA Real Estate. Era un proyecto ambicioso para Queens. Se levantaría un conjunto de tres torres de viviendas. Por ahora solo estaba la primera. Bueno, en realidad, lo que estaba era la estructura. Estábamos en el esqueleto del edificio y habíamos subido con casco y todas las medidas de seguridad necesarias.

En mi plan para hacer las redes sociales del *holding* más atractivas, me había empeñado en humanizar las publicaciones colocando a Álvaro como protagonista. Sí, había sido idea mía: unas instantáneas del CEO junto al ingeniero, el jefe de obra y otros implicados en el proyecto, en el esqueleto del edificio en plena construcción.

Y allí estábamos. Todos ellos, Zac y yo. Además, había varios obreros trabajando, haciendo lo que hacen los profesionales de la construcción para logar que los edificios se mantengan en pie.

—No te he dejado tirado con nadie —negué—. Estoy aquí, ya he llegado, solo he tenido un pequeño problema de horario.

—Bueno, pues espabílate, porque Álvaro está tenso. Llevo dos años en esta empresa, tiempo más que suficiente para saber que no

le gusta que lo hagan esperar.

Miré a Álvaro. Estaba hablando con Susan. Ella era preciosa y parecía muy cercana a él. Con ellos conversaba un tipo robusto que, salvo error, era el jefe de obra. También estaba el ingeniero del proyecto. Álvaro dirigió la mirada hacia donde estaba yo, como si supiera que acababa de llegar. Sus ojos se clavaron en mí: azul intenso con algo de gris. La mañana era fresca y su mirada tenía un punto de hielo, pero también recordaba la calidez con la que me había mirado el día anterior. Recordé mi sueño, con las flores creciendo en el mármol. En ese momento no había ni una sola flor; solo quedaba el mármol, y sí, estaba tenso.

—A nadie le gusta esperar, pero no es el fin del mundo —repliqué—. Venga, vamos.

Caminamos hasta ellos.

—Bueno, Beth ya está aquí. Podemos empezar —comentó Zac.

—Hola, siento el retraso —saludé.

El jefe de obra me saludó con un gesto. Era un tipo afable.

—No te preocupes, Beth. A todos se nos han pegado las sábanas alguna vez —replicó Susan con guasa.

—No me he quedado dormida —murmuré—. Solo que he tenido una noche algo… accidentada.

Desvié la mirada esperando que dejaran de mirarme y que volvieran a centrarse en la conversación entre ellos.

Apoyé la funda de mi cámara fotográfica en una pila de palés, junto con el casco que me habían dado. No me parecía práctico para ponerme a hacer fotos con él. Me fijé en la luz y saqué un *flash* para colocarlo.

—¿Estás segura de que harás bien las fotos? —preguntó Zac con dudas.

—Tengo varios cursos de fotografía, ya te lo he dicho.

—Sí, sí, lo sé —comentó algo nervioso—. Pero para esto siempre enviamos a profesionales.

—Yo soy profesional, aunque me dedique habitualmente a otros menesteres.

—Ya me entiendes —replicó Zac—. No eres nuestra fotógrafa oficial.

Me encogí de hombros.

—Ahora sí lo soy.

Me colgué la cámara del cuello y dejé sobre los palés el resto de las cosas, incluida mi americana. No hacía un frío excesivo, estábamos teniendo un tiempo cada vez más primaveral. Busqué con la mirada a Álvaro quien no había pensado lo mismo que yo esta mañana. Llevaba un abrigo de corte perfecto, entallado y abierto. Debajo se intuía su traje hecho a medida y una corbata gris que resaltaba sus ojos grises azulados. Había sido una buena elección. Viéndolo allí, a pesar del casco, todo el mundo reconocía su estatus. Álvaro transmitía inaccesibilidad por cada poro de la piel. Y, a pesar de la cercanía de la noche anterior, de la cena y la conversación, de mi mano sobre la piel que mostraba su camisa entreabierta, me había dejado más que claro que era exactamente así: inaccesible. Se había marchado, sin más.

Caminé hacia él.

Sí, se le veía algo tenso. Sentí que, bajo su mirada, caminaba sobre un lago helado. Con la certeza de que el suelo podría resquebrajarse bajo mis pies y me hundiría sin un salvavidas al que aferrarme.

—Bueno, estoy lista —comenté—. Cuando queráis.

—¿Te encaja el escenario con lo que habías pensado? —preguntó Susan.

—Sí, desde luego. Es justo lo que tenía en mente.

Quería humanizar nuestras publicaciones. Eso era lo que les había vendido, y lo que tenía delante de mis ojos encajaba perfectamente con aquella idea.

Además, estaba el hecho de que Álvaro era extremadamente atractivo, y eso suponía un reclamo inmenso. Claro que ese detalle no lo había comentado cuando traté el tema con Sebastián y Zac. Pero no había duda de que Álvaro era nuestra mejor baza para que la gente hiciera clic en nuestras publicaciones. Por otro lado, estaba esa mirada inaccesible, dura… Sí, eso también podría enganchar al usuario.

Me acerqué hasta quedarme a un par de metros de Álvaro.

—Si os parece bien, haré primero un par de fotografías generales, captando el edificio en construcción y el estado actual de la obra —indiqué—. Después, algunas en las que me gustaría que salierais hablando de forma distendida, orgánica, y finalmente, solo el CEO —añadí, marcando la distancia con Álvaro. Su ceño se frunció ligeramente; no parecía contento con que me dirigiera a él así—. Por ahora, podéis hacer como si no estuviera aquí. Hablad sobre la obra. Podéis coger algunos recursos como planos físicos o documentación del proyecto, como habíamos comentado.

—Está bien —respondió Susan con quien ya había hablado de eso un par de días antes—. Tú eres la que tienes el ojo en lo que es necesario.

—Por mí, como queráis —comentó el jefe de obra—. La gente está trabajando como siempre porque pensé que así sería más natural. Me comentó Susan que era lo que estabas buscando.

—Sí, sí, desde luego —afirmé—. Eso es precisamente lo que quiero.

—Un resultado parecido al que obtuvimos con las de Dubái, ¿no, Beth? —me preguntó Susan—. Son las fotografías que te enseñé antes, Carlos —añadió dirigiéndose al jefe de obra.

—Sí, eso es. No quiero vender solo edificios, quiero humanizar las publicaciones.

—Muy bien. Lo que vosotros digáis —respondió el tal Carlos.

—Entendido —añadió el ingeniero—. Pues vamos a figurar.

Esbocé una sonrisa.

—Perfecto, Beth —respondió Susan—. Empieza cuando quieras.

Álvaro no había dicho ni una sola palabra.

Asentí y me alejé un poco.

Fotografié la obra con el paisaje de Queens. Estábamos en la planta 35 del edificio, lo que nos daba una buena perspectiva y una panorámica amplia. Algunos de los obreros eran muy simpáticos e incluso hablaron un poco conmigo mientras les hacía fotografías: en algunas posaban con sonrisas cálidas y en otras trabajaban, como si no supieran que estaba allí.

Después fotografié a Álvaro, con el ingeniero y el jefe de obra. Seguimos la misma tónica: algunas fotos posadas y la mayoría más

espontáneas. El ingeniero sostenía unos planos mientras hablaban sobre el proyecto.

Álvaro apenas había pronunciado un par de monosílabos.

Tenía un buen repertorio; solo me faltaban las fotografías del CEO en solitario.

Finalmente, me aparté con Álvaro para hacer mi magia.

Observé el sol que entraba a raudales por un lateral de la estructura. El murmullo de la conversación de Zac con Susan llegaba hasta nosotros, a pesar de la distancia. Se percibía más ruido ambiente por la obra, algo que me ayudaba a concentrarme y aislarme. Una grúa inmensa trabajaba, elevando bloques enormes de ladrillo hacia las plantas superiores.

Revisé el trabajo que había hecho, para valorar el material que tenía, mientras Álvaro se posicionaba. Cuando vi que estaba listo esperándome me acerqué.

—Bien, vamos allá —comenté—. Solo quedan las tuyas.

—Está bien —respondió—. Cuando quieras, tú mandas.

Sonreí levemente, eso me gustaría.

Disparé. Dos fotografías captando la mirada fría de Álvaro. El sol entrando por el lateral derecho, como si lloviera luz por encima de él. Estaba espectacular. Sus ojos grises se veían aún más claros. Era un titán, inalcanzable.

—¿Qué te parece alguna sin el abrigo?

—Lo que tú digas.

Observé como se lo quitaba y no pude evitar acercarme a él para cogerlo. No sé por qué lo hice, ya que yo tenía que hacer las fotos y no tenía más idea que él de dónde dejar el abrigo. Sujeté la prenda cuando él todavía no la había soltado. Su aroma llegó hasta mí. Me pregunté cómo había empezado a poder reconocerlo como *su* olor. Sentía que se me metía directamente por debajo de la piel.

—Estás muy callado —comenté aprovechando que habíamos acortado la distancia.

—Suelo ser así —replicó.

Subí la mirada trepando hasta sus ojos.

—No tanto.

—En ocasiones, sí.

—Ya veo.

Álvaro apretó la mandíbula y yo miré sus labios. No me había besado el día anterior. Habría podido hacerlo, pero no lo había hecho de forma deliberada.

—¿Qué te parece alguna sonriendo? —pregunté observando sin ningún pudor su boca—. ¿O alguna en la que parezcas humano? Cualquiera podría confundirte con una de las estatuas de Literary Walk.

La sorpresa cruzó su mirada.

—¿Tú crees?

—Sí. De hecho, es un pensamiento que he tenido varias veces. Creo que ayer te dije algo así. Quizás no concreté la comparación con las pétreas figuras de los escritores, pero algo así comenté, ¿no? Si no fuera por el hecho de que he comprobado que tu tacto no es de piedra, seguiría dudándolo.

Álvaro carraspeó. Echó una mirada furtiva a Susan y a los demás, que estaban a cierta distancia.

—No es un comentario demasiado apropiado para este momento —expuso con voz grave.

El tono entre nosotros se había vuelto íntimo.

—Bueno —repliqué encogiéndome de hombros—. A veces las cosas son inapropiadas.

Volví a levantar la mirada hacia él. El aroma de su perfume era una maldita adicción y me sentía tal y como una mascota fiel, esperando algo, una caricia o la aprobación para irme de allí, como si fuera incapaz de apartarme de su lado. Recordé el beso de Brandon la noche anterior y lo sentía tan lejos... Mis ojos serpentearon hacia los labios de Álvaro. Me sobraba todo: la gente que nos rodeaba y el jersey que me cubría la piel. Ansiaba volver a tocar su corazón, de la forma que fuera.

—Deberíamos seguir con las fotos —verbalicé.

Trepé una vez más la mirada hasta sus ojos.

—Sí, deberíamos hacerlo —confirmó.

Tiré del abrigo y me lo llevé para apoyarlo encima de los palés.

—¿Qué te parecen las últimas fotos sin el casco?

—Está bien.

Álvaro se quitó el casco y lo dejó a un lado. Se colocó en un punto donde, por encima de su hombro derecho, se veía el *skyline* de Manhattan a lo lejos. Me miró. Levanté la cámara y lo observé a través del objetivo. Sin el casco estaba todavía más impresionante.

Saqué algunos planos más cerrados sin que apareciera el edificio en construcción. Pensé que podría utilizarlos para otras publicaciones: su imagen limpia, sin columnas ni pilas de material ni elementos de obra, solo él y Manhattan extendiéndose a sus pies a lo lejos, como si todo aquello le perteneciera.

—Un par de ellas más y terminamos.

—Está bien.

Volví a centrarme mirándolo a través del objetivo. El ruido de la obra seguía rodeándonos, como lo había estado haciendo todo el tiempo. Algunos murmullos cercanos de la conversación de Susan llegaban hasta mí. Un sol radiante entró por el lateral derecho, inundándonos y deslumbrándome brevemente.

Entonces, cuando volví a centrar el objetivo, algo extraño ocurrió. Se escuchaba un ruido diferente, gigantesco, como un chirrido. En un primer momento no podía entender de dónde venía, era algo que no formaba parte del conjunto orquestal que nos acompañaba. El ruido provenía del lado izquierdo, de la inmensa grúa que estaba subiendo palés de ladrillos. Algo iba mal. El brazo de la grúa se movía de una manera anormal, diferente.

—¡Álvaro! —grité.

Él volvió la mirada hacia donde yo estaba mirando y entonces lo comprendió en cuestión de segundos, mucho más rápido que yo que todavía estaba tratando de entender.

El ruido se hizo mucho más intenso, como un chirrido inmenso.

Álvaro volvió la mirada hacia mí.

—¡Corre! —gritó.

El brazo de la grúa empezó a moverse sin control. Todo ocurrió demasiado rápido para entenderlo, pero los palés de ladrillos oscilaron con violencia y se precipitaron hacia la estructura.

Corrí unos metros, alejándome de la zona en la que habíamos estado haciendo las fotografías, buscando dónde cubrirme, pero no había un solo lugar en el que ponerse a salvo.

El golpe fue seco, brutal. Los palés impactaron contra el forjado y uno de los pilares. El estruendo fue inmenso y el ruido retumbó por todo el edificio. Ladrillos enteros, o en trozos, salieron disparados. Me agaché de forma instintiva y al momento sentí que el cuerpo de Álvaro me cubría.

—No te muevas —me advirtió.

—¡Álvaro! —jadeé asustada.

—Aguanta —insistió.

Todo pasó demasiado rápido.

La lluvia de pedazos de ladrillos apenas duró segundos. Sentí que caían sobre nosotros, pero no me dio ni uno, porque Álvaro era un escudo alrededor de mi cuerpo. Estaba hecha una bolita, temblando aterrada. Él protegió mi cabeza mientras aquella lluvia de proyectiles rojizos no cesó. La gente gritaba descontrolada sin entender del todo qué estaba pasando.

El corazón me iba a mil. Tuve una serie de pensamientos atropellados: corriendo en la casa de mis padres, con mi madre abrazándome cuando era niña, la mirada de mi padre orgulloso cuando había terminado la carrera, Brandon sonriéndome en nuestra primera cita, Álvaro encima de mí, el día en que nos habíamos conocido, su mano sobre mi espalda con nuestros estómagos llenos de chocolate caliente…

La lluvia arrojadiza cesó tan rápido como había empezado.

Parecía que todo había terminado, salvo por los chirridos que emitía la grúa, que parecían auténticos lamentos.

Álvaro se separó un poco para dejar que levantara la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Yo? —murmuré—. La que tiene que preguntar si estás bien soy yo. Te has llevado los golpes.

Álvaro negó con la cabeza, pero yo lo había sentido. Los cascotes de ladrillos habían llovido sobre nosotros. Éramos los que estábamos más cerca de la zona del suceso.

Levanté ambas manos y cogí su rostro entre ellas.

—¿Te han dado en la cabeza? —murmuré hundiendo mis manos en su cabello.

Se había quitado el casco porque yo se lo había sugerido, para hacer algunas fotos. Me sentí responsable.

—En la espalda y el brazo —aclaró. En la cabeza me rozó uno, pero no me golpeó de lleno.

Zac llegó corriendo desde la otra punta.

—¿Cómo estáis?

—A Álvaro le han dado.

—No ha sido nada —se adelantó.

La grúa chirrió muy cerca de nosotros. Lo que quedaba de la carga oscilaba en el aire y podría volver a golpear el edificio.

—Hay que salir de aquí —advirtió Susan acercándose—. Hay dos obreros con lesiones. Ya están en el montacargas.

—¿Os han dado?

—A mí no —confirmó.

—Yo sentí como pasó un ladrillo rozándome el hombro, pero no ha sido nada —respondió asustado Zac—. No obstante, no te acompañaré en futuras empresas como esta —añadió mirándome—. Creo que podemos gestionar las redes desde lugares menos expuestos a accidentes de construcción.

Álvaro se levantó echando su mano derecha sobre el hombro izquierdo. Se notaba que le dolía.

Todo lo que ocurrió a continuación pasó muy rápido. El jefe de obra llegó para evaluar cómo estábamos. Algunas personas habían recibido impactos de ladrillos y había heridos. Desalojaban la construcción con urgencia para prevenir nuevos accidentes. Además, era necesario controlar el brazo oscilante de la grúa y comprobar que se podía continuar trabajando en condiciones de seguridad.

El descontrol fue considerable, sobre todo, porque había muchos trabajadores en otras plantas que no sabían qué había ocurrido, lo cual sumaba más estrés a la situación. Salimos del edificio en uno de los elevadores de obra, que confirmaron que era seguro al encontrarse en el lado opuesto de la planta. Muchos de los trabajadores utilizaron las escaleras, pero estábamos a gran altura y Álvaro no tenía buena cara. Me negué a que bajara por las escaleras y no me separé de él ni un solo momento. Por mucho que insistía en que no le habían golpeado en la cabeza, que apenas le habían

rozado. Me pregunté si lo hacía por mí, porque sabía que me sentía responsable de haberle pedido que se quitara el casco.

Cuando me subí con Zac y Álvaro en una ambulancia, por fin conseguí respirar.

***

Zac pasó a una sala de espera y a Álvaro y a mí nos ubicaron en otra. El paciente era Álvaro, porque a mí no me había rozado ni el aire, gracias a él. Tras el triaje, nos asignaron un box con una camilla y una silla para el acompañante. Me quedé allí a solas con Álvaro quien tenía que ponerse un camisón, al menos de cintura para arriba.

Había declarado que era su acompañante y creo que todo el mundo dio por sentado que era su pareja. Él no había dicho nada.

—No tienes que quedarte —declaró cuando estuvimos a solas en el box.

—No voy a irme a ninguna parte.

Álvaro se movió para quitarse la chaqueta, pero un gesto de dolor cruzó su rostro. El hombro le dolía, por mucho que se empeñara en quitarle importancia.

—Sí, ya veo que no necesitas mi ayuda —comenté—. Anda, déjame a mí.

Me coloqué delante de Álvaro y lo ayudé a quitarse la chaqueta con cuidado.

Él se quejó. Tenía que dolerle mucho más de lo que decía, porque estaba segura de que no era de los que se quejaban.

—No sabía que eras tan quejica —declaré mientras lo ayudaba a quitarse la corbata.

—Yo tampoco. Es una novedad —replicó—. Esto creo que puedo hacerlo yo —murmuró.

Busqué su mirada gris.

—Es posible —comenté mientras pasaba su corbata por encima de su cabeza—. Pero es más divertido si lo hago yo, ¿no crees? —pregunté mientras dejaba la corbata encima de la camilla.

—No estoy en posición de pensar mucho en este momento —confesó.

—Es cierto, tu brillante cabeza ha sufrido una contusión —dije mientras desabrochaba el primer botón de la camisa.

—Apenas me rozó en la cabeza —se quejó.

—Quizás con tantos golpes no tienes la capacidad de calibrar la gravedad —añadí tras abrir un segundo, tercer y cuarto botón.

—Es posible —aceptó con voz grave mientras yo llegaba a los botones que estaban cerca de su ombligo.

—No te preocupes, seré tu enfermera personal —zanjé mientras tiraba de la tela para sacarle la camisa del interior de los pantalones.

Álvaro tragó.

Mi corazón latía desbocado.

—¿Tienes estudios? —preguntó mientras yo bajaba con cuidado la prenda descubriendo sus hombros.

—No, pero tengo experiencia en voluntariado.

El pecho de Álvaro era algo difícil de describir. No era de las que se dejan apabullar por un físico despampanante, pero, claro, ese físico era de otro nivel.

—Tu experiencia es con perros, ¿no?

—Bueno, sí —repliqué con una sonrisa—. Pero me las apañaré. Al final son como nosotros: solo buscan alguien que les dé un poco de cariño —añadí mientras me pasaba a la parte trasera de la camilla para terminar de quitarle la camisa de la parte baja de su espalda.

—Ya…

—¡Dios mío! —exclamé cuando vi los golpes en su espalda y su hombro—. Tienes varias contusiones.

—No es para tanto.

—Sí lo es —repliqué observando las zonas enrojecidas y la piel raspada.

Deslicé mis dedos con cuidado sobre su espalda.

Álvaro se movió levemente.

—Siempre resultas ser un caballero cuando estás conmigo —murmuré tocándolo con muchísimo cuidado.

—No ha sido nada —replicó con la voz cargada.

—Yo no diría eso —añadí sintiendo que el aire de mis pulmones se consumía—. Ha sido mucho.

Sin saber cómo, besé una de las rozaduras.

Álvaro respiró profundamente, pero no dijo nada.

—No eres un caballero oscuro, como pensé en un primer momento —murmuré—. Eres uno de brillante armadura.

Volví a deslizar mis manos por su piel, pero esta vez lejos de las contusiones. Le recorrí los músculos de la espalda hasta la cintura. Estaba hipnotizada, embriagada, no sabía lo que estaba haciendo. Sentía algo que me ataba a Álvaro. Yo no era así, jamás en toda mi vida había sido así con un hombre. Siempre me había contenido en mis deseos, en mis necesidades, pero con Álvaro no podía pensar. Mis dedos necesitaban tocarlo, era algo irracional, me sentía enraizada a él.

Arrastré mis dedos por su espalda y volví a rodear la camilla para mirarlo a los ojos.

Álvaro me observó con una tormenta rugiendo en sus ojos. Yo quería sentir aquella tormenta. Quería que me arrollara por completo, hasta consumirme. Jamás había sentido un deseo ahí.

—Yo no soy así en modo alguno —resolvió.

—Sí lo eres —murmuré acercándome a él.

Álvaro permanecía sentado en la camilla, sin camisa. Era tan hermoso que dolía mirarlo. Una obra perfecta, solitaria, hecha para ser contemplada. Sentí que me dolía todo el cuerpo de las ganas que tenía de tocarlo.

—Eres un brillante, inmenso caballero… Siempre dispuesto a salvarme.

Bajé la mirada a su pecho. Levanté la mano y lo acaricié. Álvaro se movió ligeramente bajo mi caricia. Me acerqué un poco más. Deslicé ambas manos por su pecho hacia su cuello. De forma instintiva, llevó sus manos a mi cintura acercándome a él.

—Elizabeth… —murmuró con la voz cargada.

Miré su pecho, la piel perfecta, sus hombros, su cuello. Inhalé su aroma y deseé pegarme a su cuerpo. Me aproximé más hasta que mi aliento calentó la curva de su cuello.

—¿Sabes? Antes no me gustaba nada cuando alguien me decía Elizabeth. —Busqué sus ojos. El acero gris me envolvió—. Siempre me ha parecido muy formal. Siempre he preferido Beth. Ahora, solo puedo pensar en que vuelvas a llamarme Elizabeth.

Las manos de Álvaro se ciñeron en mi cintura.

Volví la mirada a su piel y besé la curva de su cuello.

Justo en ese momento, alguien abrió la cortina.

—¿Álvaro Durand? —preguntó una doctora.

Nos apartamos repentinamente.

Capítulo 18

Tus dedos en mi espalda

Álvaro

—Estoy bien, Beca. No tienes de qué preocuparte —declaré.

—¿Estás seguro? —preguntó mi hermana al otro lado de la línea telefónica.

—Por supuesto que lo estoy —reiteré, a pesar de que estaba en casa porque la doctora había insistido en prescribirme unos días de descanso—. Son solo unas contusiones.

Sospechaba que aquella indicación de la médica se debía a que Susan había aparecido por allí justo antes de que me dieran el alta. Había declarado abiertamente que era un adicto al trabajo y que, si ningún ladrillo me había dejado inconsciente, era muy capaz de volver a trabajar aquella misma tarde. Eso había ocurrido hacía dos días y me había comportado como un paciente ejemplar. Sin embargo, el accidente había llegado hasta Francia, al corazón de Belvès, donde Beca debía preocuparse por su plantación de fresas y no por mí.

—No me quedo tranquila —murmuró preocupada.

—De verdad, hazme caso, Beca: estoy bien. Susan no tendría que haberte contado nada —añadí mirando hacia la rubia sentada en el sofá de mi casa—. Te ha alarmado sin ningún motivo.

Susan me sonrió de forma abierta y volvió a centrar su atención en su portátil.

—Eso da igual. El caso es que ya lo sé y sí estoy preocupada —replicó mi hermana—. Te conozco perfectamente, Álvaro, y tú no eres capaz de bajar el ritmo.

Bufé molesto.

—Tengo muchos frentes abiertos, Beca. No estoy para perder el tiempo. Olvídate de este asunto, que no ha sido nada.

—Está bien, procuraré estar tranquila.

—Además —añadí con una sonrisa—, no vas a viajar hasta aquí en tu estado, ¿verdad?

—No, no lo haré. Tranquilo.

Beca suspiró al otro lado de la línea. Filip hizo algún comentario cariñoso que la hizo sonreír y ella le dijo que se callara entre risas.

—Sigo aquí —declaré sin poder evitar una sonrisa.

Beca se merecía todo lo bueno que pudiera ocurrirle. Me sentía tranquilo sabiendo que Filip estaba a su lado.

—Lo sé, perdona. Es que no veas cómo está Filip…

—Me lo imagino —repliqué mientras caminaba hasta el ventanal enorme de mi salón de líneas rectas y modernas.

Manhattan en todo su esplendor se extendía al otro lado del cristal.

—¿Se lo has contado a Candela? —pregunté.

Sentí el silencio al otro lado del teléfono.

—No, todavía no. Encontrar un momento para sentarnos a hablar tranquilas me parece imposible.

—¿Y cuándo vas a decírselo? —pregunté sabiendo que aquella conversación no podía dilatarse mucho—. En unos meses el bebé estará en tus brazos.

—No lo sé… Con ella es todo tan difícil. Siempre acabamos discutiendo.

Meneé la cabeza. Conocía bien aquella sensación. Candela era… complicada. A mí me ocurría lo mismo. Siempre había mantenido una buena relación con ambas, pero con Beca era mucho más cercana. Beca era cálida, impetuosa, como un pequeño torbellino, pero era de esas personas con las que te apetece sentarte a hablar, siempre dispuesta a escucharte. Sin embargo, Candela era fría, su tacto era el de un cactus. Habitualmente no me importaba, porque no me afectaba. Yo estaba en Nueva York, a miles de kilómetros de ellas. Pero ambas estaban en Francia, podían compartir más y, sin embargo, no lo hacían. Creo que, en cierto modo, Candela se enorgullecía de no necesitar a nadie. Se había encerrado en su propio caparazón y mantenía a todo el mundo a distancia.

—Últimamente ella y yo tampoco estamos en sintonía, ya lo sabes —comenté.

—¿Sigues molesto con el tema de los castillos?

—Por supuesto —respondí tajante—. Sé que la sede de París es cosa suya, pero es un negocio familiar. No me parece una buena inversión. Ni siquiera hay un plan claro de qué pretende con esta inversión. Lo que sea que quiere hacer lo guarda con celo para ella misma. No puedo apoyarla, pero no parece que pueda sacárselo de la cabeza.

Beca suspiró.

—Candela es la persona más cabezota del mundo —declaró mi hermana—. Si se le ha metido entre ceja y ceja, lo hará.

Meneé la cabeza.

—No encaja con ella, siempre tan medida en todo. —Me quedé callado. Tenía que volver a intentar hablar con Candela, no podía dejarlo estar por más tiempo—. Por cierto, ¿tú estás bien? ¿El bebé está bien?

—Sí, estoy bien. Todavía disimulo. Hay mucha gente que no se ha enterado de que estoy embarazada.

—Pero ¿todavía no se lo has dicho a los empleados? —pregunté sorprendido.

—No. En absoluto. No quiero que nadie me trate de una manera diferente, ya me llega con Filip.

—Es una cabezota —escuché la voz de Filip al otro lado de la línea telefónica.

—¡Es que si fuera por ti estaría todo el día en el sofá comiendo y descansando! —se quejó mi hermana.

—Yo puedo hacerte compañía en el sofá —declaró mi cuñado con su acento particular, medio checo medio andorrano.

Meneé la cabeza.

—Estoy aquí —volví a llamarles la atención.

—Perdona —me dijo mi hermana—. No veas Filip cómo se pone. Está insoportable. No puedo con él.

Filip se acercó y seguramente la estaría abrazando y besando por los sonidos que se escuchaban.

—Bueno, creo que puedes soportarlo bastante bien —concluí—. Y yo voy a colgar porque creo que es suficiente intimidad la que he escuchado por hoy, gracias.

—¡Hablamos! Cuídate, Álvaro —respondió—. Tu imperio seguirá en pie, aunque descanses dos días.

No repliqué, aunque la afirmación de Beca no era correcta. El *holding* necesitaba mi entrega veinticuatro horas últimamente y, en todo caso, ese imperio era tan mío como suyo.

Colgué y dejé el móvil sobre sobre la mesa.

—¿Qué tal está Beca? —preguntó Susan bajando la pantalla de su portátil.

—Viviendo en un cuento. En los verdes prados franceses rodeada de fresas con su novio, medio checo medio andorrano, que parece un armario capaz de tumbar a cualquiera —relaté con una media sonrisa—. Bueno, y felizmente embarazada.

Susan rio brevemente.

—Me alegro de que Beca haya encontrado su sitio, se lo merece.

—Desde luego, es la mejor de los tres.

Me senté en un sillón, enfrente de ella.

—No pensabas que aparecería un tipo que estaría a la altura de Beca, ¿eh? —me picó Susan. Ella sabía que todo me parecía poco para mis hermanas.

—No, lo reconozco. He sido muy crítico con los hombres que se han acercado a mis hermanas. —Me encogí de hombros—. ¿Qué quieres que te diga? Soy protector con ellas.

—Excesivamente protector…

Volví a encogerme de hombros. Sabía la respuesta. Sabía que era así porque habían muerto nuestros padres demasiado jóvenes. De alguna forma, la vida me había puesto en esa posición. Desde entonces, no podía evitar actuar de aquella manera con ellas. Como tampoco había podido evitar mantener relaciones superficiales, no profundizar. Cerrar esa parte de mi vida. Recordé el beso de Beth en mi cuello. Eso no había sido precisamente mantener la distancia. El exponerme así había sido imprudente.

—Es posible —acepté sin tener ganas de dar mi brazo a torcer.

—Con Beca más que con Candela.

—Con Candela también lo soy —declaré con firmeza—. Pero es difícil ser protector con un cactus.

Susan rio brevemente.

—Me encanta Candela —replicó con una mirada afilada.

—Eso es porque te gustan las aristas.

Susan levantó las cejas.

—No lo voy a negar. Las aristas tienen su punto atractivo. De qué otro modo te habría aguantado todos estos años.

En esta ocasión fui yo el que esbozó una sonrisa.

Entró un mensaje en mi teléfono.

El nombre de Elizabeth se iluminó en el móvil encima de la mesa. Susan se dio cuenta al instante. Subió su mirada y la cruzó con la mía.

—¿Te escribe mucho la chica Harrington? —preguntó con intención.

La miré. Sabía que quería decirme algo. Susan no era de las que les daba vueltas a las cosas. No conmigo. Así que, si quería decirme algo, lo haría.

—¿Es una pregunta personal o profesional?

—Álvaro, ¿en serio?

Levanté una ceja.

—Lo digo porque no sueles preguntarme por chicas.

—Porque normalmente no lo veo necesario —replicó.

—¿Y qué ha cambiado?

—Lo que hay en tus ojos cuando la miras.

Me quedé callado.

—Álvaro, sé que no es asunto mío… y quizás hasta son imaginaciones mías —se excusó para tratar de sacarle hierro—. Pero, desde que entró por tu despacho, he tenido la sensación de que pasa algo entre vosotros. —Se quedó callada, y yo no dije nada—. Pero no es mi estilo inmiscuirme, ya lo sabes.

Asentí.

—Lo sé.

—Además, si tuvierais algo… Bueno, no sería la primera vez que hay una relación así en la empresa. Nunca hemos establecido

una política al respecto. No suele pasar, pero ha ocurrido antes.

—Eso también es cierto —respondí sin aclarar nada sobre mi relación con Elizabeth.

Susan me miró.

—No es un asunto mío.

—En eso estamos de acuerdo —dije más serio de lo que me hubiera gustado.

Nos quedamos en silencio los dos. En mi caso, porque no quería mentirle, pero es que además no tenía muy claro lo que estaba pasando entre Elizabeth y yo.

—Has faltado dos días a la oficina. Solo dos días, Álvaro. Elizabeth me ha preguntado por ti los dos días. Esta misma mañana lo ha hecho… y, sin embargo, te acaba de escribir. No creo que sea por nada del trabajo. Todo el mundo sabe que estás con un par de días de reposo. ¿Por qué te iba a escribir ella? Su departamento no tiene por qué tratar contigo directamente.

No dije absolutamente nada.

La pantalla volvió a iluminarse una segunda vez con el nombre de la chica Harrington. La mirada de Susan decía mucho más que cualquiera frase elocuente.

—Tú nunca has sido así —añadió hablando de forma franca—. Jamás has mezclado tu vida privada con el trabajo…, y ella es la hija de Thomas Harrington.

No respondí a eso y Susan no añadió nada más.

Nos mantuvimos unos instantes en silencio y después Susan retomó la conversación justo donde la habíamos dejado antes de la llamada de mi hermana. Seguimos un buen rato hablando, pero exclusivamente de asuntos de la oficina. Susan no volvió a mencionar a Elizabeth y yo no tuve que contestar nada al respecto.

Cuando Susan se marchó leí los mensajes. No era la primera vez que me escribía. Siempre me preguntaba por cómo me encontraba. Me hablaba de algo del trabajo o de cualquier cuestión cotidiana. Lo que había pasado no lo mencionábamos. No era la mejor idea tratarlo por teléfono, pero estaba ahí, ingrávido entre nosotros.

Cogí el teléfono en mis manos. Sentía la mirada de Susan como una espada sostenida sobre mi cabeza. Recordé quién era Elizabeth y por qué había venido a Nueva York.

Elizabeth: Hola, ¿qué tal va la tarde? 😊
¿Cómo está esa espalda? ¿Y tu hombro?

Eran mensajes sencillos. Una forma de estar ahí, como si necesitara ese cordón umbilical que nos unía, que se había construido entre nosotros. Sentí que era hora de cortarlo. Debía hacerlo.

Tecleé rápido.

Yo: Hola. Todo bien. Ha venido Susan a trabajar.
Oye, Elizabeth. No es necesario que me escribas todos los días. Estoy bien.

Releí el mensaje. Era el de un auténtico cretino. Aun así, se lo envié.

Me sorprendió que no tardara nada en replicarlo, apenas unos segundos.

Elizabeth: ¿No quieres que te escriba?

Pensé.

Yo: No es lo más apropiado.

Recordé los labios de Elizabeth sobre mi piel.

Elizabeth: ¿Apropiado?

Yo: Soy tu jefe.

Elizabeth: ¿Me estás hablando en serio?

Había que ser directo.

Yo: Creo que nuestra relación debe ceñirse a lo estrictamente profesional. Lo lamento.

Elizabeth: ¿Lo lamento? ¿Estás hablando conmigo o con un proveedor?

Sentí deseos de llamarla. No, de llamarla no, de ir a su casa.

Yo: Siento haberte herido. No era mi intención.

Elizabeth: No te preocupes. No te escribiré más.

No escribió nada más y dejó el móvil.

Deposité el teléfono sobre la mesa y valoré lo que acababa de hacer. Me había comportado como un gilipollas, pero a la larga, sería lo mejor para ella. Aquello no podía ir a más. Cortarlo por lo sano era lo más sensato.

Me levanté y le di la espalda al móvil y a la chica Harrington. Me sumergí en las cuestiones de trabajo que tenía que resolver, en todos los frentes que tenía abiertos. Trabajo, una zona segura a la que entregarme. Eso me había servido en muchas ocasiones y volvería a servirme.

Me centraría en México. Allí teníamos problemas que afrontar, pero antes todavía debía hacer unos viajes intermedios, a otros puntos que requerían mi atención.

Capítulo 19

Un baile en el Havana Social

Beth

Estábamos a finales de mayo y hacía un tiempo increíble. Eso había animado a que la gente se uniera a la celebración. Era el cumpleaños de Sebastián Ramírez y habíamos ido a celebrarlo al Havana Social después de trabajar. Allí daban unos cócteles increíbles que ya había podido disfrutar en más de una ocasión con Zac, Sebastián y su marido, Oliver Johnson, cuando salíamos a despejarnos algún jueves después del trabajo. El *afterwork* con ellos siempre era muy agradable.

Ahora mismo estaban bailando una bachata Sebastián y Oliver. Me encantaba verlos. Especialmente, por lo compenetrados que estaban. A Oliver le pasaba un poco como a mí, se notaba que en realidad éramos gringos y no teníamos en el cuerpo el ritmo de la salsa, la bachata y las letras latinas. Definitivamente, nos faltaba sazón. Pero él no lo hacía nada mal. Sebastián cumplía cuarenta y ocho años. Llevaba con su marido varios años y, por cómo se movía Oliver Johnson, se notaba que Sebastián lo arrastraba a bailar en más de una ocasión.

Había muchos compañeros de trabajo. Algunos ya iban por el segundo cóctel, y teníamos en una mesa una tarta que estaba ya medio mutilada, después de haber repartido varias porciones.

Eché un vistazo a las últimas publicaciones que había subido al Instagram de la compañía. Me sentía satisfecha. Desde mi llegada, hacía unos dos meses, el impacto digital de nuestras publicaciones había mejorado de forma notable. Además, me gustaba mucho trabajar con Zac y con Sebastián. Formábamos un buen equipo.

—Pensé que la idea era desconectar del trabajo —dijo una voz detrás de mí.

Levanté mi mirada por encima de mi hombro izquierdo. Yo estaba sentada en la barra y tenía enfrente mi cóctel a medio tomar: un Rum Punch preparado a base de ron Bacardí, granadina y jugo de piña, entre otras cosas.

Me encontré con los ojos azules grisáceos de Álvaro. No me lo esperaba en absoluto. Había pasado más de un mes desde que había ocurrido el accidente de Queens. Todavía recordaba la suavidad de su piel bajo mis dedos. Estos deslizándose por su espalda. Su aroma: intenso, varonil. Mis labios por debajo de su cuello, sobre su clavícula.

La mirada de Álvaro también me decía que él se acordaba perfectamente. De eso y de la noche en mi casa, cuando me había rescatado de un momento terriblemente incómodo con Brandon. Pero todo eso había ocurrido hacía más de un mes y, desde entonces, Álvaro y yo no habíamos vuelto a interactuar en un plano íntimo ni habíamos estado a solas.

Tras el accidente en Queens, él había estado teletrabajando unos días. Después había venido a la oficina esporádicamente entre viaje y viaje. Había estado en California para gestionar algunas inversiones que teníamos en Los Ángeles y Beverly Hills, y desde allí había viajado a México donde había permanecido las dos últimas semanas, en Tijuana y Rosarito. Pensé que había tenido que disfrutar de buen tiempo, porque su rostro tenía un tono algo más moreno por el sol.

—Solo estaba echando un pequeño vistazo —comenté dejando mi móvil sobre la barra, al lado del cóctel.

Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos. A nuestro alrededor la gente estaba bailando, riendo y bebiendo. El ambiente era muy distendido.

—Hola —saludó.

—¿Qué tal? —respondí.

No habíamos hablado en todo ese tiempo. Sí que nos habíamos cruzado algún día en la oficina y nos habíamos saludado, rodeados de más gente. También habíamos coincidido en alguna reunión de trabajo, así como en las zonas comunes de la oficina, pero ninguno de los dos se había detenido. No habíamos tenido un momento a

solas. Nada. Los dos sabíamos que él había cortado de raíz aquello que había nacido entre nosotros.

—¿Qué tal todo por México? —pregunté.

—Muy bien. Agotador pero bien —declaró—. Creo que el equipo os envió fotos e información para montar algunas publicaciones.

—Sí —respondí pensando en una imagen en concreto de él con el mar de fondo. Me encantaba esa instantánea.

—No he visto todavía qué hicisteis con ellas.

—Pues magia —respondí—. Como siempre.

Álvaro se acercó un poco más, porque una mujer quería pasar por detrás de él. Su cuerpo quedó a escasos centímetros del mío, pero no me tocó. Aun así, su aroma me envolvió. Era un perfume masculino, sofisticado. Evité mirarlo a los ojos.

—¿Y tú? ¿Cómo has estado? —preguntó en un tono que guardaba cierta intimidad.

Volví a elevar la mirada hacia él. Estaba tan guapo, era tan atractivo… Solo había que ver cómo se convertía en el epicentro de las miradas femeninas y algunas masculinas. Su mirada profunda, el cabello oscuro, su mandíbula marcada… Aquella sensación de que él tenía que estar en el centro de una clase de dibujo y que los demás tendrían que tratar de plasmar en un lienzo aquella belleza perfecta.

—¿Toma algo, señor? —preguntó un camarero acercándose.

—Un Mule, por favor.

El tipo asintió.

—No soy amiga del vodka —repliqué refiriéndome al cóctel que había elegido.

—A mí siempre me ha gustado, aunque hace tiempo que no tomo uno.

Bebí de mi propio cóctel y lo volví a dejar sobre la barra.

—Y, en esta ocasión, ¿lo vas a beber? —pregunté haciendo mención de la broma recurrente de cuando nos habíamos conocido.

Nos sostuvimos la mirada unos instantes.

—Esta vez, creo que sí —respondió con voz profunda.

Volvimos a quedarnos callados.

—Estoy bien —declaré recordando la pregunta que me había hecho instantes antes—. He estado bien.

Álvaro apretó ligeramente la mandíbula y me quedé con las ganas de saber en qué estaba pensando. Yo todavía tenía muy presente lo que había pasado entre nosotros, a lo que él le había puesto freno. Había pasado más de un mes.

El día a día con Zac y Sebastián era muy agradable. Si algo tenían en común mis dos compañeros de trabajo era que hacían un tándem muy divertido. Sebastián era un apasionado de la música latina y de vez en cuando cerraba la puerta de cristal que nos separaba del resto de la oficina y ponía los últimos *hits* para ponerse a bailar en medio de nuestra sala. Zac no podía parar de reírse y trataba de unirse al baile con mucho menos arte. A ver, Zac era de Savannah, Georgia, mientras que Sebastián era un colombiano que llevaba veinte años en Nueva York, se le notaba que el ritmo estaba en sus venas.

Con Sebastián y Zac había trabajado duro, pero también me había divertido mucho. Ambos sabían que había estado prometida y que en enero había puesto fin a mi compromiso por una infidelidad. Zac se había limitado a escucharme y a hacer algún comentario amable. Alguna vez se había fijado en el anillo de compromiso que llevaba todavía en el dedo, pero no había dicho nada. Sin embargo, Sebastián había despotricado abiertamente sobre los hombres infieles y había contado alguna historia suya al respecto. Él estaba felizmente casado, pero que antes de eso le había tocado enfrentarse a algún psicópata integrado. De hecho, había declarado que conocía unos tipos que podían ir a Alabama si yo quería que le dieran un toque a mi ex. Cuando Zac lo había mirado serio le había dicho que se relajara. Que estaba bromeando.

Agradecí la cercanía de ambos, y se convirtieron en mis únicos amigos en Nueva York.

Zac solía llamarme los fines de semana. Me llevaba con su grupo de amigos y salíamos a comer, a tomar algo o a pasar el rato. Al ser de Savannah, Georgia, tenía mucho en común conmigo. Los dos habíamos sido educados en ciudades del sur, por lo que ambos teníamos esas raíces bien marcadas en nuestro ADN: la hospitalidad

sureña, la religión, el conservadurismo, la historia. A veces me daba la impresión de que nos entendíamos con una sola mirada.

Además de eso, mi día a día se había basado en afianzar rutinas. Nueva York me había dado aires nuevos y el tiempo primaveral se había llevado lejos mi invierno.

Mis padres y Harper eran pilares esenciales en mi día a día. Hablaba con ellos a menudo y me sentía acompañada. Incluso me había apuntado los martes por la tarde a clases de cocina. Era algo que ya se me daba bien, pero me gustaba seguir aprendiendo y mantener la cabeza ocupada.

Dejar a Brandon en el pasado, olvidar mi compromiso. Aprovechar el hecho de estar en Nueva York. Conocer gente, ir a clases de cocina o a bailar salsa con Sebastián los jueves al salir de trabajar en ese mismo local en el que ahora estábamos tomando tarta.

Todo había sido positivo en este último tiempo. Álvaro se había mantenido a distancia y reconozco que cortar de forma abrupta aquello que había nacido entre nosotros también había sido una forma de no complicar las cosas. Entendía lo que había hecho. No me había gustado cómo me había apartado, pero podía comprenderlo.

Aun así, ahora, con su presencia a escasos centímetros de mí, no podía obviar todo lo que su cuerpo despertaba en el mío.

Él se había mantenido a distancia.

Yo me había dedicado a sanar.

Ahora estábamos allí, con sendos cócteles, rodeados de música latina.

—¿Y tú? —pregunté sosteniéndole aquella mirada llena de gris —. ¿Cómo has estado tú?

Álvaro permaneció en silencio. Su cuerpo se acercó ligeramente al mío. El movimiento era apenas perceptible, pero estaba allí.

—Yo…

—Beth, está sonando *NUEVAYoL*… ¡Ven, vamos a bailar! —declaró Zac llegando justo en ese momento—. ¡Ey, Álvaro! ¿Qué tal por México?

—Muy bien —respondió él dando un paso atrás.

—¿Vamos? Esta es la que tenemos controlada —declaró Zac con una sonrisa capaz de iluminar todo un estadio de fútbol—. Hemos venido un par de veces por aquí y no veas Sebastián la que nos ha estado dando hasta que hemos aprendido a bailarla como se debe —comentó dirigiéndose a Álvaro.

Este simplemente asintió con un gesto.

Me puse de pie y cogí la mano de Zac, que me observaba con una inocencia inmensa. Ajeno a que se acaba de adentrar en el campo de gravedad que había entre Álvaro y yo.

Álvaro observó el gesto, cómo le daba la mano, y no dijo nada.

Caminé de la mano de Zac. Me había puesto una falda de tubo de color crudo, desde mi cintura hasta mis rodillas. Tenía un corte trasero para ayudarme a caminar. De parte de arriba llevaba un top corto que mostraba un pedazo de piel por encima de mi cintura y era algo escotado. Justo en aquel momento, que caminaba de la mano de Zac con mi largo cabello recogido, el cuello al aire y aquel top que enseñaba mi espalda, mientras sonaba *NUEVAYoL*, de Bad Bunny sentí como si aquella gravedad que se formaba entre Álvaro y yo cuando estábamos juntos estuviera tirando de mí.

Miré hacia atrás, buscándolo, solo por unos segundos.

Álvaro seguía en el mismo sitio: al lado de la barra. Sus ojos estaban clavados en nosotros. Me perdí un instante en aquel hielo gris azulado que en aquel momento ardía y volví la mirada hacia delante.

Zac se detuvo entre otras parejas y comenzó a moverse con sus mejores pasos. Yo lo seguí mientras me reía. Ambos nos reímos, porque con Zac todo era así. Él había llenado mi estancia en Nueva York de color. Se movía en una especie de imitación de salsa y me cogía de la cintura, para volver a hacerme girar.

—No tenía ni idea de que Álvaro había regresado —comentó.

En ese momento miré hacia el invocado. Estaba en la barra, pero bebía de su copa y hablaba con una sonrisa con Susan y Sebastián.

—Yo tampoco. Está claro que se enteró de la invitación de Sebastián y ha querido venir a saludarlo.

—Desde luego —replicó Zac convencido—. Se le ve con buen aspecto, ¿no?

—Lo veo como siempre —mentí desviando la mirada.

—No sé, lo veo algo bronceado. Supongo que es el efecto de pasar dos semanas en México. A ver si podemos coger algo de color cuando vayamos a Los Hamptons —añadió divertido.

—No sé todavía si iré… —comenté.

Zac hacía referencia a la invitación que teníamos todos los empleados a una convención que organizaba la empresa. Se empezaba por la mañana haciendo una actividad; después, una comida ligera con sobremesa, para terminar el día con cena y baile. La ubicación solía ser Los Hamptons. Se pagaba la estancia para todos los empleados de la empresa. Me habían comentado que era un evento que la compañía tenía muy arraigado.

—¿¡Cómo no vas a ir!? —rebatió Zac espantado—. Yo no me lo pienso perder por nada. Bastante trabajamos como para no disfrutar de lo único que nos dan gratis que es exclusivamente para disfrutar.

—¿Tú ya has ido? —pregunté con curiosidad.

—Por supuesto. En la última ocasión fue un planazo. Uno de los mejores días desde que estoy en la empresa, por no decir el mejor.

Me reí.

—No sé. Me dijeron que no es obligatorio —dudé.

Movió la cabeza.

—No es obligatorio… Pero es un evento de trabajo, se recomienda ir. Seguramente haremos alguna actividad chula por la mañana —replicó—. Lo malo es que hay que madrugar—. Se encogió de hombros—. Pero bueno, duermes en el camino. Supongo que nos pondrán algunos autobuses, como la última vez. Tienes que venir, prométeme que vendrás.

No conocía a demasiada gente. Confianza solo tenía con Sebastián y Zac. También me caía bien Susan, pero no diría que era una persona con la que tuviera un trato tan cercano. Me habían dicho que te mezclaban con personas de otros departamentos para hacer las actividades y eso me echaba para atrás.

—Bueno, lo pensaré… No estoy segura del todo —repliqué con una sonrisa contenida.

—Pensarás ¿el qué? —quiso saber Sebastián llegando a la zona de baile.

—Beth se está pensando si venir o no a Los Hamptons. ¿Te lo puedes creer? Para entrar en la oficina a currar es la primera, pero para disfrutar por un día… Pues que se lo tiene que pensar.

Sebastián me miró como si fuera un extraterrestre.

—¡Por supuesto que vas a venir! —zanjó como si en su cargo de superior de departamento pudiera decidir por mí—. ¿Cómo no vas a venir? ¿Estás loca? Esto es algo que nos dan por todo lo que nos hacen currar. ¡Vamos todos! —Acto seguido, me cogió para bailar—. Anda, Zac, échate a un lado y sigue ensayando que te falta aprender a mover las caderas.

Zac se rio y aceptó bailar con el marido de Sebastián. Observé como Oliver lo hacía girar y me reí. Estaba sonando Ricky Martin y la gente cantaba a gritos y bailaba. Yo me dejé llevar por las risas y el ambiente y perdí completamente de vista a Álvaro.

Bailamos un par de canciones más y después fui al cuarto de baño.

Me refresqué y, cuando salí, me crucé con Álvaro.

—Baila conmigo —dijo alargando una mano hacia mí para que la cogiera.

Lo miré a los ojos y después, su mano. La imagen de su mano en mi espalda el día que nos habíamos encontrado de noche y me había acompañado a casa vino a mi mente. Acto seguido se impuso la imagen de su pecho desnudo y el beso que yo había depositado en él.

Su mano, una ofrenda.

Deslicé mis dedos hasta enredarlos con los suyos. En cuanto tuvo mi mano, me cogió con firmeza y caminó conmigo un par de pasos entre la gente que bailaba. El ritmo había cambiado. No me daba cuenta de qué estaba sonando, pero era un ritmo denso, de esos que se te meten en la piel. Que parecen hechos para poder conectar a otro plano con otra persona. Que dice por ti lo que no tienes palabras para decir.

Álvaro se detuvo y puso una mano en mi cintura, acercando mi cuerpo al suyo. Sentí que el aire se paraba en mis pulmones. Cogió

mi mano con la suya para bailar lentos, muy lentos. La mano que me quedaba libre la apoyé sobre su pecho, que se perfilaba como mármol ardiente bajo su camisa. No me atreví a decir ni una sola palabra, me dejé mecer por la música y sentí como se deslizaban sus dedos por mi cintura. Irremediablemente se me erizó la piel bajo su tacto.

Capítulo 20

Tu cuello

Álvaro

No debí haberle pedido que bailara conmigo. Nunca jamás bailaba con una compañera del trabajo, ni con una empleada. Había estado en decenas de convenciones, en múltiples celebraciones de cumpleaños, jubilaciones, compromisos, etc. Con la gente del trabajo no había cruzado esa línea, para mí esa distancia era necesaria. Cercano, pero sin esa familiaridad. Sin embargo, cuando se trataba de Beth, no sabía discernir dónde estaban los límites que siempre había tenido tan claros.

La había abordado al salir del baño porque necesitaba tenerla cerca. Una cosa era mantenerme a distancia cuando estaba viajando, o en la oficina con más gente. Otra cosa era estar allí, en un ambiente distendido, tomando copas, y observar cómo se reía, cómo bailaba, cómo se divertía…, cómo hacía todo aquello con otros.

No, no debería haberla abordado, pero no había podido contenerme. Ahora la tenía entre mis brazos y me parecía imposible soltarla. Era ridículo, yo jamás había sentido ese tipo de apego por nadie. Sin embargo, en este momento en el que su cuerpo estaba en mis brazos me sentía incapaz de dejarla ir.

Deslicé mis dedos por su cintura. Apenas un par de centímetros. Solo para sentir aquella piel expuesta, como si yo tuviera algún derecho a tocarla. La piel de Elizabeth se erizó a mi contacto y algo primitivo, que no había sentido nunca, la reclamó. Bajé la mirada para buscar los cambios en su cuerpo. Las aletas de su nariz mostraban una ligera alteración. La piel de su clavícula, su cuello… Toda ella a escasos centímetros y su piel erizada bajo mi tacto.

—Mírame —le pedí. Casi como una exigencia.

Elizabeth levantó la mirada en un gesto suave. Unos ojos azules… tan tan claros. Sus labios ligeramente entreabiertos. Su respiración… casi como la de un ciervo en las garras de un lobo. Así me sentí y no puedo negar las ganas de devorarla que tenía. Pero, más allá de un sentimiento animal, primitivo, fue casi como un reclamo. En ese momento, me olvidé de la gente que bailaba a nuestro alrededor. Ignoré que había cambiado el ritmo de la canción hacia tonos más bailables. Subí mi mano a su cuello y lo rodeé, acariciándolo con mi dedo. Lentamente, tan lentamente que resultaba insoportable. En ese momento me sobraba todo el mundo.

—Álvaro… —murmuró.

Me gustó lo que vi en sus ojos, una mezcla de deseo y sorpresa.

—Te he extrañado —confesé dándome cuenta de ello por primera vez de forma tan palpable—. ¿No te parece raro? Yo nunca extraño a nadie.

Quise bajar mi mano hacia la piel de su escote. No lo hice; me conformé con deslizarla hacia su hombro y volver a bajarla por su brazo.

—No sé qué responder a eso —murmuró.

—Yo tampoco. No tengo ni idea.

Me miró tratando de buscar respuestas. Yo la había apartado y ahora estaba allí, incapaz de quitarle las manos de encima. Mi forma de actuar no era coherente.

—¡Beth! ¡Mira quién está aquí! —saludó Sebastián a gritos.

Solté a Elizabeth en ese mismo instante, separándome de ella. Esperando no sabía el qué. Quizás que algún compañero de trabajo apareciera de repente.

—¡Papá! —exclamó Elizabeth de repente.

Me puse rígido y me aparté un paso, dándole espacio.

—Es difícil darte una sorpresa —clamó la voz de Thomas Harrington—. Pensé que tendría que rastrear todo Manhattan hasta dar contigo.

Elizabeth estaba sorprendida, pero se la veía muy feliz.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó mientras le daba un abrazo a su padre.

—Vine por unas reuniones que tenía y pensé en sorprenderte. Pero ya me ha dicho el vigilante que os habíais venido a celebrar el cumpleaños de Sebastián.

Thomas conocía a Sebastián, a Susan y a algunos más de la oficina. Por ello hablaba con familiaridad.

Se giró hacia mí y alargó la mano.

—¡Álvaro! ¿Cómo estás?

—Muy bien, señor Harrington.

Respondí dándole una mano. Era un tipo contundente y en cierto modo imponente. A pesar de que a mí no solía parecerme nadie imponente por mi propia envergadura.

—¿Se está portando bien mi chica? —preguntó con una mirada despierta.

Asentí, con la sensación de estar tragando clavos.

—Por supuesto. En el departamento están muy felices con su incorporación —añadí mirando a Sebastián—. Ha resultado ser un gran fichaje.

Thomas Harrington sonrió satisfecho.

—¡Sabía que sería un acierto que vinieras a Nueva York! —exclamó mirando a su única hija.

Mis ojos viajaron a Elizabeth quien cruzó una mirada con la mía. Ambos guardamos lo que había pasado para nosotros y sonreímos, como si simplemente fuéramos jefe y empleada. Como si el suelo no hubiera estado a punto de abrirse bajo nuestros pies.

***

Thomas Harrington era un tipo fascinante. Se dedicaba exactamente a lo mismo que yo: era inversionista y empresario de bienes raíces. Propietario o socio mayoritario de varias empresas de desarrollo inmobiliario en Alabama y el sur de EE. UU. La principal diferencia entre él y yo radicaba en que en BAC USA Real Estate habíamos diversificado mucho, con gran inversión en el extranjero, y él se había centrado en el mercado americano, especialmente, en el

sur de EE. UU. Lo bueno es que para los estadounidenses sus empresas eran una apuesta segura, un nombre asociado a las raíces americanas. Mientras, nuestra baza era que nuestro *holding* tenía una imagen más moderna dinámica y no tan afincada en EE. UU. Lo cual no era de extrañar; al fin y al cabo, BAC USA Real Estate era la sucursal de una empresa cuya primera sede estaba en Madrid, con unas raíces claramente extranjeras.

—El tipo me dice que tengo que meterme ya, porque van a construir el edificio más alto de Nueva York —expuso Thomas Harrington con la energía de un gran narrador.

Entonces, me miró. Nos habíamos quedado en el bar tomando una copa antes de que él se fuera con Elizabeth. Volvía al día siguiente a Alabama. En otras ocasiones, había hecho un viaje como aquel de ida y vuelta en el mismo día. Era perfectamente factible venir en el vuelo de primera hora para cuestiones de negocios y volver a última hora. Pero, teniendo a su hija en Nueva York, y no habiendo ella regresado a casa en estos meses, tenía sentido que se quedara.

Elizabeth escuchaba a su padre con atención.

—¿Eso te dijo? —comenté dándole pie a hablar, tal y como estaba esperando.

—¡Exactamente! Eso me dijo. Y yo pensé en el One World Trade Center, cuya construcción rondó los tres mil novecientos millones de dólares. Fue financiado por el dinero de las aseguradoras, además de una importante aportación pública e incluso inversión privada. Aquel tipo quería que me metiera en algo que lo superaría. Me pareció hasta un insulto. Es un símbolo.

—Ya ha habido propuestas —apunté.

—Sí, pero por algo no se han hecho —destacó Harrington—. Además de lo complejo que resulta a nivel financiero, de desarrollo urbanístico y de permisos, está el respeto a ese edificio. Por ahora lo veo muy pronto. Quizás algún día. En este momento, no quiero formar parte de algo así.

Pensé en todo el problema de desarrollo urbanístico y permisos que habíamos tenido en Dubái y también en lo que significaría un edificio así en Nueva York, algo que superaría a un edificio

emblemático. A un símbolo. Quizás aquel tipo estaba tanteando a los inversores y no tenía el proyecto cerrado.

—¿Y por qué te reuniste con él? —quiso saber Elizabeth.

Escuché las risas de Susana y Zac, que estaban pidiendo otro cóctel un poco más allá del lugar que estábamos ocupando nosotros en la barra.

—Bueno, hay otras inversiones que sí estoy dispuesto a hacer con él. Este tipo ha hecho algunos de los proyectos de desarrollo urbanístico más importantes de la costa oeste.

Thomas Harrington volvió a mirarme; era de ese tipo de personas a las que le gustaba una validación externa cuando exponía algo.

—Ha hecho proyectos interesantes —añadió.

—¿Siempre sobre seguro? —pregunté.

—Sí —confirmó—. Siempre con una base sólida sobre la que invertir. Es la primera vez que se sale del carril.

—Bueno… A veces todos queremos arriesgarnos un poco —comentó Elizabeth, y desvió su mirada hasta mí.

Sentí una bola de fuego en el estómago.

—Esa no es mi filosofía —argumentó su padre—. Ya me conoces, Elizabeth.

Su hija sonrió y le acarició el brazo con cariño.

—Lo sé, papá, te conozco bien.

Observé el reloj y pensé que era hora de marcharme. Ya había saludado a Sebastián por su cumpleaños, había tomado un cóctel, había charlado un buen rato con uno de mis más potentes inversionistas… Y me había saltado todos mis límites cuando había bailado con Elizabeth. Cuando había deslizado mi mano por su cintura, por su cuello… Miré su cuello y sentí cierto azoramiento en ella. No recordaba haber estado con una mujer que se ruborizara en toda mi vida.

Tenía que cortar el derrotero de mis pensamientos.

Me puse en pie.

—Señor Harrington, me marcho. He llegado hoy de México y necesito descansar. Me retiro ya.

Thomas Harrington me dio la mano.

—Muy bien, Durand —replicó—. Me alegro de haberle visto. He estado viendo los últimos informes y la evolución de mi cartera está siendo muy positiva. Estoy satisfecho —replicó.

Asentí.

—Sí, estamos bien posicionados.

—Sigue trabajando duro, muchacho —indicó de forma paternalista—. Y cuida de mi Elizabeth.

La miré brevemente y ella no dijo una sola palabra. Observé el lugar exacto en el que había deslizado mi dedo en su cuello y pensé en posar mis labios allí.

Elizabeth respiró y tragó, como si hubiera leído mis pensamientos.

Rompí el contacto visual.

—Es una gran trabajadora. Estamos muy contentos con ella.

Thomas Harrington sonrió satisfecho.

Asentí y me giré sin volver a mirarla, ya la había mirado más de lo debido. Salí de allí.

Capítulo 21

Las luces de Nueva York a través de mi ventana

Beth

Había cenado con mi padre en un restaurante con vistas panorámicas a Nueva York. Había sido muy agradable poder estar con él unas horas y simplemente charlar sobre mil cosas y sobre ninguna en particular.

Adoraba a mi padre. Siempre había sido así. Él era mi héroe y yo era su debilidad. Supongo que ser hija única había tenido mucho que ver. Recuerdo mi infancia siempre alrededor del gran salón de nuestra casa. Con mi padre sentado en el sofá leyendo el periódico o hablándome de finanzas, costumbre que había iniciado a mis tiernos diez años. Algunas tardes jugábamos a las cartas en la mesita que hay cerca de la ventana. Recuerdo la cara de mi padre iluminándose el primer día que fui capaz de ganarle. Mi madre, siempre atenta a aquellas jugadas, se sentaba en su sillón favorito, hojeando alguna revista de moda o la biografía de algún personaje histórico. En el ambiente, el olor del azúcar glas de algunos de los pastelillos que nos habíamos tomado para merendar. La televisión de fondo, muy bajita, con alguna película de Greta Garbo o Ava Gardner; las favoritas de mi madre. Se las sabía de memoria. En algunas ocasiones ni tan siquiera les ponía voz, la televisión las reproducía mientras tenía un disco de música sonando en la minicadena.

Esos son los recuerdos de mi infancia. En todos ellos, mi padre era mi personaje protector. Mi héroe: el hombre de mi vida. En ese momento, seguía siéndolo.

Cuando me había prometido con Brandon él había sonreído satisfecho. Brandon era lo que él siempre había querido para mí: un

chico sureño de clase alta, educado en los mejores colegios, brillante y con un futuro prometedor. Había declarado que no podría dejarme en mejores manos. Brandon me cuidaría y era una apuesta segura, la mejor elección que habría podido hacer. No fue nada de eso.

Pensé en la cara de decepción de mi padre cuando conoció la ruptura. Le rompí el corazón. Brandon me lo había roto a mí y yo se lo rompí a mi padre al contárselo.

Fue mucho más fácil hablarlo con mi madre. Es curioso; normalmente la relación con una madre suele ser más cercana, más cómplice. Sin embargo, mi padre y yo éramos uña y carne. Los dos lados de una misma moneda. Ver cómo se le rompía así el corazón fue romper el mío en una segunda ocasión.

Mi madre también se llevó una gran decepción, pero lo encajó mejor. Ella era todo un referente para mí, a pesar de que éramos muy distintas. Mi madre era la reina de su casa, preparaba recepciones, hacía meriendas con sus amigas y vecinas. Se implicaba en la vida social y cultural. Ella me había inculcado el implicarme en actividades con fines benéficos. Tenía esa dualidad: pertenecer a la clase alta e implicarse con los menos favorecidos. Era muy mamá y de alguna manera extendía esa protección maternal a otros ámbitos. Había decidido quedarse en casa y criarme. No salir a trabajar una vez que fue madre. En eso éramos muy diferentes. Ella se sentía plena dentro de su hogar. Sin embargo, por muy feliz que fuera en casa, por mucho que me atrajera la idea de formar una familia, yo siempre había sentido inquietud por lo que pasaba más allá de las puertas de mi casa desde muy pequeña. Cada vez que acompañaba a mi padre a la oficina me emocionaba. Ver cómo él tomaba decisiones sobre inversiones, cómo la empresa se posicionaba como un referente en el mercado había sido un aliciente en mi crecimiento. Sentía su emoción, su adrenalina casi como si corriera por mis propias venas. Mi madre no había necesitado nada de aquello. Había soñado con un príncipe y lo había encontrado. Ahora era la reina de su castillo. No sé si es porque era una mujer, y las mujeres de alguna manera estamos hechas de una pasta más resistente a los embates de la vida, pero mi madre encajó mejor la pérdida de mi compromiso.

Me sentía agradecida por el empuje que había tenido mi padre en que me fuera a Nueva York. Él era el que había puesto más empeño, convencido de que se trataba de un buen cambio para mí, y había acertado.

Es curioso porque en Alabama seguía viviendo en el hogar familiar. No me había independizado a pesar de tener veinticuatro años. Había vivido fuera durante la época universitaria, pero después había regresado a casa. Convencida de que saldría de allí con un vestido blanco, del brazo de mi padre.

Ese sueño se había roto en mil pedazos.

Ahora estaba en Nueva York y Alabama quedaba muy lejos. Cenar con mi padre había sido reconfortante, estar con él me traía cierta añoranza de mi tierra. Sin embargo, no quería volver, por ahora estaba muy bien en Manhattan. La niña que las Navidades pasadas soñaba con casarse con un vestido blanco con el chico perfecto americano se había quedado muy atrás.

Mi padre me había dejado en casa hacía ya media hora.

Estaba en mi apartamento, en mi nuevo hogar, en el corazón de Manhattan.

Tras una ducha, me había puesto una camiseta amplia y caminaba por mi piso entre luces y sombras. Eran cerca de las doce de la noche y no podía dormir. Acaricié las rosas del jarrón que tenía en un mueble auxiliar y recordé aquel sueño en el que me había hundido en el sofá con Álvaro y cientos de rosas. ¡Había sido tan real!

Cuando pensaba en Brandon sentía en la boca un sabor a cenizas, como a papel quemado.

Sin embargo, cuando pensaba en Álvaro sentía su olor metiéndose directamente por debajo de mi piel. Enredándose en aquello de lo que estaba construido mi cuerpo, más allá de la carne y los huesos.

Caminé en la penumbra hasta mi habitación. Me metí en la cama y cogí el móvil. Busqué su teléfono. Lo tenía guardado tal y como lo había hecho el día que lo había conocido en Central Park: Álvaro, el chico de Manhattan.

No debía escribirle.

No era posible.

Yo siempre había sido una buena chica, siempre había seguido las normas. Él era mi jefe, tenía negocios con mi padre y me sacaba doce años. Simplemente, no podía ser.

Respiré hondo.

Le escribí.

Yo: No puedo dormir.

Miré el móvil esperando una respuesta.

Álvaro el chico de Manhattan: Es tarde.

Las luces de la ciudad se colaban por la ventana hasta mi cama. Sentí calor solo con dos palabras. ¿Eso era normal?

Yo: Pienso en lo que me dijiste.

Álvaro el chico de Manhattan: ¿Qué te dije?

Yo: Que me habías extrañado.

Álvaro el chico de Manhattan: No debí haber dicho eso.

Yo: ¿No era cierto?

Álvaro el chico de Manhattan: Eso no importa. No debí haberlo dicho, fue una imprudencia.

Yo: ¿Por qué lo dijiste?

Vi la pantalla en silencio.

Yo: ¿No me vas a contestar?

Álvaro el chico de Manhattan: Es tarde. Acuéstate.

Me enfadé y sentía aquella presión en el pecho y aquel calor. Apreté las piernas.

Yo: Ya estoy en la cama.

Silencio.

Yo: ¿Y tú?

Álvaro el chico de Manhattan: También.

Yo: ¿Y en qué estabas pensando antes de que te escribiera?

Álvaro el chico de Manhattan: En tu cuello.

Me quedé mirando la pantalla.

Yo: Álvaro…

Álvaro el chico de Manhattan: Discúlpame. No debí escribir eso. Ni debí haber bailado contigo. Por favor, duérmete.

Vi como dejaba de estar en línea y me quedé esperando en la penumbra. Releí todo lo que había escrito dos veces. Esperé diez minutos. Yo siempre había sido comedida. Estaba harta de tanta contención.

Yo: No te disculpes. No tienes que arrepentirte. Yo no me arrepiento de nada de lo que ha pasado entre nosotros desde el día en que te conocí en Central Park.

Álvaro lo leyó. Esperé en silencio. No contestó.

Quise añadir muchas otras cosas, pero no lo hice. La valentía no me daba para tanto. Dejé el móvil en la mesilla y me tumbé.

Di vueltas en la cama y acabé recordando su cuerpo encima del mío el día en que nos habíamos conocido. Quería volver a sentir su cuerpo sobre el mío. Deslicé mi mano entre mis piernas pensando en su mirada dura, gris, azul, cambiante, contenida… Metí la mano por debajo del elástico de mi ropa interior y comencé a acariciarme. Recordé su mano en mi espalda en mi piso, después de haber tomado chocolate caliente, cómo había golpeado a Brandon, mi mano sobre su corazón… Jadeé y seguí acariciándome. Pensé en los músculos de su espalda cuando la había acariciado, cómo su piel reaccionaba a mi tacto, cómo había cambiado ligeramente su respiración cuando mis labios habían besado su cuello. Seguí tocándome, de forma superficial, como solía hacer; estaba completamente empapada, sentía que me ardía todo el cuerpo. Recordé cómo había acercado mi cuerpo al suyo mientras bailábamos hasta que ambos habían hecho contacto.

Reclamándome, como algo suyo. Su mano en mi espalda, en mi cuello… Seguí, seguí… Sus labios entreabiertos…

—¡Ah! —grité.

Me quedé temblando en la oscuridad con la respiración acelerada. Miré el techo. Me ardía todo el cuerpo. Me temblaban las piernas.

—¡Maldita sea, Elizabeth! —blasfemé, frustrada por estar sola. No podía reconocerme en aquel anhelo tan doloroso—. Duérmete de una vez.

Me giré buscando las luces de Nueva York en mi ventana y al final me dormí por puro agotamiento.

Capítulo 22

Un beso con sal

Álvaro

Me aparté un poco del bullicio de la fiesta. La convención estaba siendo un éxito y eso me hacía sentirme satisfecho. Había pasado las últimas dos semanas entre Alemania, Bruselas y Texas. Estaba cansado de hoteles, cambios horarios, reuniones y de tratar de solucionar problemas constantes. Mi día a día era trabajar. No hacía otra cosa. Llevaba tiempo sin ir al gimnasio, ya ni hablar de ir a jugar al pádel con unos colegas con los que solía quedar de vez en cuando. El trabajo me había absorbido por completo. Sentía una inmensa presión y de lo único de lo que tenía ganas era de irme a mi casa, enterrarme en mi piso de Manhattan y dormir durante catorce horas, pero jamás había faltado a una de esas convenciones. Estar allí era una cuestión de responsabilidad con mis empleados, era el CEO.

Aquel evento siempre se había hecho en Los Hamptons. Hacíamos un día de actividades, comida, tiempo libre para que la gente fuera a la playa por la tarde o a descansar y, al caer la noche, una cena muy informal. Los empleados se liberaban de la presión y conseguía conectar a gente de distintos departamentos que no solía compartir trabajo en su día a día.

El día estaba por terminar y prácticamente ya podíamos confirmar que había sido todo un éxito. Estábamos ya en las copas y baile tras la cena.

Se notaba que la gente tenía ganas de relajarse y que estábamos en la playa. Todo el mundo llevaba un atuendo veraniego, ropa cómoda y playera. Más de uno estaba ya directamente en chanclas. Hacía calor para estar en junio y yo

mismo había optado por una camisa blanca de lino con unas bermudas caqui.

Por la mañana habíamos tenido un paseo en un yate, después habíamos disfrutado de una cata de vinos y seguidamente habíamos comido. Durante la tarde había habido tiempo libre. La gran mayoría lo había pasado en la playa. Era el plan favorito. En mi caso, lo había empleado en descansar en mi propia casa, que se ubicaba a un kilómetro y pico de donde estábamos ahora mismo. Nos habíamos reencontrado para cenar hacía ya un par de horas. Se había tratado de una cena informal tipo cóctel. Sin asientos fijos. En la que la gente estaba más preocupada por disfrutar y beber vino que por comer. El salón estaba abierto con varias puertas de cristal dobles que daban a la playa y, al estar todas abiertas, la sensación era muy relajada e invitaba a continuar la fiesta directamente sobre la arena.

El vino había dado lugar a las copas y el ambiente era festivo.

Di un trago a mi copa. Era la segunda. Mi intención no era beber, pero necesitaba algo anestesiante para soportar el cansancio y para mantenerme lejos de ella.

Miré a Elizabeth justo en la otra punta del salón. Donde estaban las puertas de cristal que se abrían a la playa. Supuse que ella, Zac, Sebastián y unos compañeros de Contabilidad con los que habían hecho piña todo el día habían pasado la tarde en la playa y habían venido directamente a la cena. Elizabeth tenía su cabello rubio recogido en una trenza informal que caía por su hombro derecho. Vestía una camisa color crudo bastante transparente que insinuaba un bikini de cortina negro, y un pantalón vaquero corto. Le había cogido algo el sol en la piel y se reía mientras hablaba con Zac y giraba una sombrilla de papel de su cóctel. Sentí deseos de enredar aquella trenza en mi mano para tirar de ella ligeramente y lamer su cuello. Eché aquel pensamiento a patadas de mi cabeza.

—Está siendo un éxito, ¿no crees? —preguntó Susan satisfecha.

—Sí, desde luego, como siempre —repliqué bebiendo un trago.

—Me alegro de que hayas venido. Es un esfuerzo tras el trasiego de las últimas dos semanas, pero la gente agradece que estés aquí.

—No podía no venir. Además, el trasiego de mis viajes parece que se ha convertido en norma últimamente.

—Lo sé. Estos últimos meses no paras: Dubái, México, Alemania, Bruselas, Texas…

—Te dejas algunos.

—No había terminado.

Sonreí leventemente. Me sentía cansado, a pesar de que estaba aguantando bastante bien.

—Suelo viajar mucho —comenté quitándole importancia.

—Sí, pero últimamente ha sido demasiado, Álvaro.

Me encogí de hombros.

—Gajes del oficio.

—¿Es lo que le toca al CEO? —preguntó mi mano derecha con cierto retintín. Sabía lo que opinaba: tenía que delegar.

Miré a Susan.

—Sí, supongo que sí. Ya lo sabes.

—Pero también tiene que haber otras cosas, Álvaro —comentó dirigiendo su mirada a Elizabeth—. No todo puede ser trabajo.

—Es posible que tengas razón —concedí—. No todo puede ser trabajo.

—Bueno, quizás podamos desquitarnos en Francia. Tener algún día libre —dejó caer.

Observé a Susan. Había roto hacía un año con la pareja con la que llevaba años y estaba sola. No le interesaba la maternidad y nunca me había hablado abiertamente de su ruptura. Nada verdaderamente íntimo. Trabajaba muchísimo, tanto como yo, a pesar de sus recriminaciones. Quizás tuviera ganas de tener un respiro.

La próxima semana viajaríamos a Francia por el tema de los castillos de Candela. Había efectuado varias adquisiciones y el desembolso había sido considerable. El patrimonio invertido en unos activos con salida tan complicada era un movimiento arriesgado. Ella era el CEO de la sucursal de París, pero el *holding* era de los tres. De ella, de Beca y mío. No me sentía cómodo con aquellos movimientos, no era algo que encajara con el proceder habitual de Candela. Me sentía responsable de frenar aquellas compras.

—No sé si tendremos tiempo para tomarnos una noche libre. Vamos a tener una agenda muy ocupada.

—Bueno, cualquier agenda ocupada no emplea más de doce horas diarias —replicó con una sonrisa—. Creo que sí tendré esa noche libre. Seguro que Elizabeth quiere disfrutar de París conmigo.

—No sé.

Procuré no mirar a Elizabeth. La idea de que viniera a Francia había sido exclusivamente de Sebastián. Según él, si íbamos a vender castillos habría que hacerlo bien y tenía planeado toda una serie de publicaciones y plan de *marketing* enfocado a convertir las compras de Candela en una oportunidad y un escaparate. Publicidad e imagen. Según él, los castillos eran una imagen increíble.

—Relájate, Álvaro.

Miré a Susan y traté de esbozar una sonrisa mientras la gente bailaba y reía.

—No sé si ya sé relajarme.

—Esa respuesta lo dice todo.

Seguí hablando con Susan hasta que me terminé la copa. Después se acercó a saludarnos una compañera que trabajaba en otra planta. Así que, cuando ellas se pusieron a hablar amigablemente, aproveché para salir al exterior.

Había algunas personas por la playa en pequeños grupos. La gente había trasladado el ambiente festivo a la playa y la imagen era distendida. Era un lugar ideal para disfrutar de una noche de junio.

Caminé acercándome hasta la orilla y dejando atrás la fiesta. El mar iba y venía trayendo las olas que empapaban la arena, dejándola oscura. Me sentí en paz, cosa que no me ocurría en mucho tiempo.

Paseé durante unos minutos hasta que la música quedó atrás. La fiesta y el jolgorio seguían, pero, donde yo estaba, el rumor del mar ganaba espacio a la noche.

Decidí sentarme en la arena entre la serenidad de las estrellas y el mar. Estaba cerca de mi casa, así que la fiesta se había quedado un poco alejada. Me senté y simplemente observé el mar: escuché las olas en la oscuridad, viniendo hacia la orilla. El sonido era muy relajante. Me resultaba extraño estar así. Cuando paraba me costaba

desconectar, esa era la realidad. Estaba siempre trabajando a un nivel tan elevado que no conseguía bajar el ritmo y simplemente descansar.

—¿Huyes de tu propia fiesta? —me sorprendió la voz de Elizabeth.

Me giré y me la encontré a un par de metros. Era ella: la chica Harrington. En una mano llevaba el calzado y en la otra, una botella de champán.

—Yo no lo diría así exactamente —respondí.

—¿No? —preguntó—. ¿Y cómo lo dirías?

—Simplemente he venido a sentarme un rato y observar el mar.

Elizabeth esbozó una sonrisa. Los mechones de cabellos que habían escapado de su trenza se cruzaron en su rostro.

—¿Puedo observarlo contigo?

—Claro —contesté.

Caminó rodeándome hasta que se sentó a mi izquierda. Observó a lo lejos la zona del restaurante con la fiesta.

—Estamos a una buena distancia.

—Un kilómetro aproximadamente. Algo más.

—¿Cómo lo sabes con tanta exactitud? ¿Conoces bien la zona?

—Sí, bastante bien. Mi casa es esa de ahí —comenté señalando hacia atrás a uno de los accesos cercanos.

Elizabeth echó un vistazo en la dirección en la que yo estaba señalando y volvió a mirarme.

—¡Vaya! Así que es eso, has decidido abandonarnos para venirte a tu casa y no tener que charlar con tus empleados.

—Es posible.

Elizabeth asintió con la sonrisa sostenida entre los labios y dirigió su mirada al mar. Había dejado el calzado a un lado, pero todavía sostenía la botella en sus manos.

—Había salido con esta botella para bebérmela con Zac y Sebastián, pero cuando llegué a la arena había tantos grupos de personas que no los encontré. —Hizo una pausa para que sus ojos regresaran a mí—. Sin embargo, observé una figura a lo lejos, con una camisa blanca. Como un destello en la distancia. La imagen no era nítida del todo, estaba en movimiento. Parecía un faro… Eras tú.

—¿Yo?

—Sí, esa imagen era tu camisa llamándome.

Noté que estaba algo bebida. La verdad es que yo también había bebido un par de copas, no sabía si pasaría la prueba en una parada de control de alcoholemia. Elizabeth Harrington desde luego no lo haría.

—Así que mi camisa te estaba llamando.

Asintió.

—Tu camisa era el faro. Entre el rumor de las olas sentía una llamada: «¡Elizabeth, ven!» —expuso—. Y pensé: ¿quién es? ¿Quién podría apartarse, triste y solo, cuando la fiesta está en pleno apogeo? —Me miró y me pregunté si estaba tirándome el anzuelo. Observé sus labios, lo peor es que estaba deseando picar—. He seguido la llamada y me he traído la botella que iba a compartir con Zac y Sebastián… Y mira: aquí estás. Menos mal que eres tú y no un posible asesino descuartizador.

Alargó la botella hasta mí.

Observé su brazo con la camisa remangada. Era de una complexión fina.

—Bueno, creo que soy mejor compañía que un descuartizador, pero te has arriesgado. Este es un buen escenario para Dexter.

Levantó la ceja, pero no retiró la ofrenda. Cogí la botella y bebí.

—Si apareciera, trataría de dialogar con él. Siempre he tenido un buen discurso y, además… Dexter siempre acababa con los malos. Yo soy objetivamente buena.

Ensanchó su sonrisa. Me sentí febril y toda mi contención se cristalizaba a punto de romperse en mil pedazos, solo con un gesto tan sencillo... Quería comerme aquella sonrisa. No debía tener esos pensamientos caníbales con ella, pero eran imposibles de obviar. Especialmente, cuando ella estaba cerca. Podía obviarla cuando estaba a distancia, pero no cuando la tenía a escasos centímetros.

Le devolví la botella. La cogió y bebió. El champán estaba frío y era refrescante.

—Me sorprende que conozcas la serie. Eras muy pequeña…

—Perdona, abuelo —se rio y dio un nuevo trago—. Siempre me olvido de que a tu lado soy una niña.

—Una niña no…

Me miró sosteniendo aquello en el aire que yo había dejado flotando.

—No, ¿pero?

—Pero sí eres mucho más joven que yo.

—Vaya… Realmente tienes que empezar a hacerte retoques estéticos. Alguno que otro ya va haciéndote falta.

Se notaba que Elizabeth llevaba alcohol en sangre. Ya me había demostrado que, a pesar de su timidez inicial, era muy capaz de romper con ella, pero ese coqueteo más abierto no era habitual en ella… Habíamos estado acercándonos y alejándonos desde el principio. Sentía deseos de alargar la mano hasta tocarla y acercarla a mí.

—Bueno, no me has contestado.

—¿Cuál era la pregunta? —traté de ubicarme.

—¿Quién podría apartarse triste y solo cuando la fiesta está en pleno esplendor?

—No suelo quedarme demasiado en estos eventos. Es trabajo —aclaré—. Especialmente, para mí. La gente no tiene ganas de soltarse delante del CEO.

—Eso lo estás presuponiendo —comentó devolviéndome la botella.

—En todo caso, no estoy triste y solo. Solo solo.

—Solo, como el titán Atlas —murmuró y sus labios me parecieron brillantes bajo la luz de la luna.

Bebí un largo sorbo y volví a entregarle la botella.

Elizabeth bebió a su vez sin dejar de mirarme.

—Deja un poco tu carga —añadió—. O compártela conmigo… Yo podría ayudarte a llevarla, soy mucho más fuerte de lo que parezco.

Miré al mar.

—No sé si podría dejarla y desde luego no estoy acostumbrado a compartirla.

Elizabeth sonrió con cierta nostalgia y también volvió la mirada a aquellas aguas oscuras. Estaba claro que el alcohol envalentonaba sus acciones. Normalmente era más prudente, aunque me había

demostrado en más de una ocasión que podía mostrar gallardía cuando era necesario.

—Por supuesto que no —comentó como si ella me conociera perfectamente en aquellos meses.

Volvió a beber. Una, dos veces.

Pensé que no deberíamos estar tan alejados del grupo. Eché un vistazo hacia la zona de la fiesta. El bullicio festivo apenas era un murmullo. La distancia era considerable como para distinguir a una sola de las personas que se distribuían por la playa a lo lejos.

—No es que no quiera hacerlo. Es… simplemente así —añadí como si necesitara justificar mi respuesta—. Llevo tantos años en esta dinámica que me he acostumbrado.

Elizabeth me ofreció la botella una vez más, casi nos la habíamos terminado. Me pregunté qué estábamos haciendo y si aquello era una excusa para algo más… Las manos empezaban a picarme de las ganas de tocarla.

—Yo también me he acostumbrado… A nuestros encuentros y a que desaparezcas mientras me quedo pensando.

—¿Pensando?

—Sí, pensando en qué es esto que nos mantiene atados.

La miré: sus labios entreabiertos, la oscuridad con las estrellas cerniéndose sobre nuestras cabezas.

No dije nada.

—Cuando te conocí todavía me sentía rota y apareciste de la nada para caerte justo encima de mí. Fue como un golpe de realidad.

—Un golpe de realidad —repetí como un autómata.

Elizabeth se puso de rodillas sentándose sobre sus talones.

—Sí, como si necesitara algo que me hiciera despertar. Que me hiciera ver que aquel dolor no era tan profundo. No era tan real, no como esto —dijo llevándose la mano al pecho, al lugar donde estaba su corazón.

No podía dar crédito a lo que estaba diciendo. La veía allí, abriendo su pecho para que yo pudiera asomarme y ver lo que había dentro, sin subterfugios.

—Elizabeth…

—Estuve enamorada de Brandon, pero ahora comprendo que no era un amor profundo. No era una necesidad carnal. Era más un acuerdo acompasado… Me dolió por el engaño, la ruptura del compromiso, la decepción. Comprometerme, casarme, formar una familia era lo que siempre había anhelado… —Sonrió con un punto de tristeza en los ojos—. Quería lo que siempre han tenido mis padres. El *pack* completo: el matrimonio, el hogar y los hijos.

Miró su anillo.

No dije nada.

—Por eso no he podido quitármelo, a pesar de esto que tengo en el pecho.

Decía tanto que resultaba abrumador. Se quitó el anillo y lo sostuvo en la palma de su mano.

Elizabeth se levantó y se acercó a la orilla.

Dejé la botella y me levanté con una extraña sensación de protección.

Caminó un par de pasos hasta que metió los pies en el agua.

—Espera, Elizabeth.

—No, déjame hacerlo.

El agua le llegaba por los gemelos. Miró a aquel océano oscuro y lanzó el anillo.

Acto seguido me miró.

—Tenía que habérmelo quitado en Alabama, pero supongo que tenía que hacer una transición. Entender qué era lo que tanto me había dolido. No era tanto por perderlo a él, era el desengaño. Perder la vida que íbamos a compartir. Un sueño roto. —Hizo una pausa sin dejar de mirarme de aquella forma devastadora—. Creo que, en realidad, Brandon y yo no nos conocíamos de verdad.

Volvió su mirada hacia el agua, a donde había lanzado el anillo.

—Quizás alguien lo encuentre en la playa —comenté para quitarle hierro.

Elizabeth rompió a reír.

—Me gustaría. Que el final de mi historia fuera el principio de otra. Pero de una que tenga una base sólida, unas raíces reales.

Me miró con cierto aire enigmático.

—No tengo ni idea de nada de eso —me escuché decir.

—¿No lo viviste con ninguna de tus novias? —preguntó adentrándose un par de pasos más en el agua.

—No he tenido novias… Elizabeth, no te metas en el agua. Está oscuro, has bebido, es una idea terrible.

Dio un par de pasos más ya con el agua por encima de las rodillas.

Se dio la vuelta y me miró.

—¿No has tenido novias?

—No, novias no —repliqué entre el murmullo del agua en la que me estaba metiendo detrás de ella.

—¿Parejas?

Sus ojos oscilaron.

Negué con la cabeza. El agua nos rodeaba y el alcohol hacía mella en nuestros cuerpos. Deseé alargar una mano y cogerla para acercarla a mí.

—¿Ligues?

—No tengo ligues.

Caminó de espaldas y el agua ya le llegaba por los muslos.

—¿Has llevado una vida de monje? —preguntó con guasa.

—No precisamente. ¿Podemos seguir hablando en la orilla?

Elizabeth me miraba. Caminé detrás de ella, el agua ya me alcanzaba las rodillas.

—Pero… te habrás enamorado.

No dije nada.

—Tienes que haberte enamorado —insistió.

—No hacemos nada metiéndonos en el agua. Los dos hemos bebido… No es una buena idea.

Elizabeth dio un nuevo paso hacia atrás.

—Ven —la llamé alargando una mano hacia ella.

—De eso nada —replicó caminando un poco más.

El agua le llegaba por la cintura.

—Por favor, Elizabeth…

Una sonrisa asomó a sus labios.

Se metió más en el agua y no pude evitar meterme detrás, a pesar de que mi iPhone estaba en mi bolsillo derecho. El agua a Elizabeth ya le llegaba al pecho.

—No. Me gusta, resulta refrescante.

Caminé detrás de ella, entre el agua oscura.

Elizabeth tenía ya el agua por los hombros.

Me adelanté y por fin cogí una de sus manos con la mía. Atrayéndola hacia mí.

—Esto que estás haciendo es una estupidez —declaré entre el murmullo del agua.

El cuerpo de Elizabeth golpeó el mío en el agua y yo lo aferré de forma instintiva.

—¿Tú crees? —murmuró con la mirada vidriosa.

—Desde luego —repliqué con mi mano en su espalda.

Elizabeth flotó brevemente y su cuerpo subió un poco. Su cara estaba a escasos centímetros de la mía.

—Es una soberana tontería —añadí.

Estaba empapada. Su cuerpo se chocaba con el mío con el breve oleaje.

—¿Por qué habría de tener miedo? —preguntó en un murmullo —. Está aquí mi caballero de brillante armadura.

—Yo no soy nada de eso —repliqué observando las gotas saladas sobre sus labios.

—No… Eres un caballero oscuro, pero eso no te quita un ápice de brillo.

Deslicé mi mano por su cuello.

Elizabeth se zafó de mi caricia, metiéndose un poco más mar adentro, dispuesta a provocarme.

—Elizabeth —murmuré hipnotizado, como si ella fuera una sirena y yo estuviera a punto de hundirme, de morir ahogado por ella. Incapaz de obviar su canto.

—*Mi* caballero oscuro…

Volví a cogerla. Nuestro cuerpo hizo contacto en varios puntos. El agua le llegaba al cuello. Ella era un poco más baja que yo y, por lo tanto, mi posición era de superioridad. Mis labios siguieron los suyos, sin llegar a tocarla.

—Esto es una locura… —declaré.

Alargué mi mano por detrás del cuello de Elizabeth.

Ella se echó hacia atrás justo cuando mis labios alcanzaron los suyos.

Justo en ese momento la besé.

Elizabeth me abrazó, rodeándome con ambos brazos el cuello, y en el momento en que nuestros labios se encontraron nos hundimos en el agua. Mi boca encima de la suya, mientras sus brazos se aferraban a mí, sumergidos por completo en el agua.

Un beso debajo del agua. Nuestro primer beso.

Estuvimos con la cabeza debajo del agua apenas unos segundos y en todo ese tiempo Elizabeth no me soltó ni un solo instante. En ese momento debí comprender el alcance de su fuerza, pero todavía no tenía ni idea.

Emergimos cuando tiré de ella hacia arriba. Salimos a flote y cogimos aire sin dejar de mirarnos con las bocas a un par de centímetros.

La cogí a horcajadas y Elizabeth rodeó mi cintura con sus piernas.

—Esto va a ser un gran error —afirmé sobre sus labios.

Elizabeth estaba tratando de tomar aire, completamente empapada y abrazada a mi cuerpo.

—No lo es —aseguró.

No la dejé decir ni una palabra más. Mientras con el brazo izquierdo la sostenía contra mí, con mi mano derecha sujeté su cuello para volver a besarla. Con hambre. Con verdadera hambre por primera vez en mi vida. Elizabeth sabía a sal, a las olas del mar que se golpeaban contra nuestros cuerpos. Que no nos dejaban y rugían, como mi pecho. Mientras, mi lengua se hundía en la suya y mis dientes la reclamaban como propia. Quería deshacerla, centímetro a centímetro. Había imaginado cómo sería besarla, pero no sabía que sería de una manera tan rocambolesca con sabor a sal.

No sé ni cómo salimos del agua, pero sé que acabamos en la puerta de mi casa. Recuerdo como Elizabeth estaba completamente empapada contra la pared de la entrada de mi casa en Los Hamptons.

La besé sin descanso volcando el peso de mi cuerpo sobre el suyo. Clavando una de mis piernas entre las suyas, mientras ella

jadeaba contra mis labios.

Estábamos enfermos y febriles. Ciegos y sordos a qué pasaría mañana. Con la excusa de la botella que nos habíamos bebido.

—Espera, déjame abrir.

Saqué la llave que había dejado encima del marco de una ventana y entramos en la oscuridad de mi apartamento.

Dejamos en la entrada el calzado sin dejar de besarnos. Sentía las manos de Elizabeth sujetándome la cara, subiendo por mi cuello, tirando de mí. Sé que me saqué mi iPhone y lo apoyé en algún mueble de camino a la habitación.

Mis manos se enredaban con las de Elizabeth para desabrochar los botones de mi camisa, que se cayó sobre el suelo de mi habitación en medio de la penumbra. La luz de una inmensa luna se colaba por las ventanas.

Elizabeth se detuvo un momento a mirarme. Levantó una mano para acariciar mi pecho.

—Eres tan perfecto. Pareces irreal y, sin embargo, estás aquí…

Los dos estábamos bebidos. Me sentí vulnerable, yo que jamás me había sentido así. Allí, enfrente de ella, en medio de la noche, con la escasa luz que entraba a través de la ventana y sus dedos acariciándome sutilmente el pecho. Era una caricia lenta, sensual, y yo me sentía a punto de saltar sobre ella.

Cogí su mano y besé la palma. Incapaz de contenerme, tiré de su cuerpo hacia mí. La besé. Reclamé su boca. Estábamos empapados. Caminé guiando su cuerpo hasta que caímos sobre la cama. Había un cobertor blanco. No pensé ni un segundo en que lo empaparíamos. No podía pensar. Deseaba tanto a Elizabeth que me dolía el cuerpo entero. Quería tenerla. Ver como se encorvaba cuando entrara dentro de ella. Hacerla gemir, gritar, suplicar… Toda mi cabeza estaba llena de pensamientos que se hundían en su cuerpo, en las capas que había entre lo que éramos y lo que deseábamos. No quería escuchar aquello que gritaba desde el fondo de mi cabeza: ella era demasiado buena para mí. Me sentía haciendo equilibrios sobre un cable a decenas de metros de altura.

La besé, con mi cuerpo encima del suyo. Por fin, la tenía debajo de mí, sobre la cama. Su camisa estaba empapada y apenas

mantenía ya un par de botones cerrados. Los abrí sin dejar de besarla y después deslicé mi mano por su estómago. Elizabeth gimió mientras llevé mi mano hasta su pecho y lo sujeté. Rompí el beso en ese momento en el que apretaba su pecho por encima de la tela de su bikini negro. Elizabeth jadeó contra mis labios mientras su pezón se erizaba contra mi mano.

—¿Te gusta?

Necesitaba escucharla.

—Sí —jadeó y volví a acariciarla. Pasando mis nudillos sobre el pezón erecto.

Ella se retorció y yo quería volverla loca.

Lamí su cuello que sabía a ella, a sal y a mar. Deseé arrancarle toda la ropa, pero por otro lado necesitaba recrearme, verla perder el control.

Ignoré la pequeña cruz de oro que solía llevar y todo lo que representaba. A pesar de que estaba allí, sobre su piel. Me incorporé ligeramente para ver su mirada cargada de deseo mientras seguía acariciando su pecho. Me pasé al otro y la sometí a la misma tortura. Elizabeth me clavaba las uñas en los brazos.

Tiré de la tela y abrí la cortina del bikini en ambos pechos dejándola semidesnuda. La escudriñé con la mirada. Elizabeth jadeaba bajo mi mirada y mis caricias. Mientras mi pierna se clavaba entre las suyas y yo estaba completamente duro contra su cadera.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —declaré.

Esa fue la primera vez que le dije algo así a una mujer, y fue a ella, a la chica Harrington.

Me miró con los ojos vidriosos por el alcohol y el deseo, pero no la dejé decir nada en respuesta. Devoré su boca mientras mi mano apretaba su pecho. Caí como un lobo encima de ella. Deslicé mi lengua por su cuello hasta sus pechos, con las cortinas abiertas del bikini. Lamí y besé su piel, sus pechos, empachándome mientras ella se retorcía debajo de mí. Seguí bajando hasta el ombligo y hundí mi lengua en él. Acto seguido, deslicé mi mano entre sus piernas, encima del pantalón corto vaquero, y la acaricié.

En ese momento Elizabeth echó la cabeza hacia atrás en la almohada y exhaló fuerte mientras yo movía mi mano adelante y

atrás, apretándola lo justo, buscando darle el máximo placer. Si algo sabía hacer era cómo tocar a una mujer. Me senté sobre mis rodillas para desabrochar su pantalón y quitárselo. Llevaba unas braguitas negras del bikini. Deseé quitárselas. Dejarla solo con la camisa empapada abierta que se pegaba a su piel y la parte de arriba con el bikini negro abierto. Con aquel cordón que iba de uno de sus pechos al otro.

Deseé quitárselas y abrirle las piernas, mirar directamente y lamerla mientras la sujetaba con fuerza, para que no se pudiera mover. Pero una parte de mí quería echar freno a todo eso que rugía dentro de mí. No quería llevarlo todo al límite tan rápido. Así que la dejé con la parte de abajo del bikini puesto, empapado contra su piel. Bajé entre sus piernas y besé su muslo derecho con lentitud, escuché como gemía mientras le abría las piernas para deslizar mi lengua por su muslo hacia su entrepierna. Toda ella olía a mar, sabía a sal y a su piel. Al sabor de Elizabeth que yo había necesitado todo ese tiempo. Bajé hasta el vértice en el que se unen sus piernas y la lamí directamente sobre la tela. Después mordí ligeramente justo en su punto más sensible. Elevé la mirada para buscar sus ojos, pero Elizabeth se había puesto un brazo sobre los ojos mientras jadeaba. El pudor, la vergüenza, la excitación eran demasiado para ella, pero yo todavía no alcanzaba a saber hasta qué punto. La acaricié moviendo mis dedos sobre la tela. Hundiéndome apenas nada.

Ella se movió, jadeó y yo volví a morderla suavemente, a deslizar mi lengua, porque podía contenerme, pero, aun así, necesitaba deshacerla, centímetro a centímetro.

Subí hasta su ombligo nuevamente y lo besé mientras con mi mano la estimulaba por encima del bikini, que estaba empapado, del mar y de su excitación.

Volví a subir hasta su cara porque necesitaba mirarla a los ojos, pero ella seguía con el brazo derecho encima del rostro.

—Mírame —dije con voz gutural.

Elizabeth apartó el brazo mientras yo seguía tocándola sobre la tela en aquel punto tan sensible. En su punto más sensible. Me miró excitada, entregada, algo asustada… Tan vulnerable. Jamás una mujer se me había mostrado así.

—No quiero que dejes de mirarme —dije con la voz cargada.

Estaba duro, pegado a su muslo. Me dolía todo el cuerpo por el esfuerzo de contenerme y no deshacerme ya de las prendas que había entre nosotros y así poder penetrarla profundamente.

Elizabeth subió una mano para acariciarme con delicadeza la mejilla y los labios. Besé sus dedos y volví a bajar los labios hasta su boca para besarla.

—Quiero ver como te deshaces en mis manos —confesé sobre sus labios cuando comencé a deslizar los dedos debajo de la tela mojada de su bikini.

Como si hubiera activado el resorte equivocado, Elizabeth me sujetó el brazo con fuerza.

—Álvaro —murmuró.

—¿Qué ocurre?

—Nada… Yo…

Observé como se avergonzaba. Quería decir algo, pero no sabía cómo hacerlo. Pensé que se había arrepentido. Que el alcohol había actuado por nosotros y ahora ella se asustaba de que las cosas hubieran llegado tan lejos.

—Soy virgen —declaró de repente.

El mundo explotó.

Me detuve del todo.

Ambos estábamos muy bebidos, pero no hacía falta mucha lucidez para entender perfectamente qué era lo que había dicho Elizabeth.

Retiré mi mano, sacándola de debajo de la tela, y la apoyé en su cintura para no parecer tan brusco. Para no apartarme de golpe.

—No me sueltes —murmuró como si le doliera.

—Pero… No entiendo.

Buscaba una explicación. Era una mujer preciosa, inteligente, adulta… Había tenido novio. No solo eso: había estado prometida… ¿Cómo era posible?

—¿Por qué? —preguntó mi boca por mí.

Elizabeth me acarició el brazo.

—Porque quería esperar —declaró sin dobleces—. Sé que es una idea antigua, pero quería esperar al matrimonio. A estar casada,

a que significara algo.

Frase tras frase Elizabeth me fue destrozando. ¿Todavía había chicas así…? ¿Esperar a estar casada? ¿A que significara algo?

Me retiré ligeramente. Sentándome en la cama.

—No te apartes —me pidió sentándose también.

—No quiero apartarme.

La luz de la luna entraba ofreciendo sombras sobre la cama.

Elizabeth estaba a mi lado, pero de repente estábamos a kilómetros de distancia.

—No quiero que te detengas, pero tenía que decírtelo.

Moví la cabeza negando. No porque quisiera detenerme; simplemente, porque necesitaba despejarme, pensar.

Ella era virgen. Un nuevo impedimento. Todo me decía que no la tocara… Era más joven que yo. La barrera generacional era de doce años nada menos. Era mi empleada, por lo que yo ejercía un papel de superioridad sobre ella. Había huido de Alabama por una ruptura con su prometido y necesitaba reconstruir su mundo, no liarse con su jefe. Era la hija de Thomas Harrington, inversionista de mi empresa y quien me había confiado a su hija porque creía que trabajando para mí estaría a salvo. Todo eso ya eran muchas cosas… Y ahora esto: era virgen. Eso constituía una barrera insalvable. No había estado con ningún hombre por decisión propia, por pura convicción, porque quería esperar al matrimonio.

La conclusión estaba clara: ella no era para mí. ¿Qué estábamos haciendo?

—Álvaro, por favor…

La miré: empapada, con la ropa a medio quitar. Me dolió el cuerpo entero. Me dolía la entrepierna como si me hubieran atado a un instrumento de tortura.

Tiró de mí e hizo que la mirara a los ojos.

—No quiero que pares —confesó.

—Eso no tiene sentido. Lo dices porque hemos bebido y nos hemos dejado llevar. No estás pensando de forma racional.

Elizabeth apoyó su frente en la mía mientras permanecía pegada a mí.

—Lo digo porque quiero estar contigo. No lo he deseado con nadie antes, no con esta fuerza. No así…

Elizabeth me buscó con la mirada. Sus manos buscaron mi cuello.

—No así, ¿no lo entiendes?

No lo podía entender. O no lo quería entender.

—Elizabeth…

Se subió a horcajadas sobre mí.

Mi pantalón estaba empapado. Ella estaba empapada y yo no podría seguir pensando con claridad, no con ella encima de mí.

—No me dejes así —susurró encima de mi boca justo antes de besarme.

Elizabeth me besó y todos mis reparos saltaron por los aires. La aferré fuerte por las caderas para aproximarla a mí, para que nuestros cuerpos hicieran contacto y sintiera lo duro que estaba por ella.

Elizabeth jadeó mientras se frotaba contra mi dureza. Enredé mis manos en sus cabellos. La trenza se había deshecho hacía tiempo. Necesitaba besarla, devorarla, dejarla sin aliento... Comérmela entera, cada pedazo de piel llena de sal, cada uno de sus pensamientos. Hacerla jadear. Giré hasta tenerla otra vez debajo de mí y tomar nuevamente el control.

Tiré de su camisa empapada hasta quitársela y después tiré del bikini hasta que los nudos cedieron y los deshice. La prenda cayó fuera de la cama.

Elizabeth me miró respirando deprisa, con los labios hinchados. La hice girar encima de la cama, hacia el lado derecho. Buscando una zona donde las sábanas no estuvieran tan mojadas.

Elizabeth me acarició el pecho.

Aparté su cabello para poder ver su piel blanca irreal sobre las sábanas de mi cama. Era tan hermosa. Había estado con muchas mujeres. Muchas de ellas seguramente más impresionantes que Elizabeth… Pero, de alguna manera, ella lo era más. Era una belleza que me dolía al mirar. Casi como observar algo que sabía, en el fondo de mi cabeza, que no era para mí. Sin embargo, el lobo que se escondía en mi corazón ansiaba ser digno de sus caricias.

Bajé los labios para hundirme en su boca y no pensar más. No volver a pensar. Solo quería perderme en su piel y en aquella noche llena de sal y de mar.

Anclé una pierna entre las suyas, presionando en su punto más sensible, y ella gimió por la fricción.

Deslicé mi mano entre sus pechos hasta su ombligo y seguí bajando. Esta vez no me frené. Colé la mano por debajo de la tela y dejé de besarla un momento, para ver su rostro cuando la tocara.

Gimió.

—Álvaro…

La acaricié con delicadeza. Con más delicadeza de la que solía tener. Ella gimió sobre mis labios mientras yo acariciaba su humedad, su carne, mientras deshacía todo lo que ella había sido. No tuve piedad y la acaricié. Necesitaba verla romperse. Quería hundir mis dedos en ella. Follarla sin ningún tipo de compasión con mi mano, robarle aquello que había guardado tanto tiempo y después penetrarla profundamente. Pero algo en mi cabeza, un ruido primitivo, me impedía tomar aquello que estaba al alcance de mi mano. La tenía, ella era mía, pero sin tomarla. Elizabeth estaba en mis manos rendida a mí… y yo la acaricié y la acaricié, deleitándome en lo mojada que estaba… En lo que yo había conseguido, deshacerla así, con caricias superficiales, sin llegar a penetrarla.

—¿Nadie te ha tocado así? —susurré en su oído.

—No —gimió echando la cabeza hacia atrás—. No, nunca…

¿Por qué? ¿Por qué? La cabeza se me llenaba de fuego, de piedras y de mar. La necesitaba. No me importaba lo que ella había esperado. Pero, sin embargo, a pesar de todos aquellos pensamientos, solo la acaricié tocando todo su sexo, de arriba abajo, recreándome, midiendo cada contacto… Pero sin llegar a penetrarla.

—¡Álvaro! —gimió mientras yo seguía.

Seguí y seguí en su punto más delicado, hasta que no pudo más. Hasta que la destrocé en cien mil pedazos, hasta que se rompió y cerró las piernas sobre mi mano. Me sentí enfermo, endurecido contra su muslo, sin poder tenerla.

Bajé la cabeza hasta su cuello y la mordí en el hombro, mientras ella temblaba. Supongo que de algún modo quería quedarme con un pedazo de ella. Quería hacerle tantas tantas cosas. Todas oscuras y densas… Pero retiré la mano, me obligué a dejar de tocarla y me quedé a su lado, dolorido y ardiendo.

Elizabeth me miró.

Besé la punta de su nariz. Algo que incluso a mí me sorprendió. Yo no solía tener ese tipo de gestos.

Elizabeth levantó la mano y me acarició el rostro.

Besé la palma.

—¿No vamos a seguir? —preguntó algo desconcertada.

—No —murmuré—. Es mejor así. Es muy tarde y estamos bebidos.

—Pero…

Bajé los labios y la besé.

—Mejor vamos a dormir —declaré haciendo acopio de toda la voluntad de la que fui capaz.

Tiré del cuerpo de Elizabeth hasta la zona más seca de la cama. Me levanté y fui a por una camiseta mía ancha y un bóxer.

Elizabeth se sentó y la ayudé a ponerse la camiseta. Se sacó el cabello, que ya estaba parcialmente seco, por fuera y se volvió a tumbar sin dejar de mirarme.

—No era esto en lo que estaba pensando.

—Ya, pero es mejor así —repliqué.

Me senté y puse las manos sobre sus caderas, metiéndolas por debajo de la camiseta. Enganché las tiras del bikini mojado y tiré de él hasta sacárselo. Ella facilitó la maniobra. Acto seguido le puse el bóxer, evitando ver demasiado, todavía estaba dolorido.

Subí la sábana y la tapé. Era la primera vez en mi vida que arropaba a una mujer.

—¿Y ya está? —murmuró.

Había dejado la sábana por su pecho. Pensé en subírsela hasta el cuello.

Me agaché a su lado en la cama.

Le acaricié el rostro.

—Ya está —afirmé y le di un pico suave—. Duerme, yo voy a ducharme.

La dejé en mi habitación y me metí en el cuarto de baño. Encendí la luz, dejé los pantalones y mi ropa interior, empapada, en el suelo y me metí en la ducha. Puse el agua caliente, muy caliente. Quizás el primer pensamiento fuera el de darme una ducha fría para tratar de relajarme, pero sería incapaz de relajarme teniéndola a ella al otro lado de la puerta. En mi cama.

Puse más caliente el agua. Apoyé ambas manos sobre las baldosas y dejé que el calor se derramara por mi espalda.

No era capaz ni de pensar en todo lo que había pasado.

No podía razonar. Elizabeth lo llenaba todo y el esfuerzo que había hecho por no saltar sobre ella y arrancarle aquella camiseta había sido titánico.

Me hundí en el vapor de la ducha y desaparecí.

Capítulo 23

Probar tu olor

Beth

La luz del sol me daba en toda la cara. Abrí los ojos y parpadeé. Me costó unos segundos ubicarme. No estaba en mi habitación del apartamento que me había tocado compartir en Los Hamptons. No, estaba en la casa de Álvaro.

Ráfagas de lo que había pasado llovieron en mi cabeza. Recordé a Álvaro siguiéndome mientras me metía en el mar, sus labios encima de los míos, justo antes de hundirnos en el agua, y después aquella locura: él y yo besándonos en la puerta de su casa... Y esta vez no había sido un sueño.

Alargué una mano y toqué el otro lado de la cama. Estaba todavía húmedo. Recordé cómo habíamos caído sobre la cama. Él encima de mí, sus labios sobre mi piel, en mis pechos, entre mis muslos, lamiéndome… Me mordí un labio. Me senté en la cama y recordé a Álvaro arropándome. Al final no nos habíamos acostado. No lo habíamos hecho porque él había frenado la situación. Recordé cómo me había tocado de forma devastadora, hasta deshacerme. Era la primera vez que un hombre me acariciaba así. Nadie, jamás, me había tocado antes de él. Recordé cómo me miraba, su olor, el olor a mar y a aquel perfume masculino… Se me erizó la piel.

Si él hubiera querido…

Pero no es que no quisiera. Podía recordar cómo estaba endurecido contra mi muslo. Sí, quería. Quería, pero yo… Había esperado tanto. Había esperado con la idea de que eso significaría algo: esperar a mi noche de bodas, construir un hogar, ser especial para mi marido; ser tocada solo por él.

¿Podría haber aguantado tanto tiempo si mi prometido hubiera sido Álvaro?

En ese momento sentí que todo en lo que había creído se tambaleaba.

No había estado verdaderamente enamorada de Brandon. Sí, me había destrozado lo ocurrido y lo había querido muchísimo, lo suficiente como para comprometerme con él. Pero con él no había sentido esa necesidad, esa ausencia, como si mi propia carne se quejara cuando se alejaba.

Recordé la primera vez que las cosas llegaron lejos con Brandon. Llevábamos ya unos meses y estábamos en su apartamento. Nos besábamos en el sofá, excitados, porque nos gustábamos mucho. Aquella tarde lo habíamos pasado bien jugando a los bolos y Brandon me había llevado por primera vez a su piso.

En el momento en que deslizó su mano entre mis piernas, por encima del vaquero, me encogí.

Recordé en ráfagas cómo había reaccionado mi cuerpo cuando Álvaro me había tocado la noche anterior. No me había encogido, en modo alguno. Había deseado que siguiera tocando, que hiciera muchas más cosas. Cada pedazo de mi cuerpo se había rendido a él. No tenía nada que ver.

—Espera, Brandon. No quiero ir más allá —había dicho en aquel momento.

Brandon me había mirado extrañado.

—Perdona, pensé que querías.

—No es que no quiera.

—Vale, lo entiendo. Es demasiado pronto.

—No es que sea pronto. Yo quiero esperar…

Brandon ensanchó una sonrisa espectacular. Era la imagen de la sonrisa de un joven americano, de arriba abajo.

—Quieres esperar a que signifique algo —declaró acariciándome el brazo con ternura.

Negué.

—Quiero esperar a casarme. Quiero reservarme.

Me miró con sorpresa. Llevábamos cinco meses e íbamos en serio. Había evitado subir a su apartamento hasta entonces y él me había respetado. Sabía que era una chica conservadora.

Era tradicional.

No era excesivamente extraño para una chica joven de Alabama, pero sí que era una rareza.

Brandon asintió y en ese momento me miró diferente. Recuerdo aquello en sus ojos. Como si de repente hubiera observado que el valor de unas acciones había subido.

—Te respeto —contestó sonriéndome.

Me sentí estúpida. ¿De qué había servido todo aquello si él se había acostado con otra? Concretamente, con mi mejor amiga. ¿Con cuántas mujeres se habría acostado en estos dos años de relación? ¿Qué sentido había tenido mi reserva?

Me replanteé todo en lo que había creído con firmeza.

Recordaba las manos de Álvaro sobre mi cuerpo, sus labios en mi piel. Aquello era muy diferente… Con él no habría podido tener un noviazgo y esperar dos años. Todo aquello de lo que estaba hecha, de arriba abajo, mi cuerpo, mis manos, mis anhelos, lo reclamaba. Me habría sido imposible esperar y, sin embargo, la noche anterior no nos habíamos acostado.

Observé mi maleta cerca del sillón. Alguien la había traído. ¿Zac? ¿Sebastián?

Me levanté. Llevaba una camiseta de Álvaro y un bóxer suyo que apenas se veía, ya que la camiseta lo tapaba. Me azoré al pensar que llevaba una prenda suya tan íntima.

Me acerqué a la puerta de la habitación. Al otro lado se escuchaba la voz de Álvaro. La abrí con cuidado.

Álvaro estaba de espaldas, en la cocina. Tanto la cocina como el salón eran un espacio abierto común. Antes de llegar a la zona en la que él estaba había que atravesar el salón que nosotros habíamos cruzado la noche anterior. Él estaba de espaldas. Solo llevaba encima un pantalón Dockers. Un sol radiante entraba por la ventana a través de la cual dirigía su mirada. No pude evitar rodar la mía por los músculos de su espalda, por su cintura.

Álvaro estaba teniendo una conversación difícil.

Giró y observé su brazo, su pecho y el perfil de su rostro.

—No, Candela. No vamos a cancelar el viaje —zanjó muy serio.

Estaba otra vez discutiendo con su hermana. Hablaban del viaje que Susan, él y yo íbamos a hacer a Francia en unos días. Todavía

no sabía cómo se había organizado aquello. En un primer momento, se había barajado la idea de que Sebastián los acompañase, pero finalmente eso se había descartado, así que yo cruzaría el charco con ellos hasta Europa.

—Lo sé. No, no quiero intervenir en tus decisiones. Sé muy bien lo que significa que seas la CEO de la sucursal de París. —Sostenía el teléfono mientras los músculos de su brazo se tensaban.

Recordé ese brazo anclándome a su cuerpo.

—¡Veinte castillos, Candela! ¡Has comprado veinte castillos! Es un derroche inmenso. —Se volvió y apretó la mandíbula mientras escuchaba a su hermana—. Me da igual que tres de ellos pensaran echarlos abajo para construir casas modernas. Si no los iban a conservar, sería por algo. La gente no quiere comparar castillos destartalados.

Álvaro se giró del todo y pude ver a plena luz de la mañana su cuerpo. Su pecho era increíble. La noche anterior lo había sentido… Pero verlo, así, era otra cosa.

Sentí que una mano enorme había entrado en mi pecho, había estrujado mi corazón y me había sacudido de arriba abajo.

—No, Candela. Las cosas no son así.

Álvaro levantó la mirada y me encontró observándolo desde la puerta entornada.

Él no dijo nada, pero su mirada de azul grisáceo se oscureció. Yo estaba todavía con su camiseta. Supuse que mi aspecto no era el mejor. No me había duchado y mis cabellos seguramente habían vivido mejores tiempos.

Sin embargo, todo mi cuerpo lo reclamó. Abrí la puerta del todo y me quedé en el umbral.

—Sí, te escucho. Siempre te escucho, Candela.

Álvaro caminó hacia mí mientras sostenía el teléfono con su hermana al otro lado.

Me apoyé ligeramente en el marco de la puerta.

—Sí, Candela. Lo que quieras, pero estaremos en Francia en unos días. Cancela tú ese viaje. No te atrevas a dejarnos colgados.

Álvaro llegó hasta mí. No dijo nada, solo escuchaba a su hermana mientras sus ojos estaban clavados en mí.

—Exacto, llegaremos el miércoles por la mañana.

Álvaro estaba muy cerca. No pude evitar bajar los ojos a sus labios. En cuanto lo hice, sentí su mano en mi cintura. Solo un gesto. Un ligero apretón, pero ahí estaba. Sentí el calor extendiéndose por mi estómago.

Separó el teléfono de la oreja y lo apoyó sobre su pecho.

—Han traído tu maleta.

—La he visto —confesé—. Espero que no haya sido un escándalo.

Se encogió de hombros.

—Es posible, pero nada que no podamos manejar.

—Voy a ducharme.

Asintió.

—Estupendo. —Hizo una pausa—. Estoy hablando con mi hermana.

—Me he dado cuenta.

—No tardaré mucho.

—Bien.

Álvaro volvió a subir el auricular a su oreja y por fin me soltó. Nos quedamos mirándonos unos segundos más hasta que él rompió el contacto visual y dio un paso atrás, siguiendo la conversación con su hermana.

Me metí en el baño y me di una ducha de agua caliente.

Después salí y me sequé con una toalla blanca enorme. Busqué un secador en el armario y me sequé el cabello en unos minutos. Volví a la habitación y me puse ropa interior limpia. Busqué unos vaqueros y una camiseta en mi maleta y los saqué. Iba a vestirme cuando me fijé en la maleta de Álvaro abierta. Al lado tenía una camisa blanca colgada de una percha.

Me mordí el labio y no pude evitar acercarme a ella. Toqué la tela y la cogí. Olía a limpio. Me la puse, solo por la sensación de tener encima de mi cuerpo algo suyo.

Ojeé su maleta. No era de ese tipo de personas que se inmiscuyen, pero estaba abierta y no pude evitar fijarme en un neceser entreabierto sobre ella. De su interior asomaba un frasco de perfume, Creed Aventus. Era muy masculino, con notas de madera,

almizcle y abedul ahumado, muy exclusivo. Al olerlo fue como si Álvaro me rodeara.

No pude evitar echarme un poco. Solo quería saber cómo olía, pero, por algún motivo, terminé echando unas gotas sobre mi piel.

En ese momento entró Álvaro en la habitación y me miró, observándome en el espejo, con su camisa y su perfume en la mano.

—Si hubiera sabido que no necesitabas tu ropa, no habría pedido que trajeran tu maleta.

Por algún motivo me pareció un depredador caminando hacia mí, pero también tenía aquel aire sofisticado, inalcanzable, contenido.

—Me la quito ahora. Solo quería…

Me callé.

Álvaro llegó hasta mí.

Me di la vuelta y me apoyé en la cómoda. Con el espejo a mi espalda.

—¿Qué querías? —preguntó poniendo una mano a cada lado del mueble, encerrándome entre sus brazos, sin llegar a tocarme.

—Probar tu olor —confesé.

Algo líquido se coló entre nosotros. Sus pupilas se dilataron cuando se acercó a mi oreja.

—Yo tengo tu olor metido en mi cabeza… y, en cuanto a probar, mejor me callo.

Capítulo 24

Ese tipo de hombre

Álvaro

Me callé porque aquello no era lo que había planeado. No tocarla era lo primero. No besarla, no hacerla mía… Nada de aquello podía pasar. Menos ahora a plena luz del día, cuando ambos estábamos despejados. No lo habíamos hecho la noche anterior, cuando podíamos excusarnos en el alcohol. Me había contenido por respetar aquello que ella había cuidado tanto.

Observé la cruz de oro en su cuello. Fina, elegante. La cogí en mi mano y volví a dejarla sobre su piel. No debería hacer nada de aquello. Ni tocar su cintura cuando estaba hablando con Candela, ni tocarla ahora.

—¿Quién trajo mi maleta?

—Sebastián y Zac. Creo que prefirieron venir en comparsa, por si tenían que reducirme.

Elizabeth esbozó una sonrisa.

—¿Y qué les dijiste?

—¿Qué querías que les dijera? —pregunté buceando en sus ojos.

—No lo sé. ¿Que tuvimos una apasionada noche de amor?

—¿Amor? —murmuré y mi mano estaba en su cuello.

—Sí, para ver qué decían —comentó aderezando su dulzura con picardía.

Moví la cabeza.

—No soy un hombre que da explicaciones, Elizabeth. Pero, como la mirada de Sebastián tenía un punto de preocupación, les dije que nos habíamos despistado bebiendo en la playa y que estábamos más cerca de mi casa que de regresar a la zona de hotel. Así que te había dejado una habitación para pasar la noche.

—¿Se lo creyeron?

—Vieron mi almohada y una manta en el sofá. Eso refuerza la teoría.

Asintió.

—Sebastián lleva trabajando conmigo mucho tiempo y, aun así, me miró reprobador. Te protege como un padre.

—Es un gran tipo. Me ha ayudado mucho.

—Creo que estaría dispuesto a partirme la cara y perder su empleo si me hubiera propasado contigo.

—Solo si no hubiera sido deseado… —murmuró mientras los pezones se le marcaban bajo la tela de mi camisa entreabierta.

La solté y me separé ligeramente.

—¿Y Zac? —preguntó.

—Zac estaba furioso y celoso —declaré sin tapujos—. Me pregunto si no sería porque pensaba dormir él contigo estos días.

Elizabeth meneó la cabeza.

—Zac es un amigo —comentó quitándole importancia—. No quiere liarse conmigo.

—Qué poco sabes interpretar las señales de un hombre.

—Es un buen amigo.

—Eso no lo dudo.

—No quiere acostarse conmigo.

—Esa afirmación no puede estar más alejada de la realidad.

—¿No será que eres tú el que está celoso? —preguntó levantando la barbilla.

Me aproximé un poco más a ella. Sentí deseos de hacerla mía allí mismo.

—¿Por tu relación con Zac Smith? —pregunté esbozando una sonrisa.

Elizabeth levantó la cabeza fingiendo más fortaleza de la que tenía. El problema era que yo tampoco tenía ninguna voluntad delante de ella y no estaba seguro de a qué estábamos jugando.

—Quizás…

—No me suelo inmiscuir en las relaciones de mis empleados —repliqué tajante.

—Así que no te importaría que él y yo tuviéramos algo.

Apreté los dientes.

—No tendría nada que decir.

El olor de mi propio perfume llegó a mí.

—¿Por qué te has echado mi perfume?

—Porque quería tener tu olor en mi piel, solo un momento.

Pensé un montón de respuestas y ninguna era apropiada.

—Esto no va a pasar —declaré con voz gutural.

—¿El qué? —preguntó Elizabeth apoyando sus manos en mi pecho con muchísimo cuidado.

—No me toques así… —murmuré acercando más su cuerpo al mío.

—No puedo evitarlo —manifestó.

—Elizabeth, hay un motivo por el que paramos anoche.

—No recuerdo ninguno bueno.

Meneé la cabeza.

—Esto no va a pasar —aseguré una vez más.

Elizabeth subió sus manos a mi cuello y acercó mi cuerpo al suyo.

—Me deseas… —dijo pegándose a mí.

—Esa no es la cuestión.

—Quiero estar contigo —declaró abiertamente. Se acercó a mi oído con toda la valentía de la que fue capaz—. Quiero que me toques otra vez.

La sujeté con fuerza por las caderas y todavía no sabía si era para apartarla o acercarla a mi cuerpo. Estaba decidido a apartarla cuando sentí su olor, que en realidad era mi propio olor, pero mezclado con su piel. Incapaz de contenerme, bajé los labios a su cuello, sin llegar a tocarla.

—No me pidas eso —murmuré sobre su piel.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Mi olor en su piel me llenó las fosas nasales. Acaricié su cuello con mi nariz y ella se removió. Bajé mis labios casi sin rozarla por su piel persiguiendo mi propio aroma sobre ella. Llegué hasta la cruz: allí, en oro, estaba representado el epicentro de su conservadurismo. Deslicé entonces mis dedos por su piel, bajando entre sus pechos

hasta su ombligo. Deseé arrodillarme entre sus piernas y lamerla, pero no lo hice.

Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad y me detuve en su cintura, sin seguir bajando.

Volví a su oído.

—Me voy a dar un paseo, para que puedas vestirte tranquila y desayunar. En veinte minutos vendrá un Uber a buscarte para llevarte a Manhattan.

La solté y me aparté de ella.

—¿No vas a desayunar conmigo?

Negué con la cabeza.

—Si me quedo contigo, acabaré desayunándote yo a ti sobre la mesa de la cocina y eso nos llevará a una situación imposible.

Elizabeth tragó.

—Me marcho antes de que llevemos esto demasiado lejos.

Me di la vuelta, cogí un suéter y me propuse salir de la habitación.

—Quizás yo quiera llevarlo lejos —indicó con valentía.

Miré a Elizabeth por encima de mi hombro.

—Eso no va a pasar, Elizabeth. Yo no soy ese tipo de hombre.

—¿Qué tipo?

—El que entrega un anillo, se compromete, se casa y tiene niños —zanjé con frialdad quirúrgica.

—Yo no he pedido nada de eso —murmuró dolida.

—Ya lo sé. Sé que sería una aventura y tú no te mereces eso. —Me puse el jersey de espaldas a ella antes de salir de la habitación —. Te respeto demasiado como para no protegerte de mis propios instintos —confesé.

Salí de la habitación sin esperar a que Elizabeth me diera una réplica.

Capítulo 25

Cruzando el océano

Beth

Pasé el control de seguridad y corrí hasta la puerta de embarque. Llegaba tarde. ¿Cómo era posible? ¿Quién llega tarde a un vuelo transatlántico? Salía a las 22:00 h. Viajábamos desde el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, hasta el Charles de Gaulle de París. Volaríamos toda la noche, persiguiendo el amanecer, ya que nos dirigíamos hacia el este. Llegaríamos por la mañana y tendríamos que ajustar los relojes al horario de París.

Llegaba tarde porque llevaba un día terrible. Había teletrabajado por la mañana y estaba tan agotada de no dormir bien las últimas noches que, después de comer, me había quedado dormida más tiempo del previsto. No era mi intención, pero había pasado la noche dando vueltas, soñando con lo que había ocurrido y lo que no el viernes pasado en Los Hamptons. Vamos que había soñado con Álvaro. Los sueños con él tenían sal, oscuridad, su voz, sus labios sobre mi piel y una serie de cuestiones más que me hacían despertarme empapada… Para colmo, me quedé dormida casi una hora después de comer, en vez de los quince minutos de siesta que pretendía. No entendía por qué no había sonado el despertador. Después, tuve que terminar de meter cuatro cosas en la maleta, que había dejado para el último momento. Cuando por fin logré salir de casa, encontrar un taxi fue una odisea.

El taxi había volado hasta el aeropuerto.

Facturé y pasé corriendo el control de seguridad. Bueno, corriendo hasta que me tocó el control aleatorio de drogas.

Llegué a la puerta de embarque sin aliento. Allí estaban Susan y Álvaro con dos azafatas, esperándome: era la última persona en embarcar… ¡La última!

Álvaro me miró con cierta dureza. Desde lo ocurrido en Los Hamptons el fin de semana anterior, había evitado quedarse a solas conmigo. El día anterior, habíamos coincidido en una reunión con Susan y otras personas del equipo. Por fin era martes y estaba todo preparado para volar a Francia. Me había sentido tentada de escribirle durante el fin de semana. De hecho, había escrito un par de wasaps, pero no se los había enviado. ¿Qué podría decir después de lo ocurrido? Nada.

En la reunión que habíamos compartido había al menos otras diez personas en la sala, así que había sido impensable hacer un solo comentario.

Además, él me evitaba: cuando lo miraba apartaba la mirada y rompía el contacto visual. Cuando yo notaba que él me observaba a mí, de forma instintiva buscaba sus ojos, pero él volvía a esquivarme.

Habían sido unos días insatisfactorios. Era una situación insatisfactoria desde la noche del viernes.

Ahora, estaba allí parado esperándome, con una mirada dura.

—¡Lo siento muchísimo! —dije.

—Eres la última —apuntó Susan—. Pensé que tendríamos que marcharnos sin ti.

—He tenido una serie de imprevistos y acabo de pasar el control aleatorio de drogas.

Entregué el billete a la azafata.

Miré a Álvaro.

—Lo siento.

Álvaro no dijo nada y se dispuso a caminar por el *finger*.

—Bueno, ya estás aquí —zanjó satisfecha—. Así podrás darle conversación a Álvaro, porque yo me muero de ganas de ponerme a dormir. Por un momento pensé que tendría que sentarme con él.

—Álvaro no necesita a nadie que le dé conversación —se quejó el aludido.

Caminamos los tres hasta el avión.

—Álvaro parece no conocerse a sí mismo —replicó Susan con una sonrisa de suficiencia—. Pero yo, como lo conozco bastante bien, me he cogido mi asiento separado, porque sé que necesitaré

dormir. Tú, como eres joven, no acusarás una noche en vela —replicó con sorna.

Álvaro la miró con dureza y Susan lo ignoró. Decidí guardar silencio y no hacer ningún comentario, no sabía a qué se referían.

Embarcamos y el avión se preparó para despegar.

Álvaro estaba en la ventanilla, yo, en el asiento de al lado. En el medio de una fila de tres. A mi lado se sentó un joven con gafas, sudadera, unos auriculares grandes y una táblet. Parecía preparado para ponerse una película justo antes de despegar.

Ajustamos los cinturones y nos preparamos.

—No tengas en cuenta lo que ha dicho Susan. No necesito una niñera.

Me fijé en Álvaro. Estábamos justo uno al lado del otro. Si me movía, podía tocarlo. No habíamos estado tan cerca desde el sábado por la mañana y él me había dejado bien claro que debía haber distancia entre nosotros.

—¿Por qué Susan ha cogido el asiento separado?

Álvaro miraba por la ventana mientras el avión se colocaba para despegar.

—Porque no había tres asientos seguidos.

—Sí, pero podría haberse sentado ella conmigo. O vosotros dos juntos.

—No me ha dejado solo porque tiene la absurda idea de que necesito compañía durante el vuelo —explicó sin mirarme—. Y prefiere no sentarse ella a mi lado porque ha sufrido viajar conmigo en varias ocasiones.

—¿Qué quieres decir?

Álvaro cerró los ojos y cruzó los brazos. El gesto era tenso.

—No me gusta volar.

No podía dar crédito.

—Pero vuelas constantemente.

—Por eso precisamente. Porque vuelo constantemente ella no quiere hacerlo conmigo. Sabe que no me tomo nada desde hace mucho tiempo.

—¿Te tomabas algún fármaco?

No abrió los ojos.

El avión se preparó para despegar.

—Alguno que otro, pero no me gusta el abuso. Así que ya no los tomo.

Valoré sus gestos. Estaba en tensión contenida.

—¿Estás seguro? ¿Quieres que le pida algo a la azafata?

Negó.

—No. Relájate y descansa. Soy adulto y sé bien cómo actuar. Susan no tiene ganas de verme tenso. Prefiere relajarse, por eso te ha dejado a ti aquí.

—Bueno… —murmuré poniendo mi mano sobre su brazo—. Puedo ser tu enfermera particular.

Los ojos de Álvaro se abrieron y un azul inmenso se confundió con la noche que se colaba por las ventanillas.

—No va a ser necesario.

—¿Seguro? Te recuerdo que tengo experiencia en voluntariado.

—Seguro —murmuró.

Nos preparamos para despegar.

Álvaro cerró los ojos y casi se convirtió en aquella estatua que había imaginado cuando lo conocí: el rictus serio, tenso, sin moverse ni un milímetro.

Deslicé mi mano hasta la suya y entrelacé mis dedos con los suyos. Álvaro no abrió los ojos, pero apretó mi mano con fuerza.

Tras el impulso inicial, el avión se estabilizó y pudimos quitarnos los cinturones.

Álvaro abrió los ojos por fin y me miró.

—Hola —dije con suavidad.

Nuestras manos seguían entrelazadas. Observando sus ojos azules, oscurecidos por la noche que se colaba por la ventanilla, comprendí que no quería que me soltara.

—Gracias.

—No tienes que darlas —repliqué.

Quería decirle muchas cosas. Las imágenes de lo que había ocurrido entre nosotros el fin de semana pasado llenaron mi mente y, por cómo él me miró, supe que estaba pensando lo mismo. Abrió los labios para decir algo y bajé la mirada a ellos. Quería besarlo. Quería que bajara esos labios por mi piel, entre mis piernas… El

corazón se me desbocó y entreabrí yo los labios. Debió de ser algo demasiado evidente, ya que Álvaro miraba mi boca con hambre. Justo en ese momento llegó la azafata con la cena.

Me di cuenta de que mi otro compañero de viaje se había quitado los auriculares y estaba cogiendo su bandeja.

Imitamos el gesto y cenamos.

Después Álvaro se puso a revisar algo de trabajo y yo decidí ver una película.

Caí dormida apoyada sobre su hombro.

Capítulo 26

Turbulencias

Álvaro

Me desperté sobresaltado. El avión había caído varios metros de golpe. La gente gritaba y el alboroto se desató. Sonó el aviso del cinturón y todos nos lo pusimos apresuradamente. Me costó unos segundos reaccionar. El caos se convirtió en una bola de ruido a mi alrededor. Hice un esfuerzo titánico por no perder el control. Conseguí abrocharme el cinturón y me giré para ver a Elizabeth, que se estaba ajustando el suyo. Más atrás, un niño lloraba.

—Les habla el capitán —se escuchó de pronto—. Estamos atravesando una zona de turbulencias. Mantengan la calma, por favor, y permanezcan sentados con el cinturón abrochado.

—Álvaro, ¿estás bien? —preguntó Elizabeth buscando mis ojos.

No contesté. Sentí como si las palabras se hubieran atado a mi garganta. Busqué su mirada.

—No te agobies —susurró.

Al chico que estaba sentado más allá de Elizabeth se le cayó al suelo la táblet.

—¡Álvaro! ¡Elizabeth! ¿Estáis bien? —nos preguntó Susan levantando la voz desde dos filas más adelante.

—¡Estamos bien! —replicó Elizabeth haciéndose cargo de la situación y evitando que yo tuviera que contestar.

El avión consiguió estabilizarse. Traté de calmarme. No quería dejarme llevar por el pánico. Entonces, volvió a caer de golpe, perdiendo varios metros de altura. La sacudida fue mayor que la anterior y los gritos resultaron ensordecedores. Algunos objetos salieron despedidos.

La sensación de caída rápida fue más violenta.

Me sentí paralizado, incapaz de reaccionar. El corazón me retumbaba en los oídos.

Elizabeth buscó mi mano y la apretó con fuerza. Me aferré a su mano en respuesta.

El avión volvió a estabilizarse.

—Les habla el capitán nuevamente —se escuchó la voz por megafonía—. Como han podido notar, hemos encontrado turbulencias. Rogamos que mantengan la calma: el avión se encuentra bajo control. Por favor, no se desabrochen los cinturones hasta nuevo aviso.

El alboroto y la sensación de caos persistían, a pesar de que el avión se había estabilizado tras las dos caídas muy seguidas.

Me sentí bloqueado, incapaz de articular palabra.

—¡Álvaro! —me llamó Elizabeth, llevando las manos a mi rostro —. Álvaro, ¿estás bien?

El naranja del amanecer bañaba su cara. Era tan bonita.

—Sí —conseguí murmurar.

Tenía la voz pastosa y me costaba hablar. Sus ojos no se apartaban de mí, me buscaban.

—¡Álvaro! ¡Álvaro, mírame! —insistió—. Mírame, estoy aquí. No va a pasar nada. Estamos bien.

Busqué su mirada y traté de aferrarme a sus palabras. Elizabeth se abrazó a mí.

—No va a pasar nada —aseguró.

Deseé tener aquella fortaleza. No era capaz de darle réplica. Me costaba respirar.

—¡Álvaro, mírame! —me llamó para que me centrara en ella y no en el caos que se había desatado dentro de aquel pájaro de hierro.

Volví mis ojos a ella. No contesté. No salía ni una palabra de mis labios.

Elizabeth desabrochó dos, tres botones de mi camisa y deslizó su mano dentro, directamente encima de mi corazón.

—Estoy aquí… Estoy aquí…

Repetía para que me tranquilizara.

La presión en mi pecho se relajó un poco, pero todavía no podía hablar. El pánico seguía apoderándose de mí.

—Todo está bien, mírame a mí —decía.

Cogió mi mano y la colocó encima de su pecho. Buscando que mis dedos tocaran la piel que asomaba de la abertura de su camisa.

—Céntrate en el latido de mi corazón —murmuró.

La miré y sentí su piel caliente, su corazón.

Elizabeth acercó más su cuerpo al mío. De forma instintiva, bajé la frente y la apoyé en la de ella. Compartimos el mismo aire y el mundo volvió a girar al ritmo normal. Sentí su corazón debajo de mi mano. No sabía si era digno de estar tocándola así. Ella mantenía su mano dentro de mi camisa, sobre mi pecho. Compartimos nuestras respiraciones.

—Deberías besarme —susurró.

Por fin pude tragar y esbocé una tenue sonrisa.

Elizabeth observó mi gesto con cierto alivio.

—Eso es una proposición… ¿o una apreciación? —conseguí decir.

Elizabeth amplió su sonrisa al ver que yo respondía.

—Lo que tú quieras —comentó con humor en un susurro—. Sé lo que dijiste el sábado pasado, pero…

Traté de aferrarme a aquello que ella me estaba dando para olvidarme de lo que acababa de ocurrir. De mi pánico a volar.

—Un solo beso —propuso—. Por si acaso…

—¿Por si nos estrellamos en este vuelo? —comenté con cierto humor negro.

—Exacto —replicó.

Me separé ligeramente de ella. El amanecer que habíamos estado persiguiendo mientras volábamos hacia el este, camino de Europa, llenaba el cielo y cubría nuestros asientos.

Deslicé la mano que había tenido encima de su corazón y la serpenteé hasta su cuello, acariciándola. Después, llegué hasta sus labios y deslicé mi pulgar sobre ellos. La imagen de cómo la había besado unos días atrás llenó mi cabeza. No solo la había besado, había devorado sus labios. Hambre, Elizabeth me despertaba

hambre de algo que iba mucho más allá de la carne y que todavía no alcanzaba a comprender.

—No puedo volver a besarte, Elizabeth.

—¿Por qué no? —murmuró.

Negué y separé mi dedo de sus labios.

—Porque si te doy un solo beso más, no creo que pudiera parar de besarte. Simplemente, no podría apartarme —confesé.

La solté, para ser coherente. Para no caer sobre ella y aferrarme a sus huesos, que era lo que me pedía eso que arañaba dentro de mi cuerpo.

—¿Estáis bien? —preguntó de repente Susan de pie en el pasillo.

Ambos la miramos y ella desde luego estaba mirándonos a nosotros.

—Sí —respondió Álvaro—. Estamos bien.

—Álvaro, conmigo no cuentes para venir a Europa otra vez —replicó Susan—. De hecho, me estoy planteando si regresar en barco a Nueva York. Al menos, si algo pasa, sé nadar, porque desde luego lo que no sé es volar.

Esbocé una sonrisa.

Elizabeth también sonrió y esa fue toda la tabla de salvación que necesité para seguir a flote.

Capítulo 27

Las luces de París

Beth

Después del susto, el vuelo recuperó la normalidad. Pedimos una pastilla para Álvaro y finalmente se durmió. Verlo así fue todo un espectáculo. Desapareció esa constante sensación de que cargaba un peso inmenso sobre los hombros. Era muy hermoso. Grande y hermoso. Le acaricié la mejilla antes de volver a acomodarme en mi asiento. Una sensación en mi estómago me lanzó una advertencia: algo se estaba trenzando entre nosotros y yo no sabía cómo parar aquello. Recordé la necesidad que había sentido la noche en Los Hamptons. Había deseado saltarme todo en lo que había creído hasta entonces por la pura necesidad de estar con él. Con Brandon nunca me había pasado algo así. ¿Por qué con Álvaro las cosas eran tan diferentes?

Miré hacia la ventanilla. Habíamos estado sobrevolando el Atlántico. Comenzaba a verse una línea naranja rojiza muy fina en el horizonte. Pronto se vería el continente. Durante el vuelo, el cielo había pasado de negro a azul oscuro, y después de violeta a naranja.

Aterrizamos en París sobre las 11:30 h. Dejamos el aeropuerto y nos desplazamos al corazón de la Ciudad de la Luz. Nunca había estado en Europa y para mí era una experiencia estimulante, a pesar del *jet lag*. En cuanto tocamos suelo francés, Álvaro se metió en su papel de jefe y marcó cierta distancia. Comimos y nos desplazamos a la sucursal de París: BAC France Real Estate. Estaba en la *Avenue de l'Opéra,* en una zona céntrica donde se ubicaban muchas empresas financieras, consultoras e inmobiliarias.

Nos recibieron el director de operaciones y el director financiero. No había rastro de Candela por ninguna parte. Al parecer,

tal y como le había dicho a Álvaro unos días atrás, se había marchado de viaje a Suiza, a Ginebra.

El rostro de Álvaro estaba tenso, crispado ante semejante desplante. Él conocía la negativa de Candela a dejarse controlar. Ella era la CEO de París y tenía la última palabra en las decisiones de la sede, pero el grupo BAC, con sus tres sedes, debía tener una gestión orgánica y coordinada. Álvaro cargaba con todo ese peso sobre sus hombros, como si el mundo entero se sostuviera ahí. Por un lado, estaban las compras de los castillos de Candela, por otro, las inversiones que él había tenido que asumir para evitar desprenderse del patrimonio de la sucursal de Nueva York. Las operaciones en Dubái estaban dando problemas y lo que menos necesitaba el grupo era más tensión financiera.

Candela se había marchado para no tener que enfrentarse a Álvaro en la sede de París, a pesar de que ambos estaban invitados a la casa de Beca ese fin de semana, por lo que, antes o después, Candela tendría que verse con su hermano.

Los veinte castillos adquiridos por BAC France Real Estate estaban en diversos puntos de Francia: dos, en el Valle de Loira, a unas dos horas de París; otros, en la Borgoña, Normandía, Alsacia y Périgord.

Álvaro no podía asumir el desembolso que había supuesto la compra de los castillos en un momento en que el grupo no podía permitirse debilitarse con compras tan particulares. Estuvimos revisando cada una de aquellas adquisiciones: los importes, su potencial tras una fuerte inversión en restauración… Álvaro solo veía problemas. Con un análisis superficial, se podía concluir que al menos tres de aquellos castillos habían sido a todas luces compras ruinosas. El desembolso que necesitaban para poder devolverles algo de su antiguo esplendor era ingente. Álvaro no veía la oportunidad, veía el coste ya asumido en las cuentas de la sucursal francesa.

En su conjunto, la compra rondaba los veinticuatro millones de euros, pero la restauración prevista se acercaba a los setenta millones, por lo que la inversión final podría alcanzar los cien millones. Eso sin contar los problemas burocráticos, administrativos,

técnicos y de permisos. La rehabilitación podría prolongarse durante años.

Álvaro solo veía riesgos reales: aquellos castillos exigían liquidez y un mantenimiento constante, la demanda era incierta y también pesaba el riesgo de sobrevaloración y de imagen del proyecto.

Salimos de la sede a las nueve de la noche con *jet lag* y un Álvaro ofuscado. Antes de venir ya conocía el coste. Pero, con los detalles y los números sobre la mesa, el proyecto era ruinoso. Se excusó con nosotras y se retiró al hotel.

Susan me invitó a salir a cenar por París, a pesar del cansancio que teníamos. El viaje había sido pesado y la reunión, muy dura. Pero para nuestros relojes internos eran las 15 h, así que nos animamos.

Cenamos en la Brasserie des Prés, un clásico restaurante parisino, lleno de ambiente y vida, en una de las zonas más emblemáticas de la orilla izquierda del Sena. Estábamos sentadas en la terraza, en una mesa con sus clásicas sillas de mimbre rojas. La noche era cálida y el ambiente, perfecto.

—Por un momento pensé que Álvaro saltaría encima de todos ellos y los destrozaría —indicó Susan cortando su entrecot.

Miré a Susan.

—Ha sido una reunión muy tensa —apunté cogiendo mi copa de agua.

—«Tensa» es un eufemismo. Álvaro es muy capaz de destruirlos con un solo pestañeo.

Recordé sus ojos, sus pestañas, su mirada fría cuando quería.

—Supongo que sí.

Dejé la copa y tomé en mi tenedor algo de lubina. Yo había optado por pescado, aunque toda la carta era muy apetecible.

—Por un momento, pensé en alguna forma de excusarme y salir de allí —añadí.

Susan negó con la cabeza.

—Estás aquí por las fotos de los castillos, los artículos y las redes sociales, pero hemos venido juntos y estaremos en cada

batalla juntos —indicó justo antes de llevarse el tenedor a la boca—. Álvaro es así: quiere a todos sus soldados alineados.

—No logro entender por qué Candela se ha marchado —declaré —. Sabía que veníamos.

—Precisamente por eso lo ha hecho, para evitar a Álvaro.

—Pero van a coincidir en la casa de su otra hermana en un par de días.

—Cierto, pero, a ojos de Candela, eso ya es más que suficiente —sentenció pinchando un poco de ensalada con su tenedor—. Ha discutido con Álvaro mucho por el tema de los castillos. No quiere escucharlo.

Observé el pescado en mi plato. Estaba buenísimo, pero era demasiado.

—Pero ¿por qué habrá hecho algo así? Los números son complicados. Álvaro tiene razón, al menos en parte, ¿no? Ha sido una compra arriesgada.

—Sí, lo ha sido. Pero Candela es una mujer de armas tomar. Ella es la CEO de París y no se va a dejar amilanar por nadie en sus decisiones —sentenció—. «Nadie» incluye a Álvaro.

—Pero ¿por qué lo haría? Una compra tan compleja. Un proyecto a tan largo plazo.

Susan se encogió de hombros y tomó su copa de vino tinto.

—Bueno, ella tendrá sus motivos. Otra cosa es que no nos los quiera dar. Es una mujer muy inteligente.

Asentí suponiendo que Susan tenía razón. No la conocía, pero tenía que serlo para ser la CEO de la sede de París.

—Candela es una mujer complicada —añadió Susan—. Si te parece que Álvaro puede ser hermético e inaccesible, te aseguro que Candela es muchísimo peor. Ella parece construida en hielo. Aunque reconozco que en ocasiones me gusta mucho. Es una mujer con agallas. —Susan se quedó callada por un momento—. Estoy segura de que tendrá sus motivos, pero no los va a compartir con nosotros, salvo que ella quiera.

Pensé en Candela y en si sería tan dura como parecía.

Más tarde, descubrí París de la mano de Susan: sus luces, su ambiente, la belleza de la vieja Europa. Caminamos por la orilla del

Sena bajo las farolas amarillas que iluminaban la ciudad. París respiraba a través de aquellas calles de puentes iluminados, con gente a las puertas de los bares, con una copa en la mano, disfrutando de una noche cálida de junio. En París todo era hermoso: el río negro con reflejos dorados, los escaparates de las *boutiques* ya cerradas, los monumentos y edificios históricos, el murmullo de la gente que charlaba queriendo estirar la noche un poco más. Era una ciudad romántica y sofisticada, con un punto melancólico.

Eché de menos que Álvaro no estuviera a mi lado, a pesar de que la compañía de Susan era muy agradable.

Capítulo 28

Saint-Germain-de-Livet

Álvaro

—Tenía que haberme quedado en París, habría aprovechado para trabajar en las oficinas en vez de venir hasta aquí —rumió Susan mientras observábamos un castillo que había costado tres millones y medio de euros, a pesar de su estado de semirruina.

—Disfruta de la visita a los castillos y relájate —indiqué—. Saint-Germain-de-Livet es un pueblo pintoresco.

Susan me dirigió una gélida mirada bajándose sus gafas de sol, para acto seguido volver a colocárselas.

Habíamos venido hasta Normandía para ver tres de los castillos que había adquirido Candela. Por la mañana habíamos visitado dos de ellos y ahora estábamos en el tercero.

Observé la casa solariega con entramado de madera del siglo xv y edificio de piedra y ladrillo del siglo xvi. Era espectacular. Un castillo que combinaba el estilo medieval y el renacentista, con fachadas acristaladas a cuadros, su foso y jardines. Era de cuento, tal y como si nos hubiéramos transportado a otra época. Se veía claramente que requería mucha inversión. Había necesitado llegar hasta allí, ver con mis propios ojos qué era lo que tanto le había gustado a Candela como para merecer semejante compromiso financiero.

En la visita nos había acompañado un arquitecto muy reputado de la zona. Quería que me hiciera una primera aproximación, para estimar la inversión. Para saber cuánto costaría devolverles su esplendor. También necesitaba conocer el grado de protección al que estaban sujetos los inmuebles. Me estaba inmiscuyendo en el terreno de Candela, pero no me importaba. Ella se había marchado y yo necesitaba calcular hasta dónde podría llegar el desembolso al

que tendríamos que enfrentarnos. Si realmente alcanzaría los cien millones que se barajaban en un primer momento.

Quería entenderla, pero me resultaba imposible. Por un momento deseé marcharme directamente a Ginebra, buscar a Candela y enfrentarla. Quería mirarla a los ojos y que me explicara de dónde iba a sacar los setenta millones que iba a costar restaurar sus castillos. ¿Y para qué? ¿Qué pensaba hacer con ellos? ¿Cuándo habría rendimiento?

Habíamos pasado la mañana en los dos más pequeños y después habíamos hecho un alto para comer. Ahora nos encontrábamos en el tercero. Era un castillo que se ubicaba en Saint-Germain-de-Livet. Necesitaba saber por qué había merecido la pena meter tres millones y medio en un castillo destartalado. El arquitecto estaba paseando por el edificio a su aire, esperaba que me hiciera un presupuesto lo más ajustado y realista posible del coste que supondría restaurar ese castillo.

Mientras tanto, Elizabeth estaba haciendo muchas fotografías y recabando material para poder trabajar con él. Si teníamos castillos, al menos los utilizaríamos para hacer publicidad. Ese era el motivo por el que Elizabeth había venido a Francia: íbamos a aprovechar el gasto de Candela para preparar recursos para redes y medios. Obviamente había gente trabajando en *branding* y redes sociales en BAC France Real Estate, pero no quería venir a Francia y tener que hacer estas visitas con un perro de mi hermana que después fuera corriendo a contarle cada uno de mis movimientos. Era bastante consciente de que allí era un extranjero.

Siguiendo la línea que Elizabeth había iniciado, habría algunas fotos mías en los castillos para humanizar nuestras publicaciones con la imagen del CEO. También publicaríamos algunas de Candela que ya se habían hecho. Formaba parte de una línea de publicaciones transversales entre ambas casas: BAC USA Real Estate y BAC France Real Estate. La idea era que los tres hermanos, Beca incluida, nos hubiéramos reunido en alguno de esos castillos. Si bien ella no era CEO, era la tercera heredera y socia. Este verano queríamos agendar una visita de los tres a Madrid para hacernos también algunas instantáneas allí y dar visibilidad a BAC Iberia Real Estate. Beca

estaba al margen del manejo del *holding*, pero había prometido implicarse. Sin embargo, tras la marcha de Candela a Ginebra, la idea de contar con recursos de los tres herederos en los castillos no había podido materializarse, al menos por el momento.

Posé para Elizabeth siguiendo sus indicaciones. La verdad es que, en un primer momento, mi idea era que fuera Sebastián el que hubiese venido a Francia. Sin embargo, este se había sacudido de encima el compromiso indicando que ahora esas eran funciones de Elizabeth. Aquella conversación había sido antes del fin de semana en Los Hamptons. Ahora que sabía que Elizabeth había dormido en mi casa la noche del evento me preguntaba qué pensaría realmente del hecho de que ella hubiera venido conmigo a Francia.

En cuanto a que Elizabeth había pasado la noche en mi casa, tras la fiesta de Los Hamptons, le había dado a Sebastián una excusa bastante pobre; si se la había creído o no, lo desconocía. En todo caso, mientras ella hacía fotografías y me daba indicaciones que yo seguía en silencio, no podía evitar pensar que, en realidad, no había pasado la noche con Elizabeth el viernes anterior. No al menos como a mí me hubiera gustado llegados a ese punto. Sin embargo, el recuerdo de lo que sí había ocurrido entre nosotros era lo más erótico que había vivido en mi vida. Ese pensamiento me lo guardé para mí mientras Elizabeth me enfocaba con la cámara y cambiaba de objetivo.

Lo mejor era guardar las distancias y por eso había metido a Susan en aquel viaje, pero Susan, que de tonta no tenía un pelo, ya se había dado cuenta. Incluso me lo había soltado esa mañana cuando habíamos coincidido en el desayuno.

—Álvaro, querido, aprovechando que este café está demasiado caliente para bebérmelo, y que la chica Harrington todavía no ha aparecido, quería hacerte un comentario, ya que en modo alguno me gusta que me utilicen a estas alturas del partido y con cuarenta y tantos años.

Levanté la mirada de las noticias que estaba ojeando en mi móvil.

—¿Qué ocurre?

Susan también levantó la mirada y me clavó sus ojos afilados.

—Dime que no me has traído a París para ser tu carabina.

Tragué.

—¿A qué viene eso?

—A la chica Harrington —dijo sin paños calientes—. Primero pensé que eran imaginaciones mías…

—No sé de qué me estás hablando —la corté.

—No me interrumpas —me pidió—. Pensé que eran imaginaciones mías, ya que tú siempre has sido extremadamente distante con todas las mujeres con las has trabajado. No en el plano profesional, claro, pero sí en el personal. Nunca te has implicado íntimamente con nadie de la oficina.

—No, nunca lo he hecho —reafirmé.

Me miró reprobadora.

—Pero con ella no actúas como lo sueles hacer...

—No sé a qué te refieres.

—Por favor, Álvaro, no me tomes por imbécil. —Nos quedamos en silencio un momento—. He venido hasta París para apoyarte. Pensé que quizás no querrías estar solo al tener que pasar tiempo con Candela, que esperabas verla en BAC France Real Estate y necesitarías un espada a tu lado. Pero jamás habría pensado que me traías para ponerme entre tú y Elizabeth. No sé cómo no lo vi antes, aunque ya había señales.

—Quería que estuvieras conmigo en la reunión de BAC France Real Estate —declaré, lo cual no era mentira, pero tampoco era la única verdad.

Susan asintió mirándome con cara de pocos amigos. Me pregunté qué había hecho para delatarme de forma tan abierta. Recordé como Elizabeth había tocado mi corazón en el vuelo para tranquilizarme, así como yo había tocado el suyo. Susan había aparecido justo después. ¿Qué había visto?

Después de eso aterrizamos en París, nos reunimos en BAC France Real Estate y me enzarcé en discusiones y reuniones con la certeza de que habíamos realizado un desembolso millonario que no sabía cuándo ni cómo íbamos a recuperar. En todo ese tiempo me habían acompañado tanto Susan como Elizabeth. No había hecho distinciones entre ellas, pero supongo que, de algún modo, ya había

una distinción, porque mis ojos siempre encontraban la forma de llegar a Elizabeth. Susan era perspicaz y, si había conseguido controlar mi obsesión por Elizabeth en Nueva York, estaba claro que no lo estaba consiguiendo aquí.

—Mira, Álvaro —añadió—. Yo no voy a inmiscuirme en tu vida privada, pero por favor, en la medida de lo posible no me hagas tomar vuelos transatlánticos si no es necesario.

Elizabeth llegó a la mesa en la que estábamos desayunando.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, Beth. ¿Qué tal has dormido? —preguntó Susan.

—¡Muy bien! La verdad es que la habitación es increíble.

—Agradéceselo a Álvaro —indicó Susan socarrona—. Fue él el que se empeñó en que lo acompañáramos, y él solo se hospeda en los mejores hoteles.

Elizabeth se sentó en la mesa y yo decidí devolver la mirada al móvil mientras me llevaba el café del desayuno a los labios.

El arquitecto estuvo unos cuarenta minutos absorto en su trabajo. Cuando terminó, estuve con él comentado varias cuestiones antes de despedirlo. Mientras tanto, Elizabeth hacía su trabajo en el interior del castillo. Susan, por su parte, hacía rato que había decidido dar un paseo por los jardines, ya había tenido suficiente de castillos por un día.

Cuando el arquitecto se marchó, entré en el castillo para ver cómo iba Elizabeth.

Caminé hasta que llegué a una de las habitaciones principales. Era espectacular. En ella había una chimenea de piedra y guardaba parte del encanto que había tenido en otros tiempos. Sin embargo, el suelo de madera envejecida estaba en muy mal estado, con varios listones rotos. No parecía muy seguro.

Iba a salir de allí justo cuando entró Elizabeth.

—Estás aquí —declaró como si ella me hubiera estado buscando, cuando era yo el que había entrado a por ella.

—Sí —respondí—. Estaba buscándote.

—Pues aquí estoy.

—Ya lo veo. ¿Has terminado o necesitas más tiempo?

—Tengo material más que suficiente. El sitio es espectacular, así que hecho muchísimas fotos. Tengo una gran cantidad de recursos con los que trabajar —aseguró.

—Bien —asentí—. Pues es hora de marcharnos.

Elizabeth no se movió.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó mirándome directamente.

La luz de una ventana cercana entraba por un lateral.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, has elegido venir aquí por algo, ¿no? Los dos castillos de la mañana estaban de camino, pero el destino era este. De los veinte castillos, era este el que querías ver en persona, ¿no?

Asentí.

—Quería ver qué tenía este casillo para merecer semejante desembolso —acepté.

—¿Y has encontrado tu respuesta?

—No —respondí—. Es espectacular, está claro, pero es una inversión millonaria para nada.

Elizabeth entornó sus ojos. El sol entraba iluminando sus cabellos dorados, parecía irreal. Un ángel. Sin embargo, mis pensamientos sobre ella estaban más cercanos al infierno.

Di un par de pasos hacia ella con cuidado de no pisar en las zonas donde se veía el suelo estropeado.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó incidiendo en mi respuesta.

—Sí. ¿Por?

Elizabeth miró a su alrededor y después volvió a centrar su atención en mí.

—Este castillo es una obra de arte. Algo raro y singular a punto de perderse, salvo que alguien haga algo para evitarlo. —Hizo una breve pausa—. No conozco a tu hermana, pero tiene que ser alguien muy particular para haber comprendido la necesidad…

—¿La necesidad? —pregunté queriendo entender.

—Sí, la necesidad de rescatarlo —sentenció con seguridad—. Este castillo estaba condenado a seguir deteriorándose y quizás a

desaparecer si alguien no invertía en él y lo salvaba, y eso es lo que ha decidido hacer tu hermana.

Negué con la cabeza.

—Esto es un negocio, Elizabeth —respondí de forma pragmática—. Compramos inmuebles para vender. Para conseguir un beneficio. Restaurar este castillo va a costar millones y no sé quién tendrá la capacidad económica de comprárnoslo después. No es imposible de mover en el mercado, pero sí muy difícil. Es un negocio ruinoso.

Elizabeth se encogió de hombros.

—Bueno, eso si la idea es venderlo —dejó caer.

—La idea siempre es vender.

Elizabeth me miró con aquellos ojos azules impresionantes.

—Quizás la idea de Candela no sea esa —expuso—. Quizás no pretenda venderlo, tal vez ha decidido adoptarlo.

Esbocé una sonrisa.

—No conoces a Candela. Ella no hace nada por nada.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero tiene que ser una persona muy especial para haber adquirido este castillo. A todas luces se ve que el desembolso no iba a encontrar fácil retorno, así que quizás simplemente quiso protegerlo.

¿Candela, fría y dura, queriendo hacer algo desinteresado? Un desembolso para evitar perder una obra de arte inmensa. Una parte de historia destinada a ser declarada una ruina si alguien no lo evitaba. Todo eso sin ganar nada a cambio. Me costaba mucho pensar en algo así.

Di un paso hacia Elizabeth salvando la distancia que nos separaba.

—Ella no es así.

—Quizás no la conoces tan bien —soltó.

La sonrisa de Elizabeth era tan genuina, tan dulce que me hizo plantearme si quizás tuviera razón. Si habría algo detrás de todo aquello que no había visto hasta entonces. Si, tal vez, no conocía tan bien a Candela como suponía.

Me quedé callado mirando a Elizabeth. Sentí que alguien me había metido una mano en el pecho y me estrujaba el corazón bajo su mirada. Estábamos solos en aquella habitación, en un castillo en el corazón de Normandía, en tierras francesas. Había evitado salir a cenar con ella y Susan la noche anterior, me había pasado el viaje en coche hasta aquí tratando de trabajar en mis asuntos en el asiento trasero mientras ellas alternaban el puesto de conductor y el de copiloto y se amenizaban mutuamente el trayecto. Trataba de mantener distancia para no pensar en que me pesaban los huesos cuando ella estaba cerca, en cómo sentía el estómago cosido… Todo mi cuerpo reaccionaba a ella.

Pero ahora estábamos allí…

Elizabeth entreabrió los labios y sentí deseos de besarla. Era un deseo irracional. No podía pensar, ni respirar, como si aquellas olas del mar en el que nos habíamos sumergido el sábado pasado hubieran llegado hasta nosotros para hundirnos. La observé y todo mi cuerpo deseó ceder y perderme, pero con ella.

Las motas de polvo brillaban sostenidas en el aire.

Di un paso hacia Elizabeth, sin pensar en qué estaba haciendo. Alargué mi mano para rozar su mejilla y en ese momento el suelo se abrió bajo mis pies y me precipité.

—¡Álvaro! —exclamó Elizabeth.

Caí en el piso inferior tras un gran estruendo.

En un primer momento me costó comprender qué había pasado. El dolor se extendió como un latigazo por mi espalda. Entonces centré la mirada y vi a Elizabeth asomándose desde arriba entre los tablones rotos del suelo que había cedido.

—¡No te muevas! —gritó.

Corrió a lo largo del castillo hacia las escaleras de bajada mientras yo me centraba en tratar de respirar. Estaba intentando incorporarme justo cuando Elizabeth llegó corriendo.

—No, no, espera.

—Estoy bien —me quejé.

—No te muevas. Tenemos que pedir ayuda.

—Ha sido una caída absurda —declaré tozudo—. Déjame levantarme.

—Acabas de caer sobre un suelo de piedra, no es una caída absurda.

Elizabeth se arrodilló a mi lado y apoyó mi cabeza sobre sus rodillas. Llevaba un vestido corto ligero y sentí la suavidad de sus piernas.

Susan entró en el castillo corriendo hasta nosotros, que estábamos en una de las salas principales.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. He escuchado un gran estruendo.

—Álvaro se ha caído desde el piso de arriba —explicó.

—¡No ha sido nada! —me quejé—. Estoy bien, pero Elizabeth no me deja incorporarme.

—No, Álvaro. Tiene que venir primero una ambulancia y que los profesionales den las indicaciones que procedan.

—Pero puedo ponerme en pie perfectamente —se quejó.

—No. No hay ninguna necesidad, puedes tener un traumatismo —señaló con firmeza—. Llama a una ambulancia, Susan, por favor.

—A ver, déjame ver cómo hago —expuso esta.

Elizabeth me acarició la cara.

—Te traigo mala suerte —determinó bajando la mirada hacia mí mientras Susan hablaba por teléfono en la otra esquina del salón, pidiendo ayuda. Salió al exterior para tener mejor cobertura.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la segunda vez que salgo a hacerte fotos y acabas en un hospital.

Elizabeth no dejaba de acariciarme y, aunque permanecer en sus rodillas y dejarme acariciar por ella resultaba muy estimulante, la realidad era que me sentía bien. Me incorporé con su ayuda y me quedé sentado en el suelo a su lado, a escasos centímetros de ella.

—Tú nunca podrías traerme mala suerte —aseguré.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Elizabeth bajó su mirada a mis labios.

En ese momento entró Susan.

—Viene una ambulancia en camino —indicó.

Capítulo 29

Atravesando Francia

Beth

Salí a caminar por París. En teoría no iba a haber tiempo para hacer turismo, al menos eso me habían dicho, pero allí estaba, aprovechando las pocas horas libres que tenía. Madrugué para ir hasta la Torre Eiffel, di un largo paseo por el Campo de Marte y crucé el Puente de Alejandro III para llegar hasta Los Inválidos. Allí, la gran cúpula dorada brillaba bajo el sol. No llegué a entrar para ver la tumba de Napoleón Bonaparte; preferí pasear por sus jardines, ya que hacía un día espectacular.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando me llamó Álvaro. Había salido tarde de la reunión que habían tenido esa mañana Susan y él en BAC France Real Estate. Había quedado en recogerme en quince minutos. Después saldríamos para el pueblo de Belvès, en Périgord, donde vivía su hermana Beca.

En concreto, éramos Álvaro y yo quienes iríamos a Belvès, mientras que Susan cogería esa misma tarde, a las 16:30 h, un vuelo de París a Nueva York. En un primer momento, ese vuelo lo íbamos a tomar las dos, pero me había negado en redondo a marcharme y dejar a Álvaro viajar solo hasta Belvès.

La tarde anterior se había caído desde una altura de unos cuatro metros y habíamos acabado en urgencias, a pesar de su negativa. Había sufrido una conmoción cerebral leve, un fuerte golpe en la espalda y algún raspón que le había provocado la madera al ceder bajo su peso. Le habían indicado que durante veinticuatro horas permaneciera atento a posibles síntomas: dolor, mareos, náuseas o rigidez en cuello y hombros. No iba a permitir que condujera solo las casi siete horas que separaban París de Belvès.

Lo habíamos hablado en el hospital, cuando le dieron el alta. Álvaro protestó, pero mi negativa fue tajante. Susan nos miró a los dos y se limitó a guardar silencio. Así que allí estaba yo, caminando por uno de los lugares más emblemáticos de París mientras esperaba a que Álvaro llegara a recogerme.

La idea inicial era que él se quedara a pasar el fin de semana en Francia en casa de Beca. Esta había organizado una comida familiar el sábado. Candela había evitado encontrarse con Álvaro en un ambiente laboral. Me pregunté si evitar el enfrentamiento con su hermano la llevaría a no presentarse tampoco en casa de su hermana a pesar de que sabía que la estaban esperando.

—Deberías dejarme conducir a mí —dije cuando llevábamos unas cinco horas de trayecto.

—Estoy bien, no llevo ni una hora al coche. Tú lo has llevado casi todo el tiempo —se quejó Álvaro—. Y no me gusta ir de copiloto.

—Me da igual lo que no te guste —manifesté—. Te recuerdo que ayer estábamos en el hospital.

Álvaro negó con la cabeza.

—Y no hacía falta ninguna que hubiéramos ido.

—¡Mira que eres cabezón! —bufé echando un vistazo al paisaje por la carretera.

—Bueno —claudicó—. En todo caso, finalmente fui al hospital, así que entiendo que estarás satisfecha.

Asentí.

—¿Notas alguna molestia más?

Negó con la cabeza.

—Estoy igual —contestó—. Tengo algo de dolor en la espalda y en la parte posterior de la cabeza cuando toco la zona, si no, nada.

—Bueno, pero conducir no creo que sea lo mejor.

—Era una distancia de unos cuatro metros, no de cuarenta —rumió—. No hay que exagerar tanto.

—Te recuerdo el dolor de cabeza de después de comer.

—No creo que fuera por la caída de ayer. Más bien sospecho que ha sido por esperar a Candela en una segunda ocasión sin que se dignara a aparecer —declaró molesto al volver a recordarlo.

—Lo lamento.

—Yo lo siento más.

—¿Crees que irá mañana?

Se encogió de hombros.

—Es capaz de no aparecer. Espero que sí lo haga, porque Beca quiere contarle lo de su embarazo.

—¿De cuánto está Beca embarazada?

—De unos seis meses.

—¿Y no sabe nada? —pregunté sorprendida.

Álvaro negó con la cabeza.

—Pero… Las dos viven en Francia. ¿Cómo es posible que no se hayan visto y se lo haya contado antes? —indagué sin dar crédito.

—Beca y Candela no suelen quedar. No tienen una relación muy cercana y apenas se ven un par de veces al año, a pesar de vivir a unas siete horas de distancia. Normalmente, esos encuentros coinciden cuando nos reunimos los tres —explicó—. El año pasado ni siquiera se vieron en Francia, aunque sí coincidimos en Nueva York en Navidad. Fue una visita que yo mismo propicié y a la que conseguí, no sin esfuerzo, que Candela asistiera. Aun así, de los seis días que pasó allí, los encuentros con nosotros fueron contados, no te creas. Aunque, en ese aspecto, no puedo culparla: Candela odia la Navidad.

—¿Y eso?

Álvaro se encogió de hombros.

—Bueno, no es algo tan raro en gente como nosotros.

Me chocó aquel comentario.

—¿Qué quieres decir con «gente como vosotros»? —pregunté sin entender.

Álvaro miró la carretera. La luz del final de la tarde llenaba el paisaje que por la zona en la que estábamos se había vuelto más verde y boscoso. Era muy hermoso.

—Huérfanos —dijo por fin.

Me quedé callada. El silencio llenó el interior del coche cuando nuestra conversación se apagó. Lo único que se escuchaba era música francesa, algo popero. No conocía la canción.

—Tenías catorce años cuando perdiste a tus padres, ¿no?

—Sí, tenía catorce.

—¿Y tus hermanas?

—Beca, nueve y Candela, doce.

—Erais muy jóvenes —aprecié, y recordé que ya había hecho esa valoración antes.

—Sí, lo éramos. —Se quedó callado un momento. Sabía que Álvaro podía ser hermético, pero esperé, porque de algún modo sentí que iba a hablar—. Los tres éramos muy jóvenes, pero, en cierta manera, Candela se llevó lo peor.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todos nos volcamos con Beca. Ella era la niña, la pequeña. Además, Beca siempre se ha hecho querer. Es de ese tipo de personas llenas de energía y de luz, una especie de torbellino. Es fácil querer a Beca.

—¿Y Candela?

—Candela siempre ha sido más retraída, con un carácter más difícil —expuso—. La muerte de mis padres la destrozó. El problema es que no vimos lo mucho que nos necesitaba Candela porque estábamos volcados en Beca y, en realidad, Candela también era una niña.

Alternábamos grandes masas de bosque denso con praderas.

—¿Y tú? —pregunté tratando de imaginarme qué significaba quedarse sin padres a esa edad.

Negó.

—Yo nada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No hay mucho que decir. Yo era el hombre, así que debía actuar como tal. Hice todo lo que se esperaba de mí. —Se calló unos segundos—. Fui el apoyo de mis hermanas cuando nos mudamos con mis abuelos. Me convertí en el cabeza de familia y pronto tuve que llevar el peso del negocio. Era lo que se esperaba de mí y, de algún modo, sentí que debía cumplir con esas expectativas. Seguí con mis estudios e hice todo lo posible para que mis hermanas estuvieran bien. A los dieciocho me fui a Nueva York a estudiar y a tomar el relevo al frente de BAC USA Real Estate. Durante unos años estuve yendo y viniendo, viviendo temporadas entre Madrid y Nueva

York, hasta que me afinqué en la Gran Manzana. Me centré en la sede de nueva York. Era el sueño de mi padre, así que decidí ejecutarlo.

«Ejecutarlo», no cumplirlo. Álvaro hablaba con firmeza. A pesar de ello, pude ver entre las fisuras de lo que decía y lo que guardaba. Había algo que todavía le dolía en todo aquello, que no se había curado. Intuí que entre él y Candela había rencores aferrados a aquel viejo dolor, a lo que habían vivido desde aquella tragedia. Beca era la más joven, quizás por su edad había experimentado el dolor desde una perspectiva más sana.

Tragué con la palabra «ejecutar» y decidí no ahondar en ese trauma.

—¿Por qué la sucursal de Nueva York era su sueño?

Esbozó una ligera sonrisa.

—Madrid había sido poner la primera piedra. Poder materializar lo que ellos querían. Pero Nueva York era el sueño de mi padre. La sucursal apenas llevaba un par de años en pie cuando él falleció. —Silencio—. Estaba enamorado de Nueva York.

Nos quedamos callados.

Comprendí todo lo que él había tenido que hacer por las expectativas de los demás. Con catorce años y teniendo que ser un hombre, la figura fuerte para sus hermanas pequeñas.

—¿Y tú? ¿Cuándo pudiste llorar?

Álvaro desvió su mirada hacia mí brevemente. Cuando la dirigió al frente vi su gesto de dolor. Se echó la mano al cuello.

—¿Qué ocurre?

—Un latigazo —confesó molesto.

—¿Ves? No tenías que haber conducido.

—No es nada.

El gesto de Álvaro volvió a delatar que no estaba bien.

—Para el coche.

—No pasa nada.

Otro gesto de malestar en su cara.

—En serio, Álvaro, para el coche o lo detengo yo tirando del freno de mano —le advertí, y era muy capaz de hacerlo.

Álvaro puso el intermitente y detuvo el coche en el arcén. Después me miró, sorprendido por mi comentario.

—¡Estoy bien! —insistió.

—No vuelvas a repetirlo —repliqué cogiendo el móvil.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar un hotel para pasar esta noche.

Álvaro protestó, pero no me importó. Había quedado demostrado que la caída sí que le había dejado algunas molestias. La idea de que se desmayara conduciendo me aterró. Es cierto que podría haber seguido conduciendo yo. Nos quedaban algo menos de dos horas de trayecto hasta la casa de su hermana, pero sentí que no era buena idea. Álvaro tenía que descansar y no seguir en carretera más tiempo. Necesitaba reposo. A la casa de su hermana podíamos llegar a la mañana siguiente, ¿no?

Capítulo 30

La Fête de la Musique

Álvaro

Paramos en Brive-la-Gaillarde, una ciudad de la región de Nouvelle-Aquitaine, en el departamento de Corrèze. En el hotel más cercano a la carretera. Se trataba de un edificio del siglo XII con arquitectura histórica y vistas panorámicas a la ciudad.

El lugar tenía mucho encanto.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté a Elizabeth, que no dejaba de bichear en el móvil.

Estábamos en la recepción del hotel esperando a ser atendidos.

—Busco cuál es el hospital más cercano.

—No voy a ir al hospital.

—No irás si no es necesario —replicó levantando su mirada de un azul cielo intenso.

¿Dónde estaba la joven dulce que había conocido? Elizabeth se mostraba inquebrantable. Tenía un gran tesón.

—Eh…

—¿Vas a decir algo? —preguntó levantando una ceja.

Iba a decir algo. Claro que lo iba a hacer, pero ya no estaba seguro de qué iba a decir.

—*Bonsoir!*[4]

—Buenas tardes —respondí—. Necesitaríamos dos habitaciones para esta noche.

—¿Tienen reserva? —preguntó el recepcionista con amabilidad.

—No.

—Ha sido una parada de improviso —explicó Elizabeth con una sonrisa—. Íbamos a viajar hasta Belvès, pero estamos muy cansados para seguir al volante. Esperamos que no sea un problema no tener reserva.

El recepcionista contestó con otra sonrisa.

—Bueno, tenemos libre la *suite* —indicó.

—No es necesario una *suite*, solo queremos descansar —repliqué frunciendo el ceño—. Queremos dos habitaciones normales.

—Entiendo, señor, lo que ocurre es que solo tenemos libre la *suite*. Este fin de semana es la *Fête de la Musique*[5], estamos llenos. ¿No han visto el ambiente? Es una celebración en la que músicos profesionales y aficionados tocan gratis en la calle. Hay conciertos en plazas, bares y parques. Es un momento maravilloso para conocer la ciudad.

—No hemos tenido ocasión, acabamos de llegar —replicó Elizabeth con dulzura—. Pero seguro que podemos salir a cenar algo y conocer un poco el ambiente.

—Buscaremos en otro hotel —comenté algo molesto.

—No sé si tendrán opciones —replicó el empleado sin perder el buen tono—. Estamos llenos por la fiesta. No es fácil conseguir alojamiento salvo con meses de antelación.

—Pero tienen la *suite*, ¿verdad? —recordó Elizabeth.

—Sí, por supuesto.

—Pues nos la quedamos —determinó.

—Elizabeth… —llamé su atención.

—No le haga caso a mi prometido —replicó acariciándome el brazo y acercándose a mí—. Es un poco tímido frente a los desconocidos. No hace falta coger dos habitaciones separadas, pronto seremos marido y mujer —añadió con una sonrisa deslumbrante—. Tampoco es que vaya a ser la primera vez que dormimos juntos. —Levantó la mirada y la clavó en mí.

—Estupendo, pues ahora les tomo los datos.

Bajé mi mirada a Elizabeth.

Ella me sonrió con calidez, abrazándose más a mi brazo perfectamente metida en su papel.

—No pasa nada… Al fin y al cabo, nos vamos a casar —murmuró.

Observé aquellas palabras saliendo de su boca casi materializándose en el aire. El recepcionista ensanchó su sonrisa.

Estaba claro que estaba más que acostumbrado a ver parejas de enamorados. Con la única diferencia de que nosotros no éramos una de esas parejas.

Nos entregaron las llaves.

—Disfruten su estancia.

Elizabeth cogió las tarjetas con una sonrisa.

—Gracias, lo haremos —replicó con soltura.

La *suite* era un espacio enorme, decorado con gusto, que ofrecía una sensación de lujo discreto. Me llamó la atención una mesa de mármol con un centro de rosas blancas. Como las que llenaban todo el espacio en el sueño que había tenido con Elizabeth.

Ella observó las rosas y acarició una de ellas. Después levantó la mirada hacia mí. Habría dado cualquier cosa por saber en qué pensaba en ese momento.

—Dormiré en el sofá —declaré señalando el mueble de tejido claro que había en la otra zona de la habitación—. Es grande.

—Un gesto muy caballeroso, pero el paciente eres tú.

—No soy ningún paciente —repliqué con el ceño fruncido—. Ni estoy enfermo. Solo estoy algo magullado, no es nada grave.

—Tú dormirás en la cama y punto —declaró.

—No sabía que eras tan mandona.

—Puedo serlo si es necesario —afirmó afilando la mirada.

Sonreí.

Elizabeth caminó hasta las puertas de cristal que daban a un gran balcón. Las abrió de par en par y entonces lo escuchamos: el rumor de la música callejera. El ambiente veraniego, distendido. Sentí una sensación curiosa. Allí, en Francia, en una ciudad cálida, con otro ritmo, con las notas de la música escalando en el ambiente en lo que sería una noche de verano que parecía hecha para ser disfrutada. Me sentí extraño. En Nueva York estaría con las narices metidas en el portátil, pensando en cómo equilibrar las cuentas de las últimas inversiones del *holding*. Ajeno a todo lo que estuviera pasando en Manhattan, más allá de los inmensos ventanales de mi piso. Encerrado entre los informes y todos los pedazos de mí que el trabajo exigía como sacrificio.

—¿En qué piensas? —preguntó Elizabeth.

—En lo diferente que es esto de Nueva York.

Serpenteó su mirada hacia el ambiente de la ciudad.

—¿Quieres bajar a cenar algo y escuchar un poco de música?

Miré a Elizabeth, tan tentadora. ¿Cómo íbamos a pasar allí la noche? ¿Era una especie de prueba del karma? Respiré, ya había pasado una noche con ella sin tener sexo. Bueno, sin tenerlo de forma completa. Recordé cómo se había retorcido debajo de mí.

—Quizás más tarde. Ahora creo que necesito una ducha.

Elizabeth asintió.

Capítulo 31

Agua sobre su espalda

Beth

Me quedé en el balcón, escuchando la música que venía de la calle. Observé las vistas. Toda la imagen tenía ese encanto del interior del suroeste francés que parece sacado de una postal. Desde donde me encontraba podía ver el césped cuidado del jardín del hotel y algunos árboles. Más allá, los tejados de la ciudad, coquetos y bien conservados. Por encima del jardín y los tejados, podías observar las colinas suaves que rodean Brive-la-Gaillarde, cubiertas de vegetación densa, con ese verde profundo tan típico de la región. Se trataba de una ciudad no demasiado grande. El sonido de la música callejera se fundía en el ambiente y la imagen no podía ser más devastadora, y eso que venía de dormir en un hotel de París donde las vistas habían incluido el perfil de la Torre Eiffel. Sin embargo, aquello tenía algo íntimo, cálido, que me hizo sentir serena.

Entré en la habitación y cerré las puertas del balcón.

En ese momento el sonido del agua que venía de la ducha llegó hasta mis oídos. Álvaro estaba dentro.

Traté de no pensar en ello y recorrí la habitación. Él había dejado su maleta encima de un gran sofá. Estaba entreabierta, ya que había cogido ropa para cambiarse tras la ducha y se la había llevado al baño. Observé las rosas blancas. Me encantaba esa flor. Recordé las rosas blancas que tenía en un jarrón la noche en la que él había venido a mi apartamento. Recordé aquel sueño tan vívido en el que me había sumergido hundiéndome con él en cientos de rosas que lo llenaban todo. Deseé que eso pudiera ser real, lo anhelé.

Seguí caminando. Paseando las yemas de mis dedos por encima de la piedra blanca de la mesita en la que reposaba el jarrón

de flores. ¿Por qué alguien habría elegido algo así? Marmol para una mesa auxiliar en vez de madera cálida.

Observé la cama grande, blanca. Llena de almohadas y almohadones que invitaban a hundirse en ellos. El cabecero era grande, acolchado, elegante. Tenía un suave estampado de flores grandes. No demasiado marcadas, de tonos muy claros. El conjunto daba la sensación de blanco y mucha luz.

Caminé hasta la cama. Me senté y escuché el sonido de la ducha.

Acaricié el nórdico blanco.

Llevé la mano al pequeño crucifijo de oro que colgaba de mi cuello en una fina cadena. Lo toqué. Reconocí los relieves, las certezas en las que siempre había creído. El agua de la ducha cayendo. El recuerdo de Brandon engañándome. La mirada gris azulada de Álvaro.

Me puse en pie.

Me quité la cadena y la dejé sobre la piedra de la mesa. Dejé los zapatos al lado del sofá y me quité el vestido. Lo puse sobre mi maleta. Me quité la ropa interior y la dejé caer al suelo.

El corazón latía con fuerza en mi pecho. Pensé que se me saldría por la garganta.

Abrí la puerta del baño con suavidad y entré.

Álvaro estaba de espaldas y pude ver las líneas de su cuerpo a través de la mampara empapada por el vaho.

La ducha era doble. Su tamaño estaba pensado para que pudieran estar dentro dos personas con holgura.

Entré y él no se giró.

El agua caía por su cuerpo haciendo caminos por su espalda. Tenía un par de rozaduras de la caída en el castillo.

Me abracé a él rodeando su cuerpo con mis brazos.

Álvaro se sobresaltó ligeramente al sentirme, no se había dado cuenta de que había entrado. Giró su rostro hacia atrás y pasó su mano por encima de la mía, que lo abrazaba.

—Elizabeth, ¿qué estás haciendo?

—No me eches —le pedí—. Sé que me deseas.

Dudó un momento.

—No se trata de lo que yo desee.

Se giró del todo. El agua caía sobre su espalda mientras Álvaro me observaba. Estábamos desnudos, frente a frente, en la ducha.

—Yo también te deseo, Álvaro —declaré subiendo mis manos a su rostro.

Álvaro imitó mi gesto y me acarició las mejillas.

—Tampoco se trata de eso.

—Pero yo quiero estar contigo…

Álvaro me miró intensamente, azul hielo dentro del gris.

—Elizabeth, tú has estado reservándote para la persona con la que compartirás tu vida —me recordó—. Crees en eso y has decidido esperar. No puedo hacer como que eso no importa nada.

Todo lo que decía caía en mi pecho. En aquella sensación cálida que ardía allí, consumiendo todo lo que había sido antes de ese momento.

—Estaba esperando porque quería entregarme por amor… —declaré comprendiéndolo por primera vez. Entendiendo que eso era lo único que importaba de verdad.

Álvaro bajó su mano por mi cuello.

—Y ya estoy enamorada, Álvaro. No tiene sentido negarlo, ni esperar más.

Él me miró con cierto dolor en sus ojos.

—Yo no sé nada del amor —confesó—. No he deseado nada de los motivos que te han llevado a esperar.

No hacía falta decirlo más claro. En los planes de Álvaro no había cabida para las cosas que yo anhelaba: el compromiso, el matrimonio, la casa, los hijos.

—Entonces, estoy perdida, porque yo estoy enamorada de ti —tragué—. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti. Esta sensación de que me estoy consumiendo. De que hay algo en mi estómago quemando que solo se calma si tú estás a mi lado.

Álvaro bajó su mano hasta mi vientre.

El deseo se perfilaba en sus ojos.

El agua caía a sus espaldas.

El vaho llenaba el espacio donde se extendía aquel amor salvaje que no podía comprender. Había creído toda mi vida en

esperar, pero cada célula de mi cuerpo me decía que había estado esperando por él. Por entregarme a ese amor que sentía por Álvaro, que eso era lo único que tenía sentido.

Era algo enorme, incontenible. Que se desprendía de mi propio cuerpo, que se había enredado en mis entrañas.

El agua seguía saliendo de la ducha.

—Elizabeth…

—No me eches —repetí y mis palabras estaban cargadas de dolor.

Hubiera dicho que sabía que él también me amaba. Aunque no fuera capaz de darle forma a aquellos sentimientos, lo hacía, y de una manera salvaje. Había algo animal, muy superior a nosotros mismos que rompía todas las reglas del juego. Eso era lo único que tenía sentido.

Álvaro mantenía su mano en mi vientre y no esperé más respuesta. Lo besé y subí mis brazos para rodear su cuello.

La reacción de Álvaro fue apretarme contra él y fue toda la respuesta que necesité, porque en aquel gesto podía sentir toda aquella necesidad que él tenía de mí. Que había estado conteniendo, y yo deseaba que le diera rienda suelta, que la dejara ir. Que se entregara sin contención. Que fuera mío, porque yo ya era suya.

Álvaro me guio hasta la pared de la ducha que estaba a mis espaldas sin dejar de besarme.

Cuando sentí las baldosas frías a mi espalda reaccioné pegándome más a su cuerpo.

Álvaro rompió el beso y respiró con dificultad. Sentí algo cálido al comprender lo mucho que le afectaba estar conmigo.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz rota.

—No he estado tan segura de nada en mi vida.

Entonces se lanzó como si hubiera estado conteniéndose todo ese tiempo. Cayó sobre mí muerto de hambre como si yo fuera todo lo que él necesitaba para alimentarse. Comprendí que había algo que Álvaro nunca había sentido hasta entonces. No hacía falta que lo verbalizara, pero había una parte de él completamente huérfana de amor, y eso era todo lo que yo estaba dispuesta a darle.

Sentí su mano bajando por mi espalda para sujetar mi trasero con firmeza mientras su miembro hinchado se apretaba contra mi vientre.

Jadeé cuando bajó su mano entre mis piernas y me tocó. Me acarició durante unos instantes y sintió lo mojada que estaba. No esperó mucho, quizás porque ninguno de los dos podía esperar más, y buscó la forma de colar un dedo dentro de mí.

Gemí cuando lo sentí entrando en mi cuerpo.

Se separó para ver mi reacción, como si quisiera grabar cada uno de los detalles de mi rostro en sus recuerdos. Beber de algo que podría desaparecer en cualquier momento.

—¿Te duele?

—No —jadeé.

Entonces Álvaro reclamó mis labios e introdujo un segundo dedo en mi cuerpo, estimulándome con destreza. Sentí la presión, una punzada de dolor trenzándose con el deseo. Mordí su hombro.

—¿Quieres que pare? —preguntó con la voz ronca—. Estás muy cerrada…

Le clavé las uñas en el brazo.

—¡No! —jadeé tratando de adaptarme a él—. No pares.

Apoyé mi cabeza en las baldosas mientras Álvaro seguía reclamando mi cuerpo. Entrando una y otra vez dentro de mí con sus dedos. Llevándome a un lugar desconocido, hecho de los pedazos de nosotros que otros no podían ver. Entonces, bajó su cabeza a mis pechos y me lamió y me besó, con gula y hambre. Mientras su mano alternaba la estimulación del punto más sensible de mi cuerpo con penetraciones de sus dedos.

El deseo era una ola de fuego en mis entrañas. El ritmo de mis respiraciones aumentó y él mordió ligeramente mi pezón cuando comprendió que yo estaba a punto… Entonces subió, sin dejar de estimularme una y otra vez, una y otra vez… hasta llevarme al límite.

—Quiero ver cómo te vas en mis manos… —confesó en mi oído.

En ese momento, con su mano estimulándome y su miembro duro contra mi cadera, sentí que me rompía en mil pedazos,

jadeando sin que él dejara de mirarme. Me rompí en sus manos y creí que mis piernas no me soportarían.

—Te tengo… —declaró Álvaro sosteniéndome contra su cuerpo.

Yo no podía hablar; simplemente, no podía decir nada.

—Te tengo —repitió como si jamás fuera a soltarme.

Capítulo 32

Dentro de ti

Álvaro

Elizabeth estaba en mis brazos. Su cuerpo había cedido momentáneamente tras el orgasmo. No había dejado de sostenerla y ahora, que la tenía allí, pegada a mí, pensé en si podría volver a soltarla.

Ella se había declarado, pero en ese momento no podía pensar en ello. Solo podía sentir su piel, su cuerpo desnudo en mis brazos, la pequeña mancha rojiza en mis dedos. Cogí la alcachofa de la ducha y me deshice de los pequeños hilos de sangre que había en mi mano y entre sus piernas.

Cogí jabón y la lavé de arriba abajo. Ella me imitó. Tan genuinamente inexperta que no sabía cómo acercarse a mi cuerpo, cómo tocarme. No tuve reparos en coger su mano y enseñarla a hacerlo, para que ella pudiera descubrir qué era darle placer a un hombre. Exhalé profundamente cuando aumentó sus caricias, apretando con su pequeña mano ligeramente, pero la detuve, obligándome a frenar. No quería terminar todavía. Necesitaba hacerle tantas cosas…

No podía procesar su declaración.

No sabía qué hacer con el amor que se enredaba entre las frías baldosas y el vaho, pero tampoco podía obviar aquel sentimiento inmenso que hacía tiempo que anidaba en mi pecho. La realidad era que la necesitaba, nunca había necesitado nada, pero a ella la necesitaba.

Salimos de la ducha y me obligué a tener la paciencia de coger dos grandes albornoces blancos para no salir con ella chorreando hasta la habitación, soltarla sobre la cama y lanzarme encima de ella.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. ¿Tienes miedo de que me arrepienta? —preguntó con los labios hinchados de tanto besar y el cabello húmedo, mirándome con aquellos ojos inmensos azules que contrastaba con el blanco del albornoz.

—No sé de qué tengo miedo —confesé, y ni fui ni consciente de lo que estaba diciendo.

Elizabeth se mordió el labio inferior.

—Déjame entrar —murmuró.

—¿Dónde? —pregunté sin entender.

—Aquí —declaró abriendo mi albornoz y tocando mi pecho—. En tu corazón.

Esbocé una sonrisa.

—Mucha gente dudaría de que lo tengo.

—Mucha gente no te conoce.

Se puso de puntillas y me besó el cuello.

Cerré los ojos y la sostuve contra mi cuerpo, mientras ella volvía a besarme otra vez, y se acercó a mi oreja para murmurar:

—Llévame a la cama.

Estaba a punto de cogerla en volandas cuando ella misma se me escapó de entre las manos. Salió del baño y no tuve más remedio que caminar detrás de ella. Elizabeth caminó hasta la cama y tiró de del nórdico. Los almohadones cayeron al suelo.

Iba a subirse a la cama con el albornoz puesto cuando no pude evitar decir:

—No. —Y mi voz sonó más seca de lo que me hubiera gustado —. Quítatelo primero, quiero verte.

Elizabeth se ruborizó ligeramente y sé que, para alguien como ella, que no había estado con nadie antes, había sido demasiado directo, pero no había podido reprimirme. Había soñado con verla desnuda. Se había metido en mi cabeza, en mis sueños, y ahora quería empacharme de ella.

—Quítatelo —insistí.

Elizabeth se quitó el albornoz y lo dejó caer al suelo. Ella era dulce, era joven y no tenía dobleces. Contrastaba con mi frialdad, pero en ese momento no me sentía tan frío.

Se subió a la cama y se sentó en el centro.

—¿Así? —preguntó.

—No —respondí aproximándome a ella, pero quedándome a distancia de la cama—. Apártate el cabello hacia atrás.

Lo hizo.

—¿Así? —preguntó mirándome a los ojos con las mejillas encendidas.

Recorrí con la mirada la piel de sus pechos, su vientre, el vértice donde se unían sus piernas, sus caderas.

—Túmbate —le pedí con la voz ronca.

Elizabeth se tumbó.

Me quité el albornoz para que ella también pudiera verme a mí. Bajó su mirada por mi pecho, mi ombligo…, más abajo. Las mejillas se le incendiaron.

—Tócate —le pedí subiéndome con una rodilla a la cama. Acaricié el gemelo de su pierna izquierda—. Quiero ver cómo te das placer.

Ella se llevó una mano entre las piernas con cierta inseguridad.

—Quiero verte —reclamé—. No tengas vergüenza, eres preciosa.

Elizabeth se tocó y yo no podía dejar de mirar. De ver como poco a poco la excitación la dominaba. Quería caer entre sus piernas y lamerla, porque sabía que estaría tan húmeda como yo estaba duro.

Siguió tocándose y yo subí mi mano por su gemelo. Pensé en si así era como se había tocado siempre: acariciándose superficialmente su punto más sensible sin llegar a penetrarse. Esperando a la persona a quien le entregaría lo que yo había tomado en el cuarto de baño. No sentí ningún tipo de remordimiento. Al contrario, todas las imágenes que vinieron a mi cabeza fueron salvajes. Quería penetrarla con fuerza, quería darle la vuelta y entrar dentro de ella mientras jadeaba contra la almohada. Sabía que le iba a doler, pero también me dolía a mí estar conteniéndome así. Me toqué y ella desvió su mirada a mi miembro. Los labios se le entreabrieron.

—¿Estás segura? —pregunté y decidí que sería la última vez que le daba la oportunidad de echarse atrás, porque algo primitivo en el fondo de mi cabeza la reclamaba como mía.

—Sí —jadeó retirando su mano.

Me coloqué entre sus piernas.

Cogí su pierna derecha y deslicé mi lengua desde su tobillo hasta el interior de su rodilla. Después seguí subiendo por su muslo. La acaricié con ambas manos y, cuando llegué a sus caderas, abrí más sus piernas para lamerla. La lamí una y otra vez mientras Elizabeth gemía y se arqueaba contra el colchón.

Subí mis manos a sus pechos sin dejar de tomarla con la boca.

La cabeza se me había llenado de ella en cada una de sus terminaciones. Me había muerto y aquello era algún premio que no me merecía, ella era algo que no me merecía. Ver como su cuerpo se retorcía, se entregaba, tan inocente; su primera vez, ardiendo por mí… Era mía, mía… La sangre me abandonó. La penetré con dos dedos, siguiendo las olas de sus gemidos. Me volví salvaje y, cuando no pude reprimirme más, subí y la besé para que ella supiera a qué sabía. No tuve ningún tipo de contemplación. Deslicé mi lengua en la suya. Comiéndome cada uno de sus gemidos, y me coloqué entre sus piernas. En ese momento la penetré profundamente.

Gritó contra mi hombro.

Me quedé quieto. No quería hacerle daño, pero no podía salir de ella ni retroceder.

—Tranquila…

Elizabeth buscó mis ojos. Nos miramos un momento. Estudié sus reacciones. Conocía perfectamente el cuerpo de una mujer. Había hecho gritar, jadear, gemir, suplicar a cientos de mujeres, pero jamás había estado con una virgen.

Me retiré ligeramente cuando sentí que su cuerpo volvía a buscarme y volví a entrar más despacio. Ella siguió mi movimiento, como una ola.

—¡Álvaro! —gimió contra mi pecho.

Volví a hacerlo una tercera vez. Estaba muy mojada, pero tan cerrada… No podía pensar. Me estaba conteniendo, pero todo mi cuerpo pugnaba por entrar más. Por hacerla mía, mía… Estaba ciego

y sordo, como si el océano helado de Nueva York hubiera inundado mi cabeza.

—¿Te duele? —pregunté casi sin reconocer mi voz tensa.

Elizabeth entreabrió los labios.

—Sí… No… Me duele, pero es… No pares…

El deseo imponiéndose… Acababa de darme luz verde. Volví a hundirme siguiendo el movimiento de su cuerpo.

Había algo intangible que se estaba desprendiendo de su cuerpo para colarse en mi propia piel. Quería respirarla, quería que su cuerpo fuera mío. Jamás, en toda mi vida, había sentido algo así…

Bajé mis labios y mordí ligeramente los suyos para después volver a besarla mientras entraba y salía de su cuerpo.

Rompí el beso y la miré, para asegurarme de que estaba bien.

—No pares —suplicó a pesar de que su expresión estaba a medio camino entre el dolor y el placer.

—No deberías decirme esas cosas.

—¿Por qué?

—Porque me está volviendo loco estar dentro de ti —confesé.

Entonces fue Elizabeth la que me incitó con sus caderas.

Subí sus manos por encima de su cabeza y las sujeté con una sola mano. Bajé la otra para subir su muslo un poco más, de forma que ella se abriera más a mí y volver a penetrarla profundamente. Seguí dos, tres, cuatro veces hasta que Elizabeth no pudo más, se quejó ligeramente contra mi pecho, pero no pidió clemencia. Sabía cómo volverme loco. Buscó mi mirada.

—¡Más! —jadeó contra mis labios.

Me rompí y la penetré profundamente, dejándome llevar. Dándole todo aquello de lo que estaba hecho. Hasta que su fortaleza se quebró y no pudo más. Se soltó de mi agarre y me abrazó mientras yo perdía completamente la razón por ella. Seguí entrando y saliendo de su cuerpo hasta que sentí que su orgasmo volvía. Busqué la forma de tocarla para asegurar que llegara al orgasmo y, cuando lo alcanzó nuevamente, la penetré una vez más y me quedé dentro de ella, dejando que se abrazara a mí de una forma intensa que tenía tanto de salvaje como de ternura. Dejé que disfrutara

unos segundos de su orgasmo. Me miró como si acabara de descubrir un nuevo universo que le había sido negado.

Entonces, la tomé para mí. La besé profundamente y me centré en mi propio orgasmo. Intensifiqué las embestidas hasta que me quedé al borde del clímax.

En ese momento, salí de su cuerpo y terminé sobre su vientre.

Capítulo 33

Te tengo

Beth

—Espera, voy a por una toalla —declaró Álvaro tras besarme en la frente.

Álvaro fue al baño y escuché como se lavaba. Después volvió con una toalla de bidé mojada para limpiarme. Sin ningún tipo de remilgo, la pasó entre mis piernas, llevándose los pequeños hilos de sangre que había allí. La dobló y limpió mi vientre no sin antes dedicarme una mirada gris.

—Lo siento —dijo.

—¿El haberme quitado la virginidad o el haber terminado sobre mi vientre? —pregunté con guasa.

Álvaro dobló la toalla, para que quedara en su interior la parte manchada, y la dejó sobre la mesilla. Sonrió ligeramente y levantó una ceja.

—Ninguna de esas dos cosas. La primera, porque creo que te di varias oportunidades de arrepentirte y diría que estás muy satisfecha, y la segunda, porque vi en tu cara lo mucho que te gustó —comentó sin tapujos.

Sentí mis mejillas encendidas.

—Entonces, ¿por qué lo sientes? —quise saber.

—Por haberlo hecho sin preguntarte si querías que me pusiera un preservativo. Ha sido una imprudencia, no debí. —Hizo una pausa —. Por otro lado, puedes estar tranquila: estoy sano. Me hago chequeos regularmente.

Un preservativo, no lo había ni pensado.

Álvaro se movió, por lo que me estiré y le dejé un espacio en la cama. Tapé con el nórdico la ligera mancha de la prueba de mi

virginidad. No había manchado mucho, apenas nada. Si bien ya había manchado algo en la ducha.

—¿Normalmente lo preguntas? —indagué.

Álvaro se apoyó sobre un brazo para mirarme a los ojos. Deslizó una mano por debajo de la sábana, directamente sobre mi vientre.

—No, nunca lo pregunto. Siempre me pongo un preservativo para tener relaciones sexuales.

Me mordí el labio. La curiosidad me podía.

—¿Entonces?

—Entonces, no me pude contener —declaró—. Tampoco he traído preservativos. No estaba pensando en tener sexo contigo.

—Ah, ¿no? —pregunté empujando un poco su voluntad.

Me acarició moviendo su mano a mi cintura.

—No —aseguró—. Otra cosa es que lo deseara, pero no pensaba en llevarlo a la práctica.

Me acarició la mejilla y retuve su mano para besar su palma.

—Pues yo no he podido pensar en otra cosa desde el otro día —confesé, y deposité un beso en su pecho.

—Elizabeth…

—No te estoy pidiendo nada —le aseguré. No quería que pensara que lo que habíamos hecho lo había comprometido de alguna forma—. No lo necesito. Ya me lo han prometido todo. Ya pusieron en mi mano un anillo de Tiffany y me engañaron, no sirvió de nada.

Álvaro me miró como si yo fuera un puzle del que tenía todas las piezas y que, aun así, no estaba seguro de saber resolver.

—¿Y ahora qué quieres?

Moví la cabeza.

—Nada —volví a asegurar—. No sabes lo libre que me siento.

Alcancé sus labios y lo besé.

Álvaro respiró profundamente cuando lo solté, y no estaba segura al cien por cien de entender todas sus señales. Me acarició la cintura nuevamente.

—No querría hacerte daño, Elizabeth —aseveró—. No me lo perdonaría.

—No lo vas a hacer.

—No sé… Esto ni tan siquiera lo hemos hablado.

—Bueno, en todo caso, tú estás exento de toda culpa. He sido yo la que te ha asaltado en la ducha. No me pude resistir —bromeé. Me senté en la cama y le besé el cuello. Él lo arqueó dejándose querer—. Espero no haberlo hecho demasiado mal.

—No has hecho nada mal —declaró oscureciendo la mirada.

—Bueno, como no tengo experiencia… Igual he sido algo patosa, no lo sé.

Álvaro me miró con intensidad.

—Bueno, también ha sido una experiencia nueva para mí.

—¿También eres virgen? —pregunté con una sonrisa.

Puso los ojos en blanco.

—Nunca había estado con una chica sin experiencia.

Me sorprendí.

—¿En serio? ¿Ni tan siquiera cuando eras joven?

—Eso lo dices porque ahora soy un viejo.

Me reí.

—Bueno, un poco anciano, reconozcámoslo, aunque estás en muy buena forma —lo piqué.

—Supongo que gano puntos porque no tienes con quién comparar.

—Eso es cierto.

Vi en los ojos de Álvaro muchas cosas. Cierta ligereza por el clímax alcanzado; preocupación, de la que no era capaz de deshacerse, por haberse dejado arrastrar y haber acabado haciéndolo, y deseo, mucho deseo. Me tenía ganas. Unas ganas inmensas que no se habían apaciguado con lo que habíamos hecho. Lo sabía, porque compartía el mismo sentimiento.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Pensé que cuando por fin tuviera sexo después habría calma. Un deseo satisfecho. —Álvaro no dijo nada. Sentí sus dedos deslizándose en mi brazo—. Sin embargo, no es eso lo que siento.

—¿No?

Lo empujé para que se tumbara y me subí a horcajadas sobre él.

—No. Ahora creo que has desatado a un monstruo, porque solo puedo pensar en volver a hacerlo —declaré sobre sus labios justo antes de volver a besarlo—. ¿Me enseñas?

—¿Qué quieres que te enseñe? —replicó entre besos cortos.

Su sonrisa podría derretir todo el hielo de la Antártida. Deslicé mis manos por aquel pecho esculpido en piedra.

—Enséñame todas las perversiones que haces con otras… —murmuré sobre sus labios.

Levantó una ceja.

—Esas son muchas perversiones —aseguró.

Me miró a los ojos y supe que decía la verdad.

—¿Cómo te gusta el sexo? —pregunté sintiendo como el calor se arremolinaba entre mis piernas.

Álvaro frotó su miembro ya completamente duro contra mí.

—Duro —contestó con la voz ronca.

—Pues házmelo así, duro —le pedí.

Quería tener todo lo que habían tenido otras. No quería que algo me fuera privado.

—Eso es demasiado para ser el primer día. ¿No crees?

—Puedo soportarlo —afirmé, y lo besé.

Me mecí encima de él. Rozándolo con mi sexo. Me moví llevada por la intuición y esperando que él me enseñara. Me dijo cómo le gustaba que lo tocara y lo hice. Lo acaricié con mi mano y él puso una de las suyas por encima, para enseñarme, como había hecho en la ducha. Supe que estaba acertando cuando vi como exhalaba con los dientes apretados.

Después cogí su miembro y me di placer a mí misma. Sin importarme que no tuviéramos preservativo. Con su ayuda, me coloqué encima y fui bajando hasta que estuvo por completo dentro de mí. Estaba muy excitada, pero aun así me dolía un poco. Tuve que echarme hacia delante para que el dolor cediera al placer. Él era muy grande y yo, muy inexperta.

Álvaro se sentó para alcanzar mis labios y acariciarme los pechos. Lo hicimos así, sin dejar de besarnos ni un momento. Moví

las caderas y comprendí lo hambrientos que estábamos todavía.

Gemimos uno contra el otro, muertos de ganas. Ebrios de aquello que nuestros cuerpos desprendían. Me moví más fuerte, como a él le gustaba. Los sonidos guturales que salían de su garganta consumían la poca cordura que me quedaba.

—Abre la boca —me pidió con una mirada gris dura cuando vio que yo estaba a punto de llegar. Metió dos dedos dentro de mi boca —. Chúpalos —jadeó.

Lo hice y aumenté los movimientos de mis caderas. Entonces volvió a bajar la mano, con los dedos humedecidos por mí, y me acarició con cadencia. Echó mi cabeza hacia atrás para atrapar uno de mis pechos con su boca y no lo soltó. No me dio tregua hasta que me destrozó una vez más.

Entonces, me sostuvo contra su pecho y repitió lo mismo que me había dicho en la ducha:

—Te tengo.

Y yo le creí.

Capítulo 34

Gula

Álvaro

Me desperté temprano, pero ya había amanecido. Vi el móvil encima de la mesilla: eran casi las siete de la mañana. A mi lado dormía Elizabeth con una camiseta mía. Estaba bocabajo con el cabello rubio desparramado sobre la almohada. Se la veía tan inocente, eran tan joven… Sentí una punzada en el pecho. ¿Aquello era amor? ¿O quizás remordimientos? Nunca había sido un tipo impulsivo, sin embargo, el día anterior me había dejado arrastrar por mis deseos más bajos. Elizabeth se había estado reservando y yo la había tomado sin ningún tipo de escrúpulos. Era una chica con una educación clásica y con firmes creencias conservadoras. Todo aquello chocaba de frente con mi educación, con la libertad con la que yo había crecido, con lo que a mí me habían inculcado en mi casa, en Madrid, cuando era un chaval.

Mi casa, en Madrid. No quedaba nada de aquello. Nosotros, que teníamos uno de los principales *holdings* inmobiliarios a nivel internacional, y que yo no fuera capaz de tener mi propio hogar en Madrid era algo que, a pesar de mi fachada externa, me dolía. Mucho más de lo que querría confesar. Todavía recordaba cuando habíamos dejado el piso de mis padres para irnos con nuestros abuelos maternos. Había cajas por todas partes. Era demasiado doloroso.

Muchas veces me preguntaba quién habitaría ahora aquel piso. ¿Cómo serían sus vidas?

No podía pensar en aquellas cajas.

Supongo que la sensación de no tener un lugar al que volver cuando estaba en Madrid era un poco por eso. Por la venta de

nuestro hogar familiar. O quizás es que los huérfanos siempre nos sentíamos un poco así: como si nos faltara algo.

Deslicé mi mirada por el perfil de su nariz, por sus labios. No había tenido ningún reparo en hacerla mía… ¿*Mía*? ¿Ella era mía solo porque nos habíamos acostado? ¿Porque no se había acostado antes con otro hombre? Reparé en ello. Elizabeth era quien había tomado esa decisión de forma consciente, sabiendo que dejaba atrás muchas de las cosas en las que siempre había creído. Su exnovio la había destrozado, pero me preguntaba si todo aquello no le habría dado alas… Para sentir, para ser ella misma y deshacerse de ideas preconcebidas y corazas. Quizás ahora querría experimentar esa libertad. Quizás ella no se sintiera mía en modo alguno. No podía saber qué sentiría Elizabeth en unos días o en unas horas. El problema era que tampoco podía entender mis propios sentimientos, porque no los conocía. Me eran ajenos, extraños. Me había acostado con cientos de mujeres, pero con ninguna había sentido aquella intimidad, como si todo ocurriera a un plano mucho más profundo.

Observé como la luz del día que entraba por la ventana besaba su piel; las ganas de meterme en su cuerpo se anclaron a mi estómago.

Elizabeth abrió los ojos y un azul despejado, sin una nube, me arrolló.

—¿Planeando cómo escaparte? —preguntó.

Me hizo gracia.

—Quizás… Pero quedaría un poco raro que te dejara sola en medio de un pueblo francés.

—Mmmm… Podría entenderlo si te sientes superado por el exceso de responsabilidad, por haber acabado con mi virtud —comentó—. Pero tu huida tendría que tener algo teatral.

Esta vez mi sonrisa fue más amplia.

—¿Por ejemplo?

Elizabeth se colocó de lado, apoyando la cabeza sobre un brazo.

—No sé. Quizás descolgarte por el balcón.

—¿A lo Romeo y Julieta, pero al revés? —pregunté apartándole un poco el cabello.

—Exacto.

—¿Y por qué no salir por la puerta?

—Abandonarme por la puerta sería mucho más mundano, menos teatral. Ni siquiera sería digo de mención.

—Eso es cierto —concedí—. No obstante, pensé que eras más de Byron.

Elizabeth se acercó y me besó en la nariz. Un sentimiento cálido, tierno se extendió dentro de mí.

—Por supuesto, soy mucho más de Byron, pero *Romeo y Julieta* es *Romeo y Julieta* —declaró con convicción.

—Cierto —tuve que aceptar—. Así que bajo por el balcón los cinco pisos. Tengo que ver cómo ejecutarlo.

—Puedes ayudarte de alguna piedra de la fachada —apuntó.

—Bien visto —repliqué, y sentí un beso de Elizabeth en mi barbilla—. ¿Y mientras tanto tú qué haces?

—Bueno, mientras tú huyes por la presión y el miedo a que te pida un compromiso … Yo exploro mi recién descubierta sexualidad práctica —expuso divertida.

—¿Sexualidad práctica? —pregunté sonriendo mientras Elizabeth besaba mi clavícula.

—Sí…

—¿De qué forma?

—Bueno, supongo que, si tú huyeras, tendría que hacerlo yo sola, en esta gran cama. No voy a salir corriendo a buscar otro hombre, tan rápido.

La empujé ligeramente para que se tumbara.

—Prefiero quedarme y participar activamente.

—¿Antes de una ducha y de un cruasán con mermelada y café?

Busqué entre sus piernas y le quité la ropa interior. La toqué, ya estaba mojada y desde luego yo no necesitaba ningún tipo de preliminar.

—Antes de todo eso —declaré colocándome entre sus piernas tras deshacerme del pantalón del pijama con el que había dormido para penetrarla.

Elizabeth gimió en respuesta.

—¿Más? —pregunté.

Ella estaba debajo de mí. Con mi camiseta puesta. Los pezones se marcaban en la tela, la luz de la mañana lo llenaba todo y ella ocupaba mi cabeza al completo. No podía pensar.

—Mucho más…

Volví a penetrarla con más fuerza.

Me miró desafiante a través del azul imposible de sus ojos. La boca entreabierta con respiraciones entrecortadas.

—Más… —gimió contra mis labios.

Fui rudo, a pesar de que ella no estaba acostumbrada a estar con un hombre. Sin embargo, su cuerpo reaccionaba al mío, como si ambos llevaran mucho tiempo buscándose.

—Nunca había sentido algo así —se me escapó contra su cuello.

Me sentí incapaz de decir nada más, a pesar de todo lo que sentía en mi cabeza, en mis tripas y en mi corazón.

Elizabeth tiró de mí para acercarme a ella y, como si le diera vergüenza decirlo, se acercó a mi oído para susurrar:

—Puedes acabar dentro, no estoy ovulando.

La miré a los ojos y seguí embistiéndola.

—Quiero ver cómo llegas —le pedí—. Tócate.

Ella bajó una mano y se tocó mientras yo no dejaba de embestirla, una y otra vez.

Entonces, su cuerpo convulsionó y yo bajé y la besé.

Incapaz de renunciar a lo que me había puesto en bandeja, me dejé ir dentro de ella.

Habíamos perdido la cabeza, los dos. Aquello era gula y seguramente, antes o después, seríamos castigados por nuestros excesos.

Capítulo 35

Un pueblo en el corazón de Dordoña

Beth

Beca, la hermana de Álvaro, vivía en Belvès, en el Périgord, en la región de Dordoña, al suroeste de Francia. El pueblo tenía una estética singular que no dejaba a nadie indiferente. Era precioso, como si alguien hubiera decidido arrancarlo de un cuento y lo hubiera impreso en la realidad. Tenías la sensación de entrar en un libro antiguo. Sus calles, estrechas y ligeramente inclinadas, estaban hechas de casas de piedra. Conservaba un centro histórico medieval, con plazas pequeñas donde los cafés y las tiendas se mezclaban con viviendas antiguas. La piedra de sus calles se calentaba bajo el sol del verano incipiente. Era, sencillamente, precioso.

Álvaro dejó caer que Belvès había que descubrirlo, pues lo que se apreciaba a simple vista no era todo lo que podía dar de sí. Era un lugar para recorrer, enamorarse de sus recovecos y singularidades… Me lo dijo con un aire misterioso en la mirada. Esa era la tierra que había sido de sus abuelos. Donde su abuela francesa había levantado un imperio de fresas y donde ahora lo hacía Beca.

Escuché atentamente a Álvaro y me fijé en todo lo que se escondía detrás de las líneas de lo que me decía. Estaba claro que amaba aquella tierra de colinas suaves, campos y bosques.

Me dediqué a escucharlo y me maravillé de que pudiera hablar tanto. Que fuera tan abierto, él no solía ser así. Me contó algunas anécdotas de cuando eran pequeños y pasaban los veranos en Francia con sus abuelos, en aquellas tierras.

—¿En qué piensas? —preguntó de repente deteniendo su relato.

Avanzábamos por una carretera sinuosa. El pueblo quedaba atrás y nos acercábamos a la zona de campo, a la casa que tiempo atrás había sido de la familia de Álvaro y donde ahora vivía Beca con su pareja.

—En lo mucho que hablas —confesé con una sonrisa.

—¿Quieres que me calle? —preguntó sorprendido.

Meneé la cabeza.

—En absoluto, quiero que sigas hablando. —Mis ojos viajaron hasta los suyos, encontrándose fugazmente antes de que Álvaro volviera a centrarse en la carretera—. Es eso precisamente, no quiero romper la magia.

—¿La magia?

—El hechizo…

—Explícate, por favor.

Me fijé en sus manos sobre el volante. Su camisa clara remangada. Su brazo, con el vello suave.

—Tú hablando abiertamente de este pueblo. De anécdotas. De Beca y tú corriendo por campos de fresas mientras Candela se sentaba a leer. De la risa de tu madre… Estás hablando mucho más de lo que lo has hecho desde que te conozco. Sueles ser parco en palabras, así que este cambio tan repentino solo puede obedecer a una razón…

—¿A qué? —preguntó curioso.

—A que el sexo conmigo haya sido tan increíble que un efecto secundario sea este: un Álvaro muy hablador, con un punto parlanchín.

Se rio con grandes carcajadas.

—No he sido parlanchín en toda mi vida —apuntó divertido.

—Hasta ahora.

Volvió a reírse y giró suavemente para seguir por una zona de campo y alguna que otra casa aislada.

—Entiendo que, a pesar de mi inexperiencia, has quedado altamente satisfecho —me atreví a valorar—. O quizás sea otra cosa.

Álvaro había fruncido ligeramente el ceño, pero seguía divertido.

—¿El qué?

Se desvió por un camino que se salía de la carretera principal y llegamos al portal de lo que supuse que era el cierre de la finca de su hermana.

Frenó el coche.

Lo miré a los ojos.

—Quizás estás obnubilado.

Se quedó mirándome en silencio.

—¡Álvaro!

Miré hacia el portal, que se había abierto sin que nosotros nos hubiéramos dado cuenta. Quizás los dos estábamos obnubilados.

***

Beca era un huracán de energía. Una de esas personas llenas de luz que parece que siempre están haciendo muchas cosas y no paran nunca. Tenía el cabello negro muy rizado y exactamente los mismos ojos que Álvaro. Era muy guapa y su barriguita ya era llamativa. Me recibió con mucho calor y se dispuso a enseñarme la finca y la plantación de fresas, indicándome que al final del terreno estaba la fábrica donde se elaboraban sus mermeladas. Volvimos caminando entre las fresas mientras Beca no paraba de contarme cosas sobre el terreno, las fresas, las mermeladas, el pueblo y algunas anécdotas de su hermano.

Álvaro había entrado con las maletas en la casa. Cuando volvíamos lo vi a lo lejos hablando con Filip, la pareja de Beca, en el patio. Este era muy grande, llevaba barba de unos días y tenían unos ojos verde acastañados muy bonitos. Era un tipo pausado, con una sonrisa templada y aire de Europa del Este. Álvaro me había explicado que era medio checo medio andorrano.

—Llegáis justo a tiempo para ayudarme en la cocina —comentó Beca cuando nos acercamos a ellos.

—Tú nunca quieres ayuda en la cocina —indicó Álvaro acusador.

—Eso no es cierto en modo alguno.

—¡Anda que no! —bufó su hermano.

Filip esbozó una sonrisa.

—¡No le des la razón! —se quejó.

—¡No he dicho ni una palabra! —murmuró Filip con un acento y un deje al hablar muy curiosos—. No la tomes conmigo.

—¿Para qué quieres nuestra ayuda, Beca? Dime —preguntó Álvaro—. Si lo haces tú todo y a lo que hacemos los demás siempre tienes algo que decir. Algún detalle que mejorar o retocar.

Beca lo miró asombrada.

Filip sonrió con cierta suficiencia, como perdonándola, y comprendí que apoyaba a su cuñado.

—¡No hago eso en absoluto! Es una mentira gigante —negó con rotundidad—. Simplemente, estoy acostumbrada a llevar yo la cocina. Si otra persona se ofreciera, me retiraría encantada y no tendría que estar yo siempre entre los fogones.

—Lo haces todo el tiempo —la contradijo Filip, dándole la razón a Álvaro.

Este le dio las gracias haciendo mímica con la boca.

Beca bufó y puso los brazos en jarras.

—Bueno, quizás tenga algo de defecto profesional —rumió entre dientes.

Beca era chef, además de especialista en fresas. Las plantaba, las cuidaba, las transformaba en deliciosa mermelada. Estaba deseando probar sus fresas, me encantaba la mermelada.

—¡Está bien! ¿Podéis acompañarme a la cocina, aunque os retoque y toquetee todo lo que preparéis? —preguntó.

—¡Por supuesto! —aceptó Álvaro echando un brazo por encima del hombro de su hermana.

Filip sonrió y nos dirigimos hacia el interior de la casa.

La preparación de la comida fue muy divertida. Pude conocer un poco a Filip mientras Beca y Álvaro se enzarzaban en una conversación llena de risas. Estaba claro que los hermanos querían recuperar el tiempo perdido.

Filip era un informático, aparentemente. Al menos esa era su fachada oficial, pero la verdad es que era un *hacker*. Álvaro me lo había confesado en la más estricta confianza esa misma mañana mientras veníamos de camino. En todo caso, no era un *hacker* cualquiera: prestaba sus servicios a gobiernos que lo necesitaban,

así que era como una especie de héroe encubierto. He de reconocer que su mirada tenía algo misterioso.

Decoramos la mesa con flores silvestres entre risas y en un ambiente familiar y festivo.

A las 14:00 h pusimos la comida en la mesa y decidimos empezar con el banquete, cansados de esperar a que Candela llegara. Beca la había llamado por teléfono hasta en tres ocasiones sin éxito, así que nos sentamos a comer. Esperar a alguien que no sabes si va a venir puede ser desalentador.

Justo cuando llevábamos comiendo un rato y nos estábamos riendo de una anécdota que había contado Beca, llegó la última comensal.

—Hola —saludó Candela entrando en el comedor—. Siento llegar tarde. Por cierto, no habéis cerrado el portal, así puede colarse alguien en la finca.

Su rictus era serio. Me quedé sin palabras: era preciosa. Los tres hermanos lo eran, pero lo de Candela era otro nivel de perfección. Me pareció irreal que pudiera existir alguien tan bello. Candela tenía el cabello negro y liso como una tabla y lo llevaba muy largo. Su rostro parecía hecho con un extra de cuidado. Sin mácula, casi como una muñeca de porcelana. Lo que más me impresionó fueron sus ojos azules grisáceos. Eran iguales que los de sus hermanos, sin embargo, tenían algo diferente: un filo de extrema dureza que no se encontraba ni en las miradas más frías de Álvaro. Parecía tan difícil como hermosa.

—Iré a cerrar el portal —indicó Filip poniéndose en pie para dirigirse a la puerta del salón—. Bienvenida —añadió cuando pasó junto a la hermana recién llegada.

—¡Candela! ¡Qué alegría que hayas venido! —saludó Beca poniéndose de pie.

En ese momento, Candela bajó la mirada a su abultado vientre.

—Estás embarazada —declaró de forma aséptica.

No tuve claro si era una pregunta o una afirmación, pero su mirada dura no cambió ni un ápice.

—Sí, tenía muchas ganas de contártelo —comentó Beca rodeando la mesa para aproximarse a su hermana.

—Si tuvieras tantas ganas, lo habrías hecho —replicó Candela con frialdad recibiendo el beso en la mejilla de su hermana.

Me fijé en el gesto. Candela recibió el beso, pero no se lo devolvió. No hubo un gran abrazo como el que había habido entre Álvaro y Beca cuando habíamos llegado. Este era un recibimiento muy diferente.

—¡Candela! —la reprendió Álvaro poniéndose en pie.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó con un tono duro.

Álvaro estaba furioso, pero una mirada cálida de Beca lo disuadió de intervenir. En ese momento me di cuenta de que Beca tenía la capacidad de templar los ánimos entre ambos hermanos.

—No es el momento —comentó con serenidad.

Álvaro se sentó de nuevo.

Capítulo 36

Tarta de fresas

Álvaro

Candela me estaba poniendo nervioso. No hacía el más mínimo esfuerzo por integrarse. Todos hablábamos animadamente menos ella. De los que ese sábado de junio estábamos sentados a la mesa, la única persona que yo definiría como extrovertida era Beca. Ella podría hablar con una pared de piedra y, aun así, pasar una tarde agradable.

Filip, por su parte, era un tipo tranquilo, pausado. Era más bien de los que permanecían en un segundo plano. Al menos, eso era lo que parecía en un primer momento. Sin embargo, cuando lo conocías te dabas cuenta de que era alguien con muchas vivencias. Tenía mucho que contar, aunque solía dosificarlo. Era una de esas personas hechas de capas. Desde que había podido conocerlo, y comprobar lo absolutamente enamorado que estaba de Beca, me sentía muy tranquilo. Sabía que él pondría el mundo a los pies de mi hermana si fuera necesario.

Elizabeth estaba llena de fuerza, pero necesitaba cierto tiempo para abrirse. Aunque podía resultar reservada en un inicio, era una de esas personas que pueden sorprenderte cuando las conoces. Serpenteó su mirada hasta mí y la recordé entrando en la ducha y tomando por sí misma lo que quería. Dejando atrás las creencias que habían asentado las bases de sus decisiones y avanzando hacia lo que realmente quería. Me dio una punzada en el estómago al recordar la noche que habíamos pasado. Pensé que yo podía parecer de piedra, pero hasta un monolito de sal podría deshacerse bajo una tormenta de agua, y toda ella había caído sobre mí como la más cálida de las tormentas.

Por mi parte, yo también podía resultar un tipo reservado. Sin embargo, en el ambiente adecuado, sabía abrirme y relajarme. Abrirme hasta cierto punto, claro.

Sí, ninguno, salvo Beca, éramos especialmente extrovertidos, pero todos podíamos hacer el esfuerzo. Éramos adultos funcionales con capacidad para hablar y hacer pasar al resto de los comensales una tarde agradable, especialmente, estando en familia. Todos menos Candela, por supuesto.

Cogí un poco de agua y bebí. Estábamos en los postres y tenía enfrente de mí la tarta de fresas que Beca había preparado.

Miré a Candela, que estaba sentada justo en la otra punta de la mesa con el ceño ligeramente fruncido. La boca cerrada en una fina línea, casi como si le hubieran cosido los labios. Era tan hermosa que hasta dolía verla. Eso solía decir mi padre justo antes de cogerla en volandas y hacerla girar. Entonces, Candela reía a carcajadas. A carcajadas, algo que resultaba insólito de recordar. Esas carcajadas no se habían repetido de adulta. Estaba allí sentada y solo nos había regalado monosílabos y miradas duras.

Me pregunté para qué querría tantos castillos, ya que en su caso podría resultar la bruja del cuento.

—¡Esta tarta es una delicia, Beca! —exclamó Elizabeth terminándose el generoso pedazo que mi hermana le había servido.

—Es mi favorita —indicó Filip confirmando las palabras de Elizabeth—. Aunque todo lo que cocina Beca está buenísimo. Lo malo es que comiendo tan bien he subido un par de kilos —añadió con una sonrisa.

Mi hermana lo miró y pude comprobar que le encantaban cada uno de los centímetros de Filip, estuvieran donde estuviesen ubicados.

—Gracias —respondió mi hermana volviendo a centrarse en Elizabeth—. Es una de las recetas de mi abuela —explicó tocándose en un gesto mecánico la barriga.

—De vuestra abuela paterna, ¿no?

—Sí —confirmó mi hermana—. La dueña de la casa en la que estamos ahora mismo. Bueno, aunque la casa original ya la habían levantado mis bisabuelos.

—Tenéis unas fuertes raíces francesas —apreció Elizabeth.

—Efectivamente —respondió con una sonrisa apoyando la mano sobre su barriga.

Sentí algo cálido extendiéndose en mi pecho al ver a Beca tan feliz y satisfecha con su embarazo.

—Álvaro me contó un poco al respecto. Sé que volviste a Francia para recuperar el legado de tu abuela. Me parece increíble lo que has logrado aquí —expuso Elizabeth con su dulzura habitual.

Sentí que podría derretirme al ver cómo le sonreía a mi hermana. Estaba seguro de que, a esas alturas, todos se habían dado cuenta de que entre Elizabeth y yo había mucho más que una relación laboral.

Beca sonrió satisfecha. No era una persona que necesitara presumir. Sin embargo, había trabajado mucho para volver a poner en pie el legado de nuestra familia francesa, era normal que se enorgulleciera. Ella era la memoria viva de las mujeres fuertes de nuestra familia. De las que habían abierto camino cuando no era tan fácil hacerlo para una mujer: mi abuela paterna, que había manejado su imperio de fresas; mi abuela materna, que había sido el motor y el corazón del negocio bancario de mi abuelo, y mi madre quien, junto con mi padre, había levantado, gracias a la economía heredada de mis abuelas, el *holding* inmobiliario.

Toda aquella fuerza de las mujeres de nuestra familia había eclosionado en Beca.

Candela también tenía esa fortaleza, pero por algún motivo en ella se materializaba en miradas afiladas que te cortaban.

La observaba desde la otra punta de la mesa y sentí ganas de pelearme con ella como cuando éramos pequeños. Así al menos podría provocar que chillara y gritara, que hiciera algo más que regalarnos su presencia helada.

—Así es —confirmó Beca—. Regresé a Francia para volver a poner en pie el legado perdido de mi abuela paterna.

Filip cortó un nuevo pedazo de tarta y se lo sirvió.

—Solía venir de vez en cuando a nuestra casa en Francia. Es decir, a esta casa, que siempre ha sido nuestro hogar, de los tres. Durante años he sido la única que ha vuelto de forma asidua. —Hizo

una pausa—. Hubo un tiempo en que no tenía tan claro qué es lo que quería hacer o no me atrevía a verlo, pero llegado un momento sentí que la tierra me llamaba, que tenía claro lo que de verdad anhelaba —explicó—. Así que aquí estoy, peleando por aquello por lo que una vez luchó mi abuela.

—Ahora esta casa es solo tuya —maticé.

—Bueno, siempre será de todos —replicó Beca quitándole importancia.

—Es tuya —insistí—. De hecho, ya está escriturada solo a tu nombre.

Candela hizo un gesto apenas perceptible. Pensé en si no estaría tan conforme con aquello.

—Bueno, como sea. El caso es que me vine a Francia y ha sido una de las mejores decisiones de mi vida. —Hizo una pausa—. Además, en aquel momento, Filip y yo nos habíamos separado. —Entre ellos hubo una mirada—. Bueno, no podría decir que nos habíamos separado porque no habíamos llegado a formalizar la relación por aquel entonces. Es una historia un poco larga, así que la dejamos para otra ocasión… Pero he de decir que él también tuvo que llegar hasta estas tierras para que pudiéramos reencontrarnos —añadió con una sonrisa mientras Filip no le sacaba los ojos de encima.

—¿Fue entonces cuando decidiste recuperar las plantaciones de fresa? —preguntó Elizabeth.

—Sí, una vez estuve aquí me puse manos a la obra —explicó—. Recuperar el legado de nuestra familia se convirtió en una necesidad.

Beca siguió hablando y Elizabeth la escuchaba con atención.

Candela no decía absolutamente nada, sentada en la otra punta de la mesa. Sabía que estaba molesta conmigo. Entre nosotros planeaba, como una tormenta, el problema de los castillos, las discusiones que habíamos tenido y todo lo que ella había hecho a pesar de mi oposición. Candela no era cercana, pero Beca no se merecía tanto silencio por su parte. Menos en su estado.

—Seguro que tu abuela está muy orgullosa de ver todo lo que has hecho aquí —aseguró Elizabeth con cierta emoción.

Me mordió el corazón escucharla hablar con tanto cariño.

—Está muerta —por fin habló Candela con voz helada.

Levanté la mirada hasta mi hermana.

—Ya lo sabe —repliqué con severidad—. Es creyente, por eso habla así.

Candela clavó su mirada en Elizabeth, quien se había quedado lívida. Me fijé en cómo mi hermana había bajado sus ojos hasta la cadena de oro con el pequeño crucifijo que colgaba del cuello de Elizabeth.

—No es la mejor forma de referirte a alguien que no está hablar de ella en presente —añadió con un tono mordaz.

—Perdona, no quería ser inapropiada —se disculpó Elizabeth.

Comprendí lo incómoda que se sentía. Candela la observaba sin recular ni un centímetro.

—Candela… —le advertí.

—¿Qué? —preguntó con tono seco—. ¿Ahora la incorrecta soy yo? Sería mejor que hubieras dicho: *estaría* muy orgullosa.

—Tienes razón —claudicó Elizabeth—. No quería molestarte.

—No te disculpes. No tienes nada de qué disculparte.

—¡No discutáis, por favor! —nos pidió Beca con cierta angustia reflejada en su rostro.

—Además, no deberías hablarle a alguien así —añadió—. Resulta ofensivo para los que no somos creyentes.

—¡Basta, Candela! —Di un puñetazo en la mesa.

Candela se puso de pie y fue como si un monolito de hielo se hubiera levantado en medio del salón. Las paredes se congelaron y el ambiente cálido se evaporó.

—Bueno, creo que hemos terminado la comida —siseó—. Había que hacer unas fotos, ¿no? Saldré a dar un paseo. Cuando estéis listos me avisáis.

Candela salió del salón. Sí, había que hacer unas fotos, pero la idea era haberlas hecho un par de días antes, en otro de los castillos. Comprendí que, como en Périgord estaba uno de los castillos que había adquirido, y en vista de que ya estábamos allí, Candela había pensado en zanjar ese asunto y hacer las fotos. Estaba claro que ella no se adaptaba a las agendas de los demás.

Era quien marcaba la agenda, y los demás podíamos bailar al ritmo que dispusiera o quedarnos sin bailar.

—Iré a hablar con ella —declaré arrepintiéndome de que hubiera logrado sacarme de quicio.

—No, iré yo —me contradijo Beca, se la veía disgustada—. Está molesta porque no le conté nada de lo del embarazo y ha tenido que verlo cuando ya estoy así —indicó poniéndose en pie y tocándose la tripa—. Debería haber tenido en cuenta cómo es y haberla llamado.

Filip se levantó y le dio un suave beso en la frente a su mujer. Después se dispuso a recoger la mesa sin inmiscuirse en la discusión entre hermanos.

Elizabeth permanecía sentada sin decir ni una sola palabra. Estaba pálida.

—La habrías llamado si ella no fuera tan difícil —comenté frustrado—. Ya sabemos cómo es: especialista en hacer saltar por los aires todas las celebraciones.

Beca apoyó una mano en mi hombro.

—Precisamente porque sabemos cómo es, debí haber tenido sus sentimientos en cuenta.

Sentí hiel en la garganta.

—Sus sentimientos están a buen recaudo en un lugar tan escondido de su corazón que es imposible llegar a ellos.

—Eso no es cierto y lo sabes.

Miré a Beca: era tan buena, me recordaba tanto a mi madre…

—Ya no sé nada de Candela. A veces siento que no la conozco.

—Anda, déjame a mí. —Beca miró un momento a Elizabeth—. No se lo tengas en cuenta. Ella es… un poco difícil.

Elizabeth se limitó a asentir mientras Filip se llevaba los platos a la cocina.

Capítulo 37

Muros inquebrantables

Beth

Álvaro trató de tranquilizarme, restándole importancia al asunto, pero él también estaba afectado. Lo disimulaba, aunque se le notaba.

Comprendí perfectamente lo que había querido advertirme Susan sobre el carácter de Candela. Álvaro podía ser duro, pero había algo dentro de él muy noble. Solo había que ver cómo era con Beca, cómo me trataba a mí. Se había endurecido por todo lo que había vivido, por el inmenso peso que cargaba sobre sus hombros.

Candela era muy diferente. Ella no solo es que fuera dura: era hiriente. Su lengua era afilada como un cuchillo. No había tenido por qué herirme y lo había hecho deliberadamente. Quizás yo la había dañado a ella de alguna forma, aunque no lo había pretendido en modo alguno, y esa era su forma de responder. Lo medité mientras iba en el coche con Álvaro hasta el castillo en el que haríamos la sesión fotográfica.

A unos diez minutos por carretera, se encontraba uno de los castillos que Candela había adquirido para BAC France Real Estate. Aquella pintoresca fortaleza era una auténtica preciosidad. Había formado parte del sistema defensivo estratégico de la zona y estaba vinculado a la arquitectura fortificada típica del suroeste de Francia. Traté de centrarme en las posibilidades que tenía para las fotografías. Era la oportunidad de fotografiar a los tres propietarios del *holding* juntos. No era la fortaleza en la que habíamos planeado hacerlo, así que tenía que estudiar el entorno y organizar rápido mis ideas.

Ante mí se alzaba una estructura de piedra robusta, con muros gruesos y torres de distintas alturas que sobresalían del conjunto y

reforzaban la silueta medieval. Me fijé en el tejado inclinado, cubierto de tejas oscuras… La imagen era muy potente, pensé que era un entorno con muchas posibilidades, podía hacer un buen trabajo.

Aunque la barriga de Beca ya era prominente, hicimos la sesión de fotos procurando que no se le notara. Para las que hicimos de los tres, dejamos a Álvaro en el medio y las cogí de mitad de cuerpo hacia arriba, para evitar un primer plano de la barriga. Pero la mayoría fueron posados más modernos. En ellas optaba por sacar a Candela en primer plano, Álvaro más atrás y Beca al fondo, colocada de tal forma que no se mostrara su embarazo. Así hicimos algunas en los jardines y en el interior, jugando con las escaleras para conseguir distintos planos y profundidades.

La sesión salió espectacular. Las instantáneas de Álvaro y Candela, como cabezas del grupo, resultaban muy potentes, y las que incluían a Beca proyectaban una imagen fuerte y muy atractiva: los tres dueños del *holding*, jóvenes y exitosos. Estaba claro que la cámara los quería.

Las últimas fotografías las hice solo de Candela y Álvaro. Cuando decidí que ya tenía material suficiente, los dejé hablando sobre cuestiones de empresa. Me di cuenta de que Candela no iba a dar su brazo a torcer y, fuera cual fuese el problema que tenía con su hermano, tendría que ser él quien acercara posturas con ella.

Caminé por el jardín para sacar algunas instantáneas. Beca se había sentado en un banco al fondo, alejada del castillo. Me pregunté si lo había hecho de forma deliberada para poner distancia con sus hermanos.

Al verme, me saludó con la mano para que no me cortara de acercarme hasta donde estaba ella.

—¿Cómo va la sesión? —preguntó sentada en un pequeño murete.

Aproveché para enfocarla y hacerle un par de fotografías para ella. Sonrió y se tocó la barriga, estaba preciosa.

—Terminada. Tengo todo el material que necesitaba —respondí —. Bueno, de hecho, tengo mucho más del que pensaba en un primer momento. Pero bueno, serán recursos compartidos para las

tres sedes, así que es mejor tener de sobra. Me alegro de que hayamos podido hacerlo, aunque no fuera aquí donde se pensaban hacer las fotos en un primer momento.

Beca asintió.

—Es una suerte que hayas acompañado a Álvaro. Si no hubieras venido con él, la idea de hacer las fotografías hoy, que ha improvisado Candela, no habría sido posible. —Hizo una breve pausa —. Pero ella es así, no pasa fácilmente por lo que los demás disponen. Menos cuando ya está posicionada en el no.

Miré hacia los hermanos. Ambos tenían una actitud combativa, a pesar de que no sabíamos qué estaban diciendo por la distancia.

No estaba segura de si debía o no hablar sobre la impresión que me estaba causando Candela, así que decidí no hacer ningún comentario al respecto.

—Álvaro tuvo una buena caída, aunque él no le dé ninguna importancia. No lo dejaría solo —respondí revisando en la cámara las instantáneas.

—Bueno, mi hermano es muy suyo, si estás aquí es porque él ha querido que así fuera.

Levanté la mirada y me encontré con los ojos de Álvaro en el rostro de su hermana, solo que en ella eran muy cálidos.

—Tuve que insistir bastante.

Ella ensanchó la sonrisa.

—No creo que tanto.

Sentí calor en las mejillas.

—¿Qué te está pareciendo Francia? —comentó cambiando de tema.

—Increíble —contesté—. Conocer París me dejó sin palabras, es una ciudad impresionante: la historia, la luz, el ambiente… Todo. No sabría con qué quedarme. —Hice una pausa—. Pero la belleza de este pueblo también es impactante: los colores, el verde, la naturaleza, la sensación de estar en un cuento con castillos… Parece que cada rincón de Francia tiene algo que ofrecer.

Beca miró a su alrededor satisfecha.

—Sí, los castillos son increíbles, aunque esto nunca ha sido lo mío. Fíjate que no me acerco nunca a dar un paseo por aquí.

Eché un vistazo a la imponente imagen de la fortaleza que teníamos enfrente de nosotras.

—Pues son una belleza.

Beca se encogió de hombros.

—Sí, pero a mí me interesa más la tierra. Me impresiona más ver lo que la tierra nos puede ofrecer. Prefiero estar trabajando en medio de la plantación de fresas. —Hizo una pausa—. No obstante, esto sí es lo suyo —añadió haciendo un gesto hacia sus hermanos.

Me fijé en que estaba observando a su hermana en concreto.

—¿Te refieres a Candela?

—Sí. El tema de los castillos, los cuentos… Ella jamás lo reconocerá, pero esto es lo suyo —insistió—. No me extraña nada que haya comprado todos esos castillos. Álvaro no lo puede entender, pero a mí me encaja perfectamente con ella. Cuando mis padres fallecieron y nos sentíamos tristes, yo me refugiaba en Álvaro; Candela, en su castillo.

La miré extrañada.

—¿En su castillo?

—El castillo de Barbie. ¿Lo conoces? —preguntó volviendo sus ojos a mí.

—Sí, creo que sí. Lo tenía una amiga mía —comenté tratando de recordar el juguete al que se refería.

Beca afirmó en un gesto.

—Candela tenía tres castillos de pequeña. Según los fue pidiendo, por cumpleaños y eventos especiales, cada uno superó en tamaño al anterior. Su favorito era el de Barbie, y el caballo de la muñeca, por supuesto. Lo llevaba a todas partes. —Guardó silencio unos instantes—. Le encantaba aquel castillo: lo redecoraba, colocaba cada detalle por mínimo que fuera en su lugar… Era su lugar seguro, a pesar de que no podía entrar en él.

Me quedé pensativa.

—¿Has hablado de eso con Álvaro?

Beca clavó sus ojos azul grisáceos en mí.

—Álvaro también puede resultar muy cabezón cuando quiere —expuso sin responder a mi pregunta—. No serviría de nada. Él no vería el hilo conductor entre la Candela que jugaba y se aferraba de

pequeña a sus castillos y la que ahora los atesora. —Miró a sus hermanos a lo lejos, que comenzaban a subir el tono de la conversación—. Álvaro está acostumbrado a no tener nada a lo que aferrarse… Pero yo lo tenía a él y Candela, sus castillos.

En ese momento escuchamos como la conversación de ambos hermanos subía de tono.

Beca se puso de pie y caminó hacia ellos.

No pude evitar acercarme.

—Yo no tengo que darte ninguna explicación de los activos que adquiero para BAC France Real Estate —indicó con firmeza Candela.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —la confrontó Álvaro.

—Sí, mientras sea el CEO de BAC France Real Estate. ¿Acaso quieres quedarte con mi puesto? ¿O quieres ponerlo en cuestión?

—Sabes que yo no haría eso.

—Yo no sé nada, Álvaro —respondió con severidad—. Ya hemos tenido esta conversación por teléfono y por videollamada. ¿Qué crees que cambiaría el hecho de que vinieras a Francia a enfrentarme?

—¡Es una inversión terrible! —bramó Álvaro—. No solo el desembolso inicial, sino la cantidad ingente de dinero que hará falta para poner otra vez en pie todos estos castillos. Algunos son auténticas ruinas. ¿Cuándo nos vamos a recuperar de semejante inversión? ¿Cómo vas a conseguir mover estos inmuebles?

—¿Quién te ha dicho que vaya a hacer eso? —replicó con una mirada de gris acero.

Álvaro la miró sorprendido.

—¿Y qué quieres hacer con tantos castillos, Candela? Que yo sepa no eres una princesa.

La mirada afilada de Candela era toda una advertencia.

—¡Haré lo que me dé la gana, Álvaro! De mi gestión respondo ante el Consejo de Administración de BAC France Real Estate. No frente a ti —añadió tremendamente enfadada—. Yo no tengo la culpa de que tus inversiones en Dubái no estén saliendo bien. Ni de que BAC USA Real Estate esté pasando por apuros de liquidez. Mueve tus activos, pero deja los míos en paz.

Álvaro la miró sin poder dar crédito.

—¿Me estás hablando en serio, Candela?

—Sí. ¡Pon tus negocios en orden y deja de poner en tela de juicio mis decisiones! —exclamó taxativa—. ¿Acaso he cuestionado yo tus movimientos todos estos años? Siempre queriendo más, Álvaro. ¿Qué necesitas demostrar?

Candela se dio la vuelta y caminó directamente hacia el jardín, donde nos encontrábamos Beca y yo, que nos habíamos detenido a una distancia prudencial.

Candela nos miró con esos mismos ojos que compartían los hermanos, pero con un filo helado. Su mirada solo se relajó ligeramente al ver el vientre abultado de Beca. Se detuvo junto a ella.

—Me voy —anunció tratando de modular el tono.

—¿Ahora? ¿No te quedas a dormir? —preguntó Beca contrariada.

Negó.

—Es mejor que no —respondió apartándose el largo cabello negro, liso como una tabla, hacia atrás.

—¡Candela, no te vayas así! —le pidió Beca—. Vamos a tomar algo y hablemos con tranquilidad. Anda, quédate.

Candela levantó una mano para impedir el avance de su hermana.

—No, por favor. Ya hemos hablado suficiente. —Después miró su vientre y su mirada se ablandó ligeramente. Se acercó y le dio un beso en la mejilla a Beca—. Cuídate mucho, por favor.

Comprobé cómo había calado en Beca ese pequeño gesto.

Después, Candela se marchó y comprendí que los muros que había entre los hermanos eran mucho más altos que los que rodean algunas fortalezas.

Capítulo 38

Los castillos de Candela

Álvaro

Caminé por el patio, Filip me había comentado que Beca estaba fuera sentada. Hacía una noche muy buena, no me extrañaba que hubiera querido salir a relajarse un poco tras el día de enfrentamientos que habíamos tenido.

—Hola —la saludé cuando llegué hasta ella.

—¡Hombre, el desaparecido! —respondió mi hermana con ironía.

Me encogí de hombros.

—No te has acercado a la hora de la cena.

—No tenía apetito —me excusé.

—Bueno, no es cuestión de tener o no hambre —me recriminó Beca—. Estás en la casa de tu hermana. Corrijo: en nuestra casa, en Francia. Y hace meses que no nos vemos, tenías que haber venido a cenar.

Levanté la mirada hacia aquella casa enorme, hecha de las raíces de nuestro pasado. De veranos cálidos de nuestra niñez llenos de una ligereza que me era completamente ajena.

—Lo siento. Se me cerró el estómago cuando Candela se marchó.

—Da igual. Tenías que haber aparecido por la cocina, tan solo tomamos un picoteo —bufó molesta—. Mira, si no querías hacer acto de presencia por tu hermana embarazada, al menos haberlo hecho por tu chica.

Desvié la mirada rápidamente hacia mi hermana.

—No es mi chica —declaré taxativo.

—No quiero discutirlo.

—No es mi chica —insistí una segunda vez, y sentí que me atragantaba al decirlo.

—Pues desde luego no es solo tu empleada… —Callé—. Mira, no quiero discutirlo, vosotros sois mayores para resolverlo. Pero te diré que esa chica no se merecía que la dejaras sola con tu hermana embarazada y su novio.

Esbocé una sonrisa.

—Tú eres la mejor compañía del mundo, y Filip es muy buen tipo, seguro que fue muy agradable con Elizabeth —comenté mirando hacia el cielo estrellado.

—Eso desde luego —confirmó mi hermana refiriéndose a su novio—. Él se encargó de todo mientras Elizabeth me contaba algunas curiosidades sobre Alabama.

—¿Cuáles?

—Averígualas tú mismo… No creo que tengas mucho problema en que te cuente todo lo que quieras saber. —Beca se quedó callada, pero el sentido de sus palabras no dejaba lugar a dudas—. Está enamorada de ti. Lo sabes, ¿no?

Tragué con dificultad, pero no respondí.

—No tienes que ponerle nombre si eso te ayuda, Álvaro. Pero te advierto que esas palabras que no dices se acumulan…

—¿Se acumulan? —pregunté sin entender.

—En la garganta. Se van acumulando y cada vez es más difícil soltarlas.

Serpenteé mis ojos hasta Beca. A nuestro alrededor se extendían los sonidos del campo en una perfecta noche de verano. La estampa no podía ser más idílica.

—¿Fue eso lo te pasó con Filip?

—Sí —aceptó sin tratar de esconderlo—. Fue eso exactamente lo que me ocurrió.

—¿Y cómo lo solucionaste?

Sonrió y se tocó la barriga.

—¿No te lo conté?

—No —respondí tratando de hacer memoria—. Ese detalle no, creo que lo recordaría.

—Será porque tú no eres muy dado a escuchar esos detalles… Bueno, pues lo que ocurrió es que escribí, en borrador, una cantidad indecentes de *emails* para Filip. No pensaba enviárselos. Era, más bien, una forma de desahogarme, no pretendía nada más. Pero un día se los envié todos por error —explicó—. Fue algo así como romper la presa de la incontinencia verbal.

Miré sorprendido a mi hermana. Sabía que Filip había regresado por ella, pero no sabía que antes ella había expuesto sus sentimientos por escrito. La idea de abrirme así me resultó incómoda. No podía imaginarme diciéndole a Elizabeth mis sentimientos… De hecho, no estaba ni tan siquiera seguro de la naturaleza los mismos. Era consciente de lo obsesionado que Elizabeth me había tenido. Mi necesidad de ella iba más allá de lo meramente carnal. Lo cual ya era en sí una locura, ya que yo no necesitaba a nadie por defecto. Todavía no sabía cómo digerir lo que me estaba pasando con ella.

—¿Y qué le decías?

—De todo… —respondió con una sonrisa—. Todo lo que se puede decir a alguien de quien te has enamorado hasta los huesos.

Di un par de pasos hasta el banco en el que se encontraba sentada mi hermana y me senté a su lado.

—Mira, Álvaro. Si no le quieres poner nombre a lo que está pasando entre vosotros, está bien. Si quieres ir a tu ritmo, también está bien —comentó acariciándome el brazo—. Pero tú nunca has traído una chica aquí, y no me digas que es por la caída que te veo estupendamente. Además, ¿invitarla a dormir aquí? ¿Qué pasa con todos los hoteles y apartamentos turísticos que hay por la zona? —No me atreví a replicarle, no a Beca—. No te he visto mirar de esa forma a una mujer, nunca. Vamos, Álvaro.

—No sé —fue lo único que animé a decir.

Rompí el contacto visual y me fijé en unas flores del jardín.

—Mira, quizás sea mejor así… A veces, si no les ponemos nombre a las cosas, todo nos resulta más sencillo. —Hizo una pausa —. Pero asegúrate de no hacerle daño y de no salir tú herido por el camino.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que la voy a lastimar? —pregunté volviendo mi mirada hasta ella.

Beca me observó con una sonrisa contenida que me recordó mucho a la de nuestra madre. Acto seguido subió su mano para deslizarla por mi cabello, para reconfortarme. Supe de inmediato que sería una madre increíble.

—No lo sé —contestó—. No te he visto ni con una novia. Solo sé de algunas de tus historias cuando eras más joven, y después ni eso me contabas. Conozco perfectamente tu fama de tío frío y de líos de una sola noche. Hemos bromeado mucho al respecto.

Recordé como mi hermana y sus mejores amigas, Sofía y Nat, siempre bromeaban con que era Christian Grey. Desvié la mirada.

—No creo que haya necesidad de hablarte de las mujeres con las que me acuesto.

—No me has hablado de ello porque solo lo considerabas sexo. ¿Crees que no te conozco?

No contesté, pero la cantidad de encuentros sexuales que había tenido pasó ante mis ojos como una colección de cartas.

—Sí, no te lo voy a negar.

Volví a mirar a mi hermana.

—Más que el hecho de que tú la hieras a ella, me preocupa que ella pueda herirte a ti —añadió acariciando mi brazo y dejando sus manos enganchadas en mi antebrazo—. Eres un auténtico ignorante en cuestiones de amor. Nunca has amado, Álvaro. Así que nunca has perdido y no sabes cuánto puede doler.

Me la quedé mirando. Sentí un peso insoportable en el pecho.

—Sí he perdido —dije, y no era mi intención que las palabras me hubieran salido tan cargadas, pero así había sido.

Beca asintió. Sí, los tres habíamos perdido. Tres hermanos, tres huérfanos.

—Sí, eso es cierto —tuvo que aceptar—. Sabes lo que es perder, pero esto es un amor diferente.

Sonreí con cierta amargura.

—Pues no me resulta atractiva la idea de volver a perder —rumié entre dientes.

—No tengas miedo a eso. Solo arriesgándote puedes conocer qué es el amor con mayúsculas. —Nos quedamos en silencio—. No sé por qué con ninguna de las chicas con las que has estado en todos estos años surgió algo más profundo. No sé qué tiene diferente Elizabeth, pero algo hay. No te cierres, Álvaro. Estoy segura de que, pase lo que pase, habrá merecido la pena descubrirlo.

No supe ni qué decir.

Pensé en Elizabeth sola en la habitación que mi hermana le había asignado. A tres puertas de la mía. La de Filip y Beca estaba en otra planta. Aquella casa era inmensa. La casa de mi abuela, nuestra casa.

—Y sobre Candela…

Volví la mirada a Beca.

—¿Qué?

—Dale espacio.

—¿Espacio? Estamos a más de cinco mil kilómetros.

—Dale tiempo.

—¿Tiempo? —No lograba entender a mi hermana—. ¿Para qué? ¿Para seguir comprando castillos?

—Bueno, pues déjala —determinó Beca—. Ella tiene sus razones.

La miré sin entender nada.

—Beca, ¿tú sabes los millones que se ha gastado en esos castillos? —volví a insistir.

—Ella es la CEO de BAC France Real Estate —me recordó.

—¿Te parece normal esa decisión? —pregunté a pesar de que ya lo habíamos hablado.

—Me parece que no lo estás viendo con perspectiva.

—No entiendo nada —acepté.

—Son sus castillos. Ella los necesita.

La noche susurraba a nuestro alrededor. La quietud del campo.

—No te comprendo —confesé—. No sé qué quieres decir, Beca.

—¿No recuerdas cuando fallecieron nuestros padres? ¿A qué se aferró Candela?

Recordé aquella fecha. Casi no podía ni pensar en ello. Yo, el hombre de piedra, duro, inaccesible todavía sentía el corazón roto cuando pensaba en la muerte de mis padres. Todavía me costaba tragar si recordaba la sonrisa de mi madre. Aparté aquellos recuerdos porque me estaban mordiendo el estómago y no estaba seguro de poder soportarlo. Tenía la sensación de que mi rostro, mi cuerpo entero, se agrietaría y se rompería en mil pedazos. Toda aquella máscara cedería. No soportaba mirar atrás demasiado tiempo. Pero lo hice, solo por un momento, para encontrar a Candela en mis recuerdos. Beca era la pequeña, con nueve años, me había volcado en protegerla. Era tan dulce, tan extrovertida, tan inocente…

Candela tenía doce años cuando había ocurrido la tragedia. De pequeños habíamos jugado juntos infinidad de veces, nos habíamos peleado otras tantas. Quizás por ello, de adultos seguíamos igual: yo protegiendo a Beca y peleándome con Candela. Esa sensación en el estómago no me gustó. Volví mi cabeza a aquellos momentos. Candela había llorado muchísimo cuando fallecieron mis padres. Cuando conocimos la noticia del accidente. Ella había ido conmigo y con mi abuelo al tanatorio. Los cuerpos solo los había visto mi abuelo. Los ataúdes estaban cerrados. Al parecer, el accidente había sido devastador. Estábamos en una sala sentados en silencio los dos. Ella había llorado tanto… Entonces salió mi abuelo, estaba pálido y dijo que no veríamos los cuerpos. Candela me miró, como si esperara que yo me impusiera. Negué con la cabeza. ¿Qué iba a decir? Si mi abuelo determinaba que era lo mejor, es que era lo mejor.

En ese momento, Candela me soltó la mano y de alguna manera todavía siento que no ha vuelto a dármela.

Se secó las lágrimas y se quedó en silencio. Los dos nos quedamos en silencio. Un silencio que nos había endurecido a los dos. Me alegré de que Beca no se hubiera endurecido así.

Candela no había vuelto a llorar jamás. No al menos que yo la viera. Ni tan siquiera en los aniversarios del fallecimiento de nuestros padres.

—No te das cuenta, ¿verdad?

Volví de mi regreso al pasado buscando en los ojos de Beca.

—No sé a qué te refieres.

—A los castillos. Candela se aferró a sus castillos.

Entones lo recordé: el tiempo que Candela pasaba con sus castillos de juguete. Tenía doce años cuando fallecieron mis padres. Una edad en la que los niños ya dejaban atrás esas cosas, pero ella pasaba horas enteras aferrada a aquellos castillos de plástico.

—No puede ser por eso.

Beca se encogió de hombros.

—Los castillos ya la ayudaron en el pasado —expuso mi hermana.

—Pero es una mujer adulta. Tiene que pensar de forma racional. El desembolso ha sido una locura.

Beca puso una mano sobre mi hombro con cariño.

—Quizás quien necesita aflojar seas tú. Tal vez no tengas que tener el mayor imperio inmobiliario del mundo —dijo Beca con cuidado—. Es posible que lo que necesites de verdad sea soltar una parte y dejar a Candela con sus castillos, hasta que ella también los pueda soltar.

Miré a Beca, pero no dije nada.

Capítulo 39

Un pretendiente inapropiado

Beth

—Hola, papá —respondí cogiendo el teléfono—. Pasan ya de las once y media de la noche aquí. ¿No es muy temprano en Alabama?

Observé el reloj que había dejado sobre mi mesilla. Eran las 23:40 h exactamente.

—Sí, son las cinco y cuarenta de la mañana. Llevo despierto desde las cinco y quería saludarte —explicó—. He intentado ver si estabas despierta. Te llamé un par de veces ayer, pero no conseguí hablar contigo. De hecho, te llamé nada más despertarme para ver si lograba hablar contigo antes de que te acostaras.

Me llevé la mano a la cara; mi padre tenía razón. Había visto en el móvil un par de llamadas suyas el día anterior, pero no le había devuelto la llamada, y ahora ni me había fijado en que había vuelto a llamar.

—Perdona, papá. Ayer vi tus llamadas, pero con el cambio horario nunca me parecía un buen momento. Después me despisté. —Hice una pausa—. Ahora estaba en la ducha y antes había bajado a cenar, así que tampoco he estado muy atenta al móvil. Perdona, no quería preocuparos.

—Bueno, no te preocupes. Está claro que tu viejo es un pesado —comentó quitándole importancia—. ¿Has salido con Susan a cenar a algún bonito restaurante de París?

—No, no. Ya no estoy en París. —En ese momento pensé en que había cambiado mis planes, al otro lado del charco, y ni se lo había comentado a mi familia. Conocían el viaje con Susan y Álvaro a París, pero no les había especificado ni cuándo regresaría ni el cambio de itinerario—. Estoy en un pueblo francés: Belvès. Está en

el suroeste de Francia. Es un pueblo muy medieval, de cuento. Te encantaría, papá.

—Estupendo, pero ¿qué haces ahí? —preguntó mi padre desconcertado—. Pensé que me habías dicho que estaríais en París. Algo me explicaste de ir a fotografiar unos castillos, pero siempre asumí que dormiríais en París.

—Sí, ese era el plan inicial —expliqué—. Pero Álvaro tuvo un accidente en uno de los castillos que visitamos. El suelo se desplomó y cayó por él. No fue una gran caída, pero sí que tenía que mantenerse vigilante durante un par de días, no fuera a ser que tuviese algún mareo o surgiera algún otro síntoma. —Mi padre escuchaba al otro lado de la línea telefónica en silencio—. El plan era que Susan y yo regresáramos el viernes. Álvaro, por su parte, se quedaría para pasar el fin de semana en la casa de su hermana en Belvès, vive aquí. Es la que cultiva fresas, creo que te lo había comentado. Bueno, pues como Álvaro tenía que conducir hasta aquí varias horas, no me pareció prudente dejarlo solo después del accidente, así que lo he acompañado.

De repente me sentí ridícula. ¿Por qué tenía que darle tantas explicaciones a mi padre? Tenía veinticuatro años y era una mujer adulta e independiente. Me pregunté si no habría mantenido demasiado tiempo el cordón umbilical intacto.

—¿Estás con tu jefe en ese pueblo francés sin Susan? ¿En casa de su hermana?

Noté en el tono de mi padre algo que no me gustó.

—Sí. Es una casa inmensa en una plantación de fresas —repliqué sin poder evitar que se me notara que no me había gustado cómo lo había dicho.

—No entiendo nada —declaró mi padre con aquel tono que tanto me había molestado.

—¿Qué no entiendes?

—¿Qué haces ahí, Elizabeth?

Me chocó escucharlo llamarme por mi nombre completo.

—Te lo acabo de explicar —dije a la defensiva, negándome a tener que volver a exponer mis motivos.

—Si era necesario que alguien se quedara con Álvaro, que me parece que es bastante mayor como para cuidarse a sí mismo, creo que debería haber sido Susan. Tengo entendido que llevan trabajando juntos muchos años.

Me molestó que me hablara así. De repente me sentí como si tuviera doce años.

—Bueno, pues me quise quedar yo —repliqué abiertamente, porque no pensaba ocultar que así había sido.

—¿Por qué?

Su voz sonó cortante. El hielo podía palparse al otro lado de la línea telefónica.

—Porque quería quedarme yo —insistí—. No quería dejarlo solo.

No me atreví a decir todo lo que mi cuerpo me pedía: que no podía en modo alguno dejarlo solo; que, en realidad, me costaba incluso mantenerme alejada de él.

—Beth —dijo mi padre, volviendo a llamarme como solía hacerlo, como todo el mundo lo hacía, menos Álvaro—. No le des confianzas a tu jefe. Mantén la distancia.

—¿A dónde quieres llegar, papá?

Me sentí ofendida, por lo que decía entre líneas y por cómo me estaba tratando, como si fuera una niña a la que había que explicarle cómo proceder.

—Conozco la fama de Álvaro con las mujeres. Sé que no se le ocurriría tocarte, pero no le des señales contradictorias —expuso sin paños calientes.

Me costó tragar.

—Soy adulta —declaré.

—Lo sé.

El tono de mi padre era serio. Sentía el reproche todavía en el aire. Era prácticamente tangible.

—No tienes que preocuparte por mí —añadí tratando de zanjar el asunto.

Toqué la cruz colgada de mi cadena. Recordé a mi abuela, trenzándome el cabello, hablándome de la importancia de los valores familiares, de las tradiciones. Las ideas con las que había comulgado

toda mi vida… y después estaba lo que había vivido con Álvaro. Lo que él me hacía sentir. Cómo ambos mundos habían colisionado.

El tono de mi padre se suavizó.

—Lo sé, Elizabeth. Te conozco. —Se rio ligeramente. Me costó tragar y pensé en que quizás él no me conociera tanto. Había una nueva Elizabeth a la que yo misma necesitaba conocer—. Perdóname, sé que nunca harías algo tan inapropiado como tener algo con tu jefe. Además, Álvaro y tú sería una idea disparatada... No sé ni cómo lo he mencionado.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sintiendo que tragaba clavos.

—Bueno, ya sabes…

—No, no sé qué quieres decir.

Esta vez, la de la voz fría fui yo.

—Él no es apropiado.

—De verdad, papá, no sé qué quieres decir.

—Bueno, no sería un hombre… adecuado para ti. No es el típico chico americano. No es un hombre para estar con una chica como tú. No es de los nuestros.

Me dolió aquel desprecio.

—¿Lo dices porque es español? ¿Porque es extranjero? —Silencio al otro lado de la línea—. ¿Papá?

—¿Por qué me lo preguntas? —preguntó nuevamente molesto.

—Porque jamás pensé que dirías algo así…

—¿El qué, Beth? ¿Decirte que Álvaro Durand no sería una pareja apropiada? No creo que haga falta explicarlo más.

—¡Jamás dijiste algo así de Brandon! —me escuché levantar la voz.

—Brandon sí era de los nuestros. Un chico americano, sureño. Con apellido, con raíces aquí, con conexiones locales y con un futuro brillante… Lo tenía todo, salvo que fue un auténtico imbécil.

—Tenía el pedigrí… —murmuré sintiendo que me costaba respirar—. Entiendo que ni todo el dinero del mundo supliría eso, ¿no?

—No es una cuestión de dinero, Elizabeth. Si lo fuera, te diría que Álvaro tendría mi bendición si pidiera tu mano. Pero no la

tendría, y no tiene nada que ver con su cuenta del banco, que creo que es bastante más suculenta que la mía.

Definitivamente, la habitación se había quedado sin aire y me ardían los pulmones en el pecho. Mi padre no podía comprender el alcance del universo que había destruido con sus palabras. Acababa de romperme el corazón. ¿Cómo era posible? Nosotros pertenecíamos a la alta sociedad sureña de Birmingham. Mi padre ocupaba un puesto en la élite social y económica de Alabama y Álvaro no tendría forma de encajar allí, pero ¿acaso eso importaba?

¿Por qué tenía que dolerme tanto la opinión de mi padre? Al fin y al cabo, Álvaro no era mi prometido. Observé mi mano: allí no había ningún anillo de compromiso. El anillo de Brandon, del hombre perfecto que cumplía con todos los estándares y que me había engañado con mi mejor amiga, lo había tirado al agua oscura del océano justo antes de sumergirme en aquel mismo mar con Álvaro. Recordaba ese primer beso lleno de agua y sal. Jamás había sentido algo así, que me uniera tan íntimamente alguien. No me había sentido así con Brandon, a pesar de haber aceptado su anillo. Con Álvaro no había anillo, solo aquellos sentimientos incontenibles.

—Papá…

—Esta conversación es absurda —zanjó mi padre—. Simplemente no me gusta que te hayas ido con él de viaje por Francia. Perdona, no tenía que haberme preocupado tanto. Conozco bien a Álvaro Durand, sé perfectamente que él me respeta y que jamás te miraría ni tan siquiera de esa manera.

Mi padre se rio, quitándole importancia.

No fui capaz de decir nada. Todo lo que tenía que replicar se me había quedado atragantado.

—Elizabeth, descansa —añadió mi padre—. Seguro que estás deseando colgar el teléfono. Buenas noches.

—Buenas noches, papá —murmuré.

Me quedé con el teléfono en la mano.

Acto seguido me senté en la cama. Llevaba puesta una camiseta y un pantalón corto de pijama. Levanté las rodillas y me abracé a mí misma.

¿Era tan inmenso el abismo entre Álvaro y yo?

Capítulo 40

Allí donde nadie tocó

Álvaro

Me quedé dándole vueltas a mi conversación con Beca. Por mucho que intentara racionalizarlo no alcanzaba a comprender a Candela. Además, ella era tan hermética… Podría abrirse y hablar con nosotros, ¿no? Me sentí un cínico mientras pensaba eso mirando al techo de la habitación de la antigua casa de mi abuela en Francia. Estaba metido en la cama con un brazo detrás de la cabeza. La temperatura era cálida y tenía entreabierta la ventana. El sonido del campo se colaba en la estancia, y era algo que me encantaba, a pesar de que el mío fuera el sonido habitual de Manhattan: el tráfico, la ciudad, el estrés... No tenía nada que ver con aquella noche serena.

Mis pensamientos volvieron a Candela. Fruncí el ceño, ¿cómo podía yo pedirle que se abriera? ¿Acaso yo me abría con ella? La única persona con la que era capaz de hacerlo era con Beca. Candela y yo hacíamos lo mismo: cerrarnos, endurecernos.

¿Por qué motivo necesitaba aquellos castillos si no era por una finalidad financiera? Candela no era la protagonista de un cuento, era una mujer adulta que debía tomar decisiones inteligentes. Ella conocía perfectamente el estado de las finanzas de BAC USA Real Estate, la necesidad de liquidez, y ellos, que la tenían en BAC France Real Estate, ¿cómo podían hacer esos movimientos? Ella era la CEO de la sucursal de París, sí, pero constituíamos un grupo. Siempre habíamos actuado así. Además, estaba la sucursal de Madrid, BAC Iberia Real Estate. En la sucursal de Madrid teníamos una presidencia solidaria. Habíamos funcionado bien durante un tiempo hasta el crecimiento desorbitado de las tres sedes. Actualmente, al gestor de Madrid lo habíamos promocionado a CEO y el resultado

había sido increíble. Si bien Madrid estaba en plena expansión, no era un momento en el que pudiéramos tirar de ella para cubrir lo que necesitaba Nueva York.

Miré el móvil encima de la mesilla. Quizás debería escribirle a Elizabeth. No había bajado a cenar con ella, ni la había visto después. No desde la vuelta de los castillos. Candela se me había metido en la cabeza y mi frustración con ella lo había llenado todo. Volví la mirada al techo y recordé la noche anterior con Elizabeth.

Ella era…

Recordé sus gemidos y sentí deseos de levantarme y colarme en su habitación, como si apenas fuera un adolescente incapaz de contenerme. Hundirme en ella y así poder olvidarme de todo lo demás. Dejar atrás aquel peso inmenso que sentía sobre mis hombros. Pero la realidad era que yo nunca había actuado así. Jamás había sentido uno de esos amores que te vuelven loco e irracional. Para ser sinceros: no había sentido por ninguna mujer nada que pudiera ligeramente acercarse a lo que tenía Beca con Filip o lo que había visto en casa de pequeño entre mi padre y mi madre.

El recuerdo de mis padres juntos todavía me mordía el estómago. Era un dolor tan insoportable que me hacía sentir deseos de aullar.

Todavía recordaba cuando mi madre llegaba a casa después de trabajar con una falda de tubo hasta las rodillas y tacones altos, siempre con pintalabios rojo en los labios. Ella era un coco. Había levantado el *holding* inmobiliario de la mano de mi padre, pero el cerebro era ella. Mi padre solía venir a buscarnos al colegio vestido de traje y corbata. Perfecto, tal y como si hubiera salido de una revista de moda. Al llegar a casa se quitaba la chaqueta y la corbata, se remangaba y se sentaba con nosotros mientras hacíamos los deberes y nos preparaba las meriendas. Había una señora trabajando en casa, pero, salvo alguna reunión ineludible o alguna llamada de trabajo, mi padre era el que estaba con nosotros por las tardes.

Terminábamos los deberes mientras mi padre recogía la merienda y se hacía un café. Sobre las siete de la tarde llegaba mi madre a casa. Recuerdo el sonido de sus tacones altos, el

pintalabios rojo en los labios, el cabello negro, ondulado, por encima de los hombros, los ojos azules agrisados, iguales que los míos, que los de Beca, que los de Candela, las piernas largas… Era tan hermosa. Mi padre la miraba, siempre la miraba, fijándose en sus piernas. Mi madre le devolvía una mirada tierna y algo cansada, pero siempre con una semilla de aquel fuego. Un fuego que yo nunca había sentido y que siempre había anhelado. La casa olía a café. Mi padre observaba como mi madre caminaba hacia él y ella siempre decía: *¿Has preparado uno para mí?* Nosotros nos abalanzábamos sobre mi madre antes de que pudiera llegar hasta mi padre. Pero él siempre se las arreglaba para acercarla hasta él, a pesar de nuestros abrazos, las historias del colegio, de Beca colgada de sus piernas cuando era tan solo una enana de dos años… Él siempre conseguía llegar hasta ella y besarla. Un beso que se llevaba algo de aquel carmín y que para mí era una marca indeleble en mis recuerdos. Entonces, mi padre bailaba con ella, siempre pegando mucho su cuerpo al de mi madre. Ello a pesar de que Candela y yo nos colgábamos de sus brazos y piernas y de que Beca la llamaba sin descanso, sentada en el suelo.

Después, mi padre nos cargaba a los tres en sus brazos y danzaba con nosotros mientras mi madre reía a carcajadas.

Aquellas risas…

Me dolían el pecho y el estómago al recordarlas.

La risa de Candela siempre a mi lado.

Años después vino el accidente en avioneta. El luto, tres huérfanos que nos quedamos sin padres y tuvimos que sobrevivir con el inmenso amor de mis abuelos. Los cuatro abuelos sobrevivieron al fallecimiento de mis padres. Pero después, poco a poco, los fuimos perdiendo a todos.

Tres huérfanos hasta el día de hoy que habíamos tenido que lidiar, como cada uno había podido, con aquella orfandad.

Me pasé la otra mano por el pecho, sobre el algodón suave de mi camiseta. Volví a pensar en Elizabeth. Supongo que era inevitable, sabiendo que estaba allí. Bajo aquel mismo techo. Aunque aquella casa era inmensa, ella estaba a tres puertas, en la misma planta que yo. Mientras, mi hermana y Filip tenían su

habitación en una planta por encima de la nuestra, en la otra punta de la casa.

Podría ir a su habitación y meterme en su cama, hacerla gritar mi nombre, y no nos escucharía nadie.

Elizabeth… Tan auténtica, tan llena de pasión en cada centímetro de su menudo cuerpo. Ella que no había tenido miedo de mirarme a los ojos y de ver detrás de la piedra.

Toc, toc.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —pregunté incorporándome sobre un brazo.

La puerta se abrió con cuidado. Elizabeth se asomó.

—¿Puedo pasar?

Esbocé una sonrisa.

—Puedes —respondí feliz de que mis deseos tuvieran la capacidad de materializarse.

Elizabeth entró y cerró la puerta.

Me quedé en la cama expectante, solo para ver qué hacía.

Ella me miró con cierto nerviosismo, pero manteniendo la barbilla erguida. Esa era mi chica… *Mi chica*. No quise ni tan siquiera reflexionar sobre ello. Sentí deseos de devorarla. Así, sin ninguna floritura.

—No has bajado a cenar —comentó caminando hacia la cama.

Llevaba un pijama corto de verano con una camiseta blanca. El pantalón corto tenía un ligero estampado de flores azules muy diminutas y dejaba a la vista sus largas y esbeltas piernas. La camiseta tenía un escote redondo con unos botones pequeños cerrados sobre el pecho. Estaba claro que no llevaba sujetador. Me enervé al fijarme que no solo se marcaban sus pezones, se transparentaban ligeramente. Valoré el tiempo que me llevaría desabrochar uno a uno aquellos botones.

Permanecí dentro de la cama, apoyado sobre un brazo, estudiando las posibilidades antes de hablar.

—No tenía hambre.

—Es muy feo eso de dejar a tu compañera de viaje sola cenando con tu hermana embarazada y su marido —me recriminó.

—Cierto, eso mismo me dijo Beca en el jardín. Salí después a dar un paseo. —Hice una pausa—. Por cierto, Filip y Beca no están casados.

—Y aun así no podría ser un mejor marido para ella. Se porta como tal —añadió.

Asentí mientras observaba sus piernas y su pantalón de pijama imposiblemente corto.

—Eso es cierto.

—Filip no la habría dejado sola —me picó molesta.

—Eso también es cierto, pero Filip es un caballero —apunté con calma.

—¿Y tú? ¿Acaso te identificas más con el villano del cuento? —preguntó llegando hasta la cama y entrecerrando los ojos.

Estaba adorable.

—En ocasiones…

Se quedó de pie al lado de la cama.

—Creo que debería hacerte cumplir una penitencia —apuntó.

Pensé en más de una que me gustaría cumplir. La cruz dorada en la cadena que colgaba de su cuello brilló bajo la luz tenue de la lámpara.

—Quizás la merezca.

Me miró con aquel cielo azul que llevaba en los ojos, que chocaba con el gris tormentoso de los míos. Deseaba sumergirme en aquel azul. Olvidarme de todo dentro de ella.

Cruzó los brazos sobre el pecho. La tela se tensó. Ella quería meterse en mi cama, pero no era una chica acostumbrada a jugar a aquellos tira y afloja. Era una chica que se había cuidado mucho, que no pasaba por las cosas de forma superficial y, aun así… Deseé desaparecer dentro de ella y no pensar demasiado en qué haríamos después.

—No sé cuál sería un castigo apropiado —indicó todavía algo molesta.

Sonreí ligeramente. A pesar de la ternura, no podía dejar de pensar en todo lo que me gustaría hacerle.

—Bueno… Ven aquí y lo valoramos… —propuse apartando la sábana para que Elizabeth entrara en la cama.

Apoyó una rodilla sobre la cama mientras la otra pierna todavía seguía fuera.

—¿Crees que lo mereces? —preguntó colocando sus manos sobre mi pecho.

Acaricié su cintura al tiempo que subía la segunda pierna a la cama.

—Seguramente no, pero tengo fe, quizás me estás alejando del ateísmo.

La cadena con aquella pequeña cruz de oro colgaba sobre mí.

—¿Tú crees?

—Quién sabe…

Elizabeth bajó hasta mis labios sin llegar a tocarlos, mientras yo acariciaba sus costados acercando su cuerpo al mío.

—¿En qué estás pensando? —preguntó justo antes de besarme.

Pensé en si buscaría una respuesta profunda.

—¿Ahora mismo? —pregunté mientras sentía como me endurecía.

—Sí —murmuró.

Podría haberle dado muchas respuestas, porque estaba pensando en demasiadas cosas, pero prefería centrarme en mi mayor pulsión en ese momento.

—No quieres saberlo —repliqué oscureciendo la mirada.

—¿Tan perverso eres? —preguntó deslizando sus manos sobre mi pecho.

—Depende.

Se alejó ligeramente, solo para poder mirarme mejor.

—¿Cómo de perverso puedes llegar a ser? —quiso saber.

—Tanto como la ocasión lo requiera…

Vi las ganas de saber más en su mirada. La curiosidad le podía.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado?

Todavía mantenía sus manos sobre mi pecho y estaba sentada sobre sus talones cuando me hizo esa pregunta.

—¿Por qué quieres saber eso? ¿Acaso cambia algo?

—Supongo que, teniendo en cuenta que toda mi experiencia sexual se reduce a una noche contigo, tengo algo de curiosidad por

saber cómo de inexperta resulto en comparación.

—No tienes que avergonzarte de nada… y, en cuanto a la noche que hemos pasado juntos…

Fui incapaz de clasificarla. No podría compararla con nada.

—¿Qué?

—Nada. No quiero compararte con nadie.

Me miró valorando mi respuesta.

—¿Con más de cien mujeres? —preguntó volviendo a insistir.

Alargué una mano para cogerle el cuello y acercarla hasta mí. La besé.

Ella se zafó del beso no sin que se le escapara un suspiro.

—¿Más de mil?

Me miró con los ojos entrecerrados. Observé su cabello rubio, la cruz de oro. Era un ángel y yo había estado más bien de paseo por el infierno, para qué vamos a negarlo.

—No creo…

—¿Con algún hombre? —añadió levantando una ceja.

—No —respondí tajante.

—¿Tienes algún límite en la cama al estar con una mujer?

Busqué en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo que haces con tus compañeras de cama —respondió sin poder evitar que las mejillas se le tiñeran.

—El límite es lo que le guste a la otra persona y lo que me guste a mí, y lo que nos apetezca en ese momento —contesté de forma pragmática.

—¿Has estado con más de una mujer a la vez en la cama? —preguntó de repente.

—Sí.

Me miró como si hubiera confesado un pecado imperdonable. Decidí darle lo que quería y cerrar aquel interrogatorio.

Me incorporé ligeramente y me acerqué a su oído.

—Estaba pensando en si llevas algo debajo de ese pantalón y en cómo de mojada estarás cuando te toque —murmuré.

Observé como los labios se le entreabrían por el deseo, los pezones se marcaban contra la tela. Aproveché para besarla y

dejarla sin aliento. Bajé una mano sobre su pecho y rocé con mi pulgar por encima de la camiseta. El pezón se endureció más en respuesta.

—¿Sigo o quieres hacerme más preguntas? —pregunté con voz gutural.

Observé como el deseo cubría su rostro mientras pasaba mis nudillos por encima del otro pezón.

—Sigue —jadeó en un suspiro.

Volví a besarla introduciendo mi lengua en su boca. Deslizándome lento, haciendo que toda la piel de su cuerpo se erizara. Estábamos los dos sentados en la cama. Bajé mis manos hasta su cintura para quitarle la camiseta y acto seguido yo mismo me quité la mía.

Elizabeth deslizó sus dedos por mi pecho hacia mis abdominales. Seguía en plena forma física, a pesar de que llevaba dos meses sin apenas poder ir al gimnasio.

Bajó su cabeza para besar mi pecho mientras yo estimulaba sus pechos con densas caricias; quería lamerlos, metérmelos en la boca. Pero había otras cosas, demasiadas que también quería hacerle.

Me separé para verle la cara. Las aletas de la nariz hinchadas, al igual que sus labios enrojecidos.

—Estás preciosa… Ven aquí.

La tumbé girándola hasta dejarla bocabajo sobre la cama.

Elizabeth miró hacia atrás algo asustada.

—Tranquila, solo haremos lo que tú quieras, como tú quieras —susurré—. No haría nada que tú no quisieras. La que manda aquí eres tú.

Jadeó en respuesta mientras yo echaba su melena rubia hacia un lado y me colocaba encima de su cuerpo. Mi miembro endurecido se frotó contra sus nalgas mientras la besaba y sujetaba su cuello.

—¡Elizabeth! —murmuré en su oído mientras colaba una mano para acariciar su ombligo hasta el vértice que unía sus piernas—. Quiero ver cómo te deshaces… —confesé casi en un susurro mientras la estimulaba por encima del pantalón corto, que estaba empapado entre sus piernas—. ¿Sabes? —murmuré llevando mi

mano a su trasero mientras la tela se subía en ambas nalgas—. Creo que, definitivamente, no llevas nada más…

Gimió y yo le abrí las piernas con una mía.

Presioné contra su cuerpo.

Me sentí ciego y sordo sintiéndola debajo de mí. Mi miembro duro entre sus nalgas, nuestros pijamas interponiéndose. Las ganas de comérmela entera. De ponerla a cuatro patas… De hacerla gritar mi nombre mientras la sujetaba con firmeza, solo mi nombre…

Me estaba volviendo loco.

Metí una mano entre las piernas para quitarle aquel pantaloncito corto. Me deshice del pantalón de mi pijama y me toqué.

—Sigo sin preservativos —confesé en su oído.

—No me importa —declaró subrayando que yo no era el único que estaba loco allí.

Me coloqué detrás de ella, mientras ella confiaba en mí, y me hundí sin remedio.

Elizabeth jadeó contra la almohada.

Me había hundido por completo. Me quedé quieto dentro de ella, quería que me sintiera profundamente.

—¿Demasiado fuerte? —susurré en su oído—. ¿Quieres que vaya más despacio? ¿Más suave?

Elizabeth buscó mis ojos mirando hacia atrás.

—No, no quiero que me trates diferente —respondió con la voz rota.

Lo dijo con cierto orgullo y con mucha necesidad. Ella quería tenerlo todo, todo lo que tantas habían tenido antes. Pero no sabía que lo que me pedía era imposible, porque allí ya había algo diferente y era que mi corazón jamás había estado en juego. No había sido de otra antes que de ella.

Me retiré ligeramente mientras le sujetaba con fuerza la cadera y volví a hundirme con fuerza. No pude evitar abrirle un poco más las piernas, para que ella me sintiera más.

Amortiguó su grito contra la almohada y yo colé mis dedos entre sus nalgas, para estimularla, para tocarla allí donde nadie había tocado antes.

Ciego y sordo, como si una tormenta inmensa llenara mi cabeza, me hundí una y otra vez, deseando correrme dentro de ella. La sensatez volvió lo justo a mi cabeza para que me acordara de colar una mano entre sus piernas y tocarla, hasta que se rompió en mis manos. Después salí y terminé sobre su trasero.

La limpié y pegué su pecho al mío, como si necesitara sentir su corazón sobre el mío. Carne sobre piedra. Yo que jamás había necesitado sentir nada.

Capítulo 41

El gigante Atlas

Beth

El domingo nos despedimos de Filip y Beca temprano y cogimos el coche para volver a París, directamente al aeropuerto. Tuve suerte de que habíamos conseguido un billete en el mismo vuelvo en el que Álvaro tenía su regreso.

Nuestro vuelo salió de París a las 18:30 h. En cuanto el avión aceleró por la pista y comenzó a alzar el vuelo, Álvaro se aferró con fuerza a los reposabrazos y cerró los ojos, firme como una piedra, en silencio, intentando no dejar escapar ni un ápice al exterior la ansiedad que sentía. Pensé en cuántas veces en su vida habría actuado así: un hombre como él, que no había parado de volar desde que lo había conocido. ¿En cuántas ocasiones se habría sentido solo y con ansiedad? Era un magnate en la cumbre del éxito laboral y social de Nueva York, y había vivido inmensamente solo, con sus hermanas al otro lado del charco, sin familia y con su mejor amigo fuera de la ciudad. Lidiando absolutamente solo con todas sus sombras.

Deslicé mi mano hasta su pecho, busqué su corazón y la dejé allí encima.

Álvaro abrió los ojos y me miró fugazmente.

—Estoy aquí —murmuré—. Estoy aquí.

Hubiera querido añadir: *y no me voy a ir a ninguna parte*, pero no lo hice, porque quizás esa era una declaración demasiado grande y Álvaro ya tenía que lidiar con sobrevolar el océano.

Apoyé mi cabeza en su hombro y él imitó mi gesto, apoyándose en mí. Así, sin más, entrelacé mis dedos con los suyos y sentí que estaba donde debía estar.

El lunes, Álvaro se sumergió en una vorágine de trabajo. Permaneció encerrado desde la mañana hasta la noche con todos los altos cargos de la sucursal de Nueva York. El *holding* estaba cerca del colapso si no se tomaban medidas urgentes. Los vi reunidos en la sala de juntas principal todo el día. Allí estaban el director financiero, el responsable de operaciones, la asesora jurídica general, la jefa de inversiones inmobiliarias y el responsable de gestión de activos. Esas cinco personas acompañaban a Álvaro y no lo dejaban ni a sol ni a sombra.

Me centré en mi trabajo con Sebastián y con Zac. Sin embargo, desde nuestra sala no pude evitar fijarme en cómo, por la tarde, llegaron más personas para incorporarse a aquella reunión que parecía no tener fin. Todos iban impecablemente vestidos, con trajes que no bajaban de los dos mil dólares.

—¿Esos quiénes son? —pregunté.

—Abogados —respondió Sebastián—. Todos ellos. Son de uno de los bufetes más potentes de Manhattan. Cobran por un día de trabajo lo que tú y yo en quince días, así que la cosa es preocupante.

—¿Tan grave crees que es?

Conocía la tensión financiera que estábamos atravesando, por eso Álvaro se había obcecado con el tema de los castillos. Sin embargo, la situación parecía haberse tornado urgente desde nuestro regreso a Nueva York. Pensé en cómo podía haberse tensionado así la situación en veinticuatro horas.

—Eso dicen, pequeña —respondió Sebastián con rictus serio—. Álvaro lleva todos estos años trabajando como un jabato. Convirtiendo lo que había empezado como una empresa familiar en el mayor *holding* de la costa este. —Hizo una pausa—. Siempre me ha parecido inquebrantable. Pensé que nunca lo vería en apuros, pero quizás quiso abarcar demasiado…

Miré a Álvaro dentro de aquella sala, con la camisa remangada y la corbata aflojada. Pensé en la primera vez que lo había visto, el día en el que lo conocí: el chico de Manhattan. En aquel momento no era la cabeza de un gigante inmobiliario ni alguien de quien todos

esperaban algo. Solo era el chico que me había ayudado con la maleta, que se había pedido un café y ni siquiera lo había tocado.

Pensé en la cantidad de empleados que trabajábamos allí. En todos los que estaban en aquella planta y en las otras que había por debajo: todos dependíamos de él, todos nos apoyábamos en él, y ahora que la empresa estaba en riesgo todos lo mirábamos a él.

No dije nada y me centré en mis tareas. Trabajé con los recursos que habíamos traído de Francia para actualizar las redes sociales y la web. Preparamos contenidos para *newsletters* y revistas. Álvaro era extremadamente atractivo y yo sabía cómo hacer brillar esa luz que tenía, cómo proyectarlo al exterior como un gigante, un titán. Todos lo deseaban por su presencia imponente. Sabía que esa imagen resultaba irresistible para hombres y mujeres, y dejé que lo desearan… Era una imagen perfecta para tapar el colapso financiero al que se estaba enfrentando el *holding*.

Trabajé hasta la noche y después me marché, dejándolo encerrado en aquella jaula de cristal, con personas trajeadas, informes y portátiles.

Solo nos saludamos un momento a lo lejos.

El martes se repitió lo mismo: Álvaro encerrado y todo el mundo esperando un pedazo de él.

Me marché nuevamente a casa sin poder hablar con él.

Nos cruzamos unos wasaps a las once y media de la noche.

El miércoles, sobre las diez de la noche, se marchó la última persona que estaba hasta ese momento con Álvaro en la sala de juntas.

Me aproximé hasta la puerta de cristal, que estaba abierta.

—No has cenado —comenté.

Estábamos a mucha altura y las paredes de cristal de la sala mostraban la imponencia de Manhattan a nuestros pies. El brillo de las luces y los letreros de neón de la ciudad que nunca duerme parecía trepar hasta nosotros. La sala de juntas tenía una luz tenue. Álvaro se mesaba el cabello con su portátil sobre la mesa. En la mesa había muchos portátiles que se habían dejado otras personas. Lo cual mostraba claramente que, cuando rompiera el día, volverían allí.

Álvaro levantó la cabeza y observé que la sorpresa cruzaba sus ojos al encontrarme en la oficina a esas horas.

—¿Todavía estás aquí?

—He estado trabajando y no quería irme sin verte. Llevas encerrado tres días —comenté.

—Perdona, he estado totalmente absorbido por el trabajo.

Caminé hasta él. Llevaba una falda fucsia con una blusa de color perla y unas sandalias de tacón transparente.

Álvaro me miró las piernas, ya me había dado cuenta de que se fijaba especialmente en esa parte de la anatomía de las mujeres. Mientras caminaba hacia él no pude evitar recordar algunas de las cosas que me había susurrado al oído mientas me penetraba en Francia. Cosas muy subidas de todo, que suponía que se decían los amantes pero que a mí no me había dicho nadie jamás. Sin embargo, me parecía natural que él me las dijera, que reclamara mi cuerpo. Como si de alguna forma nuestros cuerpos estuvieran conectados mucho más allá de cualquier convencionalismo.

Llegué hasta la enorme mesa de la sala de juntas. Era negra, de diseño y muy cara, como todo lo que rodeaba su imperio.

—¿Tan grave es la situación? —pregunté.

Estaba preocupada, todos lo estábamos. Desde el lunes se había extendido una sensación de urgencia entre los trabajadores.

—Sí —respondió sin tapujos, con el cansancio ya marcado en su rostro—. Las inversiones en Dubái han resultado ser un quebranto del que nos está costando recuperarnos.

—Pero… pensaba que ese asunto estaba en vías de solucionarse.

—Eso creía —respondió pasándose una mano por la cara—. Pero parece ser que uno de los intermediarios que ha participado ha sobornado a un político. Ahora se ha abierto una investigación que puede acabar en un asunto legal complejo y toda la construcción se ha paralizado. El panorama ya era malo, pero esto… Necesitaba mover esa inversión antes de septiembre para equilibrar las finanzas y esto lo complica. Desde que aterrizamos en Nueva York parece que todo ha ido mal —añadió.

—Pero este es un *holding* enorme… Pensé que la crisis podría reconducirse —comenté tratando de comprender.

Habíamos tenido algunas conversaciones al respecto, pero nada con la sensación de urgencia que estábamos viviendo.

—Llevamos tiempo en una situación compleja. La tensión financiera es enorme.

—¿Tanto se ha agravado?

Álvaro me miró. Yo me había apoyado ligeramente en la mesa.

—Digamos que arrastramos meses de deuda acumulada. Es una deuda de millones de dólares. Necesitamos liquidez. Tenemos activos muy valiosos, pero ilíquidos. Si intentamos refinanciar la deuda en este momento, se encarecería mucho, los tipos nos asfixiarían. —Hizo una breve pausa mirando la pantalla—. Estoy pensando en si vender acciones o crear una *joint venture*. —Respiró profundamente—. Si creamos una *joint venture* con un fondo rival, podría vender parte de los edificios. Sería una cesión parcial de control, pero eso evitaría la venta completa del *holding*. Mantendría parte del poder mientras conseguimos la liquidez necesaria.

Mi cabeza procesó la información con rapidez. Sabía del tema gracias a todos los años que me había empapado en la empresa de mi padre.

—Pero perderías el control.

Asintió pensativo.

—En parte sí —declaró.

—¿Y las sucursales de Madrid y París?

Negó con la cabeza.

—El *holding* de Nueva York creció tanto que, si les quito la liquidez ahora, las descapitalizaría. No puedo meter mano ni en BAC France Real Estate ni en BAC Iberia Real Estate.

—Por eso te dolió tanto lo de castillos de Candela.

Respiró profundamente y se pasó una mano por la cara.

—Lo de Candela me dolió porque era innecesario, y sí, habría supuesto un alivio disponer de esos fondos. —Volvió a mirarme—. Pero no sería la solución. Aunque sí me daría un balón de oxígeno y tal vez eso cambiaría algo. Ganaría tiempo para renegociar algunos de los préstamos de mayor importe. Pero, con todas las variables

que se han dado en estos últimos días, no sé si realmente habría servido de algo, todo se ha agravado a gran velocidad.

—¿Qué tratas de decirme?

Se encogió de hombros. Estaba cansado, muy cansado.

—Estamos llegando a un punto de no retorno. Podríamos colapsar —sintetizó—. Eso es lo más honesto que puedo decirte.

—¿Y cómo se podría solventar?

—Con un inversor fuerte que trajera liquidez —comentó masajeándose la sien—. Alguien dispuesto a invertir unos quinientos millones de dólares.

—¡Madre mía! —exclamé.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio, no había ni un solo ruido en toda la planta. Estábamos completamente solos.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Álvaro subió la mirada hasta mí. Aquel gris lleno de tormentas, rodeado del azul profundo de la noche en Nueva York.

Esbozó una sonrisa que tenía algo de canalla, pero también algo muy tierno.

—¿No estás arrepentida de todo lo que ya hemos hecho?

Le sostuve la mirada. Sabía exactamente qué quería decir: todo lo que yo me había reservado, todo lo que había esperado… Y luego estaba eso otro: lo que me decía la carne. La forma en la que mi cuerpo lo necesitaba.

Lo miré muy seria.

—No, no estoy arrepentida.

Una sola frase y fue como si eso hubiera provocado un efecto mariposa. La sonrisa del rostro de Álvaro se borró.

Me incliné un poco y le acaricié el rosto con calidez.

—¿Tú sí?

Álvaro buceó en mis ojos, pero lo único que pudo encontrar fue una férrea convicción.

—No, pero no es la misma situación —replicó con voz grave.

—Porque tú te acuestas habitualmente con otras personas…, ¿no? —pregunté sin dejar de acariciarlo—. Porque eso no significa

nada para ti, ¿no? O porque tú no tienes que preocuparte por tus sentimientos y yo sí de los míos. ¿Es eso?

—No he dicho eso —respondió serio.

—¿Y qué has dicho, Álvaro? —quise saber—. Porque creo que te dejé bien claro que estaba segura de lo que hacía. Soy una mujer adulta, no me arrepiento y si te preocupa que te pida algo… No te he pedido nada.

Sí, era cierto, no estaba en absoluto arrepentida y no le había pedido nada.

Álvaro se incorporó acariciando mis muslos a su paso. Me senté sobre la mesa a medida que buscaba un hueco entre mis piernas.

—Ya sé que no me has pedido nada… —murmuró sobre mis labios.

Sí, Álvaro era un magnate. Una de esas estatuas de Literary Walk que parecían soportarlo todo. El titán Atlas, con el mundo sobre sus hombros. Yo solo era una chica, apenas poco más que una niña a la que le habían roto el corazón unos meses atrás… Alguien que acababa de conocer el mundo real. Mientras, él llevaba peleando durante siglos en la más absoluta soledad. Y entonces lo vi en sus ojos oscilantes: la necesidad de algo a lo que arraigarse.

—Quizás sea eso lo que te preocupa —repliqué ensanchando una sonrisa—. Que no te he pedido nada… Que no somos nada…

En cuanto lo dije, Álvaro abrió mis piernas y tiró de mis caderas. La falda se me subió y él me aferró las nalgas, posesivo, mientras sentía su dureza.

Me miró con aquella intensidad que estaba segura de que había derretido a cientos de mujeres antes. Sus ojos brillaron desafiantes.

—No somos nada, ¿no?

—Exacto, no somos nada —confirmé.

En ese momento hundió una mano en mi cabello y me atrajo hacia él. El beso de Álvaro fue exigente. Era más bien el beso de alguien que quería meterse por debajo de tu piel. Levanté las manos, aferrándome a su cuello mientras él me pegaba a su cuerpo. Lo necesitaba dentro de mí y, como si él entendiera esa necesidad, eso que no había sentido antes, coló sus manos por debajo de mi

falda y me quitó la ropa interior. Desabroché su pantalón para buscarlo y no nos detuvimos ni unos segundos en los preliminares.

Álvaro me penetró y entonces me miró a los ojos como si necesitara grabar cada uno de los fotogramas.

—¡Dilo otra vez! —me retó.

Entró y salió de mi cuerpo. No se había puesto preservativo ni yo se lo había pedido. Era como si nuestros cuerpos decidieran por nosotros, ciegos y sordos a que aquello era una imprudencia.

—¿Qué? —jadeé.

Me sujetó las nalgas para penetrarme con más fuerza. Apretó los dientes y volvió a repetir:

—Dilo otra vez.

Entonces lo entendí.

—No somos nada —murmuré.

Mis huesos, mi carne y mi piel se rebelaban ante aquellas palabras. Álvaro buscó en mis ojos y encontró aquello que buscaba.

Una sonrisa tenue afloró a sus labios como una pequeña victoria y entonces siguió penetrándome en la sala de juntas de su flamante oficina de Manhattan. Mientras, mi corazón latía contra mis costillas. Colé mis manos por debajo de su camisa para clavar mis uñas en su espalda, como si yo también necesitara llegar a sus costillas justo antes de alcanzar el clímax en sus manos.

Cuando llegué, Álvaro me besó con verdadera hambre, quedándose con pedazos de mí que ya le pertenecían.

Después cogió un clínex para terminar y no perder del todo la cabeza.

Capítulo 42

Mis pies enraizados

Álvaro

Las siguientes dos semanas fueron las más locas de toda mi vida. Durante el día vivía en un infierno de reuniones imposibles: encuentros con abogados y con los directores de los principales bancos que sostenían el sistema financiero del *holding*, así como videoconferencias con Dubái para tratar de atajar el problema de la inmovilización de aquellos activos. Jornadas maratonianas: trajes, corbatas, reuniones, gráficos, propuestas, alternativas… ¡Aquello era el mismísimo infierno!

Por las noches acariciaba el cielo y era un lugar que no había conocido nunca antes. El cielo en mi cama y en la de Elizabeth, lamiendo cada pedazo de su piel, viendo cómo se deshacía en mis manos. Noches imposibles haciéndole el amor contra el ventanal de cristal del salón de mi piso en Manhattan, aguantando cómo se reía de mis sábanas negras y persiguiendo la curva de sus sonrisas.

No sé en qué momento fuimos de la mano a comprar sábanas de algodón blanco. Hicimos la cama con aquellas sábanas impolutas y después la deshicimos. No paré hasta que ella gritó mi nombre, una y otra vez, y ni aun así me sentía saciado… Elizabeth estaba en todas partes. Necesitaba sus sonrisas, su calma, su ternura… Estar entre sus piernas se había convertido en mi credo.

Ella cocinaba para mí y mi casa olía a asados y a bizcochos. La perseguía corriendo por el salón y la cocina, hasta que la atrapaba. La desnudaba y le hacía el amor en el suelo del salón, sobre la alfombra, en la cama, contra la pared de la ducha, sobre la mesa del comedor…

Me sentía enfermo, nunca jamás había necesitado a nadie como la necesitaba a ella… Me empaché de todo aquello que me

daba. La sumergí conmigo en un mundo de lujuria y carne. Dormíamos tres, cuatro horas antes de tener que enfrentarme a un trabajo imposible en la oficina.

Me aprendí cada centímetro de su piel y de su apartamento en Manhattan. Me acostumbré a comprarle rosas blancas, a recorrer su cuerpo con los pétalos, al sonido de su voz ahogada cuando no podía más…

Entendí que aquello que sentíamos era lo que había asegurado la supervivencia del ser humano y, ni aun así, me atreví a ponerle nombre.

Me despertaba en su cama, con ella pegada a mis costillas, o en mi cama, solo con el sonido del agua en la ducha y su voz cantando. Mi casa olía a café recién hecho por las mañanas. Aquello era el cielo en el que me refugiaba antes de meterme en el infierno.

Ignoraba todos los mensajes de mujeres que llegaban a mi móvil como un goteo. Mujeres con las que había compartido cama, obviamente. No me interesaba ni una sola de todas ellas, solo Elizabeth.

No sé en qué momento me encontré recorriendo las calles de Manhattan, que me conocía a la perfección, con Elizabeth de la mano o entrando en librerías para comprar clásicos de poesía. Nos sentábamos en el césped de Central Park, ella me leía a Byron mientras me acariciaba con cierta candencia el cabello. Sentía que aquello tenía que ser un sueño, algo imposible.

Un viernes por la tarde, después de salir del infierno en que se había convertido la oficina, la acompañe a Trinity Church, en Wall Street. La dejé allí y bajé caminando hasta Battery Park. Esperé tomándome un café y dando un paseo. No había cambiado tanto como para poner mis pies en una iglesia y no arder.

Caminé por Battery Park, observando la bahía de Nueva York, con la cabeza abarrotada de problemas y el corazón lleno de Elizabeth. No me atrevía a ponerle nombre a aquello. Ella no me había pedido nada, pero tenerla en mi cama y en mi vida se había convertido en una necesidad casi animal. No podía pensar en nada más, porque yo jamás había pensado en el futuro con una mujer y no sabía si podía o quería hacerlo.

Las aguas de la bahía de Nueva York se mecían mientras observaba, a lo lejos, la Estatua de la Libertad. Entonces volví la mirada y me encontré con Elizabeth caminando hacia mí, ya había terminado el oficio religioso.

Estaba preciosa. Llevaba un vestido veraniego que dejaba al descubierto sus piernas, que eran, claramente, mi debilidad. Siempre me había fijado en las piernas de las mujeres, pero lo que me provocaban las suyas rozaba la obsesión.

—¿Qué tal ha ido el servicio? —pregunté por cortesía.

Hacía calor, pero el ambiente en Nueva York era agradable a esas horas del final de la tarde.

Elizabeth se acercó hasta mí.

—Podrías haber venido —dejó caer.

—No, gracias. Prefiero arder en el infierno —respondí ensanchando una sonrisa.

Replicó mi sonrisa, pero la suya tenía algo genuinamente dulce. Aun cuando era descarada y divertida, no perdía aquella esencia.

—Bueno, mal no te iba a hacer —expuso—. A mí me resulta un momento de paz y de reflexión. Tal vez te ayudaría con tanto estrés.

Le acaricié el cabello y pasé un mechón detrás de su oreja.

—No creo. Soy ateo —sentencié—. Lo más probable es que según fuera escuchando la retahíla religiosa, en vez de generarme paz, me enervara.

Se encogió de hombros.

—Torres más altas han caído —me advirtió alzando ligeramente las cejas. Bajé los dedos por su cuello hasta la pequeña cruz de oro y la retuve unos segundos entre mis manos—. Incluso grandes voces de la ciencia han terminado planteándose la existencia de algo superior. Porque llega un punto en el que la ciencia no puede dar todas las respuestas. Y eso, por sí solo, ya deja abierta esa posibilidad, ¿no crees?

—Eso simplemente demuestra lo limitado de nuestro conocimiento —respondí dejando la cruz sobre su piel—. No la existencia de una deidad superior.

—Bueno, no tiene que ser una deidad —aclaró—. Puede ser un plano diferente. Algo superior que no podamos explicar.

—¿Eso es lo que dicen en tu iglesia? —pregunté alzando una ceja.

Elizabeth torció ligeramente la cabeza de una forma adorable.

—Bueno, yo no creo literalmente. Lo hago a mi manera.

—¿Y por qué vas a los servicios?

—Porque es una cuestión de fe, pero también de tradición. —Se encogió de hombros—. Porque me gusta, me siento en paz. Siento que estoy en un lugar sagrado, aunque no me crea todo al pie de la letra ni participe en todo con los ojos vendados.

En paz me sentía yo dentro de ella. Ella podría ser mi religión.

Estiré una mano y la tomé por la cintura para acercarla a mi cuerpo. Me daba exactamente igual en lo que creyera que había después de la muerte, pero me reconciliaba un poco con mi ateísmo el que no siguiera un dogma férreo, sino que fuera espiritual a su manera.

—Se me ocurren formas mejores para relajarte. —Amplié mi sonrisa—. Si quieres, puedo ponerlas en práctica.

Se rio con una risa espontánea, llena de libertad y luz.

—Esas cosas no me relajan, de hecho, me tensan —contravino.

—Bueno, eso ocurre justo antes de relajarte…

Deslicé mis dedos por su mandíbula y la besé hundiendo mis dedos en su cabello.

Elizabeth respondió abrazándose a mí para devolverme el beso. Fue un beso profundo, de esos en los que sientes el cuerpo entero, pero no podíamos olvidar que estábamos en un lugar público.

Rompimos el beso y comenzamos a caminar. Había echado mi mano por encima de los hombros de Elizabeth y la mantenía pegada a mi cuerpo mientras paseábamos.

Hablábamos de algo trivial. Alguna cuestión sobre un espectáculo nuevo que estaban poniendo en Broadway y del que me habían hablado muy bien.

Elizabeth sonreía mientras me escuchaba.

Justo en aquel momento, en el que estábamos a punto de salir de Battery Park, nos encontramos de frente con Zac Smith.

Zac era mi empleado y compañero de departamento de Elizabeth. Y no solo eso, sino que, en el tiempo que ella llevaba allí,

se había convertido en uno de sus grandes apoyos, dentro y fuera de la oficina. El rubio se había comportado como un buen amigo desde que ella se había instalado en Nueva York. En mi opinión, habrían sido mucho más si Elizabeth hubiera captado las señales y los deseos tácitos de Zac Smith.

—¡Zac! —exclamó sorprendida Elizabeth.

Zac nos miró con el rostro blanco.

—¿¡En serio!? —murmuró.

No me gustó nada el tono de aquel comentario y, aunque me desagradaba la idea de que nos hubiéramos encontrado con alguien del trabajo, no solté a Elizabeth.

—¿Esto es lo que has estado haciendo estos días que estabas tan ocupada? —preguntó con un tono impertinente—. ¿¡Méritos con el jefe!?

Había sido un golpe bajo.

—Yo no he hecho ningún mérito con el jefe —se defendió Elizabeth.

La solté, solo porque el agarre era incómodo en aquel contexto, y no quería que ella se sintiera así.

—Zac, ten cuidado con las siguientes frases que vayas a decir —le advertí.

—¿De verdad me estás amenazando? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Tengo que tener cuidado por si me despides? —Nos miró furioso—. Eso es un poco mezquino.

—Mezquino es lo que estás haciendo tú —afirmé y mi voz sonó helada.

Zac estaba completamente fuera de sí mismo.

—Si hubiera querido ser mezquino, habría preguntado: ¿te estás tirando al jefe para trepar en la oficina? —añadió mirando directamente a Elizabeth.

Ella se puso lívida.

—¡Las cosas no son así y no tengo que darte explicaciones de nada! —replicó herida.

—Una chica sureña, de valores tradicionales… —murmuró. Fue casi como si le dijera «prostituta» a la cara.

Agarré a Zac de la camisa.

—Es mejor que no digas ni una sola palabra más, Zac —le advertí.

—¡Álvaro! —me llamó Elizabeth, asustada—. Para. No hagas nada de lo que vayas a arrepentirte. No merece la pena.

Noté la tristeza en su voz.

—¡Hazlo, por favor! —me retó Zac, le podía la rabia—. Quiero vez cómo acaba esto…

Quería destrozarlo, partirle la cara, pero aquello no tenía ningún sentido.

Lo solté.

—¡Lárgate de mi vista! —bramé.

—Por supuesto que me marcho. Ya he visto suficiente —fue lo único que dijo, y en esta ocasión su voz sonó más triste que otra cosa.

En ese momento comprendí que, más que gustarle Elizabeth, estaba medio enamorado de ella. Tanto como para enfrentar a su jefe. A la persona de la que dependía su despido.

Nos quedamos en silencio observando como Zac desaparecía al doblar la esquina.

Me pasé las manos por la cara; la cabeza me iba a mil por hora, me ardía el pecho, ¿por qué había tenido que reaccionar así?

—No tenías que haber hecho eso —murmuró Elizabeth, triste—. Ha sido una imprudencia.

—No, es cierto —admití—. No debí actuar así.

Me rasqué la mandíbula. De repente el mundo había cambiado de ritmo. Miré a mi alrededor: seguíamos en Nueva York, a unos pasos de State Street, saliendo de Battery Park, donde unos minutos antes estaba paseando con Elizabeth… Y, sin embargo, todo había cambiado.

Apenas un momento antes la había abrazado y habíamos mantenido una ligera conversación sobre un tema complejo y profundo, poniéndole humor a nuestros diferentes puntos de vista, como haría cualquier pareja. Por fin era viernes, después de toda la presión de la semana, tenía un respiro… Y, de repente, el mundo se había partido en dos. Ella estaba en un lado, yo, en el otro, y entre nosotros había un abismo inmenso.

Me sentí helado. El océano Atlántico, que besaba los pies de Nueva York, se había convertido en hielo y así lo noté en mi corazón.

Elizabeth me miró y en el azul cielo de su mirada no había nada de la escarcha que reflejaban mis ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó y el tono de su voz era muy serio.

—Esto no debería haber ocurrido —declaré con voz fría, y me sentí muy lejos de ella.

Elizabeth me miró por un momento.

—¿Te refieres al hecho de que Zac nos haya visto juntos o a lo que ha pasado entre nosotros?

Apreté la mandíbula y no contesté.

—Te he hecho una pregunta —insistió.

—A las dos cosas, seguramente.

Me quedé en silencio. La tarde parecía más fría.

—¿Seguramente? —me preguntó herida—. Hace unos minutos no te importaba pasear conmigo.

—Hace unos minutos no nos había explotado la realidad en la cara —declaré sin adornos.

—¿Y cuál es esa realidad? —tragó herida.

La miré. El hielo estaba en mi corazón, pero también todo lo que habíamos vivido.

—No lo sé.

Ni un sí ni un no. La indeterminación que le rompió el corazón a Elizabeth. La había conocido unos meses atrás con el corazón roto y ahora era yo el que se lo rompía.

Me odié en ese instante por ello.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? —Meneé la cabeza —. Yo no te he pedido nada —declaró con la voz firme, pero un poco quebrada.

—¡Ya lo sé! —respondí más brusco de lo que pretendía.

Nos quedamos en silencio. Elizabeth se abrazó a sí misma y yo no la abracé.

—¿Quieres dejarlo aquí? —me preguntó mirándome a los ojos —. ¿Es eso? ¿Nos ve alguien del trabajo y todo lo que ha pasado entre nosotros ya no significa nada?

Sentí la soga al cuello.

—Beth…

—¡No me llames Beth! —me dijo molesta—. ¡Ahora ya no podría soportarlo! Llevas llamándome Elizabeth desde el día que nos conocimos. Antes no me gustaba y ahora ya no puedo soportar que me llames de otra manera.

La entendí.

En ese mismo instante deseé alargar mis manos y cogerla. Pegarla a mi pecho y abrazarla, pero no lo hice y dejé que el hielo ganara rápidamente terreno.

El abismo era cada vez más grande.

—Esto ha sido un golpe de realidad —declaré poniendo los hechos sobre la mesa.

—No estás hablando en serio.

Me obligué a ser sensato.

—No hemos pensado bien en lo que estábamos haciendo.

Elizabeth se rio con cierta amargura.

—No, supongo que tanto sexo nubla la cabeza —replicó con la única intención de herirme—. ¿No estabas pensando en lo que hacías cuando nos acostamos? ¿En ninguna de las decenas de veces que lo hemos hecho?

—Elizabeth…, soy tu jefe —subrayé—. En la oficina van a hablar. Será un escándalo. Te llevo doce años y eso solo aumentará la sensación de que estoy en un plano de superioridad respecto a ti, como si no fuera suficiente el hecho de que trabajes para mí. Y, al margen de todo eso, eres la hija de uno de mis inversores… Piensa en la imagen que esto puede dar al exterior.

Movió la cabeza en sentido negativo. Habíamos dejado que todo aquello llegara demasiado lejos.

—No me lo puedo creer… —murmuró y la decepción barrió su rostro.

Pensé que rompería a llorar. A mí me ardían el pecho, la cabeza, las entrañas, pero me sentía incapaz de desdecirme. Jamás había tenido que enfrentarme a una ruptura y a aquello tampoco le habíamos puesto nombre. Me endurecí, que era algo con lo que sí sabía manejarme.

—No es el fin del mundo —expuse como colofón y, en cuanto lo dije, me sentí un miserable—. Hace unos meses has superado una situación mucho peor.

Elizabeth levantó la mirada y me miró como si no me conociera. Los ojos le brillaban, pero no lloró.

—¿En serio? ¿Has dicho eso?

—Yo…

Dio un paso atrás.

—Elizabeth, solo digo que las cosas son como son. —Recordé el hecho de que ella estaba a punto de irse a Alabama por las vacaciones. La distancia nos ayudaría—. Tómate este tiempo de vacaciones para ti.

—¡No digas nada más, por favor! —me pidió hablando con dureza, y sentí que podría haberme dado una bofetada en ese mismo momento—. No digas una sola palabra más.

Elizabeth se dio la vuelta y se marchó.

Vi como el tráfico, los edificios y el mundo bullendo más allá de Battery Park la engullían, mientras yo me quedaba allí, inmóvil, exactamente donde estaba. Donde había estado tantos años. Como una estatua con los pies enraizados al suelo.

Capítulo 43

Cuatro de julio

Beth

El 4 de julio me costó levantarme de la cama, a pesar de todo lo que había que hacer ese día. Era sábado y había llegado el domingo anterior. Tan solo llevaba una semana en casa y me sentía ahogada. Casi como si me faltaran los pulmones, como si me los hubieran arrancado del cuerpo. La conversación que había tenido con Álvaro, antes de venirme a Alabama, se repetía en mi cabeza una y otra vez. Me parecía irreal. Sentía que algo se me había roto y se había quedado en Battery Park, suspendido entre la bruma de la mirada azul grisácea de Álvaro.

Desde que había llegado a Alabama, me había costado dormir. Por las noches daba muchas vueltas. No podía creerme que me hubiera marchado de aquella casa con el corazón hecho añicos, y ahora, no es que volviera a ella igual de destrozada, no, es que tenía un agujero inmenso en el pecho, justo en el lugar donde debía estar mi corazón. ¿Cómo era eso posible?

Lo peor era que se me había caído la venda de los ojos. Comprender que lo que había vivido con Brandon era el duelo por la ruptura de un sueño. Me había enamorado de la idea del compromiso, de la perspectiva de construir una vida juntos… Ahora lo comprendía de verdad. No había habido un amor tan grande, solo unas grandes expectativas.

Con Álvaro sí había conocido lo que era una verdadera conexión. Lo que él y yo habíamos vivido iba más allá de la piel, era algo que nos unía a un nivel profundo. Dos personas que habían sabido mirarse a los ojos y reconocerse.

Eran las siete de la mañana y estaba sentada en mi cama con una mano sobre el estómago, donde sentía que me faltaba algo.

Sentía casi dolor físico por la ausencia de Álvaro y tan solo llevábamos separados una semana.

No me había llamado, ni yo a él.

No me había escrito, ni yo a él.

No había llorado. Quizás porque el dolor era tan inmenso, tan real, que si me rompía tenía miedo de no saber reconstruirme otra vez. Me negué a ser esa mujer.

Era fuerte, era muy fuerte.

Estaba sentada en mi cama. Paseé los ojos por los detalles de mi habitación: desde el cabecero tapizado, el dosel de mi cama, hasta las lámparas clásicas y el tocador con espejo grande. A cada lado de la cama había una puerta: una para mi baño privado, otra para el vestidor. La mía era la segunda mejor habitación de la mansión clásica sureña en la que vivía con mis padres.

La mansión de estilo colonial en la que me había criado tenía una fachada blanca con columnas altas, porche amplio con mecedoras y un jardín con el césped perfectamente cuidado con magnolios y hortensias. Era tal cual te imaginas cuando piensas en el sur.

Había amado aquella casa toda la vida. Había idealizado una vida en una casa como aquella: matrimonio e hijos. Sonreí al pensar en ello. Una sonrisa amarga, porque todos aquellos pensamientos me llevaban, una y otra vez, a Álvaro.

Me levanté y me acerqué al balcón. Abrí las puertas de cristal y madera blanca. Observé el exterior: el césped cuidado de la parte frontal de la casa, el pequeño camino que daba a la vía que avanzaba entre las casas, los árboles centenarios del vecindario, asentados a lo largo de la calle. Era el mundo que había conocido tanto, que representaba todo lo que yo era, de algún modo.

Un momento de pausa antes de sumergirme en el ritmo frenético de ese día, el mayor festivo de todo EE. UU.

Me obligué a no pensar. Me vestí de forma impecable con un vestido blanco veraniego y bajé a reunirme con mis padres para ir a desayunar al club junto con mi abuela y algunos amigos de mis padres. El desayuno fue agradable y el ambiente familiar. Mi padre

siempre aprovechaba el tiempo en el club para hablar de negocios con amigos y miembros de la alta sociedad de Alabama.

Después, asistimos juntos al desfile local del Día de la Independencia y sonreí al ver a los niños con sus banderitas. Por dentro, sentía aquel peso en el pecho, pero lo disimulé con una sonrisa. En todo caso, el ambiente festivo se me metió por debajo de la piel, y es que era mi celebración favorita.

Fue un día caluroso, así que yo me encargué de preparar mucha limonada casera para la comida en el jardín con nuestros vecinos. Comimos ensaladas frescas, marisco y carnes preparadas en una cuidada barbacoa mientras la celebración y el calor nos acompañaban a lo largo de la jornada.

Harper se acercó por la tarde a tomar un té helado y escuchó a mi abuela contar alguna de las historias de su juventud. A las dos nos encantaba sentarnos a su lado y que nos relatara aquellas anécdotas.

Mi abuela charlaba sentada en un sillón bajo una pérgola. Su sonrisa era encantadora. Tenía la piel curtida por la edad y el cabello blanco. En sus orejas, siempre unos pendientes de perlas, y en sus dedos, ya torcidos por la edad, brillaban los diamantes de sus anillos.

Escuchaba a Harper reír y no podía evitar mecer la cabeza a los lados mientras mi abuela contaba alguna picardía sobre el excelente marido que había resultado ser mi abuelo. Con los años, había perdido la vergüenza y siempre nos decía que había que buscarse maridos que tuvieran ganas de irse a dormir temprano.

Ahora que conocía lo que era perderse entre las sábanas con alguien a quien amabas, podía comprenderla.

—¡Ay, Margaret, usted siempre con sus historias! —se rio Harper a carcajadas.

—¡Bueno, hija, cuando tengas un marido ya me entenderás! —comentaba mi abuela con un destello en sus ojos, como si guardara secretos que a nosotras todavía no podía revelarnos.

Harper cruzó una mirada conmigo.

—Bueno, abuela, nos vamos a buscar más té helado. ¿Quieres un poco? —pregunté.

—No, Beth, querida. Id vosotras —manifestó con un gesto.

Caminamos por el jardín entre la gente riendo, los niños corriendo con sus banderillas, los vestidos blancos y los sombreros claros. El ambiente era muy festivo, con el sol todavía alto.

—¡Tu abuela es la mejor! No hay nadie como ella contando historias —declaró mi amiga muerta de la risa.

—Desde luego —confirmé—. Tiene el auténtico espíritu de los cuentacuentos.

—Me pregunto si de verdad se cree que seguimos siendo vírgenes —comentó echando un vistazo hacia atrás.

Dos de mis primos pequeños se habían sentado a los pies de mi abuela y hablaban con ella. Era la madre de mi madre. La única abuela, de mis cuatro abuelos, que todavía estaba con nosotros.

—No lo sé —respondí observando a uno de los niños de mi vecino, que pasaba corriendo por delante de nosotras—. Es posible. Aunque, en mi caso, no andaba tan mal encaminada.

Harper enlazó su brazo con el mío.

—Bueno, yo me alegro de que hayas probado la carne. Si no lo hubieras hecho, quizás, al final, te habrías casado con alguien que resultara ser un mal amante y eso le partiría el corazón a tu abuela. ¿No crees?

Sonreí con cierta ironía.

—No es que ahora piense ponerme a hacer un *casting*.

—No me refiero a eso —replicó Harper dándome un suave toque en el brazo—. Pero tampoco hay que tomárselo todo tan en serio.

Giré la cabeza hacia mi amiga.

—No era tomarme algo en serio o no —contesté—. Había decidido esperar por convicción, porque creía que era importante.

Harper asintió. No quería herirme, aunque en ese aspecto, ella nunca había pensado como yo.

—Y lo ha sido. Ha sido algo importante: te has entregado enamorada, no todo el mundo puede decir lo mismo —argumentó para que eso no me pesara—. No tienes que arrepentirte, aunque no haya salido bien.

La miré muy seria.

—Ahí está el tema: no me arrepiento de nada, en absoluto —aseguré.

—Entonces, respira hondo, Elizabeth, porque esto también pasará… —replicó Harper enlazando su brazo con el mío con más firmeza—. O puedes hacer otra cosa: volver a Nueva York y decirle a *tu chico* que enfrente las cosas como son. Él te ama, lo que pasa es que la idílica burbuja en la que estabais viviendo le estalló en la cara. Que afronte lo que siente y que se olvide de los prejuicios. ¿Qué más da que sea tu jefe? ¿O lo que opinen los demás? ¿Os habéis enamorado en la oficina? Bueno, no seréis ni los primeros ni los últimos.

Tu chico, había dicho Harper.

Sí, Álvaro era *mi chico*: *el chico de Manhattan.*

Respiré hondo y no dije nada. Quizás porque sentía que había mucho peso en lo que había dicho Harper. Podía recordar la verdad en cada uno de los momentos que había vivido con Álvaro. Aquello había sido real, más real que ninguna otra cosa.

Mi pecho se aligeró.

Esa noche vi los fuegos artificiales rodeada de mi familia y vecinos, de amigos de toda la vida. Sabiendo que allí, en Alabama, estaban mis raíces, pero con la certeza de que mi corazón estaba en otro lugar. Sin saber si Álvaro sería capaz de verlo por sí mismo o si tendría que ir yo a por él.

Capítulo 44

Un bebé descontrolado

Álvaro

—Para ser viernes, tienes muy mala cara, Álvaro —comentó Sebastián entrando en la cocina.

A esas horas todavía no solía haber nadie en la oficina. Además, estábamos en pleno mes de julio y había mucha gente de vacaciones. Me sorprendió verlo allí.

—No son ni las ocho de la mañana, Sebastián. ¿Qué haces aquí?

—Trabajar —sentenció como si hubiera preguntado una estupidez—. Me voy de vacaciones en unos días y tengo mucha tarea.

Asentí.

—Ya veo —rumié—. Hablaría con tu jefe, pero creo que eres tú mismo.

Sebastián me miró e hizo una mueca, divertido.

—Muy gracioso. Por cierto, veo que tienes problemas con la cafetera —comentó haciendo referencia al hecho de que tuviera en mis manos aquel artilugio infernal desmontado.

—Sí, se me está rebelando un poco —tuve que aceptar—. No estoy acostumbrado a este modelo.

—¡Anda, déjame a mí! —dijo acercándose—. No te he visto nunca en esta cocina haciendo café en todos estos años.

Me hice a un lado.

Sebastián volvió a colocar las piezas que había quitado. De su interior extrajo una cápsula de café medio aplastada.

—Veo que querías que hiciera el café por las malas —comentó levantando una ceja, y me devolvió la cápsula.

Me pasé la mano por el cabello algo revuelto.

Sebastián cogió una cápsula nueva y la colocó en la cafetera.

—¿Estás cambiando de *look*?

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Le dio al botón y la cafetera comenzó con sus ruiditos previos a extraer café.

—¿Sabes cuántos años llevo trabajando en la empresa?

—Diez años —respondí.

Sebastián colocó la taza, con el café humeante, en un platillo.

—Exactamente, diez años. Y en diez años no te he visto ni un solo día que no estuvieras recién afeitado —declaró—. Ahora llevas sin afeitarte más de una semana y tu cabello necesita un buen corte. —Me quedé en silencio viendo como colocaba la taza de café en el mostrador de la cocina, justo delante de mí—. Es curioso que ese tiempo de retraso en tu cuidado personal coincida con el tiempo que lleva de vacaciones cierta jovencita del sur… Me pregunto si no estarás atravesando un momento de mal de amores.

—¿En serio, Sebastián? —pregunté molesto.

—En serio, Álvaro —respondió sin amilanarse—. Y te hablo así de claro porque te aprecio. Espero que tu decisión de apartarla no tenga que ver con el hecho de que Zac esté celoso. Porque eso sería absurdo y algo poco digno de un tipo de altura como tú.

Me quedé en silencio.

—No lo sabe todo el mundo, no te preocupes —añadió de repente tratando de tranquilizarme—. Obviamente, Zac me contó que os vio y sé que está celoso, pero se le pasará. Al fin y al cabo, tú no tienes la culpa de que Elizabeth no lo haya elegido a él. Ella no lo mira como te mira a ti.

Me quedé helado en vista de lo que Sebastián acababa de decir.

—¿Y cómo me mira a mí? —pregunté, pues la curiosidad me podía.

—Exactamente como la miras tú a ella: como si fuera la única persona que hay en la habitación.

Sebastián me dio un pequeño golpecito en el hombro.

—Sé que tienes un imperio que salvar, y de él dependemos todos los que estamos subidos a este barco, pero ella vale más que un imperio.

No dije nada y vi como Sebastián salía de la cocina.

Cuando el café tocó mis labios ya estaba templado.

***

El día fue pesado. No podía quitarme de la cabeza la conversación con Sebastián. Aunque, en realidad, lo que no podía quitarme de la cabeza era la última conversación con Elizabeth. Sí, tenía un imperio que salvar y llevaba en ello semanas. Estaba al borde del precipicio, pero perderla a ella me estaba pesando demasiado.

Desde que se había marchado, me despertaba con la sensación de que Elizabeth estaba a mi lado en la cama. Soñaba con sus sonrisas, con las noches que había pasado adorando su cuerpo, con los paseos que habíamos compartido por Manhattan… Elizabeth ocupaba mis pensamientos, durmiendo y despierto.

No podía dejar de pensar en la tarde que nos habíamos encontrado con Zac. Me había cruzado con él en la oficina y lo único que había hecho era apartar la mirada. No podía culparlo por enamorarse de Elizabeth, yo tampoco podía quitármela de la cabeza… Así que en eso no tenía nada que decirle. En cuanto a cómo me había comportado yo, siendo su jefe, estaba mal, lo mirases por donde lo mirases. No debería haber perdido las formas con él.

No podía obviar el hecho de que ella solo se había entregado a mí. Sabía que había dado ese paso decidida y que, a pesar de que no estábamos juntos, no se arrepentía… Pero ¿por qué no estábamos juntos? La idea de un compromiso nunca había estado en mi horizonte. Llevaba toda una eternidad solo. Al margen de los cuerpos en los que buscara algo de calor, estaba solo.

Ella nunca había estado con nadie.

Yo nunca me había comprometido…

Había tenido insomnio rememorando el momento en que le había enseñado cómo tenía que tocarme. Recordando cómo había bajado los besos por mi pecho, hasta que sus labios habían llegado a mi cintura; cómo había levantado su mirada con cierta inseguridad. Me había observado a través de sus espesas pestañas mientras mi mano acariciaba su cabeza, enredándome en su cabello la primera vez que ella deslizó su lengua… En ese momento Elizabeth podría haber hecho cualquier cosa conmigo. La primera vez que me tomó por completo, de aquella manera, el infierno entero había ardido en mi cabeza y en mi estómago.

Ella se había marchado, pero la sentía presente en mi piel que, de algún modo, ahora también era suya.

La casa sin Elizabeth se me caía encima. El sentimiento de ausencia que tenía en el pecho no iba a menos; al revés, era cada vez mayor y yo no estaba acostumbrado a eso.

Tras una semana de estresantes reuniones, presión y ausencia de Elizabeth, la cabeza me iba a estallar.

Eran ya las 13:40 h cuando alguien tocó en la puerta de mi despacho, lo cual era ridículo porque era de cristal y siempre estaba abierta. Supuse que sería Susan insistiendo nuevamente en que bajara a comer: tenía que salir de aquella oficina y airearme. Estaba en un laberinto llegando siempre a los mismos callejones.

—Pasa.

—¿Dejas entrar a tu oficina al primero que llame a la puerta sin levantar la cabeza?

Aquella voz.

Levanté la cabeza rápidamente. No podía dar crédito: Candela estaba enfrente de mí. Llevaba un vestido sobrio de color gris y me miraba seria.

—¡Candela! ¿¡Qué haces aquí!? —pregunté sorprendido—. No me lo puedo creer.

—¿Paso entonces?

—¡Por supuesto! —exclamé—. Entra, por favor.

Me puse en pie. Sentí el impulso de rodear la mesa y abrazarla, pero Candela no era de excesivo contacto físico. Si fuera Beca, la cogería en volandas y la abrazaría con fuerza. Candela solía

manejarse mejor con cierta la distancia. Y, teniendo en cuenta cómo había sido nuestra despedida la última vez que habíamos estado juntos, entendí que tampoco era lo que querría. Entre nosotros las muestras de cariño estaban racionadas.

Candela caminó y se sentó en la silla libre que había delante de mi mesa.

—¿Qué haces en Nueva York? —insistí sin dar crédito.

—Vengo a ofrecerte mis castillos.

Allí estaba el detalle: *mis*. Ese pronombre posesivo. Por lo mucho que aquellas fortificaciones representaban para ella. No eran los activos de BAC France Real Estate, eran los castillos de Candela.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin entender.

—He venido a ayudarte —declaró sin florituras—. Prefiero desprenderme de ellos y ayudarte a ti. Esto es más importante.

La miré. Candela permanecía seria. No se le movía ni un pelo. Yo estaba sin afeitar, tenía el cabello desarreglado, las mangas de la camisa remangadas y llevaba encerrado en aquella oficina días, tan solo había salido lo necesario para dormir cada noche.

Esto es más importante, había dicho Candela.

Me pregunté si se refería a salvar el inmenso gigante inmobiliario que había alimentado desorbitadamente durante los últimos años hasta que había crecido de forma incontrolable, como un bebé inmenso, o si se refería a salvar la relación que había entre los dos.

La observé, mi hermana, la que había sido mi cómplice toda mi infancia. Ella que tenía el rostro de mamá pintado en la cara. Hecha de hielo de arriba abajo, había venido allí por *mí*. Solo por mí. A pesar de sus propias necesidades. Recordé que antes no era de hielo. Que antes de que la vida la hubiera endurecido, ella siempre había sido la mano a la que aferrarme.

Esto es más importante.

Esto es más importante.

En ese momento exacto, solo con aquella sola frase, Candela me hizo ver por fin con total claridad.

—No —sentencié—. No lo es.

Capítulo 45

Un diamante rodeado de zafiros

Beth

Segundo sábado de julio. Había llegado a Alabama hacía casi quince días y todavía me quedaba por delante una semana de vacaciones. Había hecho todas las cosas que habitualmente, en mi vida allí, me hacían sentir feliz: había pasado tiempo con mis padres, con mi abuela, con Harper y otras amigas; había ido a la iglesia, disfrutado de barbacoas en el jardín, asistido al club con mi padre... Había hecho todo lo que antes era cálido y cotidiano, y lo seguía siendo, pero me faltaba algo. Era como si la gravedad de mi mundo hubiera cambiado y ahora mi centro estuviera en Nueva York y no allí.

Habíamos cenado temprano con mi abuela en el club. Después habíamos jugado al *bridge* y me había encontrado con algunos amigos. Entre ellos estaba James, un buen amigo que había estado enamorado de mí desde pequeños. Siempre se había llevado mal con Brandon, no de forma abierta, pero era una obviedad. Lo había rechazado en el instituto, porque no sentía lo mismo que él. Era un buen amigo, pero nada más.

James me había mirado un par de veces mientras Harper hablaba de un viaje que iba a hacer a Europa en agosto. Por mi mente se había cruzado la idea de que, si hubiera apostado por James, no habría acabado con el corazón roto y no habría viajado a Nueva York. Él nunca me habría engañado, como Brandon. Él me adoraba y compartía todas las ideas con las que me había criado: la tradición, el hogar, la familia, los hijos…

Sin embargo, mientras bebía un poco de agua y el resto de mis amigos se reía, no podía dejar de sentir aquello que me había estado pasando desde que había puesto los pies en Alabama: sentía

una atracción tirando con fuerza de mi cuerpo hacia Nueva York, directamente hacia el pecho de Álvaro.

No, no me interesaba James.

No me interesaba nadie esa noche.

Mi cabeza estaba en Nueva York, con Álvaro.

Mis padres se habían retirado temprano y había regresado con ellos a casa. Habíamos llevado a mi abuela hasta su casa, que estaba en el mismo barrio. Todo era cotidiano, todo estaba tranquilo.

Me encontraba en mi habitación, era de noche y el cielo estaba lleno de estrellas.

Pasaban de las once y media de la noche. Mis padres ya se habían retirado a dormir hacía un buen rato. A esa hora, mis amigos estarían entrando en algún *pub* para bailar y beber. A mí no me apetecía, no quería cruzarme con Brandon ni con Nancy. Me preguntaba si ella sabría que él había ido a buscarme a Nueva York. Suponía que no, pero la realidad, según me habían informado, era que estaban juntos. No los quería ver, no me interesaban.

Caminé a media luz por mi habitación. Llevaba un pijama corto de verano. Hacía calor. Había tenido encendido el aire acondicionado durante un rato, pero lo había apagado. No me gustaba dormir con él… Aunque tampoco era capaz de dormir.

Solo podía pensar en Álvaro.

En sus miradas grises azuladas, profundas, densas.

En la distancia que marcaba siempre: solitario. Atlas, con el mundo sobre sus hombros.

En cómo era cálido y cercano cuando estaba conmigo, dejando que de su pecho de mármol brotaran flores; cómo me había enseñado a amar, cómo latía su corazón en mis manos cuando lo acariciaba; cómo todo aquello significaba mucho más que la absurda promesa que nos había unido a Brandon y a mí.

Álvaro había sido real, seguramente la relación más real que había tenido en mi vida.

Cogí el iPhone que tenía encima del tocador. Busqué su número mientras mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho.

Álvaro descolgó al primer tono.

—Hola. —Su voz sonaba profunda, con un toque alegre.

—¡Eres un idiota! —declaré de repente.

Escuché su risa al otro lado de la línea.

En mi pecho ardía una furia que ahora giraba rápido, pero que se había cocido despacio en los quince días que habían pasado desde la última vez que nos habíamos visto en Battery Park.

—No voy a discutírtelo —contestó.

—¡Llevo dos semanas esperando a que me llames! —añadí enfadada—. Porque la forma en la que me has apartado de tu vida me parece ridícula. Sé que estás enamorado de mí. ¿¡Es que no lo ves!? ¿Crees que no lo puedo sentir?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Había levantado la voz. No debería, porque mis padres dormían bajo el mismo techo, justo en la otra punta de la misma planta. Era una gran casa y entre nosotros había cuatro habitaciones, una sala de juegos y dos baños. No es que su pared estuviera pegada a la mía. No me iban a oír. Además, mi padre, especialmente, tenía un sueño profundo. Podía caer un meteorito en el jardín y él no lo notaría. Aun así, no eran horas para vociferar.

—Estoy de acuerdo —replicó Álvaro casi risueño.

Escuchaba su voz y sentía que estaba allí, casi hablándome al oído. Podía sentir su voz rodando por mi piel.

—¿Estás de acuerdo? —pregunté sin entender.

—Sí, y me gustaría que me lo dijeras a la cara. —Me quedé en silencio porque estaba muy enfadada y no sabía ya ni cómo replicar —. Oye, ¿tu habitación cuál es? Porque estoy pensando en subir trepando, pero hay tantas ventanas que no tengo muy claro por cuál decantarme. No me gustaría meterme en la habitación de tus padres, o hacer saltar alguna alarma.

—¿¡Qué estás diciendo, Álvaro!?

—Estoy aquí.

Me dirigí directamente a las puertas de cristal de mi balcón, abrí y salí fuera.

—¡Álvaro! —exclamé.

Lo observé parado en mi calle, enfrente de mi casa.

—Me encanta esta calle. Hay muchos árboles y tu casa es preciosa —afirmó.

—Pero ¿qué haces aquí? —murmuré sin dar crédito.

—He venido a hablar contigo —respondió.

Lo miré: llevaba una camisa blanca remangada y unos pantalones Dockers. Había un coche aparcado en la calle y, por la hora que era, supuse que había tomado un vuelo por la tarde y alquilado un coche para llegar hasta allí.

—¿Acabas de venir directamente del aeropuerto?

—Sí.

Lo miré y, a pesar de la distancia, observé las marcas del cansancio de aquellas casi dos semanas en su rostro.

—Creo que ya he perdido tiempo más que suficiente. Debí haber venido antes.

La noche era cálida y estrellada, y él había venido a por mí.

—Sube —murmuré—. La alarma se ha estropeado hace unas semanas y mi padre todavía no la ha arreglado.

Álvaro se acercó a la mansión. Mi habitación daba a la fachada principal, a una esquina, y justo por ahí había una celosía por la que trepaba una enredadera. Eso, sumado a la ventana del salón sobre el que estaba y al propio balcón de mi habitación, debería dar bastantes puntos de apoyo que le facilitaran la tarea. Y así era: Álvaro trepó con facilidad. Entré en la habitación, cuando subió al balcón, para dejarlo pasar.

Observé a Álvaro adentrándose en mi habitación a oscuras. Solo con la luz de la luna iluminando a través de las ventanas y las puertas del balcón.

—Hubiera sido más práctico quedar a tomar algo —expuse.

Álvaro esbozaba una sonrisa grande. Parecía recién afeitado y, a pesar de las marcas de cansancio, estaba guapísimo. También me daba la sensación de que había ido a la peluquería.

—Sin lugar a dudas, pero menos romántico.

—Eso desde luego.

Sentí una punzada en el pecho. Él sabía de mi predilección por Romeo y Julieta.

Caminé un par de pasos hacia atrás para dejarle avanzar.

—En todo caso, no podía esperar más…

Mi corazón latía con fuerza, en mi pecho, en mi garganta y en mi cabeza. Di un paso más atrás y choqué con uno de los postes del dosel de la cama.

—Recuerdo que fuiste tú quien me apartó.

Álvaro asintió.

—Porque fui un imbécil —aseguró.

—Uno grande —apunté.

—Porque no supe ver…

—¿Qué? —pregunté casi como una exhalación mientras sentía la madera a mi espalda.

Alvaro acortó la distancia y me acarició la mejilla. Sentí la piel ardiéndome debajo de aquella caricia. Él ensanchó más su sonrisa. Nunca sonreía tanto. Se inclinó ligeramente sobre mi oreja como si fuera a confesar un secreto que no quería que escuchara toda la casa. Como si esta tuviera la posibilidad de poner su oído alerta.

—No supe entender que estaba enamorado. No lo había estado antes, por eso no tenía ni idea.

Mi corazón había dejado de latir.

Volvió a buscar mis ojos. Lo miré sin saber cómo responder.

—Sabía lo que era el amor —añadió, esta vez mirándome a los ojos—. Lo he vivido en mis padres. Era algo que había idealizado en mi mente, guardado en mis recuerdos, en un lugar al que no solía acceder porque me dolía demasiado. Me acostumbré a ese tipo de vida. Me centré en construir el imperio que ellos habían dejado, en multiplicarlo, en hacerlo crecer hasta convertirlo en gigante. Lo hice para intentar paliar aquel dolor, aquella pérdida inmensa.

Respiré. Su orfandad, la suya, la de Beca y Candela.

Álvaro cogió mi mano y la besó, le dio la vuelta y besó la palma, y después la puso sobre su corazón, donde yo la había puesto tantas veces, para sujetarla con las dos manos.

—Estoy completamente enamorado de ti, Elizabeth. Eres lo más increíble que me ha pasado en la vida y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

En ese momento se llevó una mano al bolsillo, hincó una rodilla en el suelo y me ofreció un anillo.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con voz contenida.

Parpadeé.

Estaba soñando. Tenía que estar soñando.

No lo estaba. Álvaro estaba con una rodilla en el suelo delante de mí, pidiéndome matrimonio. Inevitablemente, mi mente voló al momento en que Brandon me había hecho la misma pregunta. Había sido en el club social. En el corazón de Birmingham. En el lugar donde había pasado una gran parte de mi vida. El de Brandon había sido un anillo de oro blanco con un solitario, pero el que sostenía Álvaro era muy diferente.

—Oro amarillo. Un diamante rodeado de zafiros. Fue el anillo de compromiso que mi padre le compró a mi madre, tratando de buscar el color de sus ojos —explicó con la rodilla todavía en el suelo —. Cuando falleció, mi abuela me dijo que era mío, para que se lo entregara a la mujer con la que decidiera pasar el resto de mi vida.

—Álvaro…

—Una palabra, eso es prometedor. No has dicho nada en toda mi declaración.

Su sonrisa era inmensa y en ese momento me di cuenta de que él ya sabía la respuesta. Sabía que yo ya era suya. Me había entregado a él. Lo cual, en mi educación tradicional, significaba algo muy específico. Y, aunque yo no lo había querido interpretar así, Álvaro lo sabía. Algo dentro de él lo sabía.

—No puedo ponértelo si no respondes —me advirtió.

—¡Sí! —respondí decidida—. ¡Sí, quiero!

En el momento en que me puso el anillo en el dedo, comprendí que no había estado realmente comprometida con Brandon. Sí de forma convencional, pero no como lo estaba con Álvaro. No con aquella certeza de que yo era suya, irremediablemente suya. Que mi cuerpo, mis huesos y mi piel eran suyos al completo.

Álvaro me colocó el anillo y se puso de pie para besarme. Uno, dos, tres besos infinitos sujetándome fuerte entre sus brazos.

—Has tardado mucho —exhalé cuando por fin pude hablar.

—Sí, pero no volveré a dejarte. Ahora eres mía.

Levanté una ceja.

—Eso significa que tú también eres mío.

—Yo soy tuyo desde el momento en que aterricé sobre ti en Central Park —declaró con una sonrisa genuina.

Me reí entre besos. No podíamos hacer ruido.

—Eres tonto —murmuré.

—Dime que tus padres no están durmiendo en la habitación de al lado.

Negué mientras sentía los brazos de Álvaro aferrándome a su cuerpo.

—Están en la otra punta de la planta. Hay varias habitaciones de por medio.

—Esa es una distancia respetable.

Me aferró a su cuerpo. Sentí aquella necesidad animal que no había sentido jamás. La certeza de que mis células reclamaban su piel.

—Esto me gusta —murmuró haciendo que mi cuerpo se moviera hacia atrás, hasta volver a dar con el dosel de la cama—. Podría atarte a este poste y hacerte gritar —susurró en mi oído.

—Creo que entonces mi padre se enteraría de que estás aquí y te mataría.

—Dime que no hay armas en esta casa, porque si las hay me voy por donde he venido. A tanto no quiero arriesgarme.

Me reí contra los dientes de Álvaro mientras sentía como sus manos se perdían por debajo de mi camiseta del pijama.

—Las últimas armas que hubo en mi familia las tuvo mi abuelo. En esta casa nunca ha habido armas.

—¡Menos mal!

Álvaro me quitó la camiseta y la dejó caer en el suelo. Besó mi cuello mientras comenzaba a acariciar mis pechos. Me recosté contra el poste de madera arañando su camisa.

—Álvaro, no deberíamos…

—Me muero si me dices que me vaya ahora —susurró contra mi piel.

Besó y lamió mis pechos mientras se quitaba la camisa, que acabó también en el suelo. Yo no tenía ni fuerza ni voluntad para decirle que no. Enganchó mi pantalón de pijama y me lo quitó,

dejándome desnuda en sus manos. Se puso de rodillas delante de mí mientras me sujetaba al poste de madera.

—Ahora me tienes completamente de rodillas, Elizabeth Harrington —declaró mirándome mientras cogía una de mis piernas para acariciarla.

Me sentí poderosa. Los pechos me pesaban y toda mi piel se erizó cuando Álvaro sopló con cuidado en el interior de mi muslo derecho y después se lanzó. Me mordí el labio para no gritar mientras me aferraba al poste de mi habitación, en la que había crecido, donde ahora me deshacía en las manos de Álvaro, mientras él deslizaba su lengua una y otra vez entre mis piernas, en el punto más sensible de mi anatomía, de rodillas, a mis pies.

Me aferré a su cabello con una mano cuando sentí que el orgasmo llegaba. Álvaro no se detuvo ni un solo instante. Al contrario, buscó mis ojos, para mirarme mientras me deshacía, e introdujo en ese momento dos dedos para que lo sintiera.

Me destrozó.

—¡Así! —exclamó separándose de mi piel. Los labios le brillaban—. Te voy a hacer esto el resto de mi vida —añadió cogiéndome en brazos para llevarme a la cama.

Allí se deshizo de la ropa que le quedaba y me penetró con la luz de la luna entrando por las puertas de mi balcón y las ventanas que tenía entreabiertas.

Cuando lo sentí dentro se detuvo para buscar mis ojos.

—¿Puedo terminar dentro? —preguntó ebrio de amor.

Los dos sabíamos lo que significaba aquella pregunta. Álvaro había pedido mi mano, había declarado que era mío y no solo quería eso: quería una familia, nuestra familia. La que él y yo construiríamos.

—Sí —contesté segura.

Él se retiró despacio, grabando en su retina todos los movimientos de mi cuerpo. El calor de Alabama en julio se colaba en la habitación.

Deslicé mis manos por los pectorales firmes de Álvaro, por los músculos de sus brazos.

Volvió a retirarse y a entrar con firmeza.

Eché la cabeza hacia atrás.

Como si eso lo volviera loco, subió más mis piernas para buscar entrar con más fuerza.

—¡Más! —gemí sintiendo un poco de dolor.

Entró. Dentro, más dentro.

—Más. —Lo arañé.

Salió y volvió a introducirse en mi cuerpo. Me dio la vuelta para penetrarme desde atrás mientras sujetaba mis manos con las suyas.

—¿Quieres sentirme más profundo? —murmuró en mi oído retirándose un poco.

—Sí —gemí contra la almohada, a pesar de que sabía que mis padres estaban durmiendo bajo el mismo techo—. Sí —volví a repetir.

Entró una vez más, y en ese momento ya no se detuvo, salvo para colar una mano entre mis piernas y destrozarme por segunda vez. En cuanto alcancé el clímax, él siguió penetrándome hasta llegar dentro de mí, y ni entonces salió. Se quedó pegado, como si su cuerpo fuera una extensión del mío.

Capítulo 46

Construir un imperio

Álvaro

El sol del amanecer entraba por las puertas del balcón y las ventanas abiertas. Todavía era temprano. Observé a Elizabeth pegada a mi cuerpo. Estábamos desnudos, sin nada entre nuestros cuerpos. Experimenté una necesidad de ella que no había sentido nunca por ninguna mujer. No me saciaba de estar dentro de ella. Necesitaba más, una y otra vez. Era algo que iba más allá del plano físico… Era amor. Ese gran desconocido que llevaba esquivándome toda la vida. Que me había sido privado a los catorce años cuando mis padres fallecieron en aquel accidente de avioneta.

Me había acostado con muchas mujeres. Había vivido el sexo en exceso, pero todo aquello no tenía nada que ver con lo que sentía estando dentro de Elizabeth. Estábamos conectados a otro plano.

Recordé que había terminado dentro de ella. Estaba deslumbrado de tanta felicidad y poseerla no era suficiente, tenerla no era suficiente. Necesitaba más: un compromiso, un matrimonio, una vida, hijos con ella...

Me había vuelto loco por ella.

Elizabeth no llevaba nada puesto, nada salvo el anillo de mi madre. Recuerdo cuando mi abuela me lo entregó. Me pidió que no se lo diera a nadie que no se hubiera quedado antes con mi corazón. Sonreí al recordarla. Normalmente no sonreía. Normalmente apartaba los recuerdos de mis padres, de mis abuelas, incluso los recuerdos de la niñez con Beca y Candela, porque el dolor había sido tan inmenso, tan real que había sido insoportable.

Sobrevivir. Había creado un imperio para sobrevivir. Había seguido con el legado de mis padres. Me había aferrado a aquello

porque era lo único que me había mantenido en pie sin destrozarme. Había creado una capa exterior tan dura que me permitiera sobrevivir, pero aquella capa se había agrietado y Elizabeth se había colado dentro. Había llegado con su luz y lo había llenado todo.

Tenía su mano sobre mi pecho desnudo, encima de mi corazón. Hacía tiempo que ella se había quedado definitivamente con él, pero no sabía en qué momento exacto había ocurrido. No sabía si había sido cuando había estado en su casa, o si había ocurrido en algún encuentro casual en el ascensor, con más compañeros, o en alguna de las ocasiones en que nos habíamos cruzado en la oficina, quizás cuando habíamos sobrevolado juntos el océano, o la primera vez que había entrado dentro de ella, en Francia. No sabía cuándo había sido el momento exacto en que mi corazón se había deslizado dentro de mi propio cuerpo, pegándose a las costillas, tratando de huir para llegar hasta ella.

Ahora tenía la mano sobre mi pecho, con aquel anillo, y por fin me sentía en calma. Había estado como un león encerrado todos estos días, centrado en el trabajo, apartando aquella necesidad que sentía en el pecho, en el estómago; sintiéndome incompleto, inquieto, hasta que había llegado a ella.

—Buenos días —murmuró Elizabeth abriendo los ojos.

—Buenos días —la saludé sin soltarla.

Deslizó su mano por mi pecho.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó de repente.

Habíamos estado quince días separados, no era tanto. Era una eternidad, en realidad. Tenía que haber ido a por ella al día siguiente de que dejase Nueva York.

Hablábamos en voz baja, porque no podíamos olvidar que sus padres dormían en la otra punta de la casa, aunque todavía era muy temprano.

—Porque no era capaz de lidiar con mis propios sentimientos —confesé.

Elizabeth me miró en silencio unos instantes. Estaba preciosa recién despierta.

—¿Y qué cambió? —quiso saber—. ¿Por qué viniste ayer y no antes?

La abracé contra mi pecho.

—¿Quieres saber cuál fue el detonante que me sacó de mi ostracismo?

Asintió mientras dibujaba líneas sobre mi pecho con su dedo.

—Exacto, quiero saber qué te hizo despertar y dejar de comportarte como un idiota. —Sonrió levemente.

Me dieron ganas de comérmela a besos.

—Candela —respondí—. El viernes apareció en Nueva York.

—¿¡Candela!? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Y a qué fue?

—A ofrecerme sus castillos para ayudarme con BAC USA Real Estate. —Elizabeth me observaba buscando en mis palabras, tratando de conectar ambas cuestiones—. Entonces lo entendí.

—¿El qué?

—Lo que de verdad era importante —declaré deslizando una mano hasta su cuello para atraerla hacia mí y besarla.

—¿Y esto es lo importante? —preguntó mientras sus ojos buceaban en mis intenciones.

—Sí —respondí con firmeza—. Este es el imperio que quiero construir de verdad. El que quiero crear contigo, el único que de verdad merece la pena.

Elizabeth esbozó una sonrisa radiante.

—Me parece increíble escuchar eso del hombre que dirige el mayor gigante inmobiliario, llegué a pensar que eras un titán de piedra.

Acarició mi mejilla con su nariz.

El naranja del amanecer lo llenaba todo. No quedaba mucho tiempo, tendría que irme antes de que los padres de Elizabeth despertaran.

—Mi nuevo imperio empieza y termina contigo, y con la familia que construyamos juntos —declaré.

—Increíble, acabas de pedirme matrimonio y ya estás pensando en bebés —murmuró con una sonrisa, aunque ella ya sabía que eso estaba tácitamente en el acuerdo, por lo que le había preguntado la noche anterior, antes de llegar dentro de ella. Deslizó

su pierna subiéndola un poco sobre las mías hasta que me tocó—. Además, veo que ya estás listo.

Sonreí.

—Es normal por la mañana, es una cuestión fisiológica.

Elizabeth fingió un puchero y volvió a acomodarse sobre mi pecho.

—Hombre, tener tu cuerpo pegado ayuda —añadí.

Volvió a centrar su mirada en mí y su azul intenso me arrasó.

—Entonces, no es solo fisiológico.

La giré sobre la cama y me froté contra ella, sin penetrarla. Me acerqué a su oído. Estábamos hablando en voz baja, pero no podíamos olvidar que no estábamos solos.

—No, no solo. ¿Estás lista ya?

Gimió en respuesta y no pude evitar colar un dedo dentro de ella.

—Creo que lo estás…

—Mis padres… —susurró—. Tienes que irte.

Decía eso mientras abría las piernas y yo, que había perdido por completo la cabeza, fui incapaz de no entrar dentro de ella.

—¡Lo sé! —exhalé cuando estuve por completo dentro de su cuerpo—. Y esta vez sí que tengo que salir por el balcón, a lo Romeo y Julieta.

Elizabeth recordó la referencia que habíamos hecho sobre eso, cuando habíamos estado en Francia. Me abrazó, pegándome a su cuerpo.

Le hice el amor con profundidad mientras la besaba, para no seguir hablando, porque tenía que marcharme. Cuando sentí que alcanzaba el clímax, rompí el beso para ver como el naranja que se colaba por el balcón llenaba todo el espacio, su cuerpo, mi cabeza y mi corazón. La penetré con fuerza y me dejé ir. Esta vez ni siquiera pregunté. Los dos sabíamos qué estábamos haciendo. Me quedé encima de su cuerpo, dentro de ella, en el lugar en el que quería pasar el resto de mi vida.

Elizabeth me acarició el cabello, el rostro y, cuando busqué sus ojos, me dijo con palabras lo que ya me había dicho de muchas formas.

—Te quiero, y sé que nunca he querido a nadie, no así. Solo a ti.

Sonreí y comprendí que su compromiso anterior no había significado nada en comparación. Era tan solo el motivo para que ella se cruzara en mi camino aquella mañana de domingo.

—Te amo, Elizabeth. Con todo mi corazón, con todo lo que soy. Me parece extraño hasta decir estas palabras, pensé que no estaban hechas para mí.

Me acarició y me besó la frente. Me apoyé por unos instantes en su pecho, hasta que Elizabeth me obligó a moverme.

—Bueno, Romeo, es hora de que te marches. Tendrás que salir por el balcón, tal y como has entrado, y esta vez es en serio. No puedes seguir metido en mi cama.

Me reí. Bajé los labios y besé la parte superior de su pecho derecho.

—O puedo quedarme y hablar con tu padre —propuse, me resistía a dejarla.

Elizabeth negó con la cabeza.

—¡Eso sería una idea terrible! No es el mejor momento después de haber pasado la noche con su hija, en su casa, a escondidas.

—Quiero hablar con él —insistí—. He llegado hasta aquí y quiero hacer las cosas bien.

La preocupación barrió el rostro de Elizabeth.

—¿Qué ocurre?

—Nada —negó—. Solo que es mejor que primero hable yo con él.

—Está bien —claudiqué.

Le di un segundo beso en el mismo sitio.

—Hablaré con mi padre —confirmó sentándose en la cama—. Vete que el día ya ha aclarado del todo.

Miré el reloj, ya pasaban de las seis de la mañana.

Le di un beso en los labios.

—Está bien, me voy.

Me puse de pie buscando mi ropa.

Elizabeth se rodeó con la sábana mientras me vestía.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya? —pregunté levando una ceja para acercarme a las puertas de balcón.

—Sí, por favor, antes de que todos los vecinos te vean saliendo por la fachada.

—Está bien, pero luego te envío los datos del hotel en el que me quede —indiqué. Todavía necesitaba buscar ese hotel—. Habla con tu familia, después te espero.

—Está bien. Luego hablamos.

Me fui no sin darle uno, dos, tres besos rápidos.

—¡Adiós! —me apremió.

Ya en el balcón, miré hacia atrás. En sus ojos se reflejaba la preocupación. Entendía que podía ser difícil enfrentarse a su padre y decirle que nos habíamos enamorado; él era uno de mis inversores, al fin y al cabo, y me había saltado su confianza para acostarme con su hija. Pero aquello había sido inevitable, aquel amor había llegado para arrasar con mi mundo y, ahora que lo comprendía, no pensaba dar ni un solo paso atrás.

—Si tu familia te pone algún impedimento…, *olvida tu nombre y reniega de tu padre… O jura que me amas y, entonces, yo dejaré de ser un Capuleto.*

Se rio.

—Creo que no era literalmente así.

—Pero casi.

—Cierto, casi.

Un último beso furtivo y bajé por el balcón.

Capítulo 47

Mi héroe con capa

Beth

Mi madre estaba cocinando cuando busqué a mi padre en su despacho. No es que tuviera más confianza con él. La tenía con los dos, pero de diferente forma. En todo caso, procedía hablar con mi padre, había llegado la hora de ir de frente. Llevaba en esa casa casi dos semanas sintiendo que me faltaba algo, que una parte de mí se había quedado en Nueva York. Ahora comprendía lo que era estar enamorada, estarlo de verdad. Sentir que otra persona es una extensión de tu propio cuerpo. No podía imaginar un futuro sin Álvaro. Él era mi compañero de vida a quien habían elegido mi corazón y mi piel mucho antes de que mi cabeza lo racionalizara.

No iba a esconderlo. No podía esperar para gritarlo a los cuatro vientos.

Había esperado a que pasara el desayuno y la mañana avanzara; ahora que mi padre estaba en su despacho era el momento de acercarme.

Era domingo. Un domingo radiante de julio en el sur, época estival. Mi padre estaba leyendo el periódico mientras mi madre estaba ocupada en la cocina.

—Papá, ¿puedo pasar? —pregunté asomando por la puerta.

Mi padre levantó la mirada del periódico. Era grande, alto, corpulento, con el cabello negro ya salpicado por canas y unos ojos azules preciosos. Claros, como los míos. Sin brumas grises como los de Álvaro.

—Claro, cariño, pasa —respondió con una sonrisa suave—. ¿Todo bien?

Mi padre podía ser contundente, como un auténtico gigante que aplasta a sus enemigos cuando es necesario. Pero conmigo era

muy diferente; a mi madre y a mí siempre nos mostraba su lado amable.

—Quería hablar contigo.

Asintió.

—Estaba esperando que lo hicieras —comentó—. Te he visto triste, pensativa, cabizbaja desde que llegaste de Nueva York.

Debí suponer que mis padres lo habían notado, aunque habían esperado que fuera yo quien hablara.

—Sí, papá, es cierto —acepté—. He estado pensativa y también triste.

—¿Es por el trabajo? —preguntó preocupado.

Negué con la cabeza.

—No, pero sí que Álvaro ha tenido algo que ver en cómo he estado desde que he llegado.

Su rostro se crispó.

—¿Has tenido algún problema con él?

—No —repliqué con una sonrisa—. No, papá, ningún problema. —Cogí aire—. Lo amo… Lo amo tanto, papá, que duele. Es casi inútil intentar explicarlo… No puedo describir con palabras lo que siento por él y lo que él siente por mí. —Hice una pausa—. He estado triste porque nos habíamos distanciado después de… —No quería contarle todo a mi padre—. Bueno, da igual, el caso es que ya lo hemos hablado todo. Hemos sido sinceros. Estamos enamorados y nos vamos a casar.

Mi padre serpenteó su mirada hacia el anillo que llevaba en mi mano.

—¿Qué estás diciendo, Elizabeth? —preguntó sin dar crédito—. ¿Qué locura es esa? ¿Cómo que os vais a casar?

Me encogí de hombros.

—Nos hemos enamorado. Él es el mejor hombre, papá. Es inmenso, tiene siempre tantas cosas en la cabeza... —Vi la cara de mi padre—. Sé que parece hecho de piedra, incluso yo lo pensé, pero eso es porque no lo conoces…

—¿Llevas un anillo suyo?

—Sí, es mi anillo de compromiso —confirmé—. Es el anillo que un día fue de su madre.

Mi padre no preguntó por qué la noche anterior ese anillo no estaba en mi dedo y ahora sí.

Hablé durante un par de minutos más, tratando de explicar, sin entrar en todo lo que había pasado entre nosotros. Eso era algo de Álvaro y mío, pero sí que tenía que saber que estábamos profundamente enamorados, que él era el hombre con el que me iba a casar.

Mi padre me escuchaba sin dar crédito a mis palabras. Mi padre era mi héroe, yo lo veía con capa. Sabía que él me amaba y que amaría todo lo que yo amaba.

—No estás hablando en serio —respondió con rictus serio—. No puedes estar hablando en serio.

Miré a mi padre mientras sentía que se me rompía el corazón. Ni verme así lo hizo ceder en su gesto duro.

Sabía la idea que tenía mi padre de lo que era un chico *adecuado* para mí. Habíamos tenido esa conversación cuando se había enterado de que había acompañado a Álvaro a la casa de su hermana en Francia. Había sido doloroso escucharlo entonces, ver que tenía esos prejuicios hacia él. Pero, por algún motivo, pensé que cuando supiera que estábamos enamorados, lo profundo de nuestros sentimientos, dejaría sus prejuicios a un lado.

—Papá, es un buen hombre —declaré al fin, porque eso era lo único que importaba.

—¿Eso crees? Es un tiburón de las finanzas. Desde que lo conozco ha sido implacable. Ha hecho cosas que yo no haría jamás, sin ningún tipo de escrúpulos —indicó oscureciendo la mirada—. Y en cuanto a sus valores, ¿qué tienen que ver con los tuyos? Es un hombre de mundo, no tiene familia, tiene treinta y seis años y no se ha casado ni ha tenido hijos… ¿Qué sabes tú de cómo trata a las mujeres? ¿De lo que quiere de ellas más allá de un revolcón?

Me dolió.

—Está solo en Estados Unidos y siempre lo ha estado —siguió argumentando mi padre—. No tiene raíces, no conoce nuestras costumbres, nuestras tradiciones. ¿Acaso es creyente? ¿De qué religión es?

—Y eso qué importa, papá… —murmuré—. Yo no creo en ese tipo de Dios. El Dios en el que yo creo no miraría ninguna de esas cosas —repliqué herida.

Mi padre meneó la cabeza a ambos lados. El rictus serio, la mirada endurecida.

—Elizabeth, eso lo dices ahora porque eres joven e inexperta. Pero, si estuvierais juntos, dirías otra cosa. Vuestros mundos chocarían. Tú quieres un hogar, con todo lo que eso conlleva. Él es un hombre libre y autosuficiente… y eso… —añadió haciendo un gesto hacia el anillo en mi mano—. Eso no significa para él lo mismo que para ti. Si te casas con él, seguramente te desecharía en dos años, cuando se aburriera de ti. No es un hombre de familia. Es un lobo solitario.

—No puedo creer todo lo que has dicho. Que ni tan siquiera escuches lo que te estoy explicando: ¡que estamos enamorados!

El corazón me latía en el pecho, indignado.

—¿¡Crees que se va a comprometer realmente contigo!? —preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Un tipo que no ha tenido ni una sola relación seria desde que llegó a Estados Unidos? Seguramente puedas cruzarte por Manhattan con decenas de mujeres que se han metido en su cama. ¿Eso es lo que quieres?

—Dan igual las mujeres con las que haya estado. Era libre.

—¡Exacto! Era libre e hizo lo que le dio la gana. Seguramente ahora se ha encaprichado contigo y, sabiendo que eres una chica tradicional, ha pensado que la forma de tenerte es ponerte ese anillo. Porque si no, ¿de qué otra forma tendría a una chica como tú? —Hizo una pausa—. Por otro lado, quizá lo que le interesen sean los contactos a los que puede acceder estando contigo: con una hija de la alta sociedad sureña. Hay círculos en los que no todo el mundo puede entrar, por mucho dinero que uno tenga. Quizás haya pensado que tú eres su billete de entrada.

Me sentí quebradiza, como el cristal. En ese momento, comprendí que mi padre no aceptaría a Álvaro. No era una cuestión de dinero, éramos de mundos diferentes y desconfiaba de él. Además, tenía prejuicios sobre él por la vida de hombre solitario que había llevado.

Recordé las palabras de Álvaro, quizás como un presagio: *Si tu familia te pone algún impedimento…, olvida tu nombre y reniega de tu padre… O jura que me amas y, entonces, yo dejaré de ser un Capuleto.*

Y sí, sí lo amaba. Lo amaba lo suficiente para dejar de ser una Montesco, si era necesario.

Comprendí que no podría convencer a mi padre de que aquello era tan solo amor. Un amor tan genuino que había borrado por completo todo lo que nosotros dos éramos antes.

—Me casaré con él —expuse con firmeza, a pesar del dolor que sentía por el rechazo de mi padre.

Mi padre me miró con dureza y vi el desafío en sus ojos.

—Entonces, le retiraré todo mi apoyo financiero, todas mis inversiones en el peor momento. ¿Estás preparada para ver como su imperio inmobiliario se hace pedazos?

Ese fue el momento exacto en el que entendí que mi padre me amaba más que a nada en este mundo, pero no me amaba bien.

Capítulo 48

Bajo las estrellas de Alabama

Álvaro

Casi me vuelvo loco esperando por Elizabeth en la habitación del hotel en el que me había alojado. La había llamado en varias ocasiones y o no había cogido el teléfono o lo había colgado. Solo me había puesto un mensaje escueto diciendo que vendría más tarde. Tenía el dato del hotel y la habitación.

Me había sentido como un león enjaulado dando vueltas, así que al final de la tarde había salido a dar un paseo. Estaba en las afueras de la ciudad, en una zona con mucha naturaleza.

Aunque me sentó bien salir, regresé al hotel apenas tres cuartos de hora después, por si Elizabeth llegaba.

Mi *suite* era amplia, con una salita y todo el espacio que una persona podría necesitar para hospedarse un par de días. La decoración era moderna y sobria. Curiosamente, sobre un mueble auxiliar había un ramo de rosas blancas. Esa flor que me había perseguido desde que Elizabeth había entrado en mi vida. No lo había pensado hasta ese momento, pero entonces acaricié aquellas rosas. El simbolismo del amor puro, profundo, honesto.

No podía decir que Elizabeth no despertara mis instintos más básicos. Los más carnales y oscuros. Aquellos que incluían tenerla de todas las formas posibles…, pero también aquel amor genuino, la necesidad de protegerla, de no querer que ni una sola mácula la tocara.

Con Elizabeth me sentía libre de ser yo mismo, de quitarme todas las máscaras, dejar atrás todo aquel peso y simplemente ser yo. Podía dejar de esforzarme tanto y vivir, sin más.

Alguien llamó a la puerta.

Caminé hasta ella. Sabía que era Elizabeth.

Abrí y la vi con los ojos enrojecidos de llorar.

—¿¡Qué ha pasado!? —murmuré extrañado.

Elizabeth se echó en mis brazos y la apreté con fuerza contra mi cuerpo.

—Pero ¿por qué estás así?

Elizabeth levantó la mirada y me buscó.

—Él no te aceptará —determinó—. Mi padre, no lo hará, y está dispuesto a retirar su inversión. Te presionará y no dudará en destruirte. —Tomó aire—. No puedo permitir que él retire su inversión ahora. No con la situación que tenéis en el *holding*.

Elizabeth hablaba demasiado rápido como para seguir toda su argumentación.

—Espera, entra, tranquilízate y vamos a hablar.

Hablamos durante más de una hora. En el cielo las estrellas iluminaban una noche de verano calurosa de julio. Habíamos salido a la terraza de la *suite* para poder conversar, porque era amplia y había un espacio enorme para estar allí. Gracias a que nos encontrábamos en un hotel a las afueras podíamos observar el brillo de aquel manto de estrellas y la tranquilidad de la naturaleza cercana. Aquello era tan diferente a Manhattan…

A pesar de todo lo que se había puesto en contra, me sentía en paz.

—¡Todavía estoy en *shock*! —declaró Elizabeth. La observé sentada con su cálido vestido veraniego—. Salí del despacho y no volví a hablar con él en todo el día. Me negué a sentarme a comer con él. He estado hablando con mi madre por la tarde, ella me entiende y no se va a meter en mis decisiones, pero sé que tampoco puede hacer nada para cambiar a mi padre.

La noche cálida tenía algunos ruiditos de la naturaleza tranquila a esas horas. Ese tipo de sonidos que casi no se perciben, pero están ahí.

—No trates de convencerlo —determiné—. Puedo llegar a comprenderlo. Es un león queriendo proteger a su cría —respondí encogiéndome de hombros.

Elizabeth me miró levantando la barbilla.

—No soy su cría. ¡Soy una mujer! —decretó con firmeza.

Esbocé una sonrisa.

—Siempre serás su cría. Supongo que en cierto modo me ve como un bandido que pretende secuestrar a su niña y llevársela a un país muy muy lejano.

—Nueva York no es un país muy lejano.

Frunció el ceño, frustrada.

—No, pero no dejo de ser extranjero. Soy español y tengo raíces francesas. Estoy en Nueva York de forma puramente accidental, quizás piense que me puedo volver a Europa… Él tiene sus miedos, sus motivos. Tampoco confía en mí. Es inversionista de mi empresa y me pidió el favor de darte un puesto allí, de tenerte en Nueva York, protegida; y yo voy y me acuesto con su niña.

—No lo justifiques —replicó molesta—. Somos adultos y nos hemos enamorado.

—Sí, pero entiendo cómo me ve: como el tipo solitario que no se compromete. No confía en que cumpla de verdad. Que me quede con todo el paquete: la mujer, la casa y los niños. La imagen que tiene de mí no será precisamente la que encaja con el hombre que quiere para ti. La del tipo que se queda en casa y forma un hogar.

—Duda de tus intenciones.

Me encogí de hombros.

—Bueno, eso caerá por su propio peso. Está ofuscado, pensará que no me quiero comprometer de verdad, o que tengo intereses por contactos, como te ha dicho. Dale tiempo.

—Si retira su inversión en este momento, asfixiará a BAC USA Real Estate.

—Llevamos al borde del precipicio muchos meses —repliqué hastiado de eso—. Estoy cansado de intentar salvar el gigante inmobiliario que construí.

—¡No estás hablando en serio! —exclamó Elizabeth—. Llevo todo este tiempo viendo lo mucho que te has esforzado por tu empresa.

Elizabeth estaba sentada en un sillón bajo, enfrente del que me había sentado yo. Eran unos asientos anchos y cómodos, pensados para sentarse a disfrutar del paisaje y la noche estrellada.

—Creo que me he vuelto un kamikaze —repliqué con una sonrisa algo canalla—. Quizás tenga ganas de ver cómo salta todo por los aires.

Elizabeth buscó en mis ojos y encontró aquello que ya le había dicho la noche anterior y que ella no había comprendido en toda su extensión: estaba cansado de querer salvar el *holding*. El imperio que de verdad me interesaba era el que iba a construir con ella.

—Por eso no has querido que Candela comprometiera sus castillos… —musitó.

Asentí.

—Y por eso no te vas a amedrentar porque mi padre retire la inversión.

—Exacto.

Elizabeth sonrió ligeramente. Una sonrisa genuina en medio del dolor que había sufrido por el rechazo de su padre.

—¿Y qué harías si eso ocurre de verdad?

No tuve que pensarlo demasiado, ya lo tenía todo controlado. Solo había necesitado meditarlo unas horas. Quizás porque, en el fondo, deseaba que toda aquella presión estallara de una vez.

—Bueno, supongo que, si todo va a saltar por los aires, si mi imperio va a desmoronarse, me gustaría hacer una explosión controlada. Me quedaría a verlo y después me tomaría un descanso, quizás mis primeras vacaciones de verdad en años. —Hizo una pausa—. Más tarde organizaría lo que quedara en pie en algo más pequeño. Algo que no me consumiera, que me diera espacio para construir mi mundo contigo, que me dejara tiempo para tener una vida. Mi vida junto a ti.

No se dejó encandilar por lo que había dicho, a pesar de que yo había comenzado a rodar mis ojos de lobo por sus piernas.

—¿En qué consistiría ese descanso? —quiso saber.

Recordé lo que le había dicho una vez.

—Tú y yo en esa isla perdida… Una isla caribeña, viviendo en una cabaña de pescador.

Movió la cabeza a los lados.

—No sabes pescar —murmuró con una sonrisa en los labios.

—No, pero podemos aprender juntos… Podríamos bañarnos en el mar Caribe. Tumbarnos en la arena y dejar que el día pasara con el sonido del mar y las palmeras. Quiero ver tu pelo enredado en la arena.

—¡Lleno de arena querrás decir!

Álvaro asintió con los ojos bailando divertidos.

—Sí. Quiero ver como la arena se pega a tu piel mojada y lamer de tu cuello las gotas de agua salada —comenté recordando nuestra noche en Los Hamptons.

Elizabeth me miró, se levantó y caminó hasta mí.

—¿Sabes lo que estuve haciendo el resto de la tarde?

—Sorpréndeme —le pedí.

Se puso de rodillas delante de mí, entre mis piernas.

—Estuve con mi abuela.

—Ah, ¿sí?

Asintió divertida.

—Sí, le hablé de ti y le enseñé el anillo que me habías regalado. Le conté la oposición de papá y le mostré algunas fotos tuyas.

—¿Y qué dijo? —pregunté interesado.

—Dijo que mi padre tenía que dejarme ir y que lo haría, que le diera tiempo —explicó—. También dijo que eres el hombre más apuesto que ha visto en su vida y que debería tener varios hijos contigo, porque cuando los genes son buenos hay que perpetuarlos.

Solté una carcajada.

—Creo que va a gustarme mucho tu abuela.

—Y me dio esto —añadió buscando algo en el bolsillo de su vestido.

Me lo mostró.

—Son sus alianzas de casada. La de mi abuelo y la de mi abuela. Mi abuelo falleció hace muchos años y mi abuela se la quitó entonces. Dice que la mano le cambió y el anillo ya no le servía; yo creo que se la quitó porque le rompía el corazón ver la alianza.

Elizabeth puso los anillos en la palma de mi mano.

—Para nuestra boda —declaró.

—¿Crees que dará mala suerte si nos las ponemos ahora?

Elizabeth sonrió.

—No, al contrario, me parece una gran idea. En el fondo, lo esencial del matrimonio es la promesa mutua y el consentimiento.

Cogí la alianza y la puse en su mano derecha. El día anterior le había puesto la sortija de compromiso en la izquierda, y entonces comprendí que estaba siendo avaricioso, queriendo quemar etapas. Pero, aun así, me parecía ilógico no hacerlo.

—Pues yo prometo y consiento —proclamé.

Elizabeth miró su mano con el anillo y me puso la alianza de su abuelo en mi mano derecha.

—Yo también. Prometo amarte y respetarte, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida… Hasta que la muerte nos separe.

Esbocé una sonrisa en respuesta a la de Elizabeth. Estábamos a punto de empacharnos en azúcar, pero todavía nos sentíamos necesitados. Llevaba años necesitado de todo aquello, era tan real… Había estado a una dieta estricta y ahora quería tomar aquella felicidad a manos llenas.

—Todos los días de mi vida —repetí, y la besé—. ¿Nos falta algo?

—Consumar el matrimonio.

Nos reímos los dos.

—¡Consumar es justo lo que estaba deseando hacer!

La cogí en peso y la tumbé en un sofá alargado que había en aquella enorme terraza de la *suite*. Entre besos y risas, nos desnudamos para hacer el amor allí mismo, bajo un manto de estrellas que cubrían el cielo de Alabama. Llenos de algo inmenso que estaba debajo de nuestra piel, que nadie podría quitarnos.

Consumamos el matrimonio, nos amamos y juramos todas las cosas que siempre deberían jurar los enamorados.

Allí comprendí que la máscara de piedra que tantas veces me había recubierto se había hecho añicos y de ella brotaban rosas blancas.

Epílogo

Trinity Church

Beth

Cogí mi ramo de rosas blancas y me miré mi dedo sin alianza, me sentía extraña.

—No mires así tu mano, lo raro es que la hubierais llevado puesta todo este tiempo. Si vais a hacer las cosas de forma tradicional, el momento de ponerse las alianzas es hoy, en el altar —expuso mi madre.

Negué con la cabeza.

—Llevo cuatro meses con la alianza en la mano. Se me hace raro no llevarla.

—Bueno, en nada te la vuelve a poner —resolvió con una sonrisa.

—Sí, es cierto —concluí mirando la hora—. Tenemos que salir o llegaremos tarde.

—Bueno, la novia siempre puede llegar un poco tarde.

Estábamos en mi apartamento de Nueva York, que todavía mantenía, pero donde apenas pasaba tiempo, ya que me había instalado definitivamente con Álvaro en su piso desde que él había ido a por mí a Alabama. Habíamos tirado todas sus sábanas negras y las de color burdeos. Ahora solo habría sábanas de algodón blanco. Había puesto plantas y algunos detalles decorativos, equilibrando el espacio de líneas modernas con un poco de mi corazón sureño. Aunque algún día tendríamos que comprar una casa, con jardín, para poder construir en ella una familia. No me imaginaba sin un sitio en el que los niños pudieran correr.

Nos casaríamos en Trinity Church y después iríamos a comer. Sería una boda sencilla, con pocos invitados. Nadie del mundo de los negocios, ni apenas nadie de mi inmensa familia. Tan solo mi madre

y mi abuela. Por parte de Álvaro estaban sus hermanas, Filip y el bebé, al que Beca había llamado Bernard, como su bisabuelo paterno. Un nombre clásico en Francia que significaba «fuerte como un oso». El pequeño oso de Beca. Ese que ahora había centrado el mundo de Beca y Filip. Además, un par de buenos amigos, Harper y Logan.

Esperaba que nuestros amigos pudieran contenerse hasta la sobremesa para volver a liarse y, en la medida de lo posible, que lo hicieran en privado. Me constaba el coqueteo que habían mantenido todo este tiempo, aunque los kilómetros de distancia no les habían ayudado a encontrarse nuevamente. Ahora tenían la excusa perfecta, y los veía muy capaces de meterse juntos en el cuarto de baño del restaurante al que iríamos a comer.

—¿Cómo estoy? —pregunté.

Mi madre me miró sonriente.

—Preciosa, como no podía ser de otra manera.

Me di la vuelta y me miré en el espejo. Llevaba puesto el traje de chaqueta y falda con el que se había casado mi abuela. Un traje de seda blanco. Sencillo, muy elegante. El cabello recogido en un moño bajo, zapatos blancos de tacón y un ramo elegante pero sencillo.

—Me aprieta un poco la falda.

Mi madre meneó la cabeza.

—Claro, porque ¡teníais tanta prisa! —bufó.

Me reí.

—¡Así seréis abuelos jóvenes! —comenté acariciando mi barriga.

Mi madre me besó en la mejilla y salimos de casa.

Recorrimos las calles de Nueva York, que habían sido testigos de muchos acontecimientos en pocos meses. ¡Habían ocurrido tantas cosas…! Desde que bajé de aquel avión procedente de Alabama y llegué a Manhattan, mi mundo había cambiado radicalmente y me sumergí en el mayor viaje de mi vida. Recordaba con una sonrisa como Álvaro había aterrizado encima de mí en Central Park, *mi chico de Manhattan*; desde ese momento, mi cuerpo no había parado de reclamar el suyo.

Cruzamos las calles de Nueva York camino de Trinity Church. Era seis de noviembre y ya hacía frío, pero era un día precioso y despejado. Mi madre había insistido en que me pusiera un abrigo blanco, pero no lo necesitaba.

Bajamos del coche, que había enviado Álvaro para llevarnos, justo en las puertas de la iglesia. Era una boda pequeña, así que a esa hora tenían que estar dentro todos los invitados, llegábamos apenas unos minutos tarde.

Subí un par de escalones de la iglesia de la mano de mi madre.

—¡Elizabeth! —escuché una voz llamarme a mis espaldas.

Me giré y el corazón me dio un vuelco.

—Papá…

Mi padre, el héroe de mi mundo, mi gigante brillante, estaba en la acera observándome.

—¡Hija, perdóname! —me pidió—. Estaba ciego. Me pudieron el orgullo y la vanidad de creer que yo sabía mejor que tú lo que necesitabas. Siento mucho no haberte respetado, lamento haber retirado mi inversión y haberos dado la espalda.

Mi padre estaba dolido. El frío de noviembre nos envolvió, pero yo llevaba en el vientre a su nieto, no podía guardar rencor. Sí, sabía que se había equivocado. En vista de mi decisión de seguir adelante con la boda, había retirado su inversión del *holding* de Álvaro, unos veinte millones de dólares.

El *holding* pasó por una etapa tumultuosa y, finalmente, en agosto colapsó. El desastre de las inversiones en Dubái, la tensión financiera acumulada durante meses y la pérdida de la confianza bancaria acabaron de precipitar la caída. Días después, mi padre comprendió su error, pero cuando intentó revertir la situación, ya era tarde: la cotización se había hundido. Los bancos retiraron su apoyo y endurecieron las condiciones hasta asfixiar al grupo. El resultado fue una pérdida cercana a los quinientos millones de dólares.

Al final, la retirada de mi padre no fue la causa, sino la primera pieza de un efecto dominó que acabó derrumbando BAC USA Real Estate, al menos en la forma en que se había conocido hasta entonces.

Pero la realidad es que Álvaro no se quebró con todo aquello. Al contrario: lo vivió como una liberación. Lo asumió con estoicismo. Mi padre había actuado mal, sí, pero Álvaro decidió aprovechar la crisis para dejar atrás una parte de su imperio: reducir el tamaño del *holding*, hacerlo más manejable, algo que no lo consumiera, que no fuera todo su mundo… Que le dejara espacio para la vida que estábamos construyendo. Así que observó cómo su imperio se reducía, cómo cambiaba orgánicamente, cómo ardía todo aquello que había construido y, después… Después pasamos septiembre en el Caribe, cumpliendo su sueño: haciendo el amor en la playa. Entre tormentas tropicales, días de sol y humedad, seguidos de jornadas inestables. Con la arena enredándose en mi pelo y en mi piel, tal y como él había imaginado.

—Está bien, papá —contesté—. Todo está bien.

Mi padre me miró con emoción y, mientras salvaba los escalones que nos separaban, sentí que el pasado quedaba atrás. Él se había arrepentido hacía mucho de todo lo que había ocurrido, pero el orgullo no le había permitido avanzar.

¿Cómo no iba a perdonarlo? Además, sin saberlo, de algún modo, él había liberado a Álvaro.

Llegó hasta mí y me abrazó. Me besó la mejilla y los dos nos emocionamos. Mi madre también estaba emocionada.

—¿Podrás perdonar a tu viejo? —preguntó mientras me sostenía entre sus brazos.

—Te perdoné hace mucho tiempo, papá.

—¿Y Álvaro?

—Álvaro nunca te lo ha tenido en cuenta.

—Pero retiré la inversión en el peor momento…

—No importa, de verdad que no. Álvaro necesitaba liberarse, reducir el tamaño del *holding*. Lo que pasó tenía que pasar.

Le quité parte del peso a mi padre. Lo que yo había dicho no era mentira, pero lo que había dicho mi padre tampoco.

En todo caso, el pasado ya no podíamos cambiarlo y lo importante éramos nosotros, no el tamaño de la cartera de inmuebles de BAC USA Real Estate. Lo importante era que él había llegado hasta allí, en aquel momento, para acompañarme, y que yo

llevaba a su nieto en mi vientre. No quería más distanciamiento con el hombre que había sido un bastión inmenso en mi vida. Era mi padre y había cometido sus errores, porque, a pesar de que yo lo veía con capa, él no era perfecto. Ninguno lo éramos.

—¿Quieres llevarme al altar, papá? —pregunté esbozando una sonrisa.

Mi padre me besó en la frente, con cuidado de no deshacerme el recogido.

—Sería un honor, Beth —declaró con seguridad.

Mi madre se emocionó y le dio un ligero beso en los labios a mi padre: el verdadero amor, el que sabe perdonar. Un amor sólido, que sobrevivía a todo lo que una vida te pone en el camino.

Sonreí y me sentí feliz.

Mi padre trató de recomponer su compostura.

—Bueno, vamos a entrar, no quiero que mi nieto sienta frío —comentó—. Además, parece que hay un hombre verdaderamente digno de mi hija, y no quiero hacerle esperar más.

Álvaro

La iglesia estaba preciosa. Era ateo, así que el casarnos por la iglesia era por Elizabeth. Por mí, habríamos ido a firmar al ayuntamiento, pero quería que ella tuviera su día. Quería que tuviera todo lo que siempre había soñado. No me había imaginado nunca esperando a alguien en el altar, pero allí estaba, esperándola a ella.

Candela estaba a mi lado. Me parecía algo increíble. Sabía que todavía quedaban cosas por resolver entre Candela y yo, y siempre habría algo tan doloroso como la pérdida de nuestros padres que nos uniría a Beca, a Candela y a mí. Pero Candela había venido y estaba a mi lado.

Conocía a mi hermana lo suficiente como para saber que necesitaba recorrer su propio camino, encontrar la forma de dejar atrás aquella coraza, tal y como yo lo había hecho: había quebrado la mía para que las flores pudieran colarse por las grietas.

Había visto cómo había ardido mi mundo hasta las cenizas, cómo mi imperio había colapsado. Ahora mis dominios eran

menores. El *holding* que un día había sido el mayor de Estados Unidos ahora mismo estaba en un discreto quinto puesto. Pero no me importaba; en el fondo, había sido liberador.

Ahora comprendía que el único inmueble que en realidad me interesaba era aquel en el que Elizabeth reinara.

A mi lado, Candela me miró. Estaba seria, pero tenía cierta emoción contenida, y eso en alguien como ella era inaudito. Lo normal hubiera sido pedirle a Beca que me acompañara al altar. Beca siempre había sido mi apoyo desde que éramos adultos, la persona con la que todo era más sencillo, mi familia, la mano con la que contar… Y Candela, bueno, Candela era Candela. Pero algo dentro de mí me había dicho que tenía que acompañarme ella. Quizás porque de pequeños habíamos sido inseparables, o porque la había perdido un poco al crecer, pero, en una pulsión que había salido directamente de mis entrañas, la había llamado y se lo había pedido. El resultado era que estaba a mi lado en el día más importante de mi vida.

—Estás perfecto —murmuró mientras me pasaba una mano por la solapa del traje.

—Debo de estar bien si alcanzo tus estándares —musité.

Candela me devolvió una mirada cómplice y esbozó casi una sonrisa.

—Me sonríes… —aprecié—. Eso es un milagro.

—Súmalo al hecho de que estás en un altar, esperando por tu futura mujer.

Asentí y compartimos una mirada.

—Ella ya es mi mujer —declaré en voz baja.

Lo sentí de corazón. Allí bendecirían nuestra unión y afianzaríamos delante de todos los votos que ya habíamos compartido, pero ella ya era mi mujer. Lo era a todos los efectos.

Candela y yo sonreímos. Beca nos miró desde un banco cercano.

—En la iglesia no se habla —gesticuló con los labios.

—¿Y qué estás haciendo? —pregunté gesticulando yo también.

Los tres compartimos un momento cómplice, la mirada dulce de Beca me llenó de calor el pecho y el bebé que estaba en los

enormes brazos de Filip hizo unos ruiditos. Parecía querer participar del momento feliz.

Entonces, entró la madre de Elizabeth, atravesando las puertas de Trinity Church.

La música comenzó, llenando el espacio.

Miré a mi suegra, pero no estaba de la mano de Elizabeth como yo hubiera esperado.

Entonces la vi, justo detrás, del brazo de su padre. Con la emoción contenida y una sonrisa radiante.

Crucé una mirada con Thomas Harrington. En sus ojos vi todo lo que no hacía falta ni decir. Estaba arrepentido, no solo de oponerse a nuestra unión, sino de haber retirado su inversión. Sabía que se había equivocado, lo había intentado revertir al poco tiempo, pero el daño ya estaba hecho. Sí, se había equivocado, pero a mí no me pesaba; él me había liberado. Estuve tentado de ir a darle las gracias.

El piano sonaba acompasado con las cuerdas.

Mi suegra se adelantó y ocupó un espacio en primera fila.

Compartí una mirada con Elizabeth. Llevaba un traje de chaqueta blanco de seda que era de su abuela y estaba espectacular. Caminaba radiante y yo sabía que llevaba en su vientre a nuestro bebé. Como si el bebé de Beca supiera que se acercaba su primo, hizo unos sonidos que a mí me parecieron una dulce risa.

En aquel momento me sentí dichoso. Podría arder el mundo entero fuera de aquella iglesia, todo lo que necesitaba estaba entre aquellas paredes. Atravesado por la luz de las inmensas vidrieras de estilo neogótico, que combinaban diferentes colores como el rojo intenso, el azul profundo, el verde o dorado… La luz de un sol de noviembre que en mi corazón era el más cálido que había conocido nunca.

Cuando llegaron hasta nosotros, declaré con la mayor de las sonrisas:

—Te veo bien acompañada.

El padre de Elizabeth me entregó a su hija y me chocó la mano.

—Álvaro, te entrego lo más valioso que tengo… Espero que algún día puedas perdonarme.

Su voz sonaba emocionada.

—No hay nada que perdonar, Thomas —respondí chocando la mano con él—. Ella es mi prioridad, lo será toda mi vida —añadí cogiendo a Elizabeth de la mano.

El sacerdote preguntó si estábamos listos.

El resto es ya el recuerdo de una ceremonia emotiva, de la mano de la mujer que había llegado a mi mundo para sostenerlo, para no dejar que me quebrara… Ahora ella era mi imperio.

Repetimos los votos que ya habíamos intercambiado unos meses atrás en Alabama, bajo un cielo lleno de estrellas.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, por ser un motor incansable en mi vida. Por enseñarme el valor del trabajo duro. A Ismael, por ser mi titán particular. Por llevar el peso del mundo sobre sus hombros y acompañarnos con el peso a los demás. A mi hermana, por estar siempre a mi lado, de una manera tan genuina. A Ángela, por leerme de forma infatigable; a Rafa, por todos los viajes y los kilómetros. A mis tías y primas, por ser mi bastión.

A mi gente que, libro tras libro, lanzamiento tras lanzamiento, están ahí, por llenar presentaciones y acudir a mis firmas. Gracias por sostenerme.

A Quique, porque sin ti sería imposible. Gracias por ayudarme a conseguir que el día tenga treinta horas.

A Patrick, por su gran ayuda en documentación.

A Andrea, por ser mi punto de equilibrio.

A las que me dan alas: Gema, Sandra, Vane, Cris, Vicky, Noelia Moreira, Ana, Irene, Rebe, Juli, Raquel, Rocío…

A todas las *bookstagrammers*, *booktokers*, *booktubers* y blogueras: gracias por los vídeos, reseñas, los audios, *stories*… Por darles voz a mis historias. Especial mención a @jess.books_87, @devoradora.de.libros2, @lana.hallow, @alienelpaisdeloslibros, @letrasencantadass, @lailuu, @ainhoadelcastilloo, @avalle_rei, @noesbooknook, @ayshel_la_sirena, @serecturas, @lecturasdelalmaa, @entrehijosylibros, @noelautnerstory, @_romanticasdelnorte, @oceanos_de_tinta, @loslibrosdebubu y @bookstagramer_1

A David Benzal, por conseguir construir todo lo que bulle en mi cabeza.

A mi correctora, Rosario Naranjo (Calista Sweet), por sacarle brillo a mis historias.

A Editorial Choco, por la puesta a punto de *El chico de Manhattan.*

Para terminar, a las primeras, las más esenciales, las que hacéis que esto sea posible: mis lectoras. Por vosotras merece la pena ponerme una y otra vez delante de las teclas. Gracias por llorar, por emocionaros, por reír y escribirme para contarlo. Por enamoraros de mis historias. No dejéis de leer, yo seguiré construyendo mundos. ¡Gracias!

Y TÚ, ¿QUÉ OPINAS? DEJA TU VALORACIÓN

¡Última parada, fin del viaje! Cuéntame, ¿te has enamorado de la historia de Álvaro y Elizabeth? ¿Te has quedado con ganas de más? Descubre cómo se enamoran Beca y Filip en *La chica de las magdalenas* o viaja a través de los ladrillos del corazón de Sofía en *La chica que no tenía corazón.*

Para mí es esencial conocer tu opinión, por lo que, si estás con Kindle, a continuación, podrás dejar tu puntuación y, si estás con el libro en papel, me encantaría que pudieras dejar tu valoración en Amazon.

Recuerda que siempre puedes encontrarme en las redes sociales:

 https://x.com/noeliargueznr

 https://www.instagram.com/noeliarodrigueznr/

 https://www.facebook.com/noelia.rg.7

 https://www.tiktok.com/@noeliarodrigueznr

¡Un abrazo enorme!

Noelia Rodríguez

BIOGRAFÍA

Noelia Rodríguez (Mos, 1983). Licenciada en Derecho Económico Empresarial por la Universidad de Vigo. Tras su época universitaria, pasó una temporada en Irlanda antes de sumergirse en el mundo jurídico. Especialista en Derecho Procesal y Concursal, ejerció sus primeros años en Madrid. Melómana y adicta al café. Actualmente reside en Vigo, haciendo equilibrios entre las letras y las leyes.

En 2019 se publicó *Involución,* su primera apuesta por el *urban fantasy.* En 2021 vio la luz *Los visionarios,* una aventura metaliteraria. En 2022 conocimos *Las rubias también lloran,* donde su protagonista vive un trepidante viaje físico y personal. En 2023 vivimos una intensa pasión en *Rosa desteñido*. En 2024 viajamos a través del tiempo en *Nunca es mañana*, un *friends to lovers* inolvidable. En 2025 descubrimos una *romcom* con cierta dosis de *thriller* en *La chica de las magdalenas* y se cerró el universo de la saga *Involución*: *Involución, Madrid 2310* e *Integración, París 2314*. En marzo de 2026 nos sumergimos en *La chica que no tenía corazón*, un amor incontenible en un corazón hecho de ladrillos. Este verano llega *El chico de Manhattan:* Hamptons, Francia, amor y prejuicios. ¿Ganas de sobrevolar el Atlántico persiguiendo el amanecer?

---

[1] Responsable de marca y redes sociales.
[2] Director de *marketing* digital y área digital.
[3] Responsable de control financiero.
[4] ¡Buenas tardes!
[5] Fiesta de la Música.